

UJAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUBA  
ION GENERAL DE BIBLIOTE

Small white label on the spine.

AULAY

VIDA  
MEMORIAS  
Y CARTAS

2

PR4963

.Z5

T7

v.2

R. C



1080013940



UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





VIDA. MEMORIAS Y CARTAS

DE

LORD MACAULAY

UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

VIDA  
MEMORIAS Y CARTAS

DE

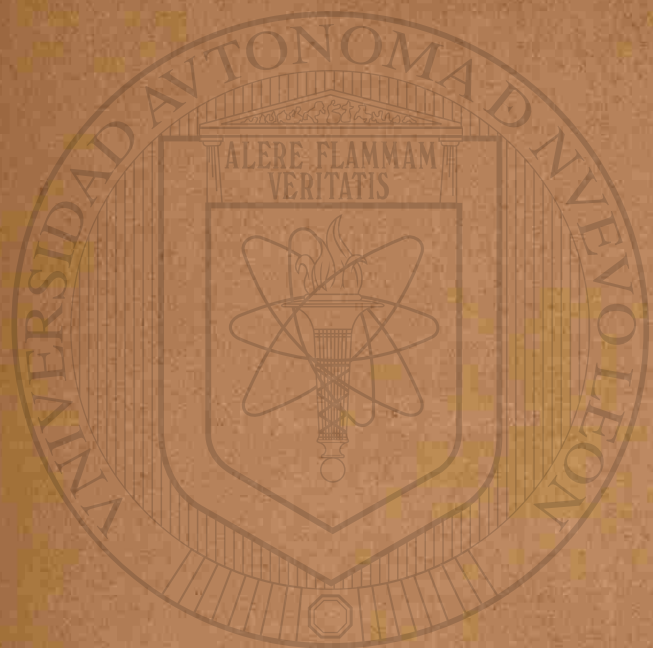
LORD MACAULAY

BALAS Á LUZ / SU SOBRINO

JORGE O. TREVELYAN

*Miembro del Parlamento Británico.*

TOMO SEGUNDO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

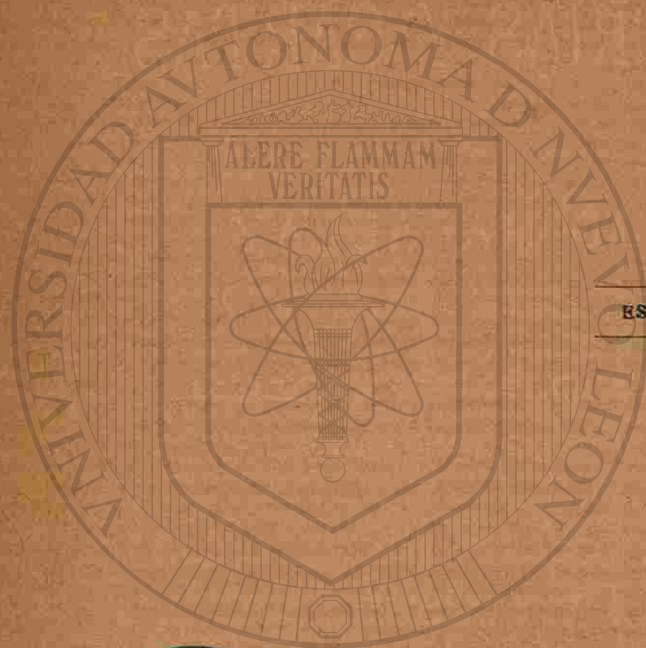
MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cuesta Sto. Domingo, 16.

1900

LITEREPIA DE LA VERDAD  
CALLE CINCO DE MAYO 163  
MEXICO.



ES PROPIEDAD



FONDO HISTÓRICO  
RICARDO COVARRUBIAS

155643

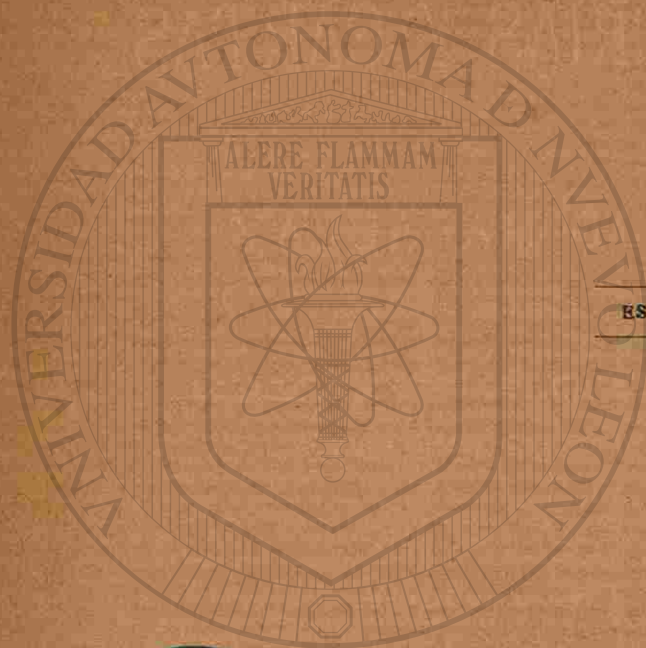
8807.—Agustín Avrial, impresor, San Bernardo, 92. Teléfono, 9022.

## CAPITULO VII

1847-1849

Macaulay se retira á la vida privada.—Extractos del diario de lord Carlisle.—Conversación de Macaulay.—Su memoria.—Su disgusto por la sociedad en general.—Sus paseos con los niños.—Cartas á su sobrina Margarita.—El poeta juicioso.—Valentina.—Viendo el asiento.—Viajes orientales.—Método de trabajo de Macaulay.—Su diligencia para reunir sus materiales.—Glencoe.—Londonderry.—Exactitud de Macaulay; opiniones de Mr. Bagehot y Mr. Buckle.—Actividad de Macaulay en el bufete.—Su amor á su trabajo.—Extractos de su diario.—Su atención á los detalles de la impresión.—Aparece su historia.—Felicitaciones.—Lord Halifax; lord Jeffrey; lord Auckland; mis Edgeworth.—La popularidad de este libro.—Extracto del «Punch».—Actitud de Macaulay con relación á sus críticos.—La *Quarterly Review*.—Los sacrificios que Macaulay hizo por la literatura.

Después de algunas noches de sueño profundo y unos pocos días de quietud entre sus libros, Macaulay se había repuesto de las fatigas de la lucha y disgusto de la derrota. El 6 de Agosto de 1847 escribía á su hermana Fanny: «Estoy en la soledad leyendo y trabajando con gran satisfacción mía. Mi mesa está cubierta de cartas de pésame y de invitaciones de la mitad de los distritos que no han elegido representantes. Se me ha pedido permiso para ser presentado por Ayr, por Wigton y por Oxfordshire, habiendo sido ya presentado en los dos primeros sin mi autorización, habiendo alguna dificultad en prevenir á los que me



ES PROPIEDAD



FONDO HISTÓRICO  
RICARDO COVARRUBIAS

155643

8807.—Agustín Avrial, impresor, San Bernardo, 92. Teléfono, 9022.

## CAPITULO VII

1847-1849

Macaulay se retira á la vida privada.—Extractos del diario de lord Carlisle.—Conversación de Macaulay.—Su memoria.—Su disgusto por la sociedad en general.—Sus paseos con los niños.—Cartas á su sobrina Margarita.—El poeta juicioso.—Valentina.—Viendo el asiento.—Viajes orientales.—Método de trabajo de Macaulay.—Su diligencia para reunir sus materiales.—Glencoe.—Londonderry.—Exactitud de Macaulay; opiniones de Mr. Bagehot y Mr. Buckle.—Actividad de Macaulay en el bufete.—Su amor á su trabajo.—Extractos de su diario.—Su atención á los detalles de la impresión.—Aparece su historia.—Felicitaciones.—Lord Halifax; lord Jeffrey; lord Auckland; mis Edgeworth.—La popularidad de este libro.—Extracto del «Punch».—Actitud de Macaulay con relación á sus críticos.—La *Quarterly Review*.—Los sacrificios que Macaulay hizo por la literatura.

Después de algunas noches de sueño profundo y unos pocos días de quietud entre sus libros, Macaulay se había repuesto de las fatigas de la lucha y disgusto de la derrota. El 6 de Agosto de 1847 escribía á su hermana Fanny: «Estoy en la soledad leyendo y trabajando con gran satisfacción mía. Mi mesa está cubierta de cartas de pésame y de invitaciones de la mitad de los distritos que no han elegido representantes. Se me ha pedido permiso para ser presentado por Ayr, por Wigton y por Oxfordshire, habiendo sido ya presentado en los dos primeros sin mi autorización, habiendo alguna dificultad en prevenir á los que me

presentaron que no me votasen. En Sheffield irlandés, de donde me han enviado hoy noticias, veo que un partido desea presentarme por el distrito occidental. Croig me dice que hay una violenta reacción en Edimburgo y que aquellos que votaron contra mí están por punto general avergonzados de sí mismos, y desean contar conmigo de nuevo. Jamás podré dejar la vida pública con más dignidad y gracia que al presente.»

Todos los consuelos que la vida privada puede ofrecer poseía Macaulay en abundancia. Gozaba los placeres de la sociedad en una forma de las más agradables, porque formaba parte de un círculo de hombres eminentes y de grandes condiciones, que eran amigos sinceros y fervientes unos de otros. Cuán brillantemente hablaban estos hombres es casi tradicional, á pesar de que no existe publicada ninguna relación de sus conversaciones y únicamente algunas noticias se hallan esparcidas por las hojas de diarios personales, que constituyen los únicos recuerdos supervivientes de muchas de aquellas noches áticas y mañanas todavía más agradables. El diario de lord Carlisle nos ha conservado principalmente (como se puede ver en los extractos que siguen), menos los nombres de aquellos hombres notables que vivían con Macaulay, las casas que él frecuentaba, y algunos de los asuntos que discutieron aquel diario, muestra hacia muchos de ellos afecto y admiración muy expresivas y cómo mi tío, principalmente, era estimado por un hombre que no hizo de ningún otro aprobación tan brillante (1).

(1) Las relaciones de Macaulay con la familia Howard databan de antigua fecha, como puede colegirse de un pasaje de una carta del año 1833. Esta producción sumamente festiva está demasiado sembrada de alusiones personales para que

Junio 27, 1843. — Almuerzo con Hallam, John Russell, Macaulay, Everett, Van de Weyer, Mr. Hamilton, V. S. y Mahon. Jamás he oído abundancia de conversación tan buena como la que brotó á torrentes de los labios de Macaulay y Hallam, una gran parte de la cual versó acerca de inscripciones latinas y griegas. Consideraban al primero de estos dos idiomas sin rival para este objeto por hallarse tan libre de artículos y partículas. Hallam leyó algunos extractos admirables acerca de las *Vidas de los Santos* (1) que ahora está adelantando Newmann. Macaulay repitió, después que los yanquis se hubieron ido, su soberbio extracto del escrito de contestación á Natchez, presentando á Nuestro Salvador como el primer gran

pueda publicarse á no ser en fragmentos que parecieran injustos para el escritor y no muy interesantes para el lector.

#### COMÍ AYER EN CASA DE HOLLAND

##### *Dramatis personae.*

LORD. HOLLAND.	Un caballero viejo muy fino, muy gotoso, y de muy buen natural.
EL CONDE DE GREY.	Primer ministro; soberbio y majestuoso, pero sin embargo, una persona atenta y afable.
EL REV. SYDNEY SMITH.	Un santo y venerable eclesiástico, director espiritual de los lores antes citados.
LADY DOVER.	Una mujer encantadora, semejante á la de Howard de Carlisle.

(1) Por este tiempo escribía Macaulay á Mr. Napier: «Newmann anuncia una Hagiología inglesa por cuadernos que contendrá las vidas de santos benditos, tales como Tomás Becket y Dunstan. No me disgustaría ser el *avvocato del diavolo* con tal ocasión.» Y añade: «He oído muchos de los milagros de los siglos III y IV que refiere Neumann. Pienso que podré tratar el asunto sin dar escándalo á ninguna persona racional y me gustaría mucho. Los tiempos requieren un Middleton.»



repudiador, cuando arrojó á los comerciantes del templo.

*Marzo 4, 1848.*—Macaulay dice que ellos (los republicanos parisien), «están refutando las doctrinas de la economía política por el mismo sistema que un hombre refutaría la doctrina de la gravitación saltando del Monumento abajo».

*Enero 6, 1849.*—Termina Macaulay dos volúmenes. ¡Qué admirables son; están llenos de impulsos generosos, juiciosa imparcialidad, sabias investigaciones, pensamientos profundos, descripciones pintorescas y elocuencia sostenida! ¿Ha habido jamás Historia mejor escrita? Guizot (1) aplaudió á Macaulay y dijo que había acertado con la pasión que dominó á Guillermo III en su gobierno y su odio hacia Luis XIV.

*Febrero 12.*—Almuerzo con Macaulay. Allí fueron Van de Weyer, Hallam, Carlos Austin, Panizzi, el coronel Mure y Dicky Milnes, que se marchó Yorkshire después de bebida la primera copa. La conversación recorrió el mundo, arte antiguo y moderno; las tragedias griegas; caracteres de los oradores, como Filipo y Alejandro sintieron hacia éstos los mismos sentimientos que nosotros sentimos hacia cualquier periódico grosero. Este rato es un descanso reparador de la vida

(1) Guizot estaba entonces refugiado en Inglaterra. Poco tiempo antes de esta fecha, Macaulay escribía á su hermana Pelina: «Juego con M. Guizot, pero no me preguntes si me agrada verle. Me propongo evitar el tenerle que llevar el viernes á casa de lord Holland. La verdad es que me gusta y estimo al hombre, pero creo su política como ministro dentro y fuera de su país detestable; dentro, porque estaba fundada en la corrupción, y fuera en la deslealtad. No puedo hablarle el lenguaje del respeto y complacencia perfecta sin una violación de la verdad, y en sus circunstancias presentes no se puede usar con él otro lenguaje.»

común. Sus salones, en lo más alto de Albany, son adorables y dignos de ver.

*Mayo 25.*—Almuerzo con Rogers: Fué una bellísima mañana, y su casa, vistas y jardín encantadores. Estuvo extremadamente agradable. Mahon se empeñaba en defender á Clarendon, pero se le echaron encima Hallam y Macaulay, que estuvo muy severo con Crammer y entonces nosotros todos citamos una buena cantidad de trozos elegidos de sus obras, y él cuatro muy bellas líneas de Tristia, como ejemplo contrario á su tono ordinario de quejas y no obstante de una elevación miltónica de sentimiento.

Creo que algunas veces nuestros tiros iban más allá de Royers.

*Octubre 11.*—(Comida en casa de lord Carlisle.) La tarde terminó de un modo delicioso, como siempre acontece al lado de Macaulay. Estaba algo paradójico, á lo que es tan propenso, y que constituye casi su único defecto social. Lo que más maravilla en él es la cantidad de indignidades que recuerda. Acaba de terminar su análisis de las poesias de Lord Thurlon.

*Marzo 5, 1850.*—Como en el club. Lord Holland en la presidencia: Lord Landsdowne, obispo de Londres, lord Mahon, Macaulay, Milman, Van de Weyer, David Dundas, lord Harry Vane, Stafford O'Brien y yo. El obispo habló un día en su capilla cuya concurrencia era tan escasa como de costumbre, y se llenó de repente, durante un rato de lluvia: «He oído frecuentemente dijo que la religión se haya usado como campana, pero jamás antes de ahora había visto usarla como paraguas.» En la última parte de su vida acostumbraba á ir á la capilla en carruaje, y recibió una vez un anónimo reprochándoselo porque no era así como caminaba su celestial maestro. El leyó la carta desde

el púlpito y dijo que era completamente verdad, pero que si el autor pudiera pasarse por la sacristia después con silla y bridas, él lo montaría. Hablaron bastante de los autores franceses. *Tartuffe* fué el trabajo de Molière que más agradó, y luego el *Misántropo*. Macaulay prefiere el *Avaro*. Recitamos los bellos epítafios de Johnson sobre Philips y Levinge. El torrente de Macaulay no cesa un momento durante las cuatro horas, pero nunca se hace insufrible.

Marzo 23.—Almuerzo con Macaulay. Siendo desafiado, dijo los nombres de los propietarios de los muchos carruajes que fueron á los funerales de Clarissa. Hablamos principalmente de Junius y de las pruebas irrecusables contra sir Felipe Francis (1).

Mayo 9.—Almuerzo con Macaulay. Hablamos de Thiers y Lamartine como historiadores. Thiers no tiene principio moral alguno; Lamartine es un gran artista, pero sin el menor cuidado por la verdad. Pasaron á hablar de los jesuitas y de Pascal, cuando yo me fui al servicio divino de la mañana en St. James. Después de venir la conversación recayó sobre las obligaciones morales y fué sostenida con tanta vehemencia y rapidez por Hallam, Wewell y Macaulay, que no se dejaban terminar los párrafos unos á otros.

Noviembre 11.—Almuerzo con Macaulay. Carlos Greville, Hobhouse, sir R. Murchison y Carlos (Howard). La conversación fué más que nunca agradable é interesante y recayó sobre temas muy elevados.

(1) Dos días antes Macaulay y Carlyle le habían encontrado en casa de lord Ashburton. En esta ocasión debió ser cuando Carlyle se mostró dolorosamente impresionado por las pruebas incontrovertibles contra sir Felipe Francis. «Como si le pudiera importar el valor de un cuarto de penique de bronce de cualquier vida humana siendo como es el autor de *Junius*.

Macaulay argüía con mucha fuerza á Habhouse y Carlos Greville acerca de la diferencia entre la evidencia de los milagos de Cristo y la verdad de la transubstanciación. Para poderlos poner á su nivel, Lázaro debía haber permanecido inanimado, sin color, y descomponiéndose en el sepulcro, hasta que fuera llamado á dar fe de la que tenía en la doctrina de Cristo cuando estaba vivo. No consideró la doctrina de la Trinidad opuesta á la razón y estuvo mucho menos opuesto al grito del «No Papado», tan común al presente, de lo que yo esperaba. El (1) pensaba que la

(1) Cuatro días después de este almuerzo Macaulay, escribía á su hermana Fanny: «Si yo te dijera todo lo que pienso acerca de estas discusiones, escribiría un volumen. El Papa odia á la nación y gobierno ingleses, y llega, estoy convencido de ello, á insultar y molestar á la reina y sus ministros. Toda su conducta en Irlanda está evidentemente dirigida á este fin. No obstante las razones aducidas por el populacho contra este Bull me parecen absurdas. Nosotros apenas conocemos que el Papa tenía jurisdicción espiritual y ahora nos encontramos con que reclama jurisdicción temporal. Yo hubiera deseado que lord Juan hubiese escrito con más cautela sin dejarse llevar de los sentimientos de sus colegas y de los suyos propios. Ha tenido mucho aplauso en Inglaterra, pero al escribir debía haber recordado que tenía que gobernar muchos millones de católicas romanos de Irlanda; empresa no tan fácil, y que todo aquello que se opusiera á su religión era seguro que despertarían pasiones muy peligrosas; pasiones que aun en Londres mismo están muy exacerbadas. Ayer, los cantantes callejeros entretenían un gran corro bajo mis ventanas con la canción siguiente:

Ahora todas las viejas están gritando de miedo  
Que el Papa va á venir, ¡oh querido! ¡oh querido!

Las tapias de los jardines de Burlington están cubiertas con letreros que dicen: «Nada de papado.» «Nada de Dios hostia.» No puedo aplaudir la rabia y terror de los puyesitas, que están totalmente doctrinados por su exuberancia de sentimiento popular.

falta de sentido del pueblo podía ser ventajosamente empleada contra la intervención realmente perjudicial del Papa.

*Mayo 13.* — Comida en el Club. Obispo de Oxford, deán de San Pablo, Wewell, Macaulay, lord Overstone, Dr. Holland, sir J. Staunton, Jorge Lewis, buena compañía y que fué de lo más agradable. Estuvieron chanceándose de sir John Sinclair; su escrito á Pitt diciendo que sería muy de desear que el presidente de la sociedad de agricultura de Escocia (cargo que éste desempeñaba entonces) fuera un par. Pitt respondió que estaba de acuerdo con él, aceptando su dimisión y proponiendo á lord Somerville. El obispo dijo entonces que recordaba las lamentaciones de Sinclair á su padre en Kensington Gore; había sido una tenaz desavenencia. Macaulay añadió que había en los trabajos de este hombre dos distinciones graciosas, que él recordaba. La primera era: Hay dos naturalezas de sueños; una con vuestro gorro de dormir, y otra sin él. La segunda: Hay tres clases de pan; blanco, moreno y bollos. Al final el obispo y yo tuvimos una escaramuza mesmérica electro-bibliográfica contra la desdeñosa oposición de todos los demás (1).

Y nuevamente dice algunos días después:

Una comisión de mi parroquia, St. James, vino aver á rogarle asistiera á una reunión pública. Rehusé, y tomando el asunto por mi cuenta, hice de tal modo su crítica, que convertí á los delegados, al menos por aquel rato. Me dijeron al irse que el mundo sería rescatado; que los sentimientos intolerantes serían borrados, y que en lugar de pedir leyes, castigando las declaraciones católicas romanas, la parroquia quería expresar su disgusto por los católicos romanos conciliados que tienen beneficios en la iglesia establecida.

(1) La relación de Macaulay escrita al anocheecer de aquel día es: «Agradable partida en el Club; pero disputamos algo al fin acerca de mesmerismo y clarividencia. Es difícil discutir estas

*Mayo 15.* — Almuerzo con el obispo de Oxford. Fué muy agradable; se habló un poco sobre etimologías (1). Como ejemplo de cita desgraciada di la de lord Fitzwilliam cuando habla de los disidentes uniéndose al clero establecido para pedir la reconstrucción del Monasterio de Yorck.

*Flectere si nequeo superos Acheronte movebo.*

Van du Weyer hizo observaciones acerca del terror inglés á las falsas cantidades métricas, que Macaulay defendió justamente. Nadie se extrañó del duque de Wellington en el teatro de Oxford, cuando habiendo dicho primero Carolus, se corrige después con Jacobus. Se refirió también el aviso del duque á sir Jorge Murray, cuando dijo que él jamás sería capaz de tener asunto sobre que hablar en la Cámara de los Comunes.

*Mayo 27.* — Comida en el Club. La conversación versó un rato sobre si el Norte ó Sur de diferentes comarcas ha contribuido más á su literatura. Yo participo de la opinión de Macaulay y Milman. El primero dió una lista de seis poetas, que coloca por encima de los otros en el orden de su preferencia: Shakespeare, Homero, Dante, Esquilo, Milton, Sófocles. Milman está conforme en todo. Yo reñí alguna batalla por colocar á Virgilio delante de Sófocles; pero, ¿qué — dice Macaulay — escribió jamás Virgilio semejante al *Filottetes*? Se inclinaba á colocar á Lucrecio y Ariosto de-

materias sin usar su lenguaje, que parece reflejar sobre el entendimiento de aquellos que creen lo que uno piensa ser absurdo. Sin embargo, nos mantuvimos dentro de términos muy tolerables.»

(1) Lord Carlisle dice en alguna otra parte: «La conversación de preferencia etimológica, para la cual quizá es demasiado apta esta sociedad.»

lante de ellos. Consideraba la primera parte del *Enrique IV* del Shakespeare el mejor juguete cómico, luego la segunda parte, después las *Doce noches*; pero las obras de Shakespeare no pueden ser clasificadas en tragedias y dramas. Se habló también del drama *Isabel*, la forma más elevada de composición que él puede concebir para representar la vida como es.

Febrero 14, 1852.—Comida en casa de Mr. de Drummond, Trevelyan, Strutt, Tordes, Merivales, Macaulay. Fué muy agradable. Macaulay y Mr. Strutt, ambos confiesan al doctor Johnson haber experimentado algunas veces al andar la necesidad de pisar siempre en medio de las piedras del pavimento. Yo he temido en ocasiones esto mismo muy fuertemente.

Macaulay dijo que le habria gustado vivir en Londres un día en cada siglo desde el tiempo de los romanos á la fecha, pero que si le daban á elegir entre esta facultad y la de poderlo hacer en las centurias que sigan á la nuestra hasta la décimoctava, preferiria esto último.

Convínimos todos en que nunca ha habido un periodo de treinta años como el de estos últimos en que tantos progresos hayan hecho en las artes mecánicas, á lo que añadió Macaulay, que para él la imprenta era un descubrimiento más grande aún que el de la aplicación del vapor, por más que haya sido tan rápido en resultados visibles. Nos habló de dos cartas que habia recibido de América: una de un tal Mr. Crump ofreciéndole 500 dollars si introducía su nombre en su Historia; otra de la Sociedad de jóvenes filósofos de Nueva York que comenzaba: «Es posible que nuestra fama no haya cruzado el Atlántico.»

Mayo 4.—Comida en el Club, tan agradable como selecta. La conversación me hace recordar que lord

Aberdeen y yo consideramos el *Macbeth* como la obra principal de Shakespeare. Concurre lord Landsdowne. Macaulay piensa si podrá ser esto debido en parte á nuestros recuerdos de Mr. Siddons. Se inclina mucho á colocar las obras de Shakespeare por orden de valor literario, así: *Otelo*, *Lear*, *Macbeth*, *Hamlet* (1).

Noviembre 29.—Almuerzo con Macaulay. Cree que aunque los últimos ocho libros del *Paraíso perdido* contienen bellezas incomparables, la fama de Milton estaria todavía más alta si solamente se hubieran conservado los primeros cuatro que, en su opinión, habrian sido colocados por encima del nombre de Homero.

Una de las reuniones más atractivas que figuran en este *memorandum* fué la tenida un cierto día, veinticinco años después en que Hallam y Milman y Macaulay se ocuparon de clasificar por orden de valor las obras griegas y las de los dramaturgos elizabethanos. Debe recordarse que cada uno de estos entretenimientos representa una hora de conversación muy viva y brillante, interpolada con pasajes elegidos del escritor cuyos méritos se cuestionan, recitados como recitan la poesía hombres que leen sin esfuerzo y admiran sin

(1) Al mes siguiente tuvo lugar allí un almuerzo á que asistió el obispo de Oxford. «Extremadamente agradable—escribe lord Carlisle—y podía haberlo sido todavía más porque hubo allí mucha tendencia á hablar muy alto y todos á la vez.» En esta ocasión contó Macaulay una historia de un profeta francés del siglo xvii que se presentó al tribunal de la corte de la reina anunciando que el Espíritu Santo le enviaba á él á ordenar á lord Holt penetrarse *nolle prosequi*.—Si—dijo lord Holt—el Espíritu Santo ha necesitado *nolle prosequi* podía haberle rogado á usted que acudiese al procurador general. El Espíritu Santo sabe que yo no puedo penetrar *nolle prosequi*, pero hay una cosa que puedo hacer, y es arrojar un bribón por los pies, y al instante lo mandó prender.

lante de ellos. Consideraba la primera parte del *Enrique IV* del Shakespeare el mejor juguete cómico, luego la segunda parte, después las *Doce noches*; pero las obras de Shakespeare no pueden ser clasificadas en tragedias y dramas. Se habló también del drama *Isabel*, la forma más elevada de composición que él puede concebir para representar la vida como es.

Febrero 14, 1852.—Comida en casa de Mr. de Drummond, Trevelyan, Strutt, Tordes, Merivales, Macaulay. Fué muy agradable. Macaulay y Mr. Strutt, ambos confiesan al doctor Johnson haber experimentado algunas veces al andar la necesidad de pisar siempre en medio de las piedras del pavimento. Yo he temido en ocasiones esto mismo muy fuertemente.

Macaulay dijo que le habria gustado vivir en Londres un día en cada siglo desde el tiempo de los romanos á la fecha, pero que si le daban á elegir entre esta facultad y la de poderlo hacer en las centurias que sigan á la nuestra hasta la décimoctava, preferiria esto último.

Convínimos todos en que nunca ha habido un periodo de treinta años como el de estos últimos en que tantos progresos hayan hecho en las artes mecánicas, á lo que añadió Macaulay, que para él la imprenta era un descubrimiento más grande aún que el de la aplicación del vapor, por más que haya sido tan rápido en resultados visibles. Nos habló de dos cartas que habia recibido de América: una de un tal Mr. Crump ofreciéndole 500 dollars si introducía su nombre en su Historia; otra de la Sociedad de jóvenes filósofos de Nueva York que comenzaba: «Es posible que nuestra fama no haya cruzado el Atlántico.»

Mayo 4.—Comida en el Club, tan agradable como selecta. La conversación me hace recordar que lord

Aberdeen y yo consideramos el *Macbeth* como la obra principal de Shakespeare. Concurre lord Landsdowne. Macaulay piensa si podrá ser esto debido en parte á nuestros recuerdos de Mr. Siddons. Se inclina mucho á colocar las obras de Shakespeare por orden de valor literario, así: *Otelo*, *Lear*, *Macbeth*, *Hamlet* (1).

Noviembre 29.—Almuerzo con Macaulay. Cree que aunque los últimos ocho libros del *Paraíso perdido* contienen bellezas incomparables, la fama de Milton estaria todavía más alta si solamente se hubieran conservado los primeros cuatro que, en su opinión, habrian sido colocados por encima del nombre de Homero.

Una de las reuniones más atractivas que figuran en este *memorandum* fué la tenida un cierto día, veinticinco años después en que Hallam y Milman y Macaulay se ocuparon de clasificar por orden de valor las obras griegas y las de los dramaturgos elizabethanos. Debe recordarse que cada uno de estos entretenimientos representa una hora de conversación muy viva y brillante, interpolada con pasajes elegidos del escritor cuyos méritos se cuestionan, recitados como recitan la poesía hombres que leen sin esfuerzo y admiran sin

(1) Al mes siguiente tuvo lugar allí un almuerzo á que asistió el obispo de Oxford. «Extremadamente agradable—escribe lord Carlisle—y podía haberlo sido todavía más porque hubo allí mucha tendencia á hablar muy alto y todos á la vez.» En esta ocasión contó Macaulay una historia de un profeta francés del siglo xvii que se presentó al tribunal de la corte de la reina anunciando que el Espíritu Santo le enviaba á él á ordenar á lord Holt penetrarse *nolle prosequi*.—Si—dijo lord Holt—el Espíritu Santo ha necesitado *nolle prosequi* podía haberle rogado á usted que acudiese al procurador general. El Espíritu Santo sabe que yo no puedo penetrar *nolle prosequi*, pero hay una cosa que puedo hacer, y es arrojar un bribón por los pies, y al instante lo mandó prender.

afectación. «Cuando yo alabo un autor—acostumbraba á decir Macaulay—me gusta dar un ejemplo de su trabajo.» Generalmente, el ejemplo elegido era de los más favorables al autor. Tenía una vista tan perspicaz para reconocer aquello que sería de efecto literario, tan agradecido era para cualquier libro que le hubiese agradado aunque no hubiera sido más que por un momento, que escogía y retenía para siempre en su memoria lo que acaso era la única parte ó únicos versos bien hechos que podían citarse de todo el libro (1). Una historia epigramática extractada de alguna memoria llena de hojarasca del siglo pasado, y repetida en sus propias palabras—un remiendo de púrpura de algún sermón ó tratado político de tercer orden, tejido en la brillante fábrica de su conversación con aquel arte que en este caso era una segunda naturaleza—han tentado frecuentemente á sus jóvenes oyentes á recorrer volumen tras volumen de un trabajo prosaico ó locuaz, en el que un buen párrafo era tan raro como una cuchara de plata en un montón de polvo.

Cualesquiera que sean las faltas que puedan encontrarse en el modo de accionar de Macaulay como orador, su aspecto y modo de colocarse en la conversación eran de singular efecto. Sentado derecho, con las manos descansando sobre los brazos del sillón ó

(1) «Mi padre—decía Sara Coleridge—tiene un don especial de posesionarse de la única cosa brillante que haya en una materia tonta y aburrida. Yo recuerdo una gran campánula que crece en un bosque en Keswick; dos ó tres iguales encontré en mi país durante los días de mi excursión buscando flores. Así como nosotros presentamos una de éstas como ejemplo de campanillas azules del alegre Cumberland, ó una ó dos primaveras que pueden encontrarse entre una multitud de otras en una pradera del Somertelshire, como ejemplares de flores del campo, así él da estos extractos para probar lo que el escritor puede producir.»

cogidos al puño de su bastón—fruncidas sus grandes cejas si el asunto había sido objeto de largas meditaciones por su parte, mientras daba sus paseos acostumbrados, ó despejadas dejando libre la frente si se le ocurría algún pasaje de humor—sus formas macizas y noble mirada que armonizaba perfectamente con los sentimientos varonilmente sagaces que manifestaba en su voz sonora y agradable y en su lenguaje fuerte y admirablemente inteligible. Para ganar el ánimo de sus oyentes jamás necesitó emplear amañíos y pensar dobleces, para los cuales no hubiese tenido tiempo. Y con todo su ardor y toda su fuerza y energía de convicción, era tan verdaderamente considerado hacia los otros, tan delicadamente cortés, con la cortesía que está en la esencia del ser y no solamente en las maneras. Por fogoso que hubiera sido el debate y prolongada la sesión, nadie tuvo jamás razones personales para pedirle ni una sola palabra de retractación ó una mirada ó tono para suavizar lo dicho. Durante la guerra de los cafres, cuando nosotros llevábamos la peor parte, abrió un día la puerta de la calle para pasear hacia Westbourne Terrace.—«Los negros están fugitivos», dijo su compañero.—«Desearía que estuvieran en el Africa del Sur», fué su contestación inmediata. Un domingo por la tarde que su familia se hallaba empeñada en la discusión de un nuevo teniente cura, uno de los niños preguntó si el reverendo señor había recibido siempre una certificación.—«Me gusta, hijo mío, dijo Macaulay, que no quieras poner bozal al buey que pisa fuera del grano.» Algunas veces gustaba de dar forma epigramática á su pensamiento. «Me llama usted liberal—decía—porque en estos tiempos sirvo bajo esta bandera; pero le advierto que me opongo á la abolición de los ejércitos per-

manentes, á la de la pena capital y á la destrucción de la Iglesia nacional; en una palabra, yo defiendo la guerra, la horca y los establecimientos religiosos.»

Estuvo casi á punto de aceptar un amistoso desafío en un hecho de memoria. Un día, en la sala de consejo del Museo británico, Sir David Dundas veía en la mano de lord Aberdeen una porción de pliegos cubiertos con escritura dispuesta en tres columnas paralelas de cuatro páginas cada uno de ellos. Este documento, cuya tinta estaba aún fresca, pretendía ser una lista completa de los antiguos oradores que estaban registrados en el calendario de la Universidad. En otra ocasión, Sir David preguntaba:—«Macaulay, ¿tiene usted conocimiento de los Papas?» «No, fué la respuesta, porque cometo errores en los Inocentes.»—«¿Pero puede usted decir los arzobispos de Canterbury?»—«Cualquiera, dijo Macaulay, puede decirlos partiendo de los modernos hacia atrás», y comenzó la relación, deteniéndose solamente en uno, para hacer notar la particularidad de haber existido un arzobispo, Saneroff, y un arzobispo, Bancroft, hasta que sir David le detuvo en Cranmer (1).

Rara vez intentó Macaulay extender el círculo de sus amigos y relaciones. Su disgusto por las relaciones y amistades que nacen casualmente en los salones de Londres aumentó en él con los años. Opinaba como Casaubou en su vejez, y quería ser precabido en esto, porque un hombre no puede vivir con los holgazanes y con las Musas juntamente. «Era muy propenso—

(1) Macaulay estaba orgulloso de su buena memoria, y simpatizaba poco con las gentes que afectaban tenerla mala. En una nota marginal en uno de sus libros reflexiona acerca de esta forma no rara de desprecio propio: «Ellos parece que razonan así: A mayor memoria, menor invención.»

dice lady Trebelyan—á aburrirse en medio de la gente, hallándose en las mejores y más agradables casas. Tenía que hacer un esfuerzo para comer fuera de la suya, y pocas personas de aquellas que tratándole con más intimidad, gozaban de su conversación, podían convencerse de que le gustase más bien quedarse en su casa trabajando mucho; me costaba trabajo obligarle á aceptar invitaciones, con objeto, muchas veces, de evitar que siguiese vegetando en reclusión. Pero aunque le molestaba tan fácilmente la sociedad en general, jamás se aburría cuando estaba solo ó con aquellas personas que quería. Muchas personas gustan de los niños, pero él era la única que he conocido que nunca se cansara de estar con ellos. Muchas veces venía á nuestra casa, en Clapham ó en Westbourne Terrace, inmediatamente después de almorzar, y no encontrándome, se pasaba toda la mañana charlando con ellos, y después de tomar conmigo el *lunch* se llevaba á Margarita á dar un paseo por la City que duraba toda la tarde. Estos días eran casi siempre notados en su diario como los más felices.»

No hay exageración en todo lo que se diga acerca del placer que Macaulay experimentaba en el trato con los niños, entregándose á ellos. Era para ellos y por encima de toda comparación, el mejor compañero de juego, y no tenía rival en la invención de juegos, que nunca se cansaba de repetir. Poseía un repertorio inagotable de pequeños dramas para entretenimiento de sus sobrinos, en los que hacía una porción de papeles con un conocimiento que en todas ocasiones era suficiente para entretener á su auditorio. Un antiguo amigo de la familia escribía á mi hermana lady Hollad: «Me acuerdo muy bien de un drama, cuyas decoraciones se construían con periódicos detrás

del sofá, en que figuraban ladrones y tigres: chillaba usted llena de terror, pero enteramente fascinada, y le pedía que repitiera otra vez; y él repetía su observación diaria que, después de todo, los niños eran los únicos poetas verdaderos.

Cuando se hablaba lejos de sus pequeños compañeros, se consolaba, y los consolaba por el mutuo cambio de largas cartas. La primera en fecha de las que él escribió, comienza como sigue:

Septiembre 15, 1842.

Mi querida Baba (1): Muchas gracias por tu linda carta. Estoy contento siempre que veo feliz á mi niñita y nada me alegra tanto como saber que te gustan los libros. Cuando tengas más edad estoy seguro de que los encontrarás mejores que todas las tortas, bollos, juguetes, juegos y vistas del mundo. Si alguien pudiera darme las cosas generalmente más estimadas, como palacios y jardines, abundantes y buenas comidas y vinos, bellos coches y vestidos bonitos, con un ciento de criados, á condición de que yo no había de leer, no aceptaría nada de esto, quiero más bien ser un pobre hombre en una guardilla con plenitud de libros que un rey poderoso á quien no le guste leer.

Escribía cinco años más tarde: «Debo comenzar tarde ó temprano á llamarte Margarita, y estoy ya haciendo mis buenos propósitos de llevarlo á cabo, pero que los quebranto enseguida. No quiero dilatarlo para más tarde, porque

(1) Baba era nombre familiar de su sobrina Margarita, derivado del de su nodriza inda.

La tardanza es el ladrón del tiempo

que dice el doctor Young, quien también añade:

Sé prudente hoy. «Es locura diferir.»

Y

El día siguiente aboga por el precedente.

Que es como decir que si no tengo cuidado seguiré llamando Baba á mi querida niña hasta que tenga la edad de su mamá y una docena de Babas suyas. Por esto desde hoy te llamaré «Margarita». Me gustaría veros á ti y á la tía Fanny en Broadstairs, pero me temo que no pueda ser. Tu tía me ruega que trampee la asistencia al consejo de Chelsea, pero yo permanezco en Inglaterra principalmente para asistir á él. Cuando se haya cerrado el Parlamento, no me queda otro deber que cumplir, por el cual me dan dos mil cuatrocientas libras al año. Debemos tener alguna conciencia.»

«El día de San Miguel quisiera, y tengo esperanza de ello, que nos hallase á todos en Clapham alrededor de un hermoso ganso bien preparado. Necesitaré recordar el bello himno *Pusserpta al día de San Miguel*. Es gran favorito de todos los tractugianos. Alice y tú podéis aprenderlo. Comienza así:

No obstante el ceño cuáquero; no obstante los alaridos baptistas;  
no obstante la ira de Brethren de P. Cymonth,  
los hombres de iglesia se regocijan hoy  
con salsa de manzanas, cebollas y salvia.

Ocupando al cuchillo y al tenedor, sacando el corcho,  
y teniendo en la mano la botella,  
por cada trozo de ganso tomaré  
una copita llena de brandy.



¿No es esto bueno? Admiro al autor, quienquiera que pueda ser: no creo que sea Newman, porque la canción es anterior á él; quizá sea el obispo Wilberforce.

La carta siguiente está en un tono grave como convenia al corresponsal de una señorita que tenia que pasar ya tan sólo dos años en los salones de la escuela.

Octubre 14 de 1851.

Querida Margarita: Me dices cuánto te gusta el *Maria Estuardo*, de Schiller. No es una de mis obras favoritas; la coloco la cuarta entre las mejores del mismo autor, de este modo: *Wallenstein*, *Guillermo Tell*, *Don Carlos*, *Maria Estuardo*, la *Doncella de Orleans*. Después de un gran intervalo coloco *La Novia de Messina*; y después de ésta, y á una gran distancia, *Fieschi*. *Intriga y Amor* jamás conseguí terminarla. *Los Bandidos* son un mero delirio de muchacho de la escuela, indigno de una crítica seria, pero que no está desprovisto de algunos detalles de vigor mental, y que necesita leerse con mucha atención y estudio. Pero aunque no pongo á *Maria Estuardo* en el lugar más alto entre las obras de Schiller, creo que la escena en *Fotheringay*, en el quinto acto, iguala á cualquier otra de las mejores que él ha escrito, realmente igual á lo mejor que en obras dramáticas se haya producido en Europa desde Shakespeare. Tengo esperanza de que sentirás la verdad y belleza admirables de aquella parte de la obra.

No puedo convenir contigo en admirar á *Sintram*. Hay una edad en que estamos dispuestos á pensar que cualquier cosa rara y extravagante es grande. A esa

edad somos dominados por oradores tales como Irving, por pintores como Fuseli, por juguetes como *Los Bandidos*, y novelas como *Sintram*. Vienen después tiempos mejores, cuando damos todos los mamarrachos de Fuseli por unos niñitos de Reynol y todos los diálogos de *Sintram* con la muerte y el diablo por un discurso de Mrs. Norris ó miss Bates. Dime, no obstante, como de pasada y verdaderamente lo que tú piensas de *Sintram*.

Ayer he visto una descripción mía en un escrito de Nueva York. Dice el autor que soy un hombre corpulento, con ojos castaños; que siempre me paseo con un paraguas, que algunas veces sacudo contra el suelo; que como generalmente en el café de Trafalgar, donde una vez me ha visto romper una botella, pero que yo no dije nada para no avergonzarme de mi torpeza, y pedí mi cuenta con tanta tranquilidad como si nada hubiese sucedido. No me acuerdo de tal acontecimiento, pero si tuvo lugar, no creo que me privara del dominio de mí mismo. Esta es la fama y la ventaja de figurar en el mundo.

Esta ha sido la última semana de la gran Exposición, y me da pena recordar nuestros muchos y muy felices paseos por allí. Mañana iré á la ceremonia final y trataré de oír la acción de gracias del obispo de Londres, á la que me uniré cordialmente. Este será recordado durante mucho tiempo como un año feliz, de paz, abundancia, buenas esperanzas, placeres inocentes y gloria nacional de la clase mejor y más pura.

He mandado buscar un *Schiller* para ti; está en poder del encuadernador, y espero que esté listo antes de tu vuelta.

Siempre tuyo,

T. B. MACAULAY.

¿No es esto bueno? Admiro al autor, quienquiera que pueda ser: no creo que sea Newman, porque la canción es anterior á él; quizá sea el obispo Wilberforce.

La carta siguiente está en un tono grave como convenia al corresponsal de una señorita que tenia que pasar ya tan sólo dos años en los salones de la escuela.

Octubre 14 de 1851.

Querida Margarita: Me dices cuánto te gusta el *Maria Estuardo*, de Schiller. No es una de mis obras favoritas; la coloco la cuarta entre las mejores del mismo autor, de este modo: *Wallenstein*, *Guillermo Tell*, *Don Carlos*, *Maria Estuardo*, la *Doncella de Orleans*. Después de un gran intervalo coloco *La Novia de Messina*; y después de ésta, y á una gran distancia, *Fieschi*. *Intriga y Amor* jamás conseguí terminarla. *Los Bandidos* son un mero delirio de muchacho de la escuela, indigno de una crítica seria, pero que no está desprovisto de algunos detalles de vigor mental, y que necesita leerse con mucha atención y estudio. Pero aunque no pongo á *Maria Estuardo* en el lugar más alto entre las obras de Schiller, creo que la escena en *Fotheringay*, en el quinto acto, iguala á cualquier otra de las mejores que él ha escrito, realmente igual á lo mejor que en obras dramáticas se haya producido en Europa desde Shakespeare. Tengo esperanza de que sentirás la verdad y belleza admirables de aquella parte de la obra.

No puedo convenir contigo en admirar á *Sintram*. Hay una edad en que estamos dispuestos á pensar que cualquier cosa rara y extravagante es grande. A esa

edad somos dominados por oradores tales como Irving, por pintores como Fuseli, por juguetes como *Los Bandidos*, y novelas como *Sintram*. Vienen después tiempos mejores, cuando damos todos los mamarrachos de Fuseli por unos niñitos de Reynol y todos los diálogos de *Sintram* con la muerte y el diablo por un discurso de Mrs. Norris ó miss Bates. Dime, no obstante, como de pasada y verdaderamente lo que tú piensas de *Sintram*.

Ayer he visto una descripción mía en un escrito de Nueva York. Dice el autor que soy un hombre corpulento, con ojos castaños; que siempre me paseo con un paraguas, que algunas veces sacudo contra el suelo; que como generalmente en el café de Trafalgar, donde una vez me ha visto romper una botella, pero que yo no dije nada para no avergonzarme de mi torpeza, y pedí mi cuenta con tanta tranquilidad como si nada hubiese sucedido. No me acuerdo de tal acontecimiento, pero si tuvo lugar, no creo que me privara del dominio de mí mismo. Esta es la fama y la ventaja de figurar en el mundo.

Esta ha sido la última semana de la gran Exposición, y me da pena recordar nuestros muchos y muy felices paseos por allí. Mañana iré á la ceremonia final y trataré de oír la acción de gracias del obispo de Londres, á la que me uniré cordialmente. Este será recordado durante mucho tiempo como un año feliz, de paz, abundancia, buenas esperanzas, placeres inocentes y gloria nacional de la clase mejor y más pura.

He mandado buscar un *Schiller* para ti; está en poder del encuadernador, y espero que esté listo antes de tu vuelta.

Siempre tuyo,

T. B. MACAULAY.

Su estilo poético, no menos que el epistolar, estaba cuidadosamente adaptado á la edad y entendimiento de aquellos á quienes se dirigía. Algunas de sus obras en verso son casi modelos de lírica de nodriza. De cinco á diez estancias de longitud, cada palabra cuidadosamente comenzada con letras mayúsculas—del modo que más se acomoda á la vista de su lector que no está muy seguro en las letras pequeñas—son realmente poemas para niños y no aspiran á ser más. No contienen ninguno de estos golpes de sátira y alusiones á los principios y personajes del día, mediante los que los autores de lo que ahora se llama literatura juvenil, tan frecuentemente llegan á probar que son malos para cualquier otra cosa mejor que la tarea que han emprendido. Pero esta verdadera ausencia de pretensiones, que es el mérito especial de estos juguetes, los hace indignos de ocupar un lugar en un libro consagrado á lectores que ya no están creciendo. Habrá, sin embargo, pocas gentes pequeñas de tres á cinco años que no tengan cuidado de oír como

Había una vez cierta delicada niñita,  
Con una cara de rosa muy fina  
Ella siempre decía «Padre nuestro»,  
Y ella siempre decía su gracia.

y consideren como el premio de su buen proceder militar á los que

Llevaban las morenas patatas,  
Y picada ternera, tierna y caliente  
Y un buen pudding de pan  
Todo humeante en la marmita.

Y aún habrá muchos menos que sean indiferentes á la suerte que cupo á dos muchachos que hablaban en la iglesia, cuando

El Pertiguero cogió su buen palo grande,  
Más grueso que el pulgar del tío,  
¡Oh, qué miedo les dió á aquellos muchachos  
Ver el Pertiguero venir!  
Y aquellos fueron arrojados de la iglesia  
Y fueron vigorosamente apaleados:  
Y aquellos dos perversos y malvados muchachos  
Fueron gritando por la calle.

Todas estas rimas escritas ó improvisadas le valieron el crédito de poeta juicioso. La gravedad que con él sostenía la ilusión inocente fué demasiado para los niños, más de una mitad de los cuales creían en la existencia de un escritor cuyos trabajos buscaban en vano por las librerías; aunque su fe era debilitada de cuando en cuando por la casi milagrosa aparición de una cita en la circunstancia más inesperada.

El día de San Valentín le pidieron sus sobrinos la anual contribución de versos, no obstante creerlas él de demasiada edad para cuidarse de versos que él consideraba que estaban al mismo nivel que los del campanero, pero que ciertamente eran tan buenos y probablemente mejores que muchos del estilo pastoral que se han escrito durante las dos últimas centurias.

La ternura con que Macaulay miraba los niños, está casi emparentada con aquella del gran escritor á quien debemos la muerte del pequeño Pablo, y la reunión de los muchachos de la escuela y su madre en el capítulo VIII del *David Copperfield*. «¿Ha visto usted el primer capítulo de *Dombey*?» escribía Macaulay. «No hay mucho en él, pero hay un pasaje que me hace gritar como si se me rompiese el corazón. Es la descripción de una niña que ha perdido una madre cariñosa, y es inhumanamente tratada por todo el mundo.

Imágenes de tal naturaleza casi me dominan, aun cuando el artista sea menos diestro que Dickens.» A decir verdad, la extrema sensibilidad de Macaulay para todo lo que se refiriese al sentimiento de piedad, fuese en el arte ó en la naturaleza, fué una causa no pequeña de incomodidades para él (1). Le conmovían tanto la representación de las escenas aflictivas que iba de muy mala gana al teatro, porque durante su estancia en Cambridge había entretenido una apasionada aunque sobresaliente tontería (2). Yo recuerdo bien cómo durante la ejecución de *Caras y Caretas*, las desgracias de aquel desgraciado autor y su pobre familia, viviendo en una guardilla de Grub Street, destruyó enteramente el placer que de otra manera habría disfrutado con la admirable representación de Mrs. Stirling. Y era afectado más difícilmente por las lágrimas que nacían de lo sublime que por las que procedían de lo melancólico y patético. En Agosto de 1851 escribía desde Malvern á su sobrina Margarita: «He concluido la *Iliada* hoy. No la había vuelto á leer desde el final del año 1837, cuando estaba en Calcuta, y cuando me llamabas con tanta frecuencia fuera de mi estudio para enseñarme tus pinturas y dar de comer al cuervo. Jamás he admirado tanto mis antiguos compañeros ni me conmovieron tanto. ¡Qué

(1) Abril 17, 1858. En el *Times* de esta mañana venía la relación del suicidio de una pobre muchacha que ha destrozado completamente mi corazón. No puedo desechar esto de mi pensamiento, y comienzo á gritar cuando pienso en ello.»

(2) Yo recuerdo haber oído á Macaulay describir la admiración y delicia con que, durante unas largas vacaciones pasadas en la universidad, vió la primera representación ejecutada por una compañía volante en el Barnwell Theatre.—«¿No había usted ido á ninguna representación de muchacho? preguntó alguno que estaba presente.—No, dijo él. Según la estrechez de secta de nuestra religión, yo había sido criado como un fariseo.

puede compararse á este privilegio del genio! Leo los últimos cinco libros durante mi paseo de hoy, y al fin me veo obligado á meterme por una senda, por miedo á que los paseantes pudieran verme llorar por entes imaginarios, creaciones de un hacedor de cantares, muerto hace dos mil setenta años. ¿Qué son el poder y la gloria de Alejandro al lado de esto? Puede asegurarse que los habitantes de Monomotapa lloraran sobre escritos de un Anno Domini 4551!»

Macaulay estaba tan exento de egoísmo y exigía tan pocas deferencias y atenciones de aquellos con quienes vivía, que los jóvenes que estaban á su alrededor se hallaban en una ilusión que es muy agradable deshacer ahora. Se pasó mucho tiempo, pero mucho tiempo, antes que nosotros descubriéramos que el mundo se ocupaba mucho de un hombre que pensaba tan poco en sí mismo. Recuerdo haber dicho á mis compañeros de escuela, que tenía un tío que había publicado una *Historia de Inglaterra* en dos volúmenes, cada uno de los cuales contenía 650 páginas; pero jamás cruzó por mi imaginación que pudiera tener nada de particular que le distinguiese si no era su tamaño. Conforme pasaban los años, me parecía extraño y poco natural oírles hablar de él como de un gran hombre; y nosotros lentamente y casi á la fuerza despertamos á la convicción de que el «tío Tom» era más listo y de mejor carácter que sus vecinos.

Entre otros gustos que tenía Macaulay en común con los niños, era una gran avidez por ver vistas y cosas de lejanos países.—¿Qué dice usted, preguntaba á Mr. Ellis, de una visita al Museo chino? Es de lo más interesante y curioso que yo conozco. Si á usted le gusta el plan, yo le llamaré á las cuatro. ¿O quiere usted llamarme á mí? Yo estaré á mitad de camino

entre el Temple y la admiración del Imperio celestial. Otra vez añadía: Tratamos al Clifton Zoo con demasiado desdén. Yo holgazaneo allí y encuentro que aquello vale más de los seis peniques que me cuesta el entretenimiento. Después del almuerzo voy á la torre, escribe él en su diario de 1839. «He hallado grandes cambios. Los animales salvajes han desaparecido todos. El Jardín Zoológico se ha reducido á tener patios empedrados y jaulas estrechas y oscuras completamente fuera de moda. Yo me alegro por los tigres y leopardos.»

Nunca era tan feliz como cuando podía emplear una tarde en buscar sus sobrinos de ambos sexos y llevárselos por los alrededores de Londres; hasta que, para usar su expresión favorita, hasta que no pudiesen arrastrar una pierna tras de otra. Muchas veces nos hacía recorrer el paseo que él daba dos veces por semana. En estas ocasiones nos llevaba á Londres, dándonos una suntuosa comida al mediodía, en la que todas aquellas cosas que nos gustaban más estaban acompañadas de ostras, caviar y aceitunas, algunas de cuyas delicadezas hacía poner invariablemente con el único objeto de vernoslas rechazar con desdén y disgusto. Otras nos llevaba en verano á ver los osos y leones y en invierno al panorama de Waterlloo, al Coliseum en Regenti Park, ó á gozar con el delicioso terror que nos inspiraba la Cámara de los Horrores de Mad. Tusand. Cuando las exhibiciones más atractivas se habían agotado por visitas demasiado frecuentes, animaba con sus chanzas no reprimidas la triste limpieza y arreglo de la politécnica ó nos llevaba por los elevados corredores del Museo británico haciendo vivir las estatuas y hablar los bustos con el espíritu y calor de sus innumerables anécdotas para-

fraseadas de las páginas de Plutarco y Suetonio. Una de estas expediciones está descrita en una carta á mi madre en Enero de 1845. «Fanni ha traído á Jorge y Margarita, con Carlos Cropper, á Albani, ayer á la una. Les di algo de comer: ave, jamón, tuétano de hueso, torta, helado, aceitunas y champagne. Yo hallaba dificultad en encontrar algún sitio donde llevar á los niños. Los llevé al cabo á la galería nacional y estuve excesivamente entretenido con los aires de inteligentes que se daban Carlos y Margarita, y con el cansancio honestamente declarado de Jorge.» «Déjanos ir, aquí no hay nada que me importe.» Y cuando los puse en el coche, dijo medio regañando:—«Yo no llamo á esto ver cosas bonitas; hoy no he visto nada que me guste. Muchos hombres que han gastado treinta mil libras en pinturas, si dijieran la verdad, reconocerían que les importa tan poco el arte como al pobre Jorge.»

Regularmente cada Pascua de Resurrección, cuando la clausura de las oficinas públicas libraban á mi padre de la Tesorería por unos breves días de fiesta, Macaulay llevaba á nuestra familia á hacer una corta expedición por las ciudades que tienen catedral, variando la excursión con la visita de las universidades que había en el camino. La emprendíamos el Jueves Santo; empleábamos el Viernes Santo en una ciudad y el Sábado de Resurrección en otra, y regresábamos á nuestra casa el lunes. Este año eran Gloucester y Worcester, el siguiente York, Lincoln y en otros sucesivos Lichfield y Chester, Norwich y Peterborough, Ely y Cambridge, Salisbury y Winchester. Ahora y entonces la rutina se interrumpía con una vuelta á París ó á las grandes iglesias del Loire; así es que en el transcurso de veinte años hemos inspeccionado por lo

menos una vez todas las catedrales de Inglaterra ó para decir verdad de Inglaterra y Gales, porque nosotros llevábamos nuestras investigaciones en cuanto á la arquitectura eclesiástica hasta Bangor. «Nuestra partida llena exactamente un coche del ferrocarril—dice lady Trevelyan—y la jornada se lleva á cabo en muy buen estado de espíritu. Es un recuerdo á los antiguos tiempos; una brillante serie de bromas, versos, chistes, que no cesan jamás. Esto tiene una particularidad, y es que nunca se llega uno á cansar en el viaje. Como empleamos el día viendo y haciendo, no sentimos ganas de quedarnos quietos, y á él le gusta hallar á sus compañeros dispuestos á entretenerse hasta lo último.»

Cualquiera que lea la relación de Norwick y Bristol en el tercer capítulo, ó la del colegio de la Magdalena en el octavo, de la Historia, puede formarse idea de los méritos de Macaulay como guía en una vieja capital de provincia inglesa. Pasear con él alrededor de las murallas de York, ó á través del Rows de Chester; contemplar las torres de Lichfield desde el lugar donde lord Brook recibió su herida mortal, ó Durham desde el borde de la colina, detrás de la Cruz de Neville; oírle un discurso sobre Monmouth y el obispo Ken, bajo la bóveda del vestibulo de Longlea, ó dar rienda suelta á todas las fantasías ó reminiscencias, políticas personales é históricas que conspiran para impeler al pasado Viejo Sarum á Stonehenge, fueron privilegios que un niño no puede apreciar, que el más culto de los escolares puede envidiar.

Quando volvíamos á la fonda por la tarde, había sólo un cambio de placeres. Frecuentemente nos traducía á nuestra elección trozos escogidos de escritores griegos, latinos, italianos ó españoles, con un vigor

de lenguaje y vivacidad de acción que comunicaba á su versión repentina no pequeña parte del aire y encanto del original. Algunas veces leía de las obras de Sterne, Smollet ó Fielding aquellas escenas que podían escuchar las señoras, pero que ellas no podían aventurarse á elegir por sí mismas. Y cuando habíamos oído bastante del sitio de Cartagena en Roderico Random, ó de la muerte del teniente Le Fevre en *Tristram Shandy* pasaba á recitar versos ó ensartar rimas, ó nos divertía con algún juego inventado para la ocasión, haciendo demanda á su prodigiosa memoria. De estos juegos quedan sólo algunas trazas. Una de sus sobrinas, poco dispuesta á realizar el futuro de los individuos de su sexo, había expresado su sentimiento de no poder nunca ir á sufrir exámenes en un colegio. Macauley al instante se ofreció con placer á hacer un programa de cuestiones acerca de la divinidad, cuyo contenido ofrece una curiosa prueba de cómo los aspectos más brillantes del sectarismo inglés estaban siempre presentes en su pensamiento. La primera de las tres cuestiones era como sigue:

«Y esto es ley; Yo deseo conservar  
Hasta el día de mi muerte, Señor  
Que cualquier rey reinará  
Yo veré el Vicario de Brax, Señor.»  
«Entonces lea la epístola de Pablo,  
Vuestro débil Arminian  
No podáis hallar un pasaje  
Para sostener vuestra opinión.»  
«Quando los mozos de los pueblos tan alegremente ¡ah!  
Tocan sus panderos, yo te conduzco lejos.  
Y en verdad, en verdad, en verdad, ¡ah!  
Tú y yo deseamos ser los primeros en la multitud.»

¿A qué sectas pertenecen las tres personas que ex-

presan sus sentimientos en los tres pasajes acabados de citar? ¿Hay en el tercer pasaje alguna variación con respecto á lo que se acostumbra en la secta á que se hace referencia? ¿Cuál de aquellas tres sectas prefieres? ¿Cuál de las tres guarda estrecha semejanza con el Papado? ¿Dónde está Bray? ¿A través de qué reinos se extiende la vida política del Vicario de Bray?

2. Definanse las palabras «saltador», «temblador», «pedante».

3. Trasladar el pasaje siguiente á dialecto cuáquero: «Sir Eduardo Ryan y usted almorzarán conmigo el viernes, 11 de Diciembre.»

De igual manera que otros hombres que juegan con su voluntad y que trabajan con su propósito, Macaulay era muy cauto de la distinción entre trabajo y juego. No llevó nunca á cabo las ocupaciones de su vida por esfuerzos irregulares ó en los dichosos momentos de una febril inspiración. Las gentes han discutido y aún pueden seguir discutiendo si su fama es ó no merecida; pero no hay nadie que habiendo escrito libros pueda dudar que de todos modos consiguió su fin. Tómense al azar—dice Tacqueray—tres páginas cualesquiera de los *Ensayos* ó de la *Historia*, y cualquier lector observador percibe debajo de la corriente de la narración una, dos, tres, una media veintena de alusiones ú otros hechos históricos, caracteres, literatura, poesía, que le son familiares á aquel lector. Un vecino de aquél, que tiene su lectura propia y su pequeño capital de literatura ordenada en su mente, encuentra nuevos puntos, alusiones, toques felices, indicaciones, que le hacen á su vez admirar no tan sólo la prodigiosa memoria y vasta lectura de su maestro, sino también la admirable actividad y el honesto y humilde trabajo previo de aquel gran estudiante. Ha leído veinte libros para es-

cribir una sentencia; recorre un ciento de millas para hacer una descripción.

Que esta alabanza, aunque elevada, no fué excesiva, está ampliamente demostrado por aquella parte de los escritos de Macaulay que se refieren al periodo en que tenía su historia en curso de preparación. La justicia exige que, aun á riesgo de parecer pesado, se dé una muestra del escrupuloso cuidado y gran energía con que él practicaba sus investigaciones.

Julio 17, 1848.

Querido Ellis: Muchas gracias por su benevolencia. Le ruego haga conocer al doctor Hook, cuando tenga usted una oportunidad, cuán obligado le estoy (1). Los datos que me ha proporcionado (me apesadumbra decirlo), no son de tal exactitud que yo pueda usarlos, pero usted no necesita decirselo. Estoy convencido de que ha padecido alguna equivocación; porque él me envía una parte de los entierros en Leeds en 1685, y con todo, el número es doble que el de los entierros de Manchester en el mismo año. Si las reglas ordinarias de cálculo se aplican á estos datos, hallamos que Leeds debía en 1685 haber contenido 16.000 almas ó cosa así. Ahora, al comienzo de la guerra americana, Leeds contenía sólo 16.000, según consta de una carta del mismo doctor Hook. Nadie puede suponer que allí no hubiera aumento de población desde 1685 á 1775. Por otra parte, ni York ni Exeter contenían 16.000 habitantes en 1685, y nadie que conozca el estado de las cosas en aquel tiempo puede creer que Leeds fuese una ciudad más grande que York y Exeter. Por tanto, se

(1) Mr. Ellis era registrador de Leeds y el doctor Hook su sustituto.

presan sus sentimientos en los tres pasajes acabados de citar? ¿Hay en el tercer pasaje alguna variación con respecto á lo que se acostumbra en la secta á que se hace referencia? ¿Cuál de aquellas tres sectas prefieres? ¿Cuál de las tres guarda estrecha semejanza con el Papado? ¿Dónde está Bray? ¿A través de qué reinos se extiende la vida política del Vicario de Bray?

2. Defínanse las palabras «saltador», «temblador», «pedante».

3. Trasladar el pasaje siguiente á dialecto cuáquero: «Sir Eduardo Ryan y usted almorzarán conmigo el viernes, 11 de Diciembre.»

De igual manera que otros hombres que juegan con su voluntad y que trabajan con su propósito, Macaulay era muy cauto de la distinción entre trabajo y juego. No llevó nunca á cabo las ocupaciones de su vida por esfuerzos irregulares ó en los dichosos momentos de una febril inspiración. Las gentes han discutido y aún pueden seguir discutiendo si su fama es ó no merecida; pero no hay nadie que habiendo escrito libros pueda dudar que de todos modos consiguió su fin. Tómense al azar—dice Tacqueray—tres páginas cualesquiera de los *Ensayos* ó de la *Historia*, y cualquier lector observador percibe debajo de la corriente de la narración una, dos, tres, una media veintena de alusiones ú otros hechos históricos, caracteres, literatura, poesía, que le son familiares á aquel lector. Un vecino de aquél, que tiene su lectura propia y su pequeño capital de literatura ordenada en su mente, encuentra nuevos puntos, alusiones, toques felices, indicaciones, que le hacen á su vez admirar no tan sólo la prodigiosa memoria y vasta lectura de su maestro, sino también la admirable actividad y el honesto y humilde trabajo previo de aquel gran estudiante. Ha leído veinte libros para es-

cribir una sentencia; recorre un ciento de millas para hacer una descripción.

Que esta alabanza, aunque elevada, no fué excesiva, está ampliamente demostrado por aquella parte de los escritos de Macaulay que se refieren al periodo en que tenía su historia en curso de preparación. La justicia exige que, aun á riesgo de parecer pesado, se dé una muestra del escrupuloso cuidado y gran energía con que él practicaba sus investigaciones.

Julio 17, 1848.

Querido Ellis: Muchas gracias por su benevolencia. Le ruego haga conocer al doctor Hook, cuando tenga usted una oportunidad, cuán obligado le estoy (1). Los datos que me ha proporcionado (me apesadumbra decirlo), no son de tal exactitud que yo pueda usarlos, pero usted no necesita decirselo. Estoy convencido de que ha padecido alguna equivocación; porque él me envía una parte de los entierros en Leeds en 1685, y con todo, el número es doble que el de los entierros de Manchester en el mismo año. Si las reglas ordinarias de cálculo se aplican á estos datos, hallamos que Leeds debía en 1685 haber contenido 16.000 almas ó cosa así. Ahora, al comienzo de la guerra americana, Leeds contenía sólo 16.000, según consta de una carta del mismo doctor Hook. Nadie puede suponer que allí no hubiera aumento de población desde 1685 á 1775. Por otra parte, ni York ni Exeter contenían 16.000 habitantes en 1685, y nadie que conozca el estado de las cosas en aquel tiempo puede creer que Leeds fuese una ciudad más grande que York y Exeter. Por tanto, se

(1) Mr. Ellis era registrador de Leeds y el doctor Hook su sustituto.



ha cometido algún error ó hubo una extraordinaria mortalidad en Leeds en 1685. En un caso y otro aquellos números no tienen aplicación para mi objeto.

Siempre suyo,

T. B. M.

Julio 27, 1848.

Querido Ellis: Muchas gracias. Wardell (1) es un hombre. Da en su libro una cosa mucho mejor que una lista de entierros, que es una lista de las casas según las relaciones de los cobradores de la contribución sobre ellas. Según ella, aparece que Leeds contenía en 1663 exactamente 1.400 casas, y obsérvese que estaban incluidos todos los ayuntamientos. El número medio de habitantes en cada casa de una ciudad de provincia era, según los mejores escritores estadísticos del siglo XVII, 4,3. Si esta valuación es exacta, Leeds debía, en 1663; contener alrededor de 6.000 almas. Como creció en comercio y riqueza durante el reinado de Carlos II, bien podemos suponer que en 1685 su población estaría muy próxima á 8.000, es decir, que viene á ser la población de Manchester. Era de esperar este resultado puesto que en los autores de aquel tiempo aparecen mencionados, Manchester y Leeds como conteniendo la misma población. Pero esta misma evidencia es una demostración de que hubo algún error acerca del número de entierros, ó que el año de 1685 fué muy enfermizo, de lo que nada se puede inferir. Debía haber muerto una per-

(1) El autor de la Historia municipal de la villa de Leeds.

sona de cada tres casas dentro de los doce meses del año, mortalidad verdaderamente horrible.

Siempre suyo

T. B. MACAULAY.

Debe recordarse que estas dos cartas representan sólo una pequeña parte de las molestias que Macaulay se imponía con objeto de asegurarse de la exactitud de cinco líneas y media de impreso. Tenía, pues, derecho al sentimiento de su propia satisfacción, que, un mes más tarde, confesaba diciendo: «He trabajado y espero que no sin éxito. Mi tercer capítulo, que es la parte más difícil de mi tarea, está hecho y creo que no mal. Cualquiera que lea la descripción de la ciudad de Leeds, los seis párrafos que la preceden y los tres que la siguen puede formar un concepto de los trabajos que aquellos claros y fluidos períodos habrán costado á un autor que empleaba para puntualizar una frase, investigaciones tan concienzudas como no pueden mostrar algunos autores que hablan de Macaulay como ostentoso y superficial.

El 8 de Febrero de 1849, después de la publicación de sus dos primeros volúmenes, escribió en su diario: «Me propongo ahora cambiar el plan de mi Historia. Quiero ponerme de nuevo á estudiar la totalidad del asunto para alcanzar por la lectura y el trabajo un conocimiento completo del reinado de Guillermo. Cuento con poderme tomar unos ocho meses para hacer esto. Debo visitar Holanda, Bélgica, Escocia, Irlanda y Francia escudriñando los archivos holandeses y franceses. Yo deseo ver si está por hacer algo en otras colecciones diplomáticas. Debo ver Londonderry, Boyne, Aghrim, Limerick, Kinsale, Namur de

nuevo, Landen y Steinkirk. Debo revolver cientos y miles de escritos. Lambet y las bibliotecas Bodleiana y otras de Oxford (1), escritos acerca del Devonshire y el Museo británico deben ser revisados tomando notas, y después de esto podré volver el trabajo. Cuando los materiales estén listos y el plan de la Historia trazado en mi mente, deberé escribir con facilidad un término medio de dos de mis páginas diarias. En dos años, á contar desde que comience á escribir, tendré más que terminada mi segunda parte, y entonces me reservaré un año para retocar, pulir é imprimir, y

(1) *Octubre 2, 1854.*—Yo llamé al guardián de Todas las Almas, que es la única alma que reside allí. Estuvo conmigo sumamente atento, dándome el manuscrito del diario de Narciso Luttrell—siete gruesos volúmenes de escritura apretada—y me colocó en una sala muy confortable dejándome completamente solo. Trabajé hasta pasadas las cinco, que me fuí á paseo durante una hora y comí en una fonda leyendo el *Pathfinder*, de Cooper.

*Octubre 3.*—Voy á Todas las Almas hasta las diez, y trabajo hasta las cinco. Narciso es terriblemente ilegible en 1696. Encuentro algunas cosas curiosas. Los Jacobistas tenían un modo especial de brindar traidoramente, cojeando alrededor de la sala con vasos en sus labios:

Cojear pensando en L. Lewis XIV  
I. Jacobo  
M. María de Módena  
P. Príncipe de Gales.

*Octubre, 4.*—Fuí á Todas las Almas. A las diez me marché á la biblioteca bodleiana. Revisé los MSS. Tanner y trabajé dos ó tres horas sobre ellos. Después en los MSS. Wharton. Luego en los más notables MSS. Nairne. A las tres me echaron fuera; yo pensé que desde las diez á las tres es muy poco tiempo de tener abierta una biblioteca tan notable.

*Octubre, 5.*—Folletos en abundancia, pero folletos que puedo tener en cualquier otra parte y caigo de nuevo sobre los MSS. Nairne. Puedo entretenerme allí diez años sin tener un momento de fastidio.

esto me llevaría al otoño de 1853. Me gusta mucho este plan. Comienzo hoy con los despachos de Avaux desde Irlanda, sacados casi todos de un grueso volumen y comparada su narración con la de Jacobo. Allí hay mucho que merece decirse acerca de estos acontecimientos.»

Este programa fué fielmente llevado adelante. Vió á Glencoe con lluvia y con sol: «Sin embargo, aun con sol, ¡qué lugar es! El verdadero valle de la sombra de la muerte.» Hizo también una segunda visita á Killecrankie con el objeto especial de pasear por el antiguo camino que va por la orilla del Garry y comprobar las relaciones del templo empleado por el ejército inglés en subir el camino, que bajaron luego con más rapidez. Las notas tomadas durante sus repetidos paseos ó por los lugares donde acaecieron los acontecimientos de la guerra de Irlanda, son iguales en volumen á un artículo de primera clase en la *Quarterly Review* ó la de *Edimburgo*. Consagró cuatro páginas en folio de escritura apretada á Boyne y seis á Londonderry. Es interesante comparar la forma que cada idea toma conforme nace en su cerebro con aquella con que la presenta en el mundo. Yendo por la orilla del río desde Drogheda está la noticia de que «el país visitado era la comarca más florida de Inglaterra. Campos de cereales, jardines, bosques, se suceden sin interrupción lo mismo que en Kent y Warwickshire.» Y luego añade: «Algunas residencias, campos de trigo y trebol, hermosos árboles:—puede ser llamada una bella comarca aun en Jomersetshire.» En el capítulo XVI de la Historia, estos ligeros apuntes han sido transformados en los párrafos siguientes: «Por debajo yace un valle ahora tan rico y tan encantador que cualquier inglés que lo contemple puede imaginarse

estar en una de las regiones más favorecidas de su propio país, ya altamente favorecido. Campos de trigo, tierras cubiertas de bosque, praderas de trébol y esmaltadas de margaritas, cubren de modo suave las márgenes de Boyne.»

Macaulay pasó dos días en Londonderry y ocupó deliciosamente cada uno de sus minutos. Penetraba en todos los rincones donde se conservaba todavía algún vestigio del pasado, preguntando á cada uno de los habitantes que tenía conocimiento de alguna tradición. Recorrió los suburbios, bosquejó un plano de las calles; solo ó acompañado recorrió cuatro veces las murallas de la ciudad para hacer lo que Tucídides había hecho con Platea. Algunos extractos de las voluminosas relaciones de aquellos dos días, pueden dar idea de lo que Macaulay entendía al decir que había visto una ciudad.

*Agosto 31, 1849.*—Entrego una tarjeta al capitán Leach de la Inspección de ordenanza, y luego anduvo errante alrededor de las murallas y vió la catedral. Ha sido despojada de su carácter por los arquitectos que trataron de imitar el estilo gótico sin conocer lo que tenían á su alrededor (1). El coro, no obstante, es hermoso é interesante. Vino Leach, un oficial joven y amable, por lo que yo puedo juzgar. Doy con él una vuelta alrededor de la muralla nuevamente. El circuito es corto, puede recorrerse, me parece, en veinte minutos. Luego vamos en un coche, cruzamos el puen-

(1) Sobre la parte más alta del terreno se asienta la catedral, una iglesia que, aunque erigida cuando se había perdido ya el secreto del arte gótico, y aunque de malas condiciones para sostener una comparación con los templos respetables de la Edad Media, no deja de tener gracia y dignidad. *Historia de Inglaterra* por Macaulay, cap. XII.

te de madera, y damos un vistazo á la ciudad desde la orilla opuesta. La columna de Walker (1) está bien colocada y no es despreciable. El honrado predicador, con su aspecto espiritual, está en la cima, arregando con vehemencia y hace una figura bastante aceptable. Luego cruzamos de nuevo el río y fuimos á la sala de Botalón, llamada así á causa de uno memorable. La señora de la casa, una señora muy atenta, vino á recibirnos y funcionó de cicerone. Nos dirigimos hacia la verdadera punta donde sujeta realmente el Botalón. Está asegurado mediante una cadena que se sujeta en la tierra de la orilla, atada á una inmensa piedra. Nuestra hospitalaria guía quiso insistir en que su anillo de hierro fijo en una de las rocas había sido parte del aparato para asegurar el botalón. Me pareció un poco dudoso, pero mis dudas se trocaron bien pronto en certidumbre, porque al levantar la vista, unas cincuenta yardas más arriba, vi otro anillo asegurado á otra roca. No dije nada á la buena señora de lo que pensaba, pero tan pronto como nos hubo dejado, dije á Leach que estos anillos estaban evidentemente puestos allí con el mismo objeto de amarrar navíos. Convino conmigo y pareció admirar mi sagaz incredulidad una gran parte más de lo que merecía.»

*Sábado 1.º de Septiembre.*—Tan pronto como me

(1) «Una columna alta, que se levanta desde un bastión que resistió durante muchas semanas el esforzado fuego del enemigo, se ve á lo lejos. En lo alto está la estatua de Walker, tal como se hallaba en el último y más terrible aprieto, dando vida con su elocuencia el desmayado valor de sus hermanos. En una mano tiene la Biblia, y con la otra, que apunta hacia el río, parece dirigir la vista de su hambriento auditorio hacia las puntas de los palos de los navíos ingleses surtos en la bahía distante.»

estar en una de las regiones más favorecidas de su propio país, ya altamente favorecido. Campos de trigo, tierras cubiertas de bosque, praderas de trébol y esmaltadas de margaritas, cubren de modo suave las márgenes de Boyne.»

Macaulay pasó dos días en Londonderry y ocupó deliciosamente cada uno de sus minutos. Penetraba en todos los rincones donde se conservaba todavía algún vestigio del pasado, preguntando á cada uno de los habitantes que tenía conocimiento de alguna tradición. Recorrió los suburbios, bosquejó un plano de las calles; solo ó acompañado recorrió cuatro veces las murallas de la ciudad para hacer lo que Tucídides había hecho con Platea. Algunos extractos de las voluminosas relaciones de aquellos dos días, pueden dar idea de lo que Macaulay entendía al decir que había visto una ciudad.

*Agosto 31, 1849.*—Entrego una tarjeta al capitán Leach de la Inspección de ordenanza, y luego anduvo errante alrededor de las murallas y vió la catedral. Ha sido despojada de su carácter por los arquitectos que trataron de imitar el estilo gótico sin conocer lo que tenían á su alrededor (1). El coro, no obstante, es hermoso é interesante. Vino Leach, un oficial joven y amable, por lo que yo puedo juzgar. Doy con él una vuelta alrededor de la muralla nuevamente. El circuito es corto, puede recorrerse, me parece, en veinte minutos. Luego vamos en un coche, cruzamos el puen-

(1) Sobre la parte más alta del terreno se asienta la catedral, una iglesia que, aunque erigida cuando se había perdido ya el secreto del arte gótico, y aunque de malas condiciones para sostener una comparación con los templos respetables de la Edad Media, no deja de tener gracia y dignidad. *Historia de Inglaterra* por Macaulay, cap. XII.

te de madera, y damos un vistazo á la ciudad desde la orilla opuesta. La columna de Walker (1) está bien colocada y no es despreciable. El honrado predicador, con su aspecto espiritual, está en la cima, arregando con vehemencia y hace una figura bastante aceptable. Luego cruzamos de nuevo el río y fuimos á la sala de Botalón, llamada así á causa de uno memorable. La señora de la casa, una señora muy atenta, vino á recibirnos y funcionó de cicerone. Nos dirigimos hacia la verdadera punta donde sujeta realmente el Botalón. Está asegurado mediante una cadena que se sujeta en la tierra de la orilla, atada á una inmensa piedra. Nuestra hospitalaria guía quiso insistir en que su anillo de hierro fijo en una de las rocas había sido parte del aparato para asegurar el botalón. Me pareció un poco dudoso, pero mis dudas se trocaron bien pronto en certidumbre, porque al levantar la vista, unas cincuenta yardas más arriba, vi otro anillo asegurado á otra roca. No dije nada á la buena señora de lo que pensaba, pero tan pronto como nos hubo dejado, dije á Leach que estos anillos estaban evidentemente puestos allí con el mismo objeto de amarrar navíos. Convino conmigo y pareció admirar mi sagaz incredulidad una gran parte más de lo que merecía.»

*Sábado 1.º de Septiembre.*—Tan pronto como me

(1) «Una columna alta, que se levanta desde un bastión que resistió durante muchas semanas el esforzado fuego del enemigo, se ve á lo lejos. En lo alto está la estatua de Walker, tal como se hallaba en el último y más terrible aprieto, dando vida con su elocuencia el desmayado valor de sus hermanos. En una mano tiene la Biblia, y con la otra, que apunta hacia el río, parece dirigir la vista de su hambriento auditorio hacia las puntas de los palos de los navíos ingleses surtos en la bahía distante.»

había desayunado vino sir R. Fergusson, y paseó alrededor de las murallas conmigo. Luego me llevó á la sala de lectura, donde encontré al capitán Leach y á Mr. Gilmour, gran personaje de la localidad. Vinieron á pasearse conmigo otra vez alrededor de las murallas, con lo que las hice mi cuarta visita. Los bastiones están transformados en jardines; las antiguas piezas de artillería yacen entre las flores y los arbustos: antiguos cañones extranjeros del tiempo de Isabel y Carlos I; Roaring Meg, un regalo de los pescaderos con la fecha 1642; otra pieza de la misma fecha dada por los vinateros, y otra por los sastres. Los ciudadanos son en más alto grado celosos de la integridad de estas murallas (1). No puede proponerse ninguna mejora en la ciudad que las desfigure en lo más mínimo sin levantar una tempestad; y yo no los vitupero por esto. Cada piedra tiene algún hecho ó por lo menos alguna leyenda que se relaciona con ella. No encontré dificultad alguna en separar aquéllos de éstas. El cuadro del conjunto está grabado en mi mente y no necesito encomiar la ventaja, que esto es para trasladar aquel plano al papel.»

(1) Las murallas están cuidadosamente conservadas; ningún argumento de salud ó conveniencia creen aquellos habitantes suficiente para justificar la demolición de aquel cercado sagrado que, en los tiempos de peligro, dió refugio á su raza y á su religión. Es imposible no respetar el sentimiento indicado por estos vestigios. Es un sentimiento que pertenece á la parte más elevada y pura de la naturaleza humana y que añade más de su título á la fortaleza de los Estados. Un pueblo que no se enorgullece de los nobles hechos de sus remotos antecesores no puede jamás llevar á cabo nada digno de ser recordado por sus descendientes. Es imposible para el moralista ó el hombre de Estado ver sin la más pura complacencia las solemnidades con que Londonderry conmemora su libertad, y los honores que tributa á aquellos que la salvaron.

Con efecto, llegó á conseguir trasladarlos al papel, cuando ocupado en su Historia, una vez abandonada la fácil aunque azarosa carrera de revistero literario conservaba tales materiales según los había ido recogiendo por diversas partes, en los anaqueles de su librería en lugar de haberlos confiado tan sólo á su memoria. Los frutos de muchas largas horas pasadas entre los armarios de libros Pepysianos, los manuscritos de Althorp, ó los archivos de la guerra francesa, están guardados en una multitud de cuadernos de bolsillo de todas las formas y colores posibles. De éstos una docena se conservan todavía dispuestos á ser utilizados por alguno entre los remotos herederos de Macaulay que pueda hallarse tentado á cometer la deslealtad póstuma de publicar el libro de los lugares comunes de un gran escritor.

Su laboriosidad tuvo su premio. La extensión y exactitud de sus conocimientos le valieron las alabanzas de los eruditos y escritores que habían trabajado sobre el mismo asunto antes que él. Cada uno, en su propio terreno particular, reconoce el gran mérito del trabajo de Macaulay; y no hay testimonio tan valioso como la alabanza de un especialista ilustrado. Alabanzas tales han sido dadas por Mr. Bagehot, el editor del *Economist* en aquel delicioso tratado que hizo bajo el nombre de *Lombardo Street*. Comienza una importante sección del libro con un párrafo en que, excepto para su modestia, estoy poco inclinado á encontrar una falta. «El origen del Banco de Inglaterra ha sido contado por Macaulay, y no es nunca prudente en un escritor ordinario contar de nuevo lo que ha sido dicho mucho mejor», y Mr. Buckle, que estuvo tan bien impuesto de las costumbres sociales de nuestros antecesores como Mr. Bagehot lo estaba

de su hacienda, añade la siguiente nota al que es quizá el capítulo más interesante en su *Historia de la civilización*: «Todo lo que ha dicho Mr. Macaulay acerca del vilipendio en que cayó el clero en el reinado de Carlos II, es perfectamente exacto (1), y de la evidencia que yo he alcanzado, conozco que este muy hábil escritor, de cuyas numerosas investigaciones muy pocas gentes son competentes para juzgar, más bien se ha quedado corto que se ha excedido. En diversos asuntos acaso yo difiera de Mr. Macaulay; pero no puedo menos de expresar mi admiración por su infatigable diligencia, por la consumada habilidad con que disponía sus materiales, y por el noble amor á la libertad que anima su trabajo todo entero. Son estas cualidades que sobrevivirán largo tiempo á las difamaciones de sus mezquinos detractores—hombres que, en punto á conocimientos y habilidad, son indignos para desatar la cinta de los zapatos de aquel á quien tan tontamente atacan.»

El principal secreto del éxito de Macaulay descansa en que á su extraordinaria facilidad unía paciencia, minuciosidad y diligencia persistente. Conocía bien, como Chaucer conoció antes que él, que

No hay hombre de trabajo  
Que pueda trabajar á la vez bien y deprisa.

Algunas cosas pueden ser hechas en los ociosos perfectamente. Si su método de trabajar se pusiera en

(1) «Haré pronto la parte eclesiástica de mi narración. Algunas gentes acaso se imaginen que infiero demasiado de indicaciones ligeras; pero nadie que no haya empapado su inteligencia en la literatura de aquellos días, tiene realmente títulos para juzgar.» (Diario de Macaulay.)

moda, probablemente los libros serían mejores, y á no dudarlo serían más cortos. Tan pronto como tenía en su cabeza todos los datos relativos á un episodio particular en su *Historia* (tal, por ejemplo, como la expedición de Argyll á Escocia, ó la acusación de sir Juan Fenwick, ó el llamado cercenamiento de la moneda), se sentaba ante su pupitre, escribía de la totalidad del asunto á paso temerario, trazando los contornos bajo el impulso genial y atrevido de la primer concepción, afirmando con blanco y negro cada idea y epíteto y giro de frase, como si fluyese derecha desde su bullicioso cerebro á sus dedos rápidos. Su manuscrito, en este estado, á los ojos de cualquiera otro que no fuese él mismo, aparecía estar formado por columnas tras columnas de rasgos y floreos en que una línea recta, con una letra medio formada en cada extremo y otra en el medio, hacía las veces de una palabra. De en medio de este caos de semejantes jeroglíficos fué de donde lady Trevelyan, después de la muerte de su hermano, descifraba aquella relación de los últimos días de Guillermo, que definitivamente cerró su *Historia* (1).

Tan pronto como Macaulay había terminado su toco plan, comenzaba á rellenar á razón de seis caras de papel cada mañana, escribiendo tan tirado y con tal número de correcciones (2), que las seis páginas,

(1) Lord Carlisle refiere cómo á Mr. Prescott, su hermano en trabajos históricos, le interesó mucho la vista de estos pliegos de manuscritos «en que las palabras están muy abreviadas, como «cas» por «castillo».

(2) Mr. Woodrow, en el prefacio de su colección de minutas sobre la educación en la India, dice: «Apenas se hallan cinco líneas consecutivas en cualquiera de las minutas de Macaulay que no estén marcadas con borrones ó correcciones.» El mismo dice en una minuta fechada el 3 de Noviembre de 1835:

por ejemplo, hacían dos de impresión. A esta porción la llamaba él su «tarea», y no estaba nunca completamente á gusto, á menos de no haberla terminado en el día. Rara vez procuraba hacer más, porque había aprendido por su larga experiencia que así era como él podía hacerlo mejor, y por esto nunca quería hacer mucho en poco tiempo. «No tengo la cabeza para escribir—decía en su Diario del 6 de Marzo de 1851.— Soy demasiado indulgente conmigo mismo en esta materia, y sin embargo, atribuyo gran parte del éxito que he alcanzado á mi costumbre de escribir únicamente cuando estoy de humor para ello, y á dejarlo tan pronto como los pensamientos y las palabras dejan de correr con facilidad. Por esto hay tan pocas heces en mi vino, y contiene toda la crema de la botella (1).»

«Después de emborronar una gran cantidad de papel, no puedo recomendar otra cosa que una referencia al gobernador general en consejo. Mi copista fué incapaz en un momento de sacar nada en concreto de sus escritos por la multiplicidad de correcciones y borrones que hay en cada página. Estas correcciones son ahora de mucho valor. Cuando el primer maestro de la lengua inglesa corrige sus propias composiciones, que parecían perfectas antes de ellas, la corrección debe fundarse sobre las más altas reglas del criticismo.»

(1) En las cosas pequeñas, lo mismo que en las grandes, Macaulay decía que cuando estaba trabajando hacía del trabajo aquella parte que salía bien hecha. Había prometido componer un epitafio para su tío Mr. Babington, y á propósito de esto escribía en Junio de 1851: «Mi dilación no nace de alguna falta de respeto ó ternura por la memoria de mi tío. Le amo y honro con la mayor sinceridad. Pero la verdad es que no he sido capaz de satisfacerme á mí mismo. Las gentes que no están acostumbradas á este género de ejercicios literarios imaginan con frecuencia que un hombre puede hacer este trabajo como se hace el mismo en una regla de tres, ó como se va á una invitación á comer. Pero estas composiciones cortas, en que cada palabra debe decir mucho, y en que debe haber á la

Macaulay jamás admitió un párrafo en su trabajo hasta que estaba tan bien terminado como él podía hacerlo. No le importaba volver á modelar un capítulo con el fin de obtener una disposición más feliz y no le preocupaba reconstruir un párrafo con objeto de conseguir un efecto feliz ó una aclaración adecuada. Sea cualquiera el valor de su trabajo, fué siempre un trabajo de amor.

Antonio Stradivarius tenía un ojo,  
Que odiaba al trabajo falso y amaba al verdadero.

Leonardo de Vinci paseaba todo lo largo de Milán para meditar si podía alterar algún color en su cuadro de *La Ultima cena*. Napoleón dejaba las listas de su ejército debajo de su almohada, por la noche, para tenerlas á mano en caso de estar desvelado, y se ponía problemas en la ópera mientras tocaban la overtura. «Tengo diez mil hombres en Estrasburgo, quince mil en Magdeburgo, veinte mil en Wurtzburgo. ¿Por qué etapas deben caminar para llegar á Ratisbona á los tres días?» Lo que los violines eran para Stradivarius, y un fresco para Vinci, y los soldados para Napoleón, esto era su Historia para Macaulay. Sin embargo, no se notaba en su conversación lo mucho que

vez alguna idea y mucha sensibilidad, no son para ser producidos por mero trabajo mecánico; necesitan más que ningún otro trabajo el concurso de la suerte y de la destreza. Es natural que los que no han considerado la materia puedan pensar que un hombre que ha escrito diez ó doce páginas en un día debe ciertamente ser capaz de escribir cinco líneas nada menos que en un año. Pero esto no es así: si se piensa sobre los epitafios realmente buenos que uno ha leído, y considera en qué pequeña proporción están con el número inmenso de ellos que han sido escritos por hombres expertos, se reconocerá que estoy en lo justo.

preocupaba su pensamiento, porque él, invariable y felizmente, resistía cualquier inclinación á la más sutil forma del egoísmo y pedantería, que con tanta frecuencia hacen del periodo de la creación literaria una larga penitencia para todos los miembros de la familia del autor. Aparentemente, lo que menos ocupaba su inteligencia era su libro, y, sin embargo, rara vez dejaba él pasar un día, ó volvía sobre un volumen sin aclarar alguna idea que pudiese ser aprovechada en su objeto. En Mayo de 1851 escribía: «Voy á la Exposición, y haraganeo por allí durante algunas horas. Nunca he visto un sitio que pueda excitar en todas las edades, clases y naciones tan unánime y genuina admiración como éste. Yo siento una corriente de elocuencia, ó alguna cosa semejante á ella, que viene á mí por la sola influencia del lugar, y se me ocurren algunos toques que pueden perfeccionar mucho mi obra.» Es curioso hallar las fuentes de donde derivó aquel fuego que chispea á través de cada una de las líneas de aquella narración tersa y animada, que ha preservado de un olvido inmerecido la historia de una derrota más gloriosa para los ejércitos británicos que no pocas de nuestras victorias.

Macaulay merecía el cumplimento que Cecil otorgaba á sir Walter Raleigh como la suprema alabanza. «Conozco que él puede trabajar terriblemente.» Un ejemplo puede servir, entre muchos, para atestiguar los trabajos con que voluntariamente se regalaba acerca de cada sección de la Historia:

«*Marzo 21.*—Mañana debo comenzar un asunto difícil y lleno de trabajo, Glencoe.

«*Marzo 23.*—Veo algunos libros acerca de Glencoe. Voy luego al Ateneo y examino las actas escocesas acerca del mismo asunto. Doy un buen paseo, medi-

tando sobre este asunto, y veo mi plan general de él. A casa, y escribo un poco, pero pienso y preparo más.

«*Marzo 25.*—Escribo un poco. Viene Mr. Lovell Resve, editor de la *Gaceta Literaria*, y me ofrece defenderme de Penn. Le hago algunas notas acerca de esto. Después á Glencoe de nuevo, y trabajo todo el día con energía, placer y creo que con éxito.

«*Marzo 26.*—Escribo mucho. Rara vez he trabajado mejor que en estos tres días.

«*Marzo 27.*—Después de almorzar escribo un poco, y luego paseo, con un tiempo de Abril, hasta Westbourne Terrace, donde veo á mis queridas sobrinitas (1). A casa y escribo más. Estoy firmemente persuadido de que esta es la Historia más horrible; es aún peor de lo que yo creía. El Sr. de Stair era un verdadero Yago.

«*Marzo 28.*—Voy al Museo y hago algunos extractos á propósito de Glencoe.

El 29, 30 y 31 de Marzo, y los días 1.º y 2 de Abril no hay nada en el Diario que se refiera á la Historia, excepto la entrada diaria «escribo».

«*Abril 3.*—Escribo. Este asunto de Glencoe es informal.

«*Abril 4.*—Escribo; paseo un poco por los alrededores del puente de Londres y vuelvo á escribir. Hoy he concluido la gran matanza. Creo que este episodio sea interesante.

«*Abril 6.*—Escribo con buenos ánimos.

«*Abril 7.*—Escribo y corrijo. La relación de la matanza creo yo que queda ya concluida definitivamente.

«*Abril 8.*—Voy al Museo y vuelvo á ver la *Gaceta*

(1) En el verano de 1849 mi padre cambió de casa, desde Clapham Common al 20 de Wetbourne Terrace.



de París y los despachos holandeses de 1692. Me entero de los muchos errores de la *Gaceta* francesa y del profundo silencio de los ministros holandeses sobre el asunto de Glencoe. A casa y á escribir.

*Abril 9.*—Un día lluvioso y desagradable. Leo una *Vida de Romney*, que tomé ayer sin abrir, en Chancery Lane, en cuarto. ¡Que hayan podido ser publicados tomos en cuarto acerca de la vida de un hombre que no merece un duodécimo! A trabajar con ardor, escribiendo de nuevo á Glencoe.

*Abril 10.*—Concluyo *Don Carlos*. Me he entretenido mucho acerca de él; veinte páginas cada día en la cama, mientras espero los periódicos, pueden servir para mantener mi alemán. Es un bello paquete, á pesar de todas sus faltas. Lo malo y lo bueno del genio de Schiller lucha en él; como lo bueno y lo malo del genio de Shakespeare, para comparar grandes cosas pequeñas, lucha en *Romeo y Julieta*. *Carlos* está hecho, mitad por el autor de *Los Bandidos* y mitad por el autor de *Wallenstein*; como *Romeo y Julieta*, está la mitad por el autor de *Trabajos del amor perdido* y mitad por el autor de *Otelo*. Después de *Romeo y Julieta*, Shakespeare jamás retrocedió, como Schiller después de *Don Carlos*. Escribo toda la mañana, y luego me marchó á Westbourne Terrace. Charlo, juego al ajedrez y como allí.

*Abril 11.*—Escribo toda la mañana. Viene á comer Ellis y le leo *Glencoe*. Pareció que no le agradaba mucho, lo que me molestó algo, aunque yo no soy juez para ello. Es bueno encontrar sinceridad. »

Debe tener una cabeza muy firme y no muy exagerada estima de sí mismo, aquel autor que estando todavía muy reciente uno de sus éxitos literarios, que probablemente jamás ha sido igualado, y ciertamente

nunca superado—en un tiempo en que los editores se disputaban con ferviente anhelo todo lo que les daba—gastaba diez y nueve días de trabajo en treinta páginas en octavo, y concluía por reconocer humildemente que el resultado no era por completo de su gusto.

Cuando, al fin, después de repetidas revisiones, Macaulay quedó satisfecho de que su escrito era tan bueno como él podía hacerlo, quiso someterlo á la más severa de todas las pruebas, que es la lectura en alta voz á los demás. A pesar de que él jamás se aventuraba á hacer este experimento en presencia de nadie que no fuese de su propia familia y su amigo Mr. Ellis, puede creerse bien que, aun dentro de este círculo restringido, no hallaba dificultad en encontrar oyentes. «He leído—decía en 1849—una parte de mi *Historia* á Ana y Trevelyan con gran efecto. Ana gritaba y Trevelyan estaba alerta. Creo que me ha salido tan bien como algunas partes del primer volumen, y lo mismo piensa Ellis.»

Siempre que uno de sus libros pasaba á la imprenta, Macaulay extendía su infatigable actividad y precisión escrupulosa á las más menudas é ingratas faenas de la profesión literaria. No terminaban allí los cuidados que él consagraba á asuntos que el mayor número de los autores dejan con gran gusto al cuidado y experiencia del editor. No paraba hasta que las líneas estaban perfectamente á la misma anchura, y la puntuación correcta hasta en las comas; hasta que cada párrafo terminaba con un período y éste fluía como el agua corriente (1). Me acuerdo del placer con que

(1) Macaulay escribió á Mr. Longman, á propósito de la edición de 1858: «No tengo más correcciones que hacer al presente. Me inclino á creer que el libro está tan próximo á la per-

de París y los despachos holandeses de 1692. Me entero de los muchos errores de la *Gaceta* francesa y del profundo silencio de los ministros holandeses sobre el asunto de Glencoe. A casa y á escribir.

*Abril 9.*—Un día lluvioso y desagradable. Leo una *Vida de Romney*, que tomé ayer sin abrir, en Chancery Lane, en cuarto. ¡Que hayan podido ser publicados tomos en cuarto acerca de la vida de un hombre que no merece un duodécimo! A trabajar con ardor, escribiendo de nuevo á Glencoe.

*Abril 10.*—Concluyo *Don Carlos*. Me he entretenido mucho acerca de él; veinte páginas cada día en la cama, mientras espero los periódicos, pueden servir para mantener mi alemán. Es un bello paquete, á pesar de todas sus faltas. Lo malo y lo bueno del genio de Schiller lucha en él; como lo bueno y lo malo del genio de Shakespeare, para comparar grandes cosas pequeñas, lucha en *Romeo y Julieta*. *Carlos* está hecho, mitad por el autor de *Los Bandidos* y mitad por el autor de *Wallenstein*; como *Romeo y Julieta*, está la mitad por el autor de *Trabajos del amor perdido* y mitad por el autor de *Otelo*. Después de *Romeo y Julieta*, Shakespeare jamás retrocedió, como Schiller después de *Don Carlos*. Escribo toda la mañana, y luego me marchó á Westbourne Terrace. Charlo, juego al ajedrez y como allí.

*Abril 11.*—Escribo toda la mañana. Viene á comer Ellis y le leo *Glencoe*. Pareció que no le agradaba mucho, lo que me molestó algo, aunque yo no soy juez para ello. Es bueno encontrar sinceridad. »

Debe tener una cabeza muy firme y no muy exagerada estima de sí mismo, aquel autor que estando todavía muy reciente uno de sus éxitos literarios, que probablemente jamás ha sido igualado, y ciertamente

nunca superado—en un tiempo en que los editores se disputaban con ferviente anhelo todo lo que les daba—gastaba diez y nueve días de trabajo en treinta páginas en octavo, y concluía por reconocer humildemente que el resultado no era por completo de su gusto.

Cuando, al fin, después de repetidas revisiones, Macaulay quedó satisfecho de que su escrito era tan bueno como él podía hacerlo, quiso someterlo á la más severa de todas las pruebas, que es la lectura en alta voz á los demás. A pesar de que él jamás se aventuraba á hacer este experimento en presencia de nadie que no fuese de su propia familia y su amigo Mr. Ellis, puede creerse bien que, aun dentro de este círculo restringido, no hallaba dificultad en encontrar oyentes. «He leído—decía en 1849—una parte de mi *Historia* á Ana y Trevelyan con gran efecto. Ana gritaba y Trevelyan estaba alerta. Creo que me ha salido tan bien como algunas partes del primer volumen, y lo mismo piensa Ellis.»

Siempre que uno de sus libros pasaba á la imprenta, Macaulay extendía su infatigable actividad y precisión escrupulosa á las más menudas é ingratas faenas de la profesión literaria. No terminaban allí los cuidados que él consagraba á asuntos que el mayor número de los autores dejan con gran gusto al cuidado y experiencia del editor. No paraba hasta que las líneas estaban perfectamente á la misma anchura, y la puntuación correcta hasta en las comas; hasta que cada párrafo terminaba con un período y éste fluía como el agua corriente (1). Me acuerdo del placer con que

(1) Macaulay escribió á Mr. Longman, á propósito de la edición de 1858: «No tengo más correcciones que hacer al presente. Me inclino á creer que el libro está tan próximo á la per-

él nos mostraba una comunicación de uno de los lectores en las oficinas de Mr. Spottiswoode, que con todo respeto le participaba que no había más que una sola expresión en los dos volúmenes de que él no hubiese visto el sentido tan claro como en un espejo. Y debe recordarse que la escrupulosa atención de mister Macaulay para los detalles, era producida por el honroso deseo de aumentar el placer y allanar las dificultades á aquellos que le hacían el honor de comprar sus libros. No se cuidaba tampoco de los que juzgan necesario mantener una distinción en diversas materias, entre lo que se lee y lo que no se lee. Tan poco purista, en el sentido exagerado de la palabra, como le es posible serlo á un literato, su disgusto por el modelo exagerado de ortografía de Mr. Grote, se entrecruzaba con su admiración por el juicio, el poder y el conocimiento de aquel verdadero gran historiador. Jamás pudo acostumbrarse á ver los ídolos de su

fección en cuanto á su ejecución tipográfica, como libro alguno de extensión igual á la de éste pueda hallarse en el mundo.»

En otra ocasión decía: «No estoy muy inclinado á considerar de poca importancia el trabajo de mi índice, y por esto se le dejó hacer á Mr. \*\*\* Pero háganle, de mi parte, con toda la cortesía y delicadeza posibles, estas indicaciones: Que hay muy pocos encabezamientos, excepto en nombres propios. Algunos, como Convención, No jurados, Banco de Inglaterra, Deuda nacional, lo son realmente, y á ellos acudirán los lectores que deseen algún dato acerca de estos asuntos. Pero creo que mister \*\*\* convendrá conmigo en que títulos tales como Superchería, Clero, Partido del espíritu, Insurrección, Guerra, Biblia, Corona, Controversias, Disensión, no tienen uso alguno. Nadie irá jamás á buscarlos, y si cada pasaje en que el partido del espíritu, disensiones, el arte de la guerra y el poder de la corona se mencionan, se hubiese de citar en el índice, habría que doblar el número y tamaño de los volúmenes. La mejor regla es atenerse á los nombres propios y no desviarse jamás de esta regla sin algún motivo especial.»

juventud figurar como Fleon, Alcibiades, Poseidon y Odysseus, y yo tiemblo al pensar en la explosión de indignación con que, si hubiese vivido para abrir algunas de las ediciones más recientes de los poetas latinos, se habría encendido al ver el *Diálogo con Lydia* ó la *Oda á Lyza*, impresa con una letra pequeña á la cabeza de cada línea familiar.

La correspondencia de Macaulay en el verano y otoño de 1848 está llena de alusiones á su gran obra, cuyos dos primeros volúmenes estaban entonces en manos del editor. El 22 de Junio escribía á Mr. Longman: «Si usted quiere titularle *Historia de Inglaterra desde el advenimiento de Jacobo II*, no tengo objeción que hacer; pero yo no puedo consentir en añadirle un *Ensayo de introducción*, á menos que usted no quiera llamar así el primer libro de Dávila y los tres primeros capítulos de Gibbon». En una carta á su hermana Selina decía: «Longman parece estar contento con su contrato. Gefrey, Ellis y Ana todos convienen en predecir su gran éxito al libro. Debo añadir el juicio de Mariano de Ellis; por su hermano me dice que él no puede dejar de sus manos los pliegos de las pruebas. Estas cosas sostienen mi espíritu; con todo, veo cada día más y más claramente cuán lejos está mi obra de ser excelente.» El 24 de Octubre de 1848 escribía á mi madre: «Deseo saber si has oído cuán agradable día pasó Margarita conmigo. Dimos un largo paseo, gran parte de él charlando mucho; tuvimos una comida verdaderamente delicada y una tarde completamente feliz. Este fué mi único día festivo en la semana pasada. Trabajo con muy escasas interrupciones desde las siete de la mañana á las siete de la tarde, y probablemente continuaré haciendo lo mismo los diez días que van á seguir. Luego mi trabajo volverá á ser más

ligero, y al cabo de tres semanas cesará por completo, y después todavía me faltarán quince días antes de comenzar la publicación. De antemano me he armado de toda mi filosofía para el caso de que ocurriese algún quebranto. Jeffrey, Ellis, Longman y Mrs. Longman, parecen pensar que no hay probabilidades de semejante catástrofe. A éstos puedo añadir Macleod, que ha leído el tercer capítulo, y dice que le ha gustado más que ninguna otra historia de las que ha leído. El estado de mi pensamiento sobre esto, es el siguiente: cuando comparo mi libro con lo que yo entiendo que debe ser la Historia, caigo abatido y avergonzado; pero cuando le comparo con algunas Historias que gozan de alta reputación, me animo.»

Macaulay podía haberse ahorrado estos temores. A los tres días de su primera aparición, la fortuna del libro estaba realmente asegurada. Fué saludada por una explosión del orgullo nacional y de satisfacción que hacía las delicias de los amigos de Macaulay, y le reconcilió con muchos que habían quedado de sus antiguos adversarios políticos. Otras manos que las suyas habrían copiado y conservado las cartas de congratulación y aprobación que durante meses estuvo recibiendo de todos los puntos cardinales; pero la prudencia me prohíbe dar cabida en estas páginas más que á muy pocos ejemplos de una especie de correspondencia que forma la parte más halagüeña de algunas pocas biografías literarias. Tiene importancia, no obstante, reproducir las frases en que lord Halifax expresa la creencia general de que la Historia fué singularmente oportuna en su aparición. «He concluido, escribe él, el segundo volumen de su obra, y no puedo decir á usted cuánto me ha agradado su amor á la verdad, á la libertad, al orden y la inde-

pendencia culta, aunque crea que debía usted haber precedido su trabajo de la Historia de nuestra Revolución de 1688. Ha venido en un momento en que las lecciones que inculca deben producir grandes efectos prácticos sobre la conducta de los jefes que están ahora haciendo su educación en el extranjero; pero me parece que la larga educación que da el empleo diario de una constitución tal como la nuestra, no puede ser suplida por ninguna lectura ó meditación. Jacobos podemos hallar, pero Europa muestra no menos Guillemos semejantes.»

«Mi querido Macaulay, decía lord Jeffrey, la madre que le dió á usted á luz, aunque ahora viviese, con dificultad estaria más orgullosa ó seria más feliz que yo ante la explosión de su gran fama. Tengo desde hace mucho tiempo una especie de interés paternal en su gloria de usted que se halla mezclada en estos momentos con un sentimiento de deferencia hacia la superioridad intelectual que constituye su patrimonio, mezcla que puede únicamente asociarse, supongo yo, con el carácter de una madre.»

Un amigo todavía más antiguo que lord Jeffrey, lord Auckland, el obispo de Sodor y Man, escribió de él en un lenguaje más fuerte pero no menos cariñoso: «Tomás Macaulay debe ser embalsamado y conservado. Me deleito en su libro aunque por fortuna estoy no más que á medias por él, porque he recibido órdenes sagradas y mi casa está llena de la analogía de Butler y de jóvenes sacerdotes. ¿Creerá usted que Tomás está un poco duro con el viejo Cranmer? Ciertamente se ha hecho perder bastante á mi estimación. Yo detestaba antes á Cromwell más de lo que ahora le aborrezco, porque siempre estoy de acuerdo con Tom, y se da muy buen arte para hacerle á usted

gozar y al fin sentir lo mismo que él siente y goza. Desde que he leído este libro, odio al mejor amigo insular que nosotros tenemos.»

Entre todos los incidentes relacionados con la publicación de su Historia, ninguno agradó tanto á Macaulay como el placer que contribuyó á proporcionar á María Edgeworth, como una pequeña recompensa por el que durante más de cuarenta años él había recibido con la lectura de sus encantadores escritos (1). Aquella señora que estaba ya en su invierno ochenta y tres, y á pocos meses murió, decía en una carta dirigida al doctor Holland:

«Y ahora, mi buen amigo, yo solicito que no crea usted que toda la admiración que he expresado por el trabajo de Macaulay, está completamente influenciada por la satisfacción propia, vanidad, orgullo y sorpresa que he experimentado al hallar mi propio nombre en una nota!!!! Tenía formada y había manifestado esta opinión á mis amigos antes de que me leyeran el libro, antes que yo encontrase aquella nota (2). Además sentí una mezcla de vergüenza y dolorosa pena, con el placer y el orgullo de ver una línea en esta inmortal Historia dedicada á mí, cuando no se hace mención de sir Walter Scott á pesar de su obra, ni aun en los lugares donde parece inconcebible que el historia-

(1) Macaulay en una ocasión dijo que la escena, en el *Ausente*, donde lord Colambre se descubría á su arrendatario y á su opresor, es la mejor cosa de esta especie que había visto después del libro xxii de la *Odisea*.

(2) La nota está en el capítulo 6.º, al fin de una página en que se describen las costumbres de los antiguos propietarios irlandeses naturales del país en el siglo xvii. «El rey de los granos de miss Edgeworth pertenece á una generación posterior y mucho más civilizada; pero quienquiera que haya estudiado aquel admirable retrato, podrá formarse alguna idea de lo que puedan haber sido los abuelos del rey de los granos.»

dor haya podido resistir á pagar el debido tributo que se debe y es grato pagar al genio. Quizá él se reserve para el 45, y espero en el cielo que sea tal. Entre tanto sería muy bueno expresar mi agradecimiento sincero y profundamente sentido al gran autor por el honor que me ha hecho.»

El Diario de Macaulay relata las fases y gradaciones que marcaron la creciente popularidad de su libro, en tanto que la popularidad pueda ser medida por las cifras en el Libro mayor de su editor. Pero independientemente de las elocuentes cifras de los libros de cuentas de Mr. Longman, cada día llegaba á sus oídos una nueva indicación del calor con que era tomado el trabajo por el público inteligente. Algunas de las pruebas que él ha registrado son bastante singulares. Un oficial perteneciente á una buena familia, fué encerrado durante una quincena en la Casa de Corrección por derribar de un golpe á un policía. Las autoridades prohibieron al prisionero la lectura de novelas francesas, pero le concedieron la de la Biblia y la Historia de Macaulay (1). En Dukensfield, cerca de Manchester, un caballero pensando que había un cierto egoísmo en disfrutar él solo de tan gran placer, invitó á sus vecinos pobres á esperarse cada tarde después de que hubiesen concluido su trabajo para leerles la

(1) Los chismosos de Londres llegaron á decir que el bizarro capitán prefirió limpiar estopa á leer la Revolución de 1688; chisme que vengó á Guicciardini de la anécdota contada por Macaulay en el segundo párrafo de su *Ensayo sobre Burleigh*.

«Se dice que hubo un criminal en Italia á quien se le propuso eligiera entre la lectura de Guicciardini y galeras. Eligió, como era natural, la lectura de la Historia; pero al llegar á la guerra de Pisa, fué demasiado para él, y, cambiando de opinión, fué al remo.»

Historia en voz alta desde el principio al fin. Al terminarse la última reunión se levantó uno de los oyentes y propuso, según la costumbre de las comarcas del Norte, enviar un voto de gracias á Mr. Macaulay, «por haber escrito una Historia que pueden comprender los trabajadores» (1).

El pueblo de los Estados Unidos, leía aún con más vehemencia que el del Reino Unido la historia de sus comunes antecesores, con la ventaja de que, dada la falta de una ley internacional acerca de la propiedad literaria, pudieron leerlo á la par que se publicaba y á precio sumamente económico. El 4 de Abril de 1849 Mrs. Harper, de New York, escribían á Macaulay: «Rogamos á usted que acepte un ejemplar de nuestra edición económica de su libro de usted. Se han publicado otras tres por diferentes casas y otra está en preparación, de tal modo, que habrá ahora á la venta seis ediciones diferentes. Nosotros hemos vendido próximamente unos 40.000 ejemplares y suponemos que los demás editores habrán vendido unos 60.000. Probablemente de aquí á tres meses la venta habrá llegado á 200.000 ejemplares. Ninguna obra, de ninguna naturaleza, se ha apoderado tan completamente por sorpresa de todo nuestro país.» Un cumplimiento indirecto á la celebridad del libro fué hecho por la desesperada, y casi mutuamente destructora controversia que enfureció todos los periódicos americanos, acerca de si Mrs. Harper estaban autorizados para haber alterado la escritura de Macaulay para seguir las reglas ortográficas extendidas por el diccionario de Webster.

Ni tampoco se retrasaron las empresas editoriales

(1) Macaulay dice en su Historia: «Yo, realmente, aprecio mucho este voto.»

de París y Bruselas en proveer de este libro á los lectores cuyos apetitos por la literatura barata les hacen menos exigentes. Punch dedicó la mitad de una de sus columnas á una revista serio-cómica de la edición Galignani de la *Historia de Inglaterra*.

«Es un trabajo extraordinario. Un milagro de baratura. Un libro primorosamente impreso, en octavo real (si hay algo que sea real en la Francia republicana) y todo al infimo precio de 7 chelines 6 dineros de la moneda inglesa. Muchos miles de ejemplares de esta edición de la obra de Mr. Macaulay—lo que producirá un deleite al amor propio de su autor como ningún otro autor lo habrá conocido—han circulado en Inglaterra. «Señor—decía en Boulogne un librero, temblando su voz por la emoción;—señor, es imposible proveer á los viajeros de este libro; pero esperamos unos pocos miles de kilogramos más de la obra en el tren de mañana, y entonces, durante una semana, estaremos tranquilos. Regocija ver que los librerros franceses, belgas y americanos hacen todo lo que pueden por esparcir por el extranjero y en su país las semillas de la literatura inglesa. Señor—dice el librero francés levantando el tono—puede usted hacer el contrabando de este modo: divide usted el libro en dos mitades, que se coloca usted sobre el pecho, abrochándose el chaleco muy cerrado, y cuando usted desembarca, ve usted con la mayor indiferencia la cara de los empleados de las aduanas.»

Es un trozo característico de Macaulay que, tan pronto como su último pliego de prueba fué despachado á la imprenta, se consagró á la lectura de los historiadores, desde Heródoto acá. El sentido de su propia inferioridad á Tucídides hizo brotar en él más el amor propio que todos los comentarios desfavora-

bles hechos de su obra (bastante escasos, debe declararse) por los periódicos y revistas del día. Tenía la piel aún más fina como escritor que como político. Cuando creía en conciencia que había hecho lo mejor—cuando todo lo que estaba dentro de su poder había sido ejecutado con fe y diligencia—no salía de su camino para enojarse por críticas hostiles ó para perder tiempo y humor en meterse en una controversia con motivo de sus propios trabajos. De igual modo que el doctor Johnson, «había aprendido de ambas cosas, de su propia observación y de la historia literaria, en que él era profundamente versado, que el lugar de los libros en la pública estimación está fijado, no por lo que se escriba acerca de ellos, sino por lo que en ellos hay escrito; y que un autor cuyos trabajos están destinados probablemente á vivir, es verdaderamente indiscreto si descende á reñir con detractores cuyas obras están ciertamente destinadas á morir». «Jamás he sido capaz—dice Macaulay en una carta fechada en Diciembre de 1849—de descubrir aquello que un hombre tenga de más malo para ser atacado. Una línea indiscreta suya le hace más perjuicio que los más hábiles folletos escritos contra él por otras gentes.»

Debe reconocerse que, por lo que á su historia concierne, Macaulay no tuvo necesidad de acudir á su caudal de filosofía para revestirse de paciencia. Algunas escasas notas de desaprobación y censura aparecieron por aquí y por allá; pero fueron la mayor parte demasiado insignificantes para perjudicar el efecto producido por el coro de alabanzas; y la única que metió algún ruido fué áspera y discordante, hasta el punto de que todos se colocaron enfrente de ella. Se creyó por la generalidad que á Mr. Croker le habían

inducido á creer que podría entonces ajustar cuentas con su antagonista de otros tiempos. Esta oportunidad no se había aún presentado, y las gentes hicieron por sí mismas una perfecta justicia al encanto de las narraciones del historiador, mientras que *Quarterly Review* estaba dispuesto á informarles de todo lo que se dijera contra el libro ó su autor. Pero la buena fortuna de Macaulay los ha hecho aún esperar. No hubiera sucedido mejor si Macaulay hubiese disfrutado del privilegio de elegir su adversario las armas con que había de realizarse el asalto. Después de haber empleado cuatro meses en preparar su ataque, Mr. Croker le descargó, en un artículo tan amargo, tan tonto, y sobre todo tan enfadoso, que casi nadie consiguió entenderlo, y á nadie convenció. Muchos lectores, que esperaban la opinión autorizada de los críticos de profesión sobre la verdad y condiciones literarias de la obra de Macaulay, vinieron á la conclusión nada irracional de que los escasos detractores de este escritor estaban irreparablemente perdidos, al ver el escaso alcance y valer de aquella crítica tan trasnochada. Nada ni nadie podían haber abierto las páginas del *Quarterly Review* á aquel fárrago de coléricas heces, sino la deferencia con que su propietario pensó tratar á quien, cuarenta años antes, había auxiliado á Canning para fundar el periódico. El único efecto que el artículo produjo sobre el público fué renovar la lectura de la revista de Macaulay acerca de Croker de Boswell, demostrando que debió bastante al autor del artículo criticado por Macaulay cuando le condujo á criticarle él á su vez al cabo de diez y ocho años á un escritor veterano político y hombre de mundo, con un olvido tan completo del sentido, honradez y cortesía comunes.

La prensa whig, capitaneada por el *Times* y el *Escocks*, se apresuró á defender al historiador, y la tory se vió al fin igualmente envuelta en aquella poderosa corriente y obligada á renunciar á la crítica. Una cita subsiguiente puede mostrar que la flecha de Croker no fué muy distante de su propia casa. Realmente, en todo el Diario de Macaulay del año 1849 no puede señalarse sino una sola indicación en que se vea herida la sensibilidad de autor. «Febrero 17.—Voy al *Atheum*, y veo en un diario literario semanal un ataque necio y rencoroso á lo que digo de Procopio en la página primera del primer capítulo de mi obra. Me molestó un momento, pero tan sólo por un momento. Austin y Mahon, los dos han estudiado esta parte, y están convencidos de que he sido justo. Yo también lo estoy. No tomaré, por tanto, esto en cuenta.» Un año más tarde escribía á Mr. Longman: «He revisado el tomo décimo de la nueva edición de la *Historia* de Lingard, y no he encontrado que cite ni un solo error en mi narración. Naturalmente él aprecia los hombres y las instituciones de un modo muy diferente del mío. No hay allí referencia alguna directa á mí, sino mucha ratería y alguna capciosidad, de que yo no me he de preocupar.» Una vez que hubo madurado este juicio, Macaulay, en todo tiempo y bajo todas las tentaciones, obró en estricta concordancia con aquella famosa máxima de Bentley, que le gustaba repetir que ningún hombre fué jamás bien descrito si no por sí mismo (1).

(1) La vida de Bentley fué un constante ejemplo de su célebre frase. En el año 1856 escribía Macaulay, después que había ya hecho quizá su décima réplica á la gran crítica de la vida del obispo Monk: «Bentley me parece un ejemplo de hasta dónde puede ser echado á perder el poder intelectual de una naturaleza de lo más extraño y admirable que se puede ver por

«Lord Macaulay—decía un observador perspicaz que le conoció muy bien—es quizá el único ejemplo de un hombre de trascendente fuerza de carácter, voluntad y energía poderosas, que lo da todo á la literatura en lugar de consagrarlo á algún trabajo práctico»; y no puede negarse que, en su vocación de historiador, dió pruebas de cualidades que hubieran alcanzado gran éxito en casi todos los campos de la actividad humana. Sacrificar lo accesorio á lo principal, planear una tarea extensa y ardua y perseguirla sin remisión ni duda, resistiendo valerosamente todos los atractivos contrarios, vengan en la forma de entretenidos placeres ó deberes obligados; tales son las condiciones indispensables para alcanzar aquella alta y sostenida excelencia de ejecución artística que, en las bellas palabras de Jorge Elliot, «debe aliarse con la actividad de pensamiento y renuncia paciente de los pequeños deseos.» En un periodo en que el mero rumor de su presencia podía haber constituido el acontecimiento de una tarde en un salón en Londres, Macaulay consentía en ver menos cada vez, y á la larga casi nada, de la sociedad en general, porque con-

defectos morales. No fué por algún oscurecimiento de su memoria ó decaimiento de sus demás facultades lo que le hizo descender desde el primer lugar entre los críticos hasta el tercero ó cuarto. Fué su insolencia, su arrogancia, su confianza sin límites en sí mismo y el desdén hacia todos los demás, lo que le desprestigió. En lugar de tomar los asuntos que comprendía enteramente, y que podía haber tratado mejor que ningún hombre en Europa, prefería tomar aquellos otros que había estudiado superficialmente, y por tanto, dejaba de poner toda su inteligencia á lo que escribía. Emborronaba una docena de pliegos en latín de una sentada, enviándolos á la prensa sin leerlos otra vez, con lo que, como era natural, proporcionaba alimento á los pedantes capturadores de palabras, que estaban alerta para apoderarse de sus desatinos.



sagraba todas sus energías al trabajo que le preocupaba. Abandonó aquella Cámara de los Comunes que, á la primera frase de sus discursos, se sumía en profundo silencio, y en los primeros cinco minutos se inundaba de representantes. Observó, sin la más ligera sombra de pena ó de envidia, hombres que jamás se hubiesen aventurado á levantar sus reclamaciones contra él, elevarse, uno después de otro, á las cumbres del Estado. «Estoy sinceramente alegre, decía sir Jacobo Graham, de que haya conseguido tan gran éxito.» Los sacrificios que ha hecho por la literatura merecen un triunfo extraordinario; y cuando los hombres de Estado de su tiempo hayan sido olvidados, el historiador de la Revolución se recordará. Entre los literatos hubo algunos que sostenían que la fama de los volúmenes de Macaulay excedía á su mérito; pero sus antiguos rivales y colegas en el Parlamento, todos á la vez, se regocijaban con el próspero resultado de una empresa por cuya causa había él hecho más que lo que otros pueden jamás esperar alcanzar.

## CAPITULO VIII

1848-1852

Trozos del Diario de Macaulay.—Heródoto.—Mr. Roebuck.—Zozobras y éxito.—Aparición de la *Historia*.—Marcha de la venta.—El duque de Wellington.—Lord Palmerston.—Cartas á Mr. Ellis.—Observación de lord Brougham sobre el nombre de Eurípides.—Macaulay es elegido rector de la Universidad de Glasgow.—Su discurso inaugural.—Buenos propósitos.—Croker.—El doctor Parr.—La cátedra de Historia de Cambridge.—Byron.—Viaje á Irlanda.—Althorp.—Lord Sidmouth.—Lord Thurlow.—Muerte de Jeffrey.—Retrato de Macaulay por Richmond.—Comida en palacio.—Roberto Montgomery.—Muerte de sir Roberto Peel.—El *Preludio*.—Ventnor.—Cartas á Mr. Ellis.—Plauto.—Fra Paolo.—Gibbon.—La Bula pontificia.—Muerte de Enrique Hallam.—Cartas de Porson al arcediano Travis.—Carlos Mathews.—El castillo de Windsor.—Macaulay con coche propio.—Apertura de la gran Exposición de 1851.—Cobbett.—Malvern.—Cartas á Mr. Ellis.—*Wilhelm Meister*.—La batalla de Worcester.—Palmerston deja el Foreign Office.—Macaulay rehusa un ofrecimiento del gabinete.—El palacio de Windsor.—El *Rey Juan*.—Banquete de la Real Academia.

18 de Noviembre de 1848. Albany.—Reanudo el diario de mi vida después de un lapso de más de nueve años (1). ¡Qué mudanza! Desde que escribí las últimas líneas he sido miembro de dos Parlamentos y de dos gabinetes. He publicado con éxito varios volúmenes.

(1) Bueno es recordar que cuanto cruzaba por la mente de Macaulay puede verse en su Diario. Escribió estas páginas con la espontaneidad natural en quien hace anotaciones para su solo uso y con la prolijidad propia de un hombre que, á no ser por exigencias literarias, no acostumbraba á callarse nada de lo que tenía que decir. Ya se supone, pues, que los trozos que

sagraba todas sus energías al trabajo que le preocupaba. Abandonó aquella Cámara de los Comunes que, á la primera frase de sus discursos, se sumía en profundo silencio, y en los primeros cinco minutos se inundaba de representantes. Observó, sin la más ligera sombra de pena ó de envidia, hombres que jamás se hubiesen aventurado á levantar sus reclamaciones contra él, elevarse, uno después de otro, á las cumbres del Estado. «Estoy sinceramente alegre, decía sir Jacobo Graham, de que haya conseguido tan gran éxito.» Los sacrificios que ha hecho por la literatura merecen un triunfo extraordinario; y cuando los hombres de Estado de su tiempo hayan sido olvidados, el historiador de la Revolución se recordará. Entre los literatos hubo algunos que sostenían que la fama de los volúmenes de Macaulay excedía á su mérito; pero sus antiguos rivales y colegas en el Parlamento, todos á la vez, se regocijaban con el próspero resultado de una empresa por cuya causa había él hecho más que lo que otros pueden jamás esperar alcanzar.

## CAPITULO VIII

1848-1852

Trozos del Diario de Macaulay.—Heródoto.—Mr. Roebuck.—Zozobras y éxito.—Aparición de la *Historia*.—Marcha de la venta.—El duque de Wellington.—Lord Palmerston.—Cartas á Mr. Ellis.—Observación de lord Brougham sobre el nombre de Eurípides.—Macaulay es elegido rector de la Universidad de Glasgow.—Su discurso inaugural.—Buenos propósitos.—Croker.—El doctor Parr.—La cátedra de Historia de Cambridge.—Byron.—Viaje á Irlanda.—Althorp.—Lord Sidmouth.—Lord Thurlow.—Muerte de Jeffrey.—Retrato de Macaulay por Richmond.—Comida en palacio.—Roberto Montgomery.—Muerte de sir Roberto Peel.—El *Preludio*.—Ventnor.—Cartas á Mr. Ellis.—Plauto.—Fra Paolo.—Gibbon.—La Bula pontificia.—Muerte de Enrique Hallam.—Cartas de Porson al arcediano Travis.—Carlos Mathews.—El castillo de Windsor.—Macaulay con coche propio.—Apertura de la gran Exposición de 1851.—Cobbett.—Malvern.—Cartas á Mr. Ellis.—*Wilhelm Meister*.—La batalla de Worcester.—Palmerston deja el Foreign Office.—Macaulay rehusa un ofrecimiento del gabinete.—El palacio de Windsor.—El *Rey Juan*.—Banquete de la Real Academia.

18 de Noviembre de 1848. Albany.—Reanudo el diario de mi vida después de un lapso de más de nueve años (1). ¡Qué mudanza! Desde que escribí las últimas líneas he sido miembro de dos Parlamentos y de dos gabinetes. He publicado con éxito varios volúmenes.

(1) Bueno es recordar que cuanto cruzaba por la mente de Macaulay puede verse en su Diario. Escribió estas páginas con la espontaneidad natural en quien hace anotaciones para su solo uso y con la prolijidad propia de un hombre que, á no ser por exigencias literarias, no acostumbraba á callarse nada de lo que tenía que decir. Ya se supone, pues, que los trozos que

Me he librado del Parlamento, y vivo ahora de la manera más conforme con mi modo de ser. Hago en Londres vida de colegial, disfrutando á la vez de las delicias de la vida doméstica, porque Ana y sus hijos son seres muy queridos para mí. Tengo una fortuna desahogada. He acabado los dos primeros tomos de mi *Historia*. Ayer se mandó á América el fin, y espero que dentro de una quincena se hará la publicación en Londres. Estoy bastante satisfecho. Comparada con un ideal de perfección, la obra es un fracaso; comparada con otros libros semejantes, no puedo juzgarla así. Pronto sabremos lo que dice el público. Hoy he gozado de mi nueva libertad después de haber trabajado de firme durante tres meses en la conclusión de mi *Historia* y la corrección de pruebas. Me he levantado á las nueve y media, he leído, al almuerzo, los *Croquis de América* de Fearon, he acabado después la crítica de Luciano sobre los malos historiadores de su época, y he visto que yo salía ileso. Ellis vino á comer á las siete. Le di langosta, chocha y macarrones. Me propongo anotar las comidas como hacía el buen Pepys.

*Lunes, 20 de Noviembre.*—Leí á Pepys al almuerzo, y luego pasé á Heródoto y acabé Melpómene de un tirón. Salí, entré en el Athenaeum y anduve un rato por las calles; de vuelta leí Terpsicore y empecé Erato. Antes nunca había llevado á ese paso la lectura de Heródoto. Es un artista admirable en muchos sentidos; pero indudablemente su plan es defectuoso».

aquí se citan no carecerán de las cualidades que, según el juicio mismo del autor, constituyen el mérito especial de un Diario privado. En una carta fechada en 4 de Agosto de 1853 dice: «El artículo sobre la vida de Moore es malévolo; pero Moore dió sobrada ocasión para el ataque. Su Diario fué escrito evidentemente para publicarse, y eso destruye el atractivo propio de los Diarios»

*23 de Noviembre.*—Hoy me ha mandado una traducción de Kant el amigo de Ellis de Liverpool. He tratado de leerla, pero me parece tan ininteligible como si estuviese escrita en sánscrito. De ninguna palabra saqué nada que se pareciese á una idea, á no ser de una cita latina de Persio. Creo que debe ser posible explicar una verdadera teoría de la metafísica en palabras que yo pueda entender. Yo puedo entender á Locke, y á Berkeley, y á Hume, y á Reid y á Stewart. Yo puedo entender las *Académicas* de Cicerón y la mayor parte de Platón, y me parece raro no poder comprender una palabra de un libro sobre los elementos de la metafísica por un comerciante de Liverpool. Le he escrito dándole las gracias con una puntita de ironía socrática.

Ha estado á verme Roebuck, y me ha hablado sobre el West Riding. Me ha pedido que presente mi candidatura. Le dije que no había que pensar en eso; que estaba decidido á no volver á hacer nunca la menor concesión al clamor fanático referente á la dotación católica. Ciertamente yo no aconsejaría al gobierno que propusiese tal dotación, pero no diría nada que tendiese á lisonjear los absurdos prejuicios que existen sobre esa materia. Le di las gracias por sus buenos deseos, y le pedí que viniese á almorzar el lunes. Se que Macculloch y Hastie han hecho una apuesta sobre la venta de mi *Historia*. Macculloch ha apostado á que se venderá más que el libro de lord Campbell. Hastie apuesta por lord Campbell. Será árbitro Green, de la casa Longman.

«*25 de Noviembre.*—He hojeado mi libro mientras me vestía, y creo que es mejor que el de Campbell, salvando todo género de respetos á la opinión de Mr. Hastie. Pero estas cosas son una lotería muy sin-

gular. Después del almuerzo fui al Museo Británico. Aquella manera de despachar asuntos es estúpido y estéril. Se perdió una hora en leer papeles inútiles. Todos los consejos de administración son malos, y este es el peor de todos. Si vivo, veré si puedo hacer aquí una reforma. De vuelta en casa he leído á Tucídides. Le admiro más que nunca. Es el gran historiador. Con los otros puede esperarse competir; con él nunca.

28 de Noviembre de 1848, miércoles.—Me ha sorprendido saber la muerte del pobre Carlos Buller. La noticia me ha cogido desprevenido. Bien puedo llorarle (1). Encuentro ejemplares de mi *Historia* sobre la mesa. Ahora pronto saldremos de dudas. He leído mi libro y el de Tucídides, el cual siento decir que me parece mucho mejor que el mío.

30 de Noviembre.—Me ha llamado Tufnell, y me ha propuesto la representación de Liskeard. Vacilé, y volví á casa, dejando en duda el asunto. Roebuck vino á verme á eso de las siete para preguntarme mis intenciones, porque también se había pensado con él. Eso me decidió enseguida; le contesté que no me presentaría, y escribí á Tufnell diciéndoselo. Roebuck se ha conducido respecto de mí en más de una ocasión con gran bondad y generosidad, y no quise interponerme en su camino.

4 de Diciembre de 1848.—Me he quedado en casa

(1) En vano buscaré en el Parlamento sus amables virtudes y sus dotes admirables. En los debates, y sobre todo al discutir esas cuestiones de política colonial que cada día adquieren nueva importancia, recordaré frecuentemente con pena cuánta elocuencia y talento, cuánta perspicacia y saber, cuántas prendas atractivas, cuántas bellas esperanzas quedan enterradas en la sepultura del pobre Carlos Buller.—Discurso de Macaulay en Edimburgo, 1852.

todo el día haciendo correcciones para la segunda edición. Shaw, el impresor, vino á decirme que corrían prisa, y que estaba casi agotada la primera edición de 3.000 ejemplares. Después he leído el octavo libro de Tucídides. En conjunto, es el primero de los historiadores. Lo bueno de él es mejor que todo lo que pueda verse en cualquiera otro. Pero las partes áridas de su obra son terriblemente áridas, y el método es malo. El simple orden cronológico no es el orden propio de una narración complicada.

Hoy he estado algo intranquilo por la suerte de mi obra. La venta ha superado á lo que se esperaba; pero eso sólo significa que el público ha formado una alta idea de lo que va á encontrar. El desencanto, si le hay, será grande. Todo lo que oigo es laudatorio. Pero ¿quién puede confiar en alabanzas expresadas delante de uno mismo? De todas maneras, yo he dirigido la mira muy alta; he procurado hacer algo que merezca recordarse. He puesto mi pensamiento con frecuencia en el año 2000 y aun en el 3000; no he sacrificado nada á las modas temporales de pensamiento y de estilo; y, si fracaso, mi fracaso será mas honroso que las nueve décimas de los éxitos que he presenciado.

12 de Diciembre de 1848.—Ha venido Longman. Están preparando lo más deprisa que pueden una nueva edición de 3.000 ejemplares. Tengo motivos para estar contento. Del *Canto del último bardo*, se vendieron el primer año 2.250 ejemplares; de *Marmión* se vendieron 2.000 en el primer mes; de mi libro 3.000 en diez días. Black dice que no se ha conocido venta semejante desde los días de *Waverley*. El éxito excede á todas las esperanzas; y no cabe cosa más lisonjera para mí, porque las esperanzas se habían puesto tan

altas, que la desilusión parecía casi inevitable. Creo, aunque no las tengo todas conmigo, que el libro vivirá. Me metí en los bolsillos dos volúmenes de Foote, y me fui á Clapham. Estaban leyendo mi obra por segunda vez. ¡Cuánto me halagó su elogio, y qué poco me importa, en comparación, ningún otro! Una tarde apacible y feliz. Mr. Conybeare opina, y Ana parece convenir en ello, que á veces repito las cosas. Sospecho que no van descaminados. Pero es muy difícil saber á qué atenerse. Si se apunta una sola vez un principio importante, los lectores torpes, que son los más, no paran mientes en él ó le olvidan. Si se repite en varios lugares, las personas de comprensión rápida creen que el escritor toca demasiado la misma cuerda. Quizá yo he pecado por carta de más. Es realmente la única crítica importante que he oído hasta ahora.

He visto la *Vida de Campbell* por un doctor Beattie: un magnífico ejemplar del zurcidor de libros de estos tiempos. Campbell puede haber escrito en toda su vida trescientas líneas buenas, más bien menos que más. Sus cartas y su conversación eran puro farrago (1). Una vida como Johnson ha escrito de Shenstone ó de Akenside hubiese sido bastante larga para el

(1) Había aquí algo de ingratitud para con Campbell, á quien Macaulay debía una anécdota que citaba á menudo para mostrar los sentimientos de que estaban animados los autores de los pasados días con respecto á sus editores. En un banquete literario Campbell pidió la palabra para brindar, y brindó por Napoleón Bonaparte. La guerra estaba en su apogeo, y la sola mención de ese nombre, á no ser acompañado de algún epíteto poco lisonjero, se miraba como un ultraje en la mayoría de los círculos. Estalló una tempestad de protestas, y á duras penas logró Campbell que se oyesen unas cuantas frases. «Señores (decía), ustedes no deben haberme comprendido. Yo convengo en que el emperador francés es un tirano. Con-

caso; pero esta consta de tres mortales volúmenes. Supongo que, si yo muero mañana, tendré tres volúmenes. Realmente empiezo á comprender por qué dice Coleridge que la vida en la muerte es más horrible que la Muerte.

He comido con miss Berry. Ella y sus comensales hicieron de mi un ídolo; pero yo sé lo que vale la idolatría de Londres y lo pronto que pasan estas modas (1).

11 de Enero de 1849.—Estoy contento de ver lo bien que sigue vendiéndose mi libro. La segunda edición de 3.000 ejemplares se agotó casi al aparecer, y ya van pedidos 1.250 de la tercera. Creo que todo esto no habrá de servir para convertirme en un fatuo. Yo no siento que se me suba nada á la cabeza; pero un hombre puede estar embriagado sin saberlo. Si mis facultades no decaen, seré rico—todo lo rico, se entiende, que yo deseo ser.—Pero eso ya lo soy, y nada ambicionaría si no fuese por los seres queridos que depen-

vengo en que es un monstruo. Convengo en que es el enemigo jurado de nuestra nación, y, si ustedes quieren, de toda la especie humana. Pero, señores, debemos ser justos con nuestro gran enemigo. No debemos olvidar que una vez mató á un librero.» Los comensales, en cuyo número había una gran mayoría que vivían de su pluma, prorrumpieron en carcajadas estrepitosas, y Campbell se sentó victorioso.

(1) «No hay nada más digno de lástima—dice Macaulay en otra parte—que un ex favorito. Londres—he pensado frecuentemente—es como la hechicera de las *Mil y una noches*, que por alguna ley misteriosa no puede amar un mismo objeto más que cuarenta días. Durante cuarenta días toda ella es pasión. En cuanto espiran, no sólo rechaza al pobre favorito, sino que le transforma en un ser despreciable—en perro sarnoso ó en caballo aquejado de esparaván.—¡Cuántos cientos de víctimas han sufrido esta suerte desde que yo he nacido! Creo que los ejemplos más notables son Betty, á quien se llamaba el joven Roscio, Eduardo Irving y Mr. Beecher Stowe.»

den de mí. Estoy contento y lo habría estado con menos. En resumidas cuentas, yo no recuerdo éxito tan completo; y eso que me acuerdo de todos los poemas de Byron y de todas las novelas de Scott.

*Sábado, 27 de Enero.*—Longman me ha escrito diciéndome que sólo quedan 1.600 ejemplares de la tercera edición de 5.000, y que deben imprimirse inmediatamente 2.000 ejemplares más, considerados todavía como de la tercera edición. Fui á la City para discutir el asunto, y encontré á Guillermo Longman y á Green. Me convencieron de que lo procedente era lo que me proponían; pero yo estoy casi asustado de esta extraña prosperidad. En menos de seis meses — ellos parecen darlo como cosa segura — se despacharán 13.000 ejemplares (1). Jamás había yo soñado tal cosa. Pero había creído que el libro ocuparía un puesto permanente en nuestra literatura, y no tengo motivos para variar de opinión. Sin embargo, me preocupa sobremanera la segunda parte. ¿Puede llegar á la primera? ¿Se presta el asunto á una descripción tan viva y á una narración tan animada? ¿No será el juicio del público indebidamente severo? Todo esto me inquieta. Sin embargo, hay que correr el riesgo, y cuanto puedan hacer el arte y el trabajo se hará.

*2 de Febrero.*—Mahon me ha escrito desde Arbutnot, diciéndome que el duque de Wellington admira mi obra con entusiasmo. Aunque ahora soy casi insensible al elogio, ese elogio me ha hecho feliz durante dos minutos. ¡Un gran viejo! Los cuákeros vendrán el lunes á las once (2). Muchos — dice Sancho —

(1) Se despacharon en menos de cuatro meses.

(2) Una comisión de la Sociedad de Amigos quiso ir á ver á Macaulay en son de protesta por su manera de tratar á William Penn en los capítulos v y viii de la *Historia*.

van por lana y vuelven trasquilados. Comí en casa de Lansdowne. Todos tan buenos y cariñosos. Lord Lansdowne se manifestó casi resuelto á asistir á la entrevista con los cuákeros; pero se abstuvo por un sentimiento de decoro. Lord Shelburne insistió tanto en venir que no pude negarme, aunque yo necesito para tal combate un auxiliar de otro temple. Vendrá Milman, si puede.

*Sábado, 3 de Febrero.*—Vino Longman. Trajo dos revistas que tratan de mi libro, *North British* y *British Quarterly*. Lei los dos artículos, cuando se fué. Son laudatorios con exceso. En los dos hay su punta de acíbar. Parte de las censuras son justas, pero no todas. Muchos de los elogios sé que son inmerecidos. He empezado la segunda parte. Estoy contento de ver lo bien que marchan las cosas en el Parlamento. Stanley es seguramente muy irreflexivo é inconsiderado. ¿Qué habría hecho él, á triunfar? Es un gran polemista; pero, en todo lo restante, es lo que era hace treinta años: un muchacho listo. Todo á pedir de boca en los Comunes. Excelente discurso de Palmerston. ¡Qué arte tiene para caer de pie! Después de esto, no creeré nunca que haya atolladero de donde no le saquen su destreza y su buena suerte. Y me alegro de su buena estrella con toda el alma, porque, aunque alguna que otra vez se le va el santo al cielo, es un ministro excelente, y no puedo sufrir que se le haga víctima de una mala voluntad contra potencias extranjeras.

Lord Palmerston era el estadista inglés con quien más simpatizaba Macaulay; y nunca fué más viva esa simpatía que durante la crisis por que pasaron las naciones del continente en 1848 y 1849. Su corazón estaba enteramente con el ministro que, siempre y dondequiera que se hallaban en juego los intereses de la

libertad y de la humanidad, ponía empeño en demostrar que los hombres á quienes estaba encomendado el poder de Inglaterra no manejaban en balde la pluma, ni, á ser preciso, la espada. Pero la política extranjera de Palmerston no satisfacía á algunos de sus adversarios políticos. Estos no habían podido digerir su cortesía con los gobiernos republicanos, ni le perdonaban el haber aprobado la conducta del almirante que ancló los buques de guerra británicos entre los del rey de Nápoles y las calles indefensas de Palermo. En ambas Cámaras se propuso una enmienda al mensaje representando humildemente á Su Majestad que el estado de los asuntos no era para que el Parlamento pudiese dirigirse á la corona en términos congratulatorios. Los pares, deslumbrados por la irreflexiva elocuencia de Stanley, pusieron al ministerio á dos dedos de una derrota que, dada la situación en que se hallaban los asuntos exteriores, hubiese sido una calamidad europea. En los Comunes lord Palmerston combatió la enmienda en un discurso de extratraordinaria energía, que decidió del éxito del debate (1); una proposición

(1) «Si decís que no podéis felicitarnos, yo os digo: «Aguardad á que os lo pidan.» Sería altamente inconveniente pedir á la Cámara que manifestase en este momento ninguna opinión sobre las relaciones exteriores del país... La falta de que se acusa al gobierno de Su Majestad es que no estamos en guerra con alguno de nuestros amigos. Nuestro gran delito es que hemos conservado relaciones amistosas con el gobierno republicano de Francia. Hay quienes piensan que el gobierno de una república no es buena compañía para el gobierno de una monarquía. Pero yo sostengo que las relaciones entre los gobiernos son relaciones entre las naciones á que los gobiernos pertenecen. ¿Qué tenemos que preguntar nosotros si la nación francesa considera oportuno ser gobernada por un rey, un emperador, un presidente ó un cónsul? Nuestro objeto y nuestro deber es cimentar los vínculos de amistad más estrechos entre nosotros y nuestro más próximo vecino—ese vecino, que en la guerra sería

pidiendo el aplazamiento fué deseçada por 221 votos contra 80; y Mr. Disraeli, interpretando rectamente la opinión general de la Cámara, tuvo el buen acuerdo de retirar la enmienda hostil.

*Domingo, 4 de Febrero.*—Ayer tarde fui á Clapham. Una tarde tranquila y feliz. Esta mañana he estado en la iglesia. Me atrae la iglesia por los recuerdos del pasado; me atrae hasta la absurda ventana pintada con la paloma, el cordero, la urna, las dos cornucopias y la profusión de girasoles, pasionarias y peonías. Oí un sermón puseyita; una oratoria muy diferente de lo que yo solía oír en otro tiempo en el mismo púlpito.

*5 de Febrero de 1849.*—Lord Shelburne, Carlos Austin y Milman fueron á almorzar. Un almuerzo agradable. Después los cuáqueros, que eran cinco. Jamás se vió derrota semejante. No tenían absolutamente

nuestro enemigo más formidable y en la paz nuestro más útil aliado...—Tal es, pues, el estado de la cuestión. Se nos imputa el grave cargo de haber permanecido en buena inteligencia con la república de Francia, y de haber contribuido así esencialmente al mantenimiento de la paz en Europa. Se nos acusa de haber puesto término á las hostilidades en el Schleswig-Holstein, que hubiesen conducido á una guerra europea. Se nos acusa de haber inducido á Austria y á Cerdeña á que depusiesen las armas, cuando sus diferencias hubiesen podido arrastrar á la lucha á las otras potencias de Europa. Se nos censura por haber evitado grandes calamidades en Sicilia y por tratar de restablecer las relaciones amistosas entre el rey de Nápoles y sus súbditos. Esos son los puntos que la Cámara está llamada á fallar en pro ó en contra nuestra. Nosotros venimos aquí como hombres que hemos trabajado asiduamente para prevenir la guerra, y para ponerla término, en cuanto ha sido posible, dondequiera que ha estallado; nosotros venimos aquí como promovedores de la paz, bajo el peso de una acusación lanzada contra nosotros por los abogados de la guerra. La Cámara decidirá entre nosotros y nuestros acusadores; yo aguardo con confianza su veredicto.»

libertad y de la humanidad, ponía empeño en demostrar que los hombres á quienes estaba encomendado el poder de Inglaterra no manejaban en balde la pluma, ni, á ser preciso, la espada. Pero la política extranjera de Palmerston no satisfacía á algunos de sus adversarios políticos. Estos no habían podido digerir su cortesía con los gobiernos republicanos, ni le perdonaban el haber aprobado la conducta del almirante que ancló los buques de guerra británicos entre los del rey de Nápoles y las calles indefensas de Palermo. En ambas Cámaras se propuso una enmienda al mensaje representando humildemente á Su Majestad que el estado de los asuntos no era para que el Parlamento pudiese dirigirse á la corona en términos congratulatorios. Los pares, deslumbrados por la irreflexiva elocuencia de Stanley, pusieron al ministerio á dos dedos de una derrota que, dada la situación en que se hallaban los asuntos exteriores, hubiese sido una calamidad europea. En los Comunes lord Palmerston combatió la enmienda en un discurso de extratraordinaria energía, que decidió del éxito del debate (1); una proposición

(1) «Si decís que no podéis felicitarnos, yo os digo: «Aguardad á que os lo pidan.» Sería altamente inconveniente pedir á la Cámara que manifestase en este momento ninguna opinión sobre las relaciones exteriores del país... La falta de que se acusa al gobierno de Su Majestad es que no estamos en guerra con alguno de nuestros amigos. Nuestro gran delito es que hemos conservado relaciones amistosas con el gobierno republicano de Francia. Hay quienes piensan que el gobierno de una república no es buena compañía para el gobierno de una monarquía. Pero yo sostengo que las relaciones entre los gobiernos son relaciones entre las naciones á que los gobiernos pertenecen. ¿Qué tenemos que preguntar nosotros si la nación francesa considera oportuno ser gobernada por un rey, un emperador, un presidente ó un cónsul? Nuestro objeto y nuestro deber es cimentar los vínculos de amistad más estrechos entre nosotros y nuestro más próximo vecino—ese vecino, que en la guerra sería

pidiendo el aplazamiento fué deseçada por 221 votos contra 80; y Mr. Disraeli, interpretando rectamente la opinión general de la Cámara, tuvo el buen acuerdo de retirar la enmienda hostil.

*Domingo, 4 de Febrero.*—Ayer tarde fui á Clapham. Una tarde tranquila y feliz. Esta mañana he estado en la iglesia. Me atrae la iglesia por los recuerdos del pasado; me atrae hasta la absurda ventana pintada con la paloma, el cordero, la urna, las dos cornucopias y la profusión de girasoles, pasionarias y peonías. Oí un sermón puseyita; una oratoria muy diferente de lo que yo solía oír en otro tiempo en el mismo púlpito.

*5 de Febrero de 1849.*—Lord Shelburne, Carlos Austin y Milman fueron á almorzar. Un almuerzo agradable. Después los cuáqueros, que eran cinco. Jamás se vió derrota semejante. No tenían absolutamente

nuestro enemigo más formidable y en la paz nuestro más útil aliado...—Tal es, pues, el estado de la cuestión. Se nos imputa el grave cargo de haber permanecido en buena inteligencia con la república de Francia, y de haber contribuido así esencialmente al mantenimiento de la paz en Europa. Se nos acusa de haber puesto término á las hostilidades en el Schleswig-Holstein, que hubiesen conducido á una guerra europea. Se nos acusa de haber inducido á Austria y á Cerdeña á que depusiesen las armas, cuando sus diferencias hubiesen podido arrastrar á la lucha á las otras potencias de Europa. Se nos censura por haber evitado grandes calamidades en Sicilia y por tratar de restablecer las relaciones amistosas entre el rey de Nápoles y sus súbditos. Esos son los puntos que la Cámara está llamada á fallar en pro ó en contra nuestra. Nosotros venimos aquí como hombres que hemos trabajado asiduamente para prevenir la guerra, y para ponerla término, en cuanto ha sido posible, dondequiera que ha estallado; nosotros venimos aquí como promovedores de la paz, bajo el peso de una acusación lanzada contra nosotros por los abogados de la guerra. La Cámara decidirá entre nosotros y nuestros acusadores; yo aguardo con confianza su veredicto.»



nada que decir. Cada uno de los cargos formulados contra Penn quedó tan esclarecido como un proceso cualquiera en el Old Bailey (1). No tenían nada que aducir fuera de una cosa que es muy cierta: que en mi *Historia* Penn parecía peor de lo que hubiese parecido en una reseña general de toda su vida. Pero eso no es culpa mía. Yo he escrito la historia de cuatro años, durante los cuales estuvo expuesto á grandes tentaciones; durante los cuales fué favorito de un mal rey y se movió mucho en una corte muy corrompida. Sus relaciones perjudicaron á su fama. Diez años antes ó diez años después hubiese aparecido mucho mejor su figura. ¿Pero iba yo á empezar mi obra diez años antes ó diez años después por consideración á William Penn? Los cuákeros estuvieron sumamente finos. Yo igualmente. Elogiaron mi cortesía y mi sinceridad.

Quizá sea este el sitio más á propósito para citar algunos pasajes de las cartas de Macaulay á Mr. Ellis.

Albany, 10 de Enero 1849.

He recibido una carta pastoral de tres caras de Son Enrique de Exon, y le he mandado tres caras de respuesta. Somos los más corteses y afectuosos adversarios. No puede usted figurarse qué distinta opinión tengo de él desde que ha dado en suscribirse, «con la más alta estima, admirador mío». ¿Cómo es posible reñir con un hombre que le censura á uno en frases de este tenor: «Perdóneme si le digo que una actitud diferente hubiese sido más generosa, más ingenua, más filosófica, todo lo que yo podía resumir en estas

(1) Un tribunal de Londres. —(N. DEL T.)

palabras: más propia de usted?» He aquí el grado más alto de su severidad. ¡Y pensar que yo he negado á este hombre durante tanto tiempo el menor átomo de caridad cristiana!» (1).

6 de Marzo de 1849.

Haga usted el favor de decir á Adolphos lo mucho que le agradezco sus críticas. Veo que alguna que otra vez caigo en falta. Salí de mis casillas con los *Estuardos*, y, por lo mismo, hice menos daño del que hubiese hecho, si hubiese conservado mi sangre fría.

Sé que Croker ha escrito un artículo furibundo en contra mía, y que Lockart se resiste á publicarle, declarando que la corriente de la opinión pública se inclina poderosamente hacia mí, y que un ataque violento de parte de un enemigo personal no me hará á mí ningún daño y hará mucho á la *Quarterly Review*.

(1) Desgraciadamente esos no eran más que los preliminares del combate. Cuando el obispo pasó de los cumplidos á los argumentos, no tardó en demostrar que no había olvidado su herida. Macaulay escribe como una persona cuyo único objeto es cerrar una controversia de la manera más breve y más cortés. «Antes de que aparezca una nueva edición de mi obra, tendré tiempo de pensar atentamente las observaciones de usted y de examinar las palabras sobre las cuales me ha llamado la atención. Me ha convencido usted de la conveniencia de hacer algunas alteraciones. Pero espero que no me acusará usted de terquedad, si añado que, por lo que puedo juzgar al presente, las alteraciones serán ligeras, y que, en lo tocante al punto principal, mi opinión permanece inalterable.» A esto replica el obispo: «No me crea usted muy irritado al decirle que una persona que desea llegar á tal conclusión sería presidente inestimable de un jurado para condenar á otro Algernon Sidney. Sinceramente, yo no he visto nunca manera tan monstruosa de prejudicar una cuestión.

Hagan lo que quieran, á mí, como dice el duque (1), no se me dan dos miserables peniques.

8 de Marzo de 1849.

Por fin he alcanzado la verdadera gloria. Paseando antes de ayer por Fleet Street, vi en el escaparate de una librería un ejemplar de Hume con la siguiente nota: «Sólo dos libras y dos chelines. *Historia de Inglaterra*, de Hume, en ocho volúmenes, muy importante como introducción á Macaulay.» Me dió una risa tan convulsa, que las demás personas que miraban los libros me tomaron por un pobre demente. ¡Pobre David! En cuanto á mí, ya no me queda que alcanzar más que una cosa en punto á celebridad. Aún no ando entre las figuras de cera de Mad. Tussaud. Sin embargo, espero ver un día el anuncio de un nuevo grupo: Mr. Macaulay, con uno de sus propios trajes, conversando con Mr. Silk Buckingham, vestido á la oriental, y Mr. Roberto Montgomery, en hábito eclesiástico.

9 de Marzo de 1850.

Espero que Roebuck saldrá adelante. Si le derrotan, no será por la fuerza de sus competidores. ¡Qué flojedad y qué aguachirle la de estos jóvenes del día! \*\*\* declara que no hay en toda la Cámara de los Comunes ningún individuo de menos de treinta y cinco años, de quien pueda hacerse un Junior lord de la Tesorería. Lo mismo pasa en la literatura, y creo que en el foro. Es singular que los últimos veinticinco años,

(1) El duque de Wellington.

testigos de los mayores progresos que se han hecho jamás en las ciencias físicas—de las mayores victorias que alcanzó jamás el hombre sobre la materia—apenas hayan producido un volumen capaz de sobrevivir hasta 1900, y hayan visto extinguirse entre nosotros la casta de los grandes abogados y oradores parlamentarios.

Ayer se oyó una buena composición en su género: el dictamen sobre el asunto de Gorham (1). Supongo que le gustará á usted. A mí me parece excelente, digno de D'Aguesseau ó de Mansfield. Yo hubiera querido oírle; pero, cuando fui á Whitehall, encontré en las escuelas, en los tránsitos y hasta en la calle, tal muchedumbre de puseyitas y simeonitas que no podían pasar ni aun los consejeros privados; y, no queriendo darme de codazos con tantos sucesores de los apóstoles, me marché.

He visto el hipopótamo, dormido y despierto; y puedo asegurar á usted que, despierto ó dormido, es la más fea de las obras de Dios. Pero es preciso que usted conozca mis triunfos. Thackeray jura que fué testigo ocular y auricular del suceso más soberbio de mi vida. Dos señoritas iban á traspasar la puerta que en vano intentamos franquear nosotros el lunes, cuando les llamaron la atención sobre mí.

¡Mr. Macaulay!—exclamó el amable par.—¿Es ese Mr. Macaulay? Poco importa el hipopótamo. Y ellas, que habían dado un chelín para ver á Behemoth, le dejaron en el momento mismo en que iba á presentarse ante ellas, para ver... pero respete usted mi modestia. Ya no puedo desear más en esta tierra, ahora

(1) El 8 de Marzo de 1850 lord Langlade formuló el dictamen del comité judicial del Consejo privado.

que ha muerto Mme. Tussaud, en cuyo panteón esperaba tener un puesto.

12 de Febrero.—He comprado un papel soberbio por una guinea, y he escrito en él una «Valentina» (1) para Alicia. Comí en casa de lady Carlota Lindsay con Hallam y Kinglake. Me temo que hablé demasiado de mi libro. Pero realmente no tengo yo la culpa. Se empeñaban en hablar del asunto. Estaré más prevenido; pero ¡es tan difícil mantenerse en lo justo! Desviar la conversación podría parecer descortés y afectado.

13 de Febrero de 1849.—Envié á Paca la «Valentina» de Alicia (2). La venta sigue alta: ochenta y más al día. Es extraño. Me dicen que miss Aikin insulta mi libro como una furia, y no puede perdonarme mi modo de tratar su *Vida de Addison*. ¡Pobre criatura! Si supiese qué poco merezco su mala voluntad, y qué poco me importa, se tranquilizaría. Si me hubiera permitido librería de exponerse, lo hubiera hecho; y cuando rechazó mi auxilio desabridamente, y no pude eludir la necesidad de censurarla, me atrevo á decir que la censuré con más blandura de la que ha podido tener jamás el crítico de menos discernimiento con un libro tan malo. Desde la primera palabra hasta la última no olvidé nunca el respeto que debía á sus faldas. Aun ahora no reimprimo uno de mis mejores

(1) Carta anónima de carácter amoroso, sentimental ó burlesco, escrita el día de San Valentín.—(N. DEL T.)

(2) Las señoritas Macaulay residían en Brighton. Las varias semanas que su hermano pasó allí en su compañía fueron bien aprovechadas para su salud y regalo. Porque la mayor parte del tiempo vivía en el Norfolk Hotel; pero á veces tomaba un alojamiento inmediato á la casa de ellas. Su artículo sobre Bunyan, publicado en la *Enciclopedia Británica*, fue escrito en una de las casas de Bregeney Square.

artículos por temor de darla que sentir. Pero en nada de esto hay una gran magnanimidad.

14 de Febrero.—A las tres vinieron Paquita y los niños. Alicia estaba completamente extasiada con su «Valentina». Me suplicó muy patéticamente que le dijese la verdad sobre el caso. Cuando nos quedamos solos, dijo: — «Ahora me voy á poner muy seria.» Y á esto cayó de hinojos ante mí y alzó las manos: — «Querido tío, diga usted la verdad á su niña. ¿Fue usted el que envió la «Valentina»?—Yo no quise mentir á una criatura ni aun en cosa tan baladí, y confesé que había sido yo.

15 de Febrero.—Comida con el barón Parke. Brougham hizo muchos extremos de amistad. Yo sé lo mortalmente que me odia y lo acerbamente que me ultraja. Pero poco importa. Ha conservado mucho tiempo su don de injuriar; pero no ha conservado su don de agradar. Estuvo muy bromista; pero, como de costumbre, muy disparatado, y una vez se puso completamente en berlina. Sostuvo que había dudas sobre si el poeta trágico era Eurípides ó Eurípides. En su *Ainsworth* era Eurípides. Decía que no había autoridades en que apoyarse para lo uno ni para lo otro. Yo le respondí citando un par de versos de Aristófanes. Hubiera podido aplastarle á citas. «¡Oh! — dijo ese gran helenista. — Esos son yámbicos. Los yámbicos son muy caprichosos é irregulares; no son como los exámetros.» Procuré conservar mi seriedad, y Parke hizo lo propio. Ninguna otra persona de las que oyeron la discusión entendía el asunto.

En Noviembre de 1848, Macaulay había sido elegido Rector de la Universidad de Glasgow. Ahora se acercaba la fecha de la toma de posesión; una de esas ceremonias, tormento de los oradores, en que se es-

pera mucho y todo ha sido ya bien dicho muchas veces antes. Afortunadamente, su rectorado coincidía con el cuarto centenario del cuerpo que estaba llamado á presidir, y él procuró dar novedad y sello de oportunidad á su discurso, dirigiendo una mirada retrospectiva á la historia y situación de la Universidad en los comienzos de cada siglo de su existencia.

*12 de Marzo.* — Fui á ver al lord Abogado; señalé la fecha de mi viaje á Glasgow, y le consulté sobre el plan de mi discurso. La idea le pareció muy buena. — Una gran idea, dijo; — y yo creo que es de efecto y original, sin nada de excentricidad ni afectación. Me disgustó saber que había el pensamiento de darme el título de ciudadano de Glasgow en una caja de oro. Eso puede obligarme á pronunciar un discurso con que yo no contaba. Es extraño ver cómo se apodera de mí el horror á las exhibiciones públicas. Yo, que he hecho mi camino en el mundo perorando, me retraigo ahora de pronunciar un discurso tanto como cualquier tímido tartamudo de la Gran Bretaña.

Los hechos probaron que eran infundados sus recelos. «Juré el cargo — escribe en su Diario, el 21 de Marzo de 1849; — firmé, y pronuncié mi discurso. Tuvo mucho éxito, porque, aunque de poco valor intrínseco, no estaba mal ideado para su objeto, y para el lugar y la ocasión. Las aclamaciones fueron prodigiosas.

*22 de Marzo.* — Otro día lleno de acontecimientos y excitaciones. Yo estaba muy disgustado é inquieto, por saber que se esperaba de mí un gran discurso en el Town Hall. Había tenido un sueño tranquilo, en parte á consecuencia de la agitación pasada, y en parte por el temor de la que iba á venir. Di vueltas en mi cabeza á unas cuantas frases, pero estaba muy

poco satisfecho de ellas. Sin embargo, satisfecho ó no, no tuve más remedio que aprestarme cuando vino por mí el lord preboste. Yo estaba como aquel á quien llevan á ahorcar, y saqué fuerzas de flaqueza para salir del paso decorosamente. Fuimos al City Hall, donde ya no cabía un alma. Todo eran vitores y aplausos. El preboste me presentó una hermosa caja de plata sobredorada que contenía el título de ciudadanía, y pronunció un discurso muy bueno. Yo di las gracias con verdadera emoción y creo que en términos apropiados al caso. Lo que dije fué muy bien recibido, y al final me aplaudieron calurosamente. A las dos y media me escapé á Edimburgo, y, al llegar, me fui derecho á Craig Crook. Pasé una media hora con Jeffrey, quizá la última, entre placentero y apenado. Se hallaba en un estado de excitación casi histérica. Me confundió completamente con su bondad y sus elogios. A los dos se nos saltaban las lágrimas.

*26 de Marzo.* — Longman me ha escrito diciéndome que se ha vendido hasta el último ejemplar de la tercera edición. He escrito todo el Diario de la semana pasada; catorce caras en una hora, unos cuatro minutos por cara. Luego vino una larga visita de Macleod, con quien tenía que hablar mucho y bueno, que nos ocupó la mayor parte de la mañana. Será preciso no gastar el tiempo de esta manera. Pronto estará terminada la correspondencia á que ha dado margen mi libro; también se acabará la corrección de pruebas para nuevas ediciones; las mañanas serán apacibles; el sol saldrá temprano, y yo trataré de levantarme también temprano. Querría volver á la costumbre de trabajar tres horas antes del almuerzo. Antes la he tenido, y fácilmente puedo recobrarla. ¡Siente uno tan satisfecha su conciencia cuando ha hecho una buena

tarea con la cabeza despejada antes de salir de su gabinete! Pienso empezar este nuevo régimen el martes de Pascua. No vale la pena hacer el cambio antes de volver de nuestra excursión (1).

13 de Abril. — Al Museo Británico. Hojeé los *Viajes* del duque de Toscana, y encontré el pasaje cuya existencia niega Croker. Las ligerezas de este hombre son verdaderamente increíbles. El artículo ha sido acogido con general desdén. Realmente, Croker me ha hecho un gran servicio. Yo temía una fuerte reacción, el efecto natural de tal éxito; y si el odio le hubiese dejado sacar el mejor partido posible de sus escasas facultades, hubiera podido perjudicarme mucho. Hubiese hecho grandes concesiones; hubiese adoptado un tono suave de reconvención amistosa, y hubiese buscado verdaderas tachas, que bien sé yo que hubiera podido encontrar fácilmente. En vez de eso, ha escrito con tal rencor que ha disgustado á todo el mundo. Casi debo tenerle lástima. Pero es mala, malísima persona; un oprobio para la política y para las letras.

Corregí mi artículo sobre Addison para incluirle en la colección de *Ensayos*. Omitiré todas las críticas sobre los dislates de miss Aikin. Ella me ha tratado mal, y ese es el desquite más honroso y caballeresco.

Viernes, 5 de Mayo de 1849. — Día feliz para empezar un nuevo volumen de mi Diario. Tiempo espléndido. Una carta de lord John participándome que ha dado á mi hermano Juan el beneficio de Aldingham, de 1.100 libras anuales, en un hermoso país y en medio de una excelente población. ¿Se vió nunca tal prosperidad? Escribí unas cuantas líneas de viva gra-

(1) En la Pascua de 1849 fuimos á Chester, Bangor y Lichfield.

titud á lord John. A casa de Longman. Pedido un millar de ejemplares de la quinta edición. Longman me ha mandado el *Libro de memorias de Southey*: una plasta de las mayores que se ven en librerías.

Mientras me vestía, leí algo de la correspondencia del doctor Parr. He hojeado á ratos perdidos sus obras y sus Memorias, durante la semana última. Ciertamente distan mucho de ser pura patraña; pero hay tanta patraña que dan tentaciones de negarle el mérito que posea realmente.

28 de Junio. — Después de almorzar, al Museo, donde estuve hasta las tres leyendo y tomando notas. Hojeé tres tomos de periódicos y discursos. Encontré algunas cosas curiosas que serán de utilidad inmediata; pero el fruto principal de estas investigaciones es que el espíritu se transporta siglo y medio atrás, y se familiariza con la manera de pensar y con los hábitos de generaciones pasadas. Creo que me hago rápidamente dueño del asunto; por lo menos, más dueño que los escritores que le han tratado hasta hoy.

29 de Junio. — Fui al Museo Británico y estuve leyendo y tomando notas hasta cerca de las cinco. Hallo un placer creciente en esta ocupación. El reinado de Guillermo III, tan misterioso para mí hace unas pocas semanas, empieza á dibujarse claramente. Comienzo á ver los hombres y á comprender todas sus preocupaciones y recelos.

30 de Junio. — Hoy ha quedado cerrada mi cuenta anual con Longman. Ahora puedo decir que mi libro ha sufrido muy bien la prueba de la crítica. Tengo motivo para estar contento. Los adversarios más furiosos y de más mala fe no han podido negarme mérito como escritor. Todos los críticos, que se precian algo de imparciales, me han tributado alabanzas, que

tarea con la cabeza despejada antes de salir de su gabinete! Pienso empezar este nuevo régimen el martes de Pascua. No vale la pena hacer el cambio antes de volver de nuestra excursión (1).

13 de Abril. — Al Museo Británico. Hojeé los *Viajes* del duque de Toscana, y encontré el pasaje cuya existencia niega Croker. Las ligerezas de este hombre son verdaderamente increíbles. El artículo ha sido acogido con general desdén. Realmente, Croker me ha hecho un gran servicio. Yo temía una fuerte reacción, el efecto natural de tal éxito; y si el odio le hubiese dejado sacar el mejor partido posible de sus escasas facultades, hubiera podido perjudicarme mucho. Hubiese hecho grandes concesiones; hubiese adoptado un tono suave de reconvención amistosa, y hubiese buscado verdaderas tachas, que bien sé yo que hubiera podido encontrar fácilmente. En vez de eso, ha escrito con tal rencor que ha disgustado á todo el mundo. Casi debo tenerle lástima. Pero es mala, malísima persona; un oprobio para la política y para las letras.

Corregí mi artículo sobre Addison para incluirle en la colección de *Ensayos*. Omitiré todas las críticas sobre los dislates de miss Aikin. Ella me ha tratado mal, y ese es el desquite más honroso y caballeresco.

Viernes, 5 de Mayo de 1849. — Día feliz para empezar un nuevo volumen de mi Diario. Tiempo espléndido. Una carta de lord John participándome que ha dado á mi hermano Juan el beneficio de Aldingham, de 1.100 libras anuales, en un hermoso país y en medio de una excelente población. ¿Se vió nunca tal prosperidad? Escribí unas cuantas líneas de viva gra-

(1) En la Pascua de 1849 fuimos á Chester, Bangor y Lichfield.

titud á lord John. A casa de Longman. Pedido un millar de ejemplares de la quinta edición. Longman me ha mandado el *Libro de memorias de Southey*: una plasta de las mayores que se ven en librerías.

Mientras me vestía, leí algo de la correspondencia del doctor Parr. He hojeado á ratos perdidos sus obras y sus Memorias, durante la semana última. Ciertamente distan mucho de ser pura patraña; pero hay tanta patraña que dan tentaciones de negarle el mérito que posea realmente.

28 de Junio. — Después de almorzar, al Museo, donde estuve hasta las tres leyendo y tomando notas. Hojeé tres tomos de periódicos y discursos. Encontré algunas cosas curiosas que serán de utilidad inmediata; pero el fruto principal de estas investigaciones es que el espíritu se transporta siglo y medio atrás, y se familiariza con la manera de pensar y con los hábitos de generaciones pasadas. Creo que me hago rápidamente dueño del asunto; por lo menos, más dueño que los escritores que le han tratado hasta hoy.

29 de Junio. — Fui al Museo Británico y estuve leyendo y tomando notas hasta cerca de las cinco. Hallo un placer creciente en esta ocupación. El reinado de Guillermo III, tan misterioso para mí hace unas pocas semanas, empieza á dibujarse claramente. Comienzo á ver los hombres y á comprender todas sus preocupaciones y recelos.

30 de Junio. — Hoy ha quedado cerrada mi cuenta anual con Longman. Ahora puedo decir que mi libro ha sufrido muy bien la prueba de la crítica. Tengo motivo para estar contento. Los adversarios más furiosos y de más mala fe no han podido negarme mérito como escritor. Todos los críticos, que se precian algo de imparciales, me han tributado alabanzas, que

puedo lisonjearme de juzgar merecidas. Mi empresa de ahora es más árdua, y obtendrá, probablemente, menos aplauso. Sin embargo, yo tengo buenas esperanzas.

He recibido unas líneas del príncipe Alberto. Desea verme mañana á las tres en el Palacio Buckingham. Le respondí como un cortesano; pero ¿qué voy á decirle? Porque, sin duda, quiere consultarme sobre la cátedra de Cambridge (1). ¿Cómo puedo yo ser justo á la vez con Stephen y con Kemble?

*Sábado, 1.º de Julio.*—Fui al palacio. El príncipe, con gran asombro mío, me ofreció la cátedra, y me instó á aceptarla con gran ahinco y con mil expresiones lisonjeras. Yo estaba resuelto, y respetuosamente y con protestas de gratitud, decliné. Hubiera rehusado, aunque sólo fuese para que nadie pudiera acusarme de jugar sucio: porque me ha costado bastante mantenerme neutral entre Stephen y Kemble; y si ahora me alzase con las ganancias, no podría asombrarme de que los dos concibiesen injustas sospechas de mí. Pero, además, yo soy como el lobo de la fábula. No puedo tolerar el collar, y me he librado de collares mucho más hermosos y ricos que este. Sería extraño que, habiendo sacrificado á mi libertad un puesto en el gabinete y 2.500 libras anuales, sacrificase ahora mi libertad á una cátedra de Cambridge y á 400 libras. Por otra parte, yo nunca he podido hacer dos cosas á la vez. Para desempeñar bien la cátedra tendría que renunciar á mi *Historia*; y renunciar á mi *Historia* sería renunciar mucho más que los emolumentos de la cátedra—suponiendo que los emolumentos fuesen para mí lo principal, y no lo son ahora, ni lo han sido nun-

(1) La cátedra de Historia moderna. La cátedra fué desempeñada posteriormente por sir James Stephen.

ca.—El príncipe, cuando me vió resuelto, me consultó sobre los otros candidatos.

*21 de Julio.*—He ido á un puesto que hay cerca del Puente de Westminster, donde vi ayer algunos tomos de *The Morning Chronicle*, y compré varios para continuar mi colección. Leí el *Morning Chronicle* de 1811. ¡Qué ignominiosamente trataba la prensa whig al duque de Wellington hasta que su mérito fué demasiado patente para ser discutido! ¡Qué inconcebible mente injustos hace á los hombres el espíritu de partido!

Algún escritorzuelo del *Morning Post* tiene ahora entre ceja y ceja á Trevelyan, y escribe varios absurdos contra él todas las semanas. El probablemente no se enterará nunca de tales escritos, y con seguridad no hará caso de ellos. Esas cosas no pueden hacerle ningún daño; y, con todo, yo, que jamás me he alterado por ataques de ese linaje, y que no me hubiese tomado la más mínima molestia por conseguir que se trocasen en alabanzas los insultos que me ha dirigido el *Morning Post*, no puedo menos de irritarme al ver esta maldad tan baja, tan rastrera. Fui al Museo, y pasé allí dos ó tres horas provechosas y agradablemente consultando mapas y documentos relativos á Londonderry. Algo puedo yo hacer de esta materia, si es que no he perdido mi habilidad.

*3 de Agosto.*—Estoy acabando la *Vida de Byron* de Tomás Moore. Es un mal libro. ¡Pobre mozo! Sin embargo, era malo y horriblemente afectado. Pero ¿qué le faltó de todo lo que puede echar á perder á un hombre? Si á los veinticuatro años hubiese yo sido par y el poeta más popular y el Lovelace más afortunado del día, hubiese sido tan presumido, y quizá tan malo como él. Designé algunas horas al *Don Juan*, y no en-

cuentro motivos para modificar la opinión que formé hace veinticinco años. Los dos primeros cantos son la obra maestra de Byron. Los dos siguientes no son inferiores al promedio de lo que él hacía. Después empieza el descenso, y á lo último cae al nivel de sus imitadores de los *Magazines*.

Macaulay pasó la segunda mitad de Agosto en Irlanda; y, como de costumbre, los días que precedieron al viaje los empleó en estudiar la literatura del país. Leyó rápidamente la *Correspondencia* de Swift, y todo un estante, por lo menos, de novelas irlandesas; leyó con más detenimiento la *Vida de Sheridan*, de Moore y la de Flood, que distó mucho de satisfacerle. Un libro estúpido y mal escrito. El era un hombre notable, pero no acreedor á gran estima. Recorrí las *Memorias* de Wolfe Tone. A despecho de su odio furibundo é irracional hacia Inglaterra, hay algo en ese hombre que no deja de gustarme. ¿Cómo será que el odio de un irlandés ó de un francés hacia Inglaterra no excita en mí ningún rencor? Supongo que lo impide mi orgullo nacional. Inglaterra es tan grande que un inglés se preocupa poco de lo que los demás piensan ó dicen de ella.

16 de Agosto de 1849.—El tren expreso llegó á Holyhead hacia las siete de la tarde. Entre Londres y Bangor leí las vidas de los emperadores, desde Maximino hasta Carino inclusive, en la *Historia Augusta*, y fui muy entretenido é interesado. Es lástima que falten en la serie Felipe y Decio. La extraña inclinación de Felipe hacia el cristianismo y el vigor y capacidad de Decio y su inveterada hostilidad hacia la nueva religión serian muy interesantes aun en la peor historia; y ciertamente, no es fácil encontrar peores historiadores que Trebelio, Capitolino y Vopisco. A pesar de

todo, me gusta su simplicísima garrulidad; me hace á veces un efecto semejante al de Pepys.

En cuanto estuvimos á bordo nos hicimos á la mar. Soplabo viento fresco y contrario y el mar estaba alborotado. Se puso el sol majestuosamente; y como no podía leer, recurrí á una sustitución excelente de la lectura. Recorrí mentalmente el *Paraiso Perdido*. Todavía pude repetir la mitad de él, y la mitad mejor. Nunca la saboreé tanto. En el diálogo del fin del cuarto libro Satán y Gabriel llegaron á parecerme enteramente dos personajes de Shakespeare. Sharp me contó una vez que el actor Henderson solía decirle que no había en el drama inglés mejor escena que esa. Ahora comprendo la verdad de la observación. ¡Qué admirable es este golpe á la manera de Eurípides!

*But wherefore thou alone? Wherefore with thee  
Came not all hell broke loose? (1).*

He de probar á poner el pasaje en yámbicos griegos, ó pediré á Ellis que lo haga, que él lo hará mejor.

Llegaba al fin de la conversación entre Rafael y Adán, admirando más que nunca la sublime cortesía del arcángel, cuando vi las luces de la bahía de Dublín. Me gusta entrar en un puerto de noche. Siempre me ha impresionado mucho el contraste entre el mar desierto, solitario, y la vida y tumulto de un puerto al arribar una embarcación.

17 de Agosto.—A Dublín, en tren. Los edificios públicos me parecieron á primera vista muy hermosos; y hermosos se reputarian aun en París. Sin embargo, el antiguo Parlamento, del cual había esperado yo mucho, no llegó á la altura de mis ilusiones. Es

(1) Mas ¿por qué tú solo? ¿Por qué no vino contigo á desencadenarse todo el infierno?



hermoso, sin duda, y aun más que hermoso; pero es demasiado bajo. Si tuviese doble elevación de la que tiene sería uno de los edificios más majestuosos de Europa. Es digno de nota que la arquitectura es el único arte en que la simple masa es un elemento de sublimidad. Hay más grandeza en una joya griega de un cuarto de pulgada de diámetro que en la estatua de Pedro el Grande de Petersburgo. Hay más grandeza en la *Visión de Ezequiel* de Rafael que en todas las varas de lienzo estropeadas por West y Barry. Pero no puede ser grandioso ningún edificio de muy reducidas dimensiones, ni insignificante un edificio tan alto como las Pirámides ó el Coliseo. Las Pirámides son una prueba; porque, ¿qué cosa habría en la tierra más ruin que una pirámide de 30 pies de altura?

La lluvia era tan copiosa que tuve que volver en un carro cubierto. Yendo en tan detestable vehículo, pasé la vista por la correspondencia entre Plinio y Trajano, y vi que Trajano hacía un papel de mucho valor. Miré por fuera la *Christ Church*, y no sentí la menor tentación de verla por dentro. No así la catedral de San Patricio. Aunque en estado lastimoso—sufriendo reparaciones sin terminar por falta de recursos—es aún una iglesia notable; pero su principal interés es histórico. En el coro vi la tumba de Schomberg y la furiosa sátira escrita encima por Swift (1). A mano opuesta, las espuelas de Ruth y la bala que le mató: un adorno no muy cristiano para

(1) «La inscripción que hay sobre la lápida de Schomberg refiere cómo el deán y el capítulo de San Patricio instaron en balde á los herederos del duque para que le erigiesen un monumento, y cómo al fin tuvieron que erigírsele ellos mismos. La última línea dice así: «*Plus potuit fama virtutis apud alienos quam sanguinis proximitas apud suos.*»

las inmediaciones de un altar. En la nave están enterrados Swift y Stella. El busto de Swift es la mejor imagen de él que he visto nunca: sorprendente y lleno de expresión. Pasando luego por Kevin Street, vi el Deanato; no la casa de Swift, aunque en el mismo emplazamiento. Algunas de las casuchas que hay enfrente deben haber existido en su tiempo; y sus inquilinos figuraron probablemente entre las personas que le pidieron prestadas pequeñas cantidades ó se le quitaron el sombrero en la calle.

24 de Agosto, Quillarney.—Un día de afanes. Voy viendo que, ó tengo que renunciar á la parte más hermosa de la excursión, ó tengo que montar en un jaco. Los jacos no son cosa de mi devoción. Sin embargo, me daba vergüenza cejar, y cabalgué doce millas, con un guía, hacia el lago Superior, donde encontramos la lancha, que se había enviado con cuatro remeros. Uno de los barqueros se vanagloriaba de haber llevado veinticuatro años antes á sir Walter Scott y á miss Edgeworth. Eso le indemnizó, según decía, de haber faltado á una ejecución que se llevó á efecto aquel día mismo. No hay nada que pueda superar á la belleza del lago Superior (1). Volví á casa después de siete horas de correría, durante las cuales fui doce millas á

(1) «Hillarney vale la pena de molestarse (escribe Macaulay á Mr. Ellis). Jamás he visto en mi vida nada más hermoso, y puedo decir que ni tan hermoso. Figúrese usted un Wiedermere, pero más bello, en esa parte del Devonshire, donde crece espontáneamente el mirto. Las bayas rojas son más encarnadas; los brezos más opulentos, los helechos mismos de formas más delicadas que en ninguna otra parte. Bosque le hay por todos lados. La hierba es más verde que todo lo que yo he visto. Da verdadero gozo ver esto. No se permite que permanezca ninguna oveja más de unos cuantos meses en ninguna de las islas de los lagos. Pregunté por qué. Me contestaron que reventarían de gordas.»

caballo y unas veinte en bote. No había montado en un caballo desde que en Junio de 1834 atravesé con el capitán Smith el jardín de Mango, cerca de Arcot. Yo estaba muy satisfecho de lo bien que me tenía; y el guía, á quien había puesto al corriente de mi falta de habilidad, se declaraba profundo admirador de mi modo de ir al paso ó trotando. Su lisonja me complació más que muchos de los elogios tributados á mi *Historia* (1).

Después de las dos semanas de Irlanda, Macaulay pasó otras dos en Francia, y luego se dedicó asidua y continuadamente á concluir el cap. XII. Durante semanas seguidas la reseña de cada día empieza ó concluye con estas palabras: «Mi tarea.» «Hice mi tarea.» «Mi tarea y algo más.»

22 de Setiembre. — Escribí la ración ordinaria—seis cuartillas grandes de mis garabatos, que harán unas dos páginas de impresión.—Espero seguir á este paso durante la mayor parte del año. Si lo hago así,

(1) En una carta escrita desde Dublin durante el viaje de regreso, dice Macaulay: «Me sorprendió agradablemente lo que vi de la condición de los habitantes de Meath y Louth, cuando fui al Boyne, y no me llamó mucho la atención nada de lo que encontré al dirigirme en ferrocarril desde Dublin á Limerick. Pero desde Limerick á Killarney, y desde Killarney á Cork, no sabía si reír ó llorar. Cientos de viviendas arruinadas, abandonadas por los últimos moradores, que habían huido á América; la gente trabajadora vestida literalmente, no retóricamente, peor que los andrajosos de Inglaterra; los niños de todos los pueblos acercándose á mendigar á todos los coches y carros que pasan por allí. Pero basta. Yo no puedo remediar este estado de cosas, y nada adelanto con atormentarme por él. Me consuela el pensar que entre el más pobre campesino inglés y el campesino irlandés, hay espacio holgado para diez ó doce grados bien acentuados de pobreza. En cuanto á agitación política, esa está muerta y enterrada. Jamás vi sociedad tan satisfecha al parecer con sus gobernantes. La reina hizo la conquista de todos los corazones.»

el venidero Setiembre habré acabado de primera intención el tercer tomo. Por supuesto, el trabajo de pulir y retocar será una labor inmensa.

2 de Octubre. — Escribí largo y tendido. No recuerdo haber compuesto nunca con más facilidad y placer que últimamente. He pasado con mucho de mi tarea. Sólo anotaré los días en que me quede corto, y confío en que ha de transcurrir mucho tiempo antes de que tenga que hacer tal anotación.

9 de Octubre. — Me he vuelto á poner á escribir, pero no estaba en vena. Supongo que no interrumpiré hoy, por primera vez, la buena costumbre que contraí al volver de Francia. Ha venido á verme un francés, un á modo de literato, que ha traducido algunos trozos de mi *Historia*. Cuando se fué, me empujé en el trabajo, como solía decir Johnson, é hice mi tarea, pero algo á regañadientes.

25 de Octubre. — Mi cumpleaños. Cuarenta y nueve de edad. No tengo ningún motivo de queja. Regular salud, suficientes recursos, libertad, tiempo, parientes y amigos muy queridos, una gran reputación literaria y aun puedo decir muy grande.

*Nil amplius oro,*

*Maid nate, nisi ut propria haec mihi munera faxis.*

Pero ¿qué es lo que pido? Mi fortuna está bastante asegurada contra todo, salvo una calamidad pública. Mi libertad depende de mí mismo, y no renunciaré á ella fácilmente. Respecto á fama, puede marchitarse y morir; pero creo que la mía tiene raíces más profundas. No puedo menos de creerlo, puesto que hasta los artículos que escribí precipitada é imperfectamente para la *Revista de Edimburgo* son apreciados por una

generación que ha nacido desde que se publicaron por primera vez. Mientras que de los de Jeffrey se han vendido dos ediciones y cuatro de los de Sidney, los míos están reimprimiéndose por séptima vez. Luego en cuanto á mi Historia, no hay cambio aún en la opinión pública de Inglaterra. Los Estados Unidos, Francia y Alemania confirman el juicio de mi propio país. He visto no menos de seis artículos alemanes, todos laudatorios en grado sumo. He ahí una respuesta suficiente á los detractores que atribuyen el éxito nacional de mi obra al arte con que he hablado á sentimientos puramente locales y temporales. Yo tengo la conciencia de no haber tratado de dirigirme á tales sentimientos, y de haber escrito con la vista fija siempre en un pasado remoto y en un remoto porvenir. El aplauso de Charleston, de Heidelberg y de París ha llegado hasta mí esta misma semana; y esa unanimidad entre hombres tan distantes, me lleva á creer que he dado cima realmente á la alta empresa que acometí, y que he hecho algo que vivirá. ¡Cuánta palabrería! Pero, en el día de su cumpleaños, hay que dispensarle á uno que mire hacia atrás y hacia adelante.

No hice toda mi tarea; pero tengo que coser un gran retazo de púrpura (1), y necesito tomarme tiempo. He tenido una alegría al saber el nombramiento de Milman para la iglesia de San Pablo—una alegría tan sincera como si me hubiesen dejado un buen legado.

5 de Diciembre. — He comprado el nuevo volumen de Thiers, y le leí en la calle. Está bastante bien en lo de Vimiera y Coruña, y es justo con los oficiales in-

(1) El socorro de Londonderry.

gleses, aunque no tanto con los soldados rasos. Después de comer he vuelto á leer á Thiers, y le he concluido. Temo decir á otras personas cuánto me dejan que desear historiadores que pasan por buenos. La verdad es que yo no admiro más historiadores que Heródoto, Tucídides y Tácito. Quizá en su género, un género muy especial, puedo añadir Fra Paolo. Los escritores modernos que poseen la mayoría de las grandes cualidades de los antiguos maestros de la Historia, son algunos escritores de Memorias; por ejemplo: Saint Simon. Tienen mérito, sin duda, Hume, Robertson, Voltaire y Gibbon. Pero no es esa la cosa. Yo tengo una idea de la Historia más justa, en mi sentir, que la suya. La ejecución es otro asunto. Pero yo espero mejorarla.

En una carta de 19 de Diciembre de 1849 escribe Macaulay: «Lord Spencer me ha invitado á hojear sus papeles de familia: una gran prueba de liberalidad, cuando se considera que es descendiente directo de Sunderland y de Marlborough. En general es risible ver lo que cuesta á los hombres el que se diga la verdad sobre sus antepasados. Tengo curiosidad de ver esa hermosa biblioteca, la más hermosa, creo, de las bibliotecas particulares de Inglaterra.»

20 de Diciembre. Althorp.—En esta casa son muy madrugadores. Almuerzo á las nueve, precedido de oraciones en la capilla. Llegué á ella con el tiempo contado. Después de almorzar fui á la Biblioteca. A la primera ojeada vi lo vasto de la colección. Me servía de cicerone Mr. Appleyard. Aunque no muy dado á admirar las simples curiosidades de las bibliotecas, me recreé contemplando los antiguos ejemplares del arte tipográfico hechos en Maguncia, los *Caxtons*, el *Homero de Florencia*, los *Aldus*, el célebre *Bocaccio*.

generación que ha nacido desde que se publicaron por primera vez. Mientras que de los de Jeffrey se han vendido dos ediciones y cuatro de los de Sidney, los míos están reimprimiéndose por séptima vez. Luego en cuanto á mi Historia, no hay cambio aún en la opinión pública de Inglaterra. Los Estados Unidos, Francia y Alemania confirman el juicio de mi propio país. He visto no menos de seis artículos alemanes, todos laudatorios en grado sumo. He ahí una respuesta suficiente á los detractores que atribuyen el éxito nacional de mi obra al arte con que he hablado á sentimientos puramente locales y temporales. Yo tengo la conciencia de no haber tratado de dirigirme á tales sentimientos, y de haber escrito con la vista fija siempre en un pasado remoto y en un remoto porvenir. El aplauso de Charleston, de Heidelberg y de París ha llegado hasta mí esta misma semana; y esa unanimidad entre hombres tan distantes, me lleva á creer que he dado cima realmente á la alta empresa que acometí, y que he hecho algo que vivirá. ¡Cuánta palabrería! Pero, en el día de su cumpleaños, hay que dispensarle á uno que mire hacia atrás y hacia adelante.

No hice toda mi tarea; pero tengo que coser un gran retazo de púrpura (1), y necesito tomarme tiempo. He tenido una alegría al saber el nombramiento de Milman para la iglesia de San Pablo—una alegría tan sincera como si me hubiesen dejado un buen legado.

5 de Diciembre. — He comprado el nuevo volumen de Thiers, y le leí en la calle. Está bastante bien en lo de Vimiera y Coruña, y es justo con los oficiales in-

(1) El socorro de Londonderry.

gleses, aunque no tanto con los soldados rasos. Después de comer he vuelto á leer á Thiers, y le he concluido. Temo decir á otras personas cuánto me dejan que desear historiadores que pasan por buenos. La verdad es que yo no admiro más historiadores que Heródoto, Tucídides y Tácito. Quizá en su género, un género muy especial, puedo añadir Fra Paolo. Los escritores modernos que poseen la mayoría de las grandes cualidades de los antiguos maestros de la Historia, son algunos escritores de Memorias; por ejemplo: Saint Simon. Tienen mérito, sin duda, Hume, Robertson, Voltaire y Gibbon. Pero no es esa la cosa. Yo tengo una idea de la Historia más justa, en mi sentir, que la suya. La ejecución es otro asunto. Pero yo espero mejorarla.

En una carta de 19 de Diciembre de 1849 escribe Macaulay: «Lord Spencer me ha invitado á hojear sus papeles de familia: una gran prueba de liberalidad, cuando se considera que es descendiente directo de Sunderland y de Marlborough. En general es risible ver lo que cuesta á los hombres el que se diga la verdad sobre sus antepasados. Tengo curiosidad de ver esa hermosa biblioteca, la más hermosa, creo, de las bibliotecas particulares de Inglaterra.»

20 de Diciembre. Althorp.—En esta casa son muy madrugadores. Almuerzo á las nueve, precedido de oraciones en la capilla. Llegué á ella con el tiempo contado. Después de almorzar fui á la Biblioteca. A la primera ojeada vi lo vasto de la colección. Me servía de cicerone Mr. Appleyard. Aunque no muy dado á admirar las simples curiosidades de las bibliotecas, me recreé contemplando los antiguos ejemplares del arte tipográfico hechos en Maguncia, los *Caxtons*, el *Homero de Florencia*, los *Aldus*, el célebre *Bocaccio*.

Miré con interés particular las dos ediciones de *Chaucer*, por Caxton, y el prólogo de la última. Lord Spencer se lamentaba de ignorar, por su educación marina, muchas de las cosas que saben los literatos, y me dijo que el principal placer que debía á su biblioteca provenía del que sacaban sus amigos. Dijo esto tan sincera y bondadosamente, que era imposible no inclinarse ante su superioridad en una cosa más importante aún que las letras. Me recordó á su hermano, mi antiguo amigo y jefe.

21 de Diciembre.—Hoy, después del almuerzo, me senté á trabajar. Appleyard me enseñó la sección de folletos y caí sobre ella con bríos. Hay aquí una gran colección de folletos, que fueron propiedad del general Conway. Los volúmenes relativos al reinado de Guillermo no bajarían de catorce ó quince, con una docena de folletos, por lo menos, cada uno. Algunos tengo yo, y otros los conozco del Museo Británico. Pero existían varios que nunca había visto, y tuve ocupación abundante, útil y grata durante cinco ó seis horas. Llené de notas varias hojas de papel. Aunque á mí no me gusta la sociedad de las casas de campo, pasé agradablemente la noche. A la verdad, cuando la gente es tan bondadosa y tan honrada, sería brutal no complacerse en su trato. Hoy mandé diez libras á la familia del pobre\*\*\* No me quejo de tales gastos; pero necesito ahorrar en otras cosas para hacer frente á ellos.

26 de Diciembre.—Compré *Rebeca y Rowena*, de Hackeray, una linda y hábil humorada; pero no sé si todos saborearán el humorismo como yo. Le deseo éxito con toda el alma. He acabado la *Vida de lord Sidmouth*. Me parece que Addington tenía más arranque del que yo le había concedido. En cuanto á lo de-

más, era de inteligencia limitada y más imbécil que todos los que han ocupado tales puestos desde la Revolución. Lord Sidmouth hubiera podido ser una alta figura, si hubiese seguido siendo *Speaker* veinte años más. Hubiese dejado entonces un nombre tan respetable como el de Onslow. El tenía excelentes prendas para esa clase de funciones. Pero su repentina elevación al más alto puesto del Estado, no sólo puso de manifiesto su incapacidad, sino que le desvaneció. Empezó á tenerse en mucho en el instante mismo en que todo el mundo empezó á tenerle en poco. Hacia el fin de su vida se le ve quisquilloso, pagado de su dignidad personal, esperando que se le consulte, propenso á sentirse de cualquier preterición. Eran, en mi sentir, las consecuencias de habersele colocado en un puesto superior á sus fuerzas. No me sorprende el desprecio que Pitt sintió por él; pero desdeña de Pitt el irritarse.

27 de Diciembre.—Tiempo desagradable y noticias desagradables. \*\*\* se halla apurado otra vez. Le mandé 50 libras y mandaré lo mismo á \*\*\*, que no lo pide. Pero no puedo menos de sentirme contrariado. Por este año se han ido todos los frutos de mi obra. Todo lo que podré hacer será salir pie con bola sin tocar al capital. En el interin, la gente que conoce mis rentas é ignora mis gastos, no tiene escrúpulo en importunarme con suscripciones y peticiones de socorros.

Leí las *Memorias* de Romilly. Hombre excelente; pero demasiado estoico para mi gusto. A mí me agrada un poco de elemento epicúreo en la virtud.

12 de Enero de 1850.—Fuí al Museo, y estreché la mano á Peel. Anduve de negocios... negocios de oficina. ¡Si fuesen de otra clase! Volví á casa y trabajé

algunas horas medianamente. No cabe duda de que lo que estoy escribiendo exigirá mucha corrección; pero en lo esencial creo que sirva. ¡Qué poco se estudia ahora el arte importantísimo de hacer transparente la expresión! Apenas hay un escritor popular, excepto yo, que pienso en ello. Muchos parecen proponerse ser oscuros. En un sentido puede que acierten, porque muchos lectores dan por profundo todo lo que es obscuro y llaman superficial á todo lo que es ininteligible. Pero ¡corragio! y pensemos en el año 2850. ¿Dónde estarán entonces vuestros Emersons? Pero Heródoto será leído aún con deleite. Debemos hacer lo mejor que podamos para ser leídos también.

Una carta de Campbell dándome la noticia de que soy un consejero honorario de Lincoln's Inn. Quedo complacido y regocijado (1). He leído algunas de las *Vidas* de Campbell. Respecto al talento de Thurlow, es injusto á todas luces. Es ocioso discutir dotes de inteligencia reconocidos por una generación de hombres competentes. Thurlow se halló en la Cámara de los Comunes frente á Fox y Burke, é hizo allí un gran papel. Dominó en la de los Loes, á despecho de Camden, Mansfield y Loughborough. Su talento fué reconocido por los escritores del *Rolliad* y hasta por Peter Pindar (2). Ya es demasiado tarde para negársele.

28 de Enero. — Acabó Jeffrey. ¡Caro amigo! Le quería tanto como es fácil querer á un hombre que pertenece á una generación anterior. ¡Y qué bueno y generoso fué para mí! Su bondad era tanto más pre-

(1) La propuesta de Macaulay para ese alto honor, partió del magistrado Knight Bruce, que había sido uno de sus más resueltos adversarios en la Cámara de los Comunes durante las grandes controversias de 1832.

(2) Pseudónimo adoptado por el doctor John Wolcott. — N. DEL T.

ciosa cuanto que no podía ser mayor su perspicacia. Su mirada os penetraba de parte á parte. No se le escapaba una falta de gusto, una flaqueza, una ridiculez; y, sin embargo, os quería como si hubiese sido el hombre más ciego de Inglaterra. Tenía un corazón mucho mejor que el de Sidney Smith. No quiero decir que Sidney flaquease en este sentido. Respecto á talento, podría decirse que el de Jeffrey era superior, pero el de Sidney más raro. Yo hubiera preferido ser Jeffrey; pero habrá varios Jeffrey antes de que haya un Sidney. Después de todo, la muerte del querido Jeffrey apenas se presta á lamentaciones. ¡Dios me conceda morir así! Cargado de años; cargado de honores; facultades lúcidas y afectos calurosos hasta el fin, llorado por el público y por muchos amigos particulares de valer. Esa es la eutanasia.

He comido en casa y he leído por la noche la carta de Rousseau al arzobispo de Paris y la carta á D'Alembert. No obstante mi aversión á la persona, no puedo negar que tenía gran elocuencia y vigor de pensamiento. Sin embargo, no me recrea, y para mí un libro que no es ameno, carece de la más alta de las recomendaciones.

19 de Febrero. — Fui con Ana al estudio de Richmond para ver mi retrato. El parecía intranquilo y excitado; pero al fin, cuando presentó su obra, Ana la declaró excelente. Yo no soy juez del parecido, pero la cara es característica. Es la cara de un hombre de gran inteligencia, de gran resolución y sinceridad y amante del placer. No deja de tener semejanza con el semblante de Fox en la expresión general. Estoy plenamente satisfecho de tener tal fisonomía. Volví á casa, y conté mis libros. Los que están á la vista se elevan en números redondos á 6.100. Detrás hay va.

rios centenares, principalmente novelas. Puedo evaluar toda la colección en 7.000, por lo menos. Probablemente subirá á 10.000 á la expiración de mi alquiler de este cuarto, si es que no expiro yo antes, lo cual me parece muy verosímil. Es raro lo insensible que me he vuelto al temor de la muerte; y eso que gozo mucho de la vida. He recorrido algunas *baladas* españolas, y me llamó la atención la superioridad de las versiones de Lockhart sobre los originales.

2 de Marzo. — Me dió pena oír en Westbourne Terrace que \*\*\* está profundamente impresionado por el fracaso del retrato que ha hecho de mí (1). Lo siento mucho. Parecía una buena persona y un pintor agradable; y yo simpatizo mucho con los sentimientos de los artistas cuya existencia depende de sus éxitos. Por mi parte, he tenido tan pocos frenos para mi vanidad como la mayoría de los hombres; pero he sentido los bastantes para aprender simpatía. He estado leyendo una obra titulada *Los Gentilshombres Chasseurs*. El antiguo régimen hubiese sido una buena cosa si el mundo hubiera sido hecho sólo para los señores, y si los señores hubieran sido hechos sólo para cazar.

3 de Marzo de 1850. — Comí en palacio. La reina estuvo muy amable conmigo. Habló mucho de mi obra, y confesó que no tenía nada que decir en defensa de su pobre antepasado Jacobo II. «No antepasado de vuestra majestad — dije; — antecesor de vuestra majestad.» Supongo que no fué una corrección descortés. En mi intención era un cumplido, y como tal pareció tomarla.

En el año 1839 Macaulay comió en palacio por primera vez, y describió su convite en una carta á sus

(1) No se refiere al retrato de Mr. Richmond.

hermanas. «Todos hablábamos cuchicheando. Fui presentado; me arrodillé; besé la mano á su majestad; tuve el honor de conversar con ella unos dos minutos, y la aseguré que en la India hacía calor y que yo disfrutaba allá de buena salud.» Ya puede suponerse que Macaulay no era aficionado á una sociedad donde se creía obligado á condensar sus observaciones en dos minutos y á hablar todo lo más bajo posible. Pero, á la verdad, lo atado que se encontró se debía principalmente á su inexperiencia de la vida cortesana; y andando el tiempo, empezó á comprender que la mejor manera de hacerse agradable era hablar allí como hablaba en todos lados. Antes de que pasase mucho tiempo, una dama que solía verle á menudo en palacio, ya como miembro del gabinete, ya como particular, escribe: «Era muy interesante oír á Mr. Macaulay, con su infinito caudal de anécdotas y conocimientos.»

11 de Marzo. — Escribí la llegada de las noticias del Boyne á Whitehall. Voy despacio, pero creo que muy bien. No hay muchas semanas en que no escriba bastante para llenar siete ó ocho páginas de impresión. La regla de no continuar nunca cuando no brotan espontáneamente las ideas, no serviría para todos los hombres ni para todas las clases de trabajo. Pero es lo mejor que puede hacer quien, como yo, no está atado al tiempo, no escribe por dinero y desea interesar y recrear á lectores á quienes por lo común repele la historia. ¿Cómo puede esperar un hombre que otros se recreen en leer lo que á él le parece insípido componer?

Todavía el viento Nordeste. ¡Qué días aquellos en que N. E. y S. O. era todo uno para mí! Sin embargo, tengo compensaciones, y hay que estar contento; y lo

estoy, aunque alguna que otra vez respingue un instante.

25 de Marzo.—Me he atormentado en ver lo que haría con una carta de ese pobre Roberto Montgomery. Me ha escrito suplicándole que le libre de la picota. He escrito dos veces la respuesta. Era muy difícil dar en el hito: rehusar toda concesión sin nueva ofensa, y defender la aspereza de mi artículo sin nueva aspereza.

15 de Abril.—Después del almuerzo me puse á escribir sobre la conspiración de los jacobitas en 1690. Es un capítulo arduo. Hacen que la narración se desarrolle, como es debido, brotando cada parte, naturalmente, de la que le precede; hacer ir y venir á los lectores por el canal de San Jorge, sin distraer su atención, no es cosa fácil. Sin embargo, puede hacerse. Yo creo que este arte de la transición es tan importante ó casi tan importante para la historia, como el arte de la narración. He leído el último tomo de *Clarisa*, que no había abierto desde mi viaje de la India. Casi lloré amargamente.

27 de Abril.—Fui á Westbourne Terrace, y pasé una hora jugando con Alicia, una compañera de juego muy lista y atractiva, á mi ver. Yo era Dando en una pastelería, y luego en una ostrería (1). Después fui un ladrón de perros, que había quitado á la niña el suyo, Diamante, mientras ella estaba jugando en los jardines de Kensington, y que iba por la recompensa anun-

(1) En la última generación no habrá uno entre cincuenta que haya oído el nombre de Dando: protagonista de cien baladas, que era llevado á los tribunales dos veces al mes, por lo menos, por negarse á pagar la cuenta después de atracarse en una ostrería.

ciada en el *Times*. ¡Querida criatura! ¡Cómo se abrazan tales seres á nuestros corazones!

Comí con Inglis. Handige contó algunas cosas buenas de campaña, y, entre otras, la frialdad con que habló el duque de un valiente oficial de Estado Mayor á quien mataron por exponerse temerariamente. «¿Qué tenía él que hacer allí? No citaré su nombre. Yo enseñaré á los oficiales que, muertos ó vivos, no serán elogiados, si tiran su vida.» Guillermo III en persona (1).

Longman da una cuenta magnífica de la venta de mis obras. Se ha acabado la sexta edición de la *Historia*. Esto hace 22.000 ejemplares.»

9 de Mayo.—Fui al Museo Británico. Pusimos á Peel en la presidencia. Tiene mucha expedición. Es un hombre excelente para el despacho de asuntos. Vamos deprisa.

14 de Mayo.—Fui al Museo. Peel llevó su proyecto de informe. Admiro la claridad y prontitud con que hace tales cosas. Lo que hace allí corre parejas con lo que hace en el Parlamento. El y yo marchamos juntos á maravilla.

1.º de Junio.—Comí con Peel. ¡Qué cosa más rara (2)!

(1) Walker fué tratado con menos consideraciones. Guillermo le juzgó un entrometido que había sido bien castigado por exponerse sin ninguna necesidad, y expresó esa opinión con marcado desabrimiento en el campo de batalla. «Señor—dijo uno del séquito—han matado de un tiro en el vado al obispo de Derry. —¿Qué tenía que hacer allí?—refuofuñó el rey? «Véase igualmente, en el capítulo XXI de la *Historia*, todo el párrafo que contiene la reseña de la muerte de Mr. Godfrey en el sitio de Namur.

(2) La rareza consistía en el hecho de comer Macaulay bajo el techo de Sir Roberto Peel. Una vez, por lo menos, había encontrado antes á su antiguo adversario en la casa de un amigo común. 2 de Abril (1839).—Comí en casa de Inglis, y vi á Peel.



Tres semanas después partió Macaulay para su expedición á Glencoe y Killiecrankie.

3 de Julio.—Cuando entrábamos en Glasgow, lei en un despacho de periódicos: «Muerte de Sir Roberto Peel.» Me sorprendí en extremo. Gracias á Dios, yo le había estrechado cordialmente la mano, después de nuestras acometidas (1).

4 de Julio.—La muerte del pobre Peel en el *Times*. Me ha afectado mucho más de lo que yo hubiera creído. Murió en el comedor. Allí comí con él por vez primera y última hace cosa de un mes. Si se le hace entierro público, no dejaré de acompañar su féretro. Lejos estaba yo de pensar en otra época que lloraría su muerte.

28 de Julio.—Mi reseña de los Highlands sale pasablemente. Mañana la copiaré y empezaré á limar. ¡Lo que me habrán dado que hacer estas pocas páginas! La gran cuestión es que, después de tanto trabajo, todo aquello parezca dicho tan fácilmente como si se tratara de una conversación de sobremesa. Veremos.

Estuvo bastante agradable; no habla brillantemente, pero sí de una manera fácil y desenvuelta, con cierta propensión en privado, como en público, á ocuparse de su persona. Nos entenimos muy bien. Sólo recuerdo lo que contó de la exceciva timidez de Sir William Scot para hablar en el Parlamento. «Mi querido y joven amigo, ¿qué tal la Cámara? ¿Está allí Broughan? ¿Parece muy fiero?»

(1) «Difícilmente conoceré la Cámara de los Comunes sin Sir Roberto Peel... Le estoy viendo ahora; oigo todos los tonos de su voz; y la pena con que pienso que no los volveré á oír sería amargada por el recuerdo de algunas contiendas rudas que tuvimos, si no fuese porque al fin llegamos á una completa y cordial reconciliación, y porque, unos pocos días antes de su muerte, tuve el placer de recibir de él muestras de bondad y de estima, de que siempre conservaré grata memoria.»—Discurso pronunciado por Macaulay en Edimburgo en 1852.

Traje á casa y lei el *Preludio*. Es una *Excursión* más pobre: la misma clase de defectos y de bellezas; pero mayores las faltas y menores las bellezas, no sólo en sí mismas, sino también porque, en fuerza de repetirse, las faltas hieren más y las bellezas agradan menos. El tema es el tema añejo. Los antiguos transportes frente á las montañas y las cataratas; la antigua filosofía insustancial acerca del efecto del paisaje sobre el espíritu; la antigua metafísica mística y lela; el mismo páramo interminable de pesada é insípida palabrería, y acá y allá, diseminadas, algunas hermosas descripciones y enérgicas declamaciones. El relato de la Revolución francesa y de su influjo sobre el carácter de un joven entusiasta se reproduce más extensamente y con menor fuerza y pasión que en la *Excursión*. El poeta es jacobino en grado supremo, verdaderamente socialista. Comprendo perfectamente por qué Wordsworth no quiso publicarle durante su vida.

Repasé las obras póstumas de Coleridge. ¡Qué flojas son algunas de sus críticas en punto á estilo! ¡Pensar que afirma que, antes de la revolución, apenas usó ningún escritor inglés el genitivo sajón, á no ser con nombres que designasen seres animados ó que debiesen emplearse como personificaciones! Como veinte versos de Shakespeare me ocurrieron en cinco minutos...

Macaulay pasó el mes de Setiembre de 1850 en una deliciosa *villa* al Sur de la isla de Wight. Las cartas en que insta á Mr. Ellis á participar de su retiro podrán no tener la belleza poética de la invitación de Horacio á Mecenas y de la invitación de Tennyson á Mr. Maurice; pero el agasajo, material é intelectual, que aguardaba á un huésped en Madeira Hall, no ce-

Tres semanas después partió Macaulay para su expedición á Glencoe y Killiecrankie.

3 de Julio.—Cuando entrábamos en Glasgow, lei en un despacho de periódicos: «Muerte de Sir Roberto Peel.» Me sorprendí en extremo. Gracias á Dios, yo le había estrechado cordialmente la mano, después de nuestras acometidas (1).

4 de Julio.—La muerte del pobre Peel en el *Times*. Me ha afectado mucho más de lo que yo hubiera creído. Murió en el comedor. Allí comí con él por vez primera y última hace cosa de un mes. Si se le hace entierro público, no dejaré de acompañar su féretro. Lejos estaba yo de pensar en otra época que lloraría su muerte.

28 de Julio.—Mi reseña de los Highlands sale pasablemente. Mañana la copiaré y empezaré á limar. ¡Lo que me habrán dado que hacer estas pocas páginas! La gran cuestión es que, después de tanto trabajo, todo aquello parezca dicho tan fácilmente como si se tratara de una conversación de sobremesa. Veremos.

Estuvo bastante agradable; no habla brillantemente, pero sí de una manera fácil y desenvuelta, con cierta propensión en privado, como en público, á ocuparse de su persona. Nos entenimos muy bien. Sólo recuerdo lo que contó de la exceciva timidez de Sir William Scot para hablar en el Parlamento. «Mi querido y joven amigo, ¿qué tal la Cámara? ¿Está allí Broughan? ¿Parece muy fiero?»

(1) «Difícilmente conoceré la Cámara de los Comunes sin Sir Roberto Peel... Le estoy viendo ahora; oigo todos los tonos de su voz; y la pena con que pienso que no los volveré á oír sería amargada por el recuerdo de algunas contiendas rudas que tuvimos, si no fuese porque al fin llegamos á una completa y cordial reconciliación, y porque, unos pocos días antes de su muerte, tuve el placer de recibir de él muestras de bondad y de estima, de que siempre conservaré grata memoria.»—Discurso pronunciado por Macaulay en Edimburgo en 1852.

Traje á casa y lei el *Preludio*. Es una *Excursión* más pobre: la misma clase de defectos y de bellezas; pero mayores las faltas y menores las bellezas, no sólo en sí mismas, sino también porque, en fuerza de repetirse, las faltas hieren más y las bellezas agradan menos. El tema es el tema añejo. Los antiguos transportes frente á las montañas y las cataratas; la antigua filosofía insustancial acerca del efecto del paisaje sobre el espíritu; la antigua metafísica mística y lela; el mismo páramo interminable de pesada é insípida palabrería, y acá y allá, diseminadas, algunas hermosas descripciones y enérgicas declamaciones. El relato de la Revolución francesa y de su influjo sobre el carácter de un joven entusiasta se reproduce más extensamente y con menor fuerza y pasión que en la *Excursión*. El poeta es jacobino en grado supremo, verdaderamente socialista. Comprendo perfectamente por qué Wordsworth no quiso publicarle durante su vida.

Repasé las obras póstumas de Coleridge. ¡Qué flojas son algunas de sus críticas en punto á estilo! ¡Pensar que afirma que, antes de la revolución, apenas usó ningún escritor inglés el genitivo sajón, á no ser con nombres que designasen seres animados ó que debiesen emplearse como personificaciones! Como veinte versos de Shakespeare me ocurrieron en cinco minutos...

Macaulay pasó el mes de Setiembre de 1850 en una deliciosa *villa* al Sur de la isla de Wight. Las cartas en que insta á Mr. Ellis á participar de su retiro podrán no tener la belleza poética de la invitación de Horacio á Mecenas y de la invitación de Tennyson á Mr. Maurice; pero el agasajo, material é intelectual, que aguardaba á un huésped en Madeira Hall, no ce-

rios centenares, principalmente novelas. Puedo evaluar toda la colección en 7.000, por lo menos. Probablemente subirá á 10.000 á la expiración de mi alquiler de este cuarto, si es que no expiro yo antes, lo cual me parece muy verosímil. Es raro lo insensible que me he vuelto al temor de la muerte; y eso que gozo mucho de la vida. He recorrido algunas *baladas* españolas, y me llamó la atención la superioridad de las versiones de Lockhart sobre los originales.

2 de Marzo. — Me dió pena oír en Westbourne Terrace que \*\*\* está profundamente impresionado por el fracaso del retrato que ha hecho de mí (1). Lo siento mucho. Parecía una buena persona y un pintor agradable; y yo simpatizó mucho con los sentimientos de los artistas cuya existencia depende de sus éxitos. Por mi parte, he tenido tan pocos frenos para mi vanidad como la mayoría de los hombres; pero he sentido los bastantes para aprender simpatía. He estado leyendo una obra titulada *Los Gentilshombres Chasseurs*. El antiguo régimen hubiese sido una buena cosa si el mundo hubiera sido hecho sólo para los señores, y si los señores hubieran sido hechos sólo para cazar.

3 de Marzo de 1850. — Comí en palacio. La reina estuvo muy amable conmigo. Habló mucho de mi obra, y confesó que no tenía nada que decir en defensa de su pobre antepasado Jacobo II. «No antepasado de vuestra majestad — dije; — antecesor de vuestra majestad.» Supongo que no fué una corrección descortés. En mi intención era un cumplido, y como tal pareció tomarla.

En el año 1839 Macaulay comió en palacio por primera vez, y describió su convite en una carta á sus

(1) No se refiere al retrato de Mr. Richmond.

hermanas. «Todos hablábamos cuchicheando. Fui presentado; me arrodillé; besé la mano á su majestad; tuve el honor de conversar con ella unos dos minutos, y la aseguré que en la India hacía calor y que yo disfrutaba allá de buena salud.» Ya puede suponerse que Macaulay no era aficionado á una sociedad donde se creía obligado á condensar sus observaciones en dos minutos y á hablar todo lo más bajo posible. Pero, á la verdad, lo atado que se encontró se debía principalmente á su inexperiencia de la vida cortesana; y andando el tiempo, empezó á comprender que la mejor manera de hacerse agradable era hablar allí como hablaba en todos lados. Antes de que pasase mucho tiempo, una dama que solía verle á menudo en palacio, ya como miembro del gabinete, ya como particular, escribe: «Era muy interesante oír á Mr. Macaulay, con su infinito caudal de anécdotas y conocimientos.»

11 de Marzo. — Escribí la llegada de las noticias del Boyne á Whitehall. Voy despacio, pero creo que muy bien. No hay muchas semanas en que no escriba bastante para llenar siete ó ocho páginas de impresión. La regla de no continuar nunca cuando no brotan espontáneamente las ideas, no serviría para todos los hombres ni para todas las clases de trabajo. Pero es lo mejor que puede hacer quien, como yo, no está atado al tiempo, no escribe por dinero y desea interesar y recrear á lectores á quienes por lo común repele la historia. ¿Cómo puede esperar un hombre que otros se recreen en leer lo que á él le parece insípido componer?

Todavía el viento Nordeste. ¡Qué días aquellos en que N. E. y S. O. era todo uno para mí! Sin embargo, tengo compensaciones, y hay que estar contento; y lo

estoy, aunque alguna que otra vez respingue un instante.

25 de Marzo.—Me he atormentado en ver lo que haría con una carta de ese pobre Roberto Montgomery. Me ha escrito suplicándole que le libre de la picota. He escrito dos veces la respuesta. Era muy difícil dar en el hito: rehusar toda concesión sin nueva ofensa, y defender la aspereza de mi artículo sin nueva aspereza.

15 de Abril.—Después del almuerzo me puse á escribir sobre la conspiración de los jacobitas en 1690. Es un capítulo arduo. Hacen que la narración se desarrolle, como es debido, brotando cada parte, naturalmente, de la que le precede; hacer ir y venir á los lectores por el canal de San Jorge, sin distraer su atención, no es cosa fácil. Sin embargo, puede hacerse. Yo creo que este arte de la transición es tan importante ó casi tan importante para la historia, como el arte de la narración. He leído el último tomo de *Clarisa*, que no había abierto desde mi viaje de la India. Casi lloré amargamente.

27 de Abril.—Fuí á Westbourne Terrace, y pasé una hora jugando con Alicia, una compañera de juego muy lista y atractiva, á mi ver. Yo era Dando en una pastelería, y luego en una ostrería (1). Después fui un ladrón de perros, que había quitado á la niña el suyo, Diamante, mientras ella estaba jugando en los jardines de Kensington, y que iba por la recompensa anun-

(1) En la última generación no habrá uno entre cincuenta que haya oído el nombre de Dando: protagonista de cien baladas, que era llevado á los tribunales dos veces al mes, por lo menos, por negarse á pagar la cuenta después de atracarse en una ostrería.

ciada en el *Times*. ¡Querida criatura! ¡Cómo se abrazan tales seres á nuestros corazones!

Comí con Inglis. Handige contó algunas cosas buenas de campaña, y, entre otras, la frialdad con que habló el duque de un valiente oficial de Estado Mayor á quien mataron por exponerse temerariamente. «¿Qué tenía él que hacer allí? No citaré su nombre. Yo enseñaré á los oficiales que, muertos ó vivos, no serán elogiados, si tiran su vida.» Guillermo III en persona (1).

Longman da una cuenta magnífica de la venta de mis obras. Se ha acabado la sexta edición de la *Historia*. Esto hace 22.000 ejemplares.»

9 de Mayo.—Fuí al Museo Británico. Pusimos á Peel en la presidencia. Tiene mucha expedición. Es un hombre excelente para el despacho de asuntos. Vamos deprisa.

14 de Mayo.—Fuí al Museo. Peel llevó su proyecto de informe. Admiro la claridad y prontitud con que hace tales cosas. Lo que hace allí corre parejas con lo que hace en el Parlamento. El y yo marchamos juntos á maravilla.

1.º de Junio.—Comí con Peel. ¡Qué cosa más rara (2)!

(1) Walker fué tratado con menos consideraciones. Guillermo le juzgó un entrometido que había sido bien castigado por exponerse sin ninguna necesidad, y expresó esa opinión con marcado desabrimiento en el campo de batalla. «Señor—dijo uno del séquito—han matado de un tiro en el vado al obispo de Derry. —¿Qué tenía que hacer allí?—refuufuñó el rey? «Véase igualmente, en el capítulo XXI de la *Historia*, todo el párrafo que contiene la reseña de la muerte de Mr. Godfrey en el sitio de Namur.

(2) La rareza consistía en el hecho de comer Macaulay bajo el techo de Sir Roberto Peel. Una vez, por lo menos, había encontrado antes á su antiguo adversario en la casa de un amigo común. 2 de Abril (1839).—Comí en casa de Inglis, y vi á Peel.

Tres semanas después partió Macaulay para su expedición á Glencoe y Killiecrankie.

3 de Julio.—Cuando entrábamos en Glasgow, leí en un despacho de periódicos: «Muerte de Sir Roberto Peel.» Me sorprendí en extremo. Gracias á Dios, yo le había estrechado cordialmente la mano, después de nuestras acometidas (1).

4 de Julio.—La muerte del pobre Peel en el *Times*. Me ha afectado mucho más de lo que yo hubiera creído. Murió en el comedor. Allí comí con él por vez primera y última hace cosa de un mes. Si se le hace entierro público, no dejaré de acompañar su féretro. Lejos estaba yo de pensar en otra época que lloraría su muerte.

28 de Julio.—Mi reseña de los Highlands sale pasablemente. Mañana la copiaré y empezaré á limar. ¡Lo que me habrán dado que hacer estas pocas páginas! La gran cuestión es que, después de tanto trabajo, todo aquello parezca dicho tan fácilmente como si se tratara de una conversación de sobremesa. Veremos.

Estuvo bastante agradable; no habla brillantemente, pero sí de una manera fácil y desenvuelta, con cierta propensión en privado, como en público, á ocuparse de su persona. Nos entenimos muy bien. Sólo recuerdo lo que contó de la excesiva timidez de Sir William Scot para hablar en el Parlamento. «Mi querido y joven amigo, ¿qué tal la Cámara? ¿Está allí Broughan? ¿Parece muy fiero?»

(1) «Difícilmente conoceré la Cámara de los Comunes sin Sir Roberto Peel... Le estoy viendo ahora; oigo todos los tonos de su voz; y la pena con que pienso que no los volveré á oír sería amargada por el recuerdo de algunas contiendas rudas que tuvimos, si no fuese porque al fin llegamos á una completa y cordial reconciliación, y porque, unos pocos días antes de su muerte, tuve el placer de recibir de él muestras de bondad y de estima, de que siempre conservaré grata memoria.»—Discurso pronunciado por Macaulay en Edimburgo en 1852.

Traje á casa y leí el *Preludio*. Es una *Excursión* más pobre: la misma clase de defectos y de bellezas; pero mayores las faltas y menores las bellezas, no sólo en sí mismas, sino también porque, en fuerza de repetirse, las faltas hieren más y las bellezas agradan menos. El tema es el tema añejo. Los antiguos transportes frente á las montañas y las cataratas; la antigua filosofía insustancial acerca del efecto del paisaje sobre el espíritu; la antigua metafísica mística y lela; el mismo páramo interminable de pesada é insípida palabrería, y acá y allá, diseminadas, algunas hermosas descripciones y enérgicas declamaciones. El relato de la Revolución francesa y de su influjo sobre el carácter de un joven entusiasta se reproduce más extensamente y con menor fuerza y pasión que en la *Excursión*. El poeta es jacobino en grado supremo, verdaderamente socialista. Comprendo perfectamente por qué Wordsworth no quiso publicarle durante su vida.

Repasé las obras póstumas de Coleridge. ¡Qué flojas son algunas de sus críticas en punto á estilo! ¡Pensar que afirma que, antes de la revolución, apenas usó ningún escritor inglés el genitivo sajón, á no ser con nombres que designasen seres animados ó que debiesen emplearse como personificaciones! Como veinte versos de Shakespeare me ocurrieron en cinco minutos...

Macaulay pasó el mes de Setiembre de 1850 en una deliciosa *villa* al Sur de la isla de Wight. Las cartas en que insta á Mr. Ellis á participar de su retiro podrán no tener la belleza poética de la invitación de Horacio á Mecenas y de la invitación de Tennyson á Mr. Maurice; pero el agasajo, material é intelectual, que aguardaba á un huésped en Madeira Hall, no ce-

día probablemente al ofrecido en Tibur ó en Freshwater.

Madaira Hall; Ventnor, 3 de Septiembre de 1850.

Querido Ellis: Aquí estoy instalado muy deliciosamente. A un lado veo los riscos y arroyales del Undercliff, frente al cual está edificada mi casa. Al otro lado tengo el mar, tan azul en este instante como el cielo y tan tranquilo como la serpentina. Mi jardincillo es encantador. No quisiera llegar á olvidar, como Will Honeycomb, el pecado y el carbón de piedra de Londres por la inocencia y las hacinas de heno. Seguramente, la inocencia y las hacinas de heno no van siempre juntas.

¿Cuándo vendrá usted? Hágalo cuando pueda; pero temo que deje usted perder este tiempo tan delicioso y que difiera su visita hasta las tempestades equinociales. Puedo prometerle á usted abundancia de agua y de toallas, buen vino, buen te, buen queso de la ciudad, buenos huevos, buena manteca y buena leche de la granja que tengo á la puerta, una hermosa vista desde la ventana de su cuarto, y, si el tiempo nos obliga á encerrarnos en casa, las comedias de Plauto, las *Vidas* de Plutarco, veinte ó treinta comedias de Calderón, la *Historia* de Fray Paolo y una biblioteca de novelas—sin hablar de mis propias composiciones, que le leeré á usted, como Ligurino, *stanti*, *sedenti*, etc., etc.

Acabo de volver de un paseo de cerca de siete horas y de quince millas cumplidas, parte de ellas tan escarpadas como el Monumento. Me rindió tanto la subida al Black Gang Chine que, al llegar á la cum-

bre, me tumbé en el césped durante un cuarto de hora.

Siempre tuyo,

T. B. MACAULAY.

Ventnor, 8 de Septiembre de 1850.

Querido Ellis: Estaré en Ryde para recibir á usted el sábado próximo. No deseo sino que el tiempo continúe como hasta aquí. Las noches son un poco frías por fuera; pero los días son espléndidos. Me levanto antes de las siete; almuerzo á las nueve; escribo una cuartilla; ando cinco ó seis horas por entre breñas y monte bajo, con Plutarco en la mano; vuelvo á casa; escribo otra cuartilla; cojo Fra Paolo, y me siento á leer en el jardín hasta que el sol traspone el Undercliff. Entonces empieza á hacer frío; por consiguiente, me llevo mi Fra Paolo á la casa y sigo leyendo hasta la hora de comer. Mientras como llega el *Times*, y es un buen acompañamiento para un delicioso postre de melocotones, que abundan aquí. Tengo también al lado una novela de Teodoro Hook para saborear el vino. Luego doy una vueltecilla á la luz de las estrellas, y me voy á la cama á las diez. Estoy muy solo, casi tanto como Robinsón Crusoe antes de coger á Viernes. No he despegado los labios, que yo recuerde, durante estas seis semanas, si no es para decir: «Un poco de pan, si hace usted el favor», ó «tráigame usted una botella de soda-water»; sin embargo, no he tenido un instante de aburrimiento. Pero estoy contentísimo de que usted pueda concederme nueve días. Yo desearía que fuesen diez y ocho.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

9 de Septiembre. — Me levanté poco después de las seis y lei á Cobbet con admiración, placer y aversión (1). Después del almuerzo di instrucciones sobre los preparativos culinarios que han de hacerse para Ellis, que tiene más de Aparicio que yo. Luego, después de escribir un poco, puse en el bolsillo un tomo de Plauto, y vagué por los bosques al pie del Bonchurch. Me senté de vez en cuando y lei el *Poemulus*. Es entretenido; pero hay en el buen Plauto cierta torpeza y pesadez que le hacen tan mal sustituto de los maestros áticos de la comedia como el burro con respecto al perro de la fábula. Veis á cada paso que lo que él hace toscamente y sin tino fué hecho en el original con exquisita delicadeza. El Hanno de la comedia me trajo á la memoria el Hanno de mi canto de Virginia, y fui repasando este último durante el resto del paseo y me complació bastante. Ahora hace ocho años que se publicaron esos poemas. Todavía se venden y aun parecen agradar. No los tengo en mucho; pero no sé que se haya publicado ninguna poesía mejor desde entonces.

(1) He leído á Cobbett (escribe Macaulay). Interesante; pero la impresión de una lectura prolongada de tan venenosa invectiva y tamaña sofistería llega á ser penosa. Después de entrar en el Parlamento no fué nada. Allí hablaba con desembarazo cuando yo le oí, que fué á menudo. Me parece que pronunció un discurso de éxito—mera zumba sobre Plunkett—estando yo ausente. Demostró que era incapaz de hacer nada grande en las discusiones; y su asistencia al Parlamento le impidió hacer nada grande con la pluma. Su *Register* llegó á ser tan estúpido como el *Morning Herald*. Ciertamente, sus facultades decayeron con la edad, y las horas descompasadas de la Cámara contribuyeron probablemente á debilitar su cuerpo, y, por tanto, su espíritu. Su vanagloria y su sospecha de que todo el mundo estaba conjurado contra él fueron en aumento, y á lo último llegaron á tal grado que estaba realmente tan loco como Rousseau. Si yo quisiese podría escribir un artículo muy curioso sobre él.

De regreso me llevé Fra Paolo al jardín. ¡Admirable escritor! ¡Cómo gozo de mi soledad, del sol, del aire fresco, del paisaje y del tranquilo estudio! No sé cómo me he permitido pensar que yo no podía vivir fuera de Londres. Después de la comida volví á salir, mirando á las estrellas y recordando cómo solía contemplarlas á bordo del *Asia*. Aquellos eran tiempos desgraciados comparados con estos. No veo en mí ninguna predisposición á echar de menos el pasado cuando miro al presente.

16 de Septiembre.—Paseé nuevamente por la hermosa espesura que hay bajo el Bonchurch, y restituí al griego el diálogo del *Rudens* entre Gripo y Daemones, «¡oh! Gripo, Gripo»: diez y nueve versos que no tendría inconveniente en presentar en un concurso universitario. Fueron hechos en las condiciones más desventajosas, porque no tengo á mi disposición más libros griegos que un *Plutarco* y un *Nuevo Testamento*, ninguno de los cuales sirve mucho para el caso (1).

Macaulay opinaba que hombres, cuyo centro de vida se encuentra en otra parte que entre los clásicos, pueden hacer cosa de más provecho que traducir buena poesía inglesa en versos griegos y latinos. Se ha dicho que «los yámbicos griegos, de los cuales escribió Eurípides diez en una tirada de trabajo, y los exámetros latinos, de que Virgilio escribió cinco en un día, no son cosas para enjaretadas á docenas» en un paseo de tarde por un legista ó estadista inglés en día de asueto. Macaulay iba más lejos aún, y afirmaba que las disparidades entre el modo moderno de pensar y hablar y el modo antiguo son de tal índole que des-

(1) Pueden verse esos versos al fin de las *Misceláneas*. Se supone que el original del *Rudens* fué un drama griego, que ya no existe, del poeta Difilo.

9 de Septiembre. — Me levanté poco después de las seis y lei á Cobbet con admiración, placer y aversión (1). Después del almuerzo di instrucciones sobre los preparativos culinarios que han de hacerse para Ellis, que tiene más de Aparicio que yo. Luego, después de escribir un poco, puse en el bolsillo un tomo de Plauto, y vagué por los bosques al pie del Bonchurch. Me senté de vez en cuando y lei el *Poemulus*. Es entretenido; pero hay en el buen Plauto cierta torpeza y pesadez que le hacen tan mal sustituto de los maestros áticos de la comedia como el burro con respecto al perro de la fábula. Veis á cada paso que lo que él hace toscamente y sin tino fué hecho en el original con exquisita delicadeza. El Hanno de la comedia me trajo á la memoria el Hanno de mi canto de Virginia, y fui repasando este último durante el resto del paseo y me complació bastante. Ahora hace ocho años que se publicaron esos poemas. Todavía se venden y aun parecen agradar. No los tengo en mucho; pero no sé que se haya publicado ninguna poesía mejor desde entonces.

(1) He leído á Cobbett (escribe Macaulay). Interesante; pero la impresión de una lectura prolongada de tan venenosa invectiva y tamaña sofistería llega á ser penosa. Después de entrar en el Parlamento no fué nada. Allí hablaba con desembarazo cuando yo le oí, que fué á menudo. Me parece que pronunció un discurso de éxito—mera zumba sobre Plunkett—estando yo ausente. Demostró que era incapaz de hacer nada grande en las discusiones; y su asistencia al Parlamento le impidió hacer nada grande con la pluma. Su *Register* llegó á ser tan estúpido como el *Morning Herald*. Ciertamente, sus facultades decayeron con la edad, y las horas descompasadas de la Cámara contribuyeron probablemente á debilitar su cuerpo, y, por tanto, su espíritu. Su vanagloria y su sospecha de que todo el mundo estaba conjurado contra él fueron en aumento, y á lo último llegaron á tal grado que estaba realmente tan loco como Rousseau. Si yo quisiese podría escribir un artículo muy curioso sobre él.

De regreso me llevé Fra Paolo al jardín. ¡Admirable escritor! ¡Cómo gozo de mi soledad, del sol, del aire fresco, del paisaje y del tranquilo estudio! No sé cómo me he permitido pensar que yo no podía vivir fuera de Londres. Después de la comida volví á salir, mirando á las estrellas y recordando cómo solía contemplarlas á bordo del *Asia*. Aquellos eran tiempos desgraciados comparados con estos. No veo en mí ninguna predisposición á echar de menos el pasado cuando miro al presente.

16 de Septiembre.—Paseé nuevamente por la hermosa espesura que hay bajo el Bonchurch, y restituí al griego el diálogo del *Rudens* entre Gripo y Daemones, «¡oh! Gripo, Gripo»: diez y nueve versos que no tendría inconveniente en presentar en un concurso universitario. Fueron hechos en las condiciones más desventajosas, porque no tengo á mi disposición más libros griegos que un *Plutarco* y un *Nuevo Testamento*, ninguno de los cuales sirve mucho para el caso (1).

Macaulay opinaba que hombres, cuyo centro de vida se encuentra en otra parte que entre los clásicos, pueden hacer cosa de más provecho que traducir buena poesía inglesa en versos griegos y latinos. Se ha dicho que «los yámbicos griegos, de los cuales escribió Eurípides diez en una tirada de trabajo, y los exámetros latinos, de que Virgilio escribió cinco en un día, no son cosas para enjaretadas á docenas» en un paseo de tarde por un legista ó estadista inglés en día de asueto. Macaulay iba más lejos aún, y afirmaba que las disparidades entre el modo moderno de pensar y hablar y el modo antiguo son de tal índole que des-

(1) Pueden verse esos versos al fin de las *Misceláneas*. Se supone que el original del *Rudens* fué un drama griego, que ya no existe, del poeta Difilo.



afian al más hábil y experto traductor—trabajando, como ha de trabajar, en una lengua que no es la suya. —A tal idea se debe que el único ensayo que hizo de composición griega desde que salió de las aulas tendiese á reproducir un antiguo original perdido.

28 de Septiembre.—Leí parte de la Vida de Fra Paolo, puesta á la cabeza de su *Historia*. Hombre portentoso; pero el biógrafo hubiera hecho bien en atenuar las cosas casi increíbles que refiere. Según él, Fra Paolo fué predesor de Galileo en matemáticas, de Locke en metafísica—esto último me parece cierto—y el verdadero descubridor de la circulación de la sangre. Esto es algo excesivo. Haber escrito la *Historia del Concilio de Trento* y *La defensa de la República Veneciana contra Roma*, es bastante para la fama de un hombre. En cuanto al empeño de probar que era un verdadero católico romano, aun con arreglo á las nociones galicanas, era un empeño inútil. Bossuet, á quien los teólogos ultramontanos miran poco menos que como un hereje, era un ultramontano fanático en comparación con Fra Paolo (1).

9 de Octubre.—Di un vistazo á la crítica de Whitaker sobre Gibbon. Malevolencia obtusa, con alguna que otra observación acertada. Sería extraño que en obra tan vasta como la de Gibbon no hubiese ninguna materia para observaciones justas. ¡Qué completamente se han olvidado todos los ataques dirigidos contra su *Historia*! este de Whitaker, el de Randolph, el de Chelsum, el de Davis, el de ese estúpido de José

(1) Macaulay dice en una carta fechada en Septiembre de 1850: «Fra Paolo es mi historiador moderno favorito. Su asunto no admitía una pintura animada; pero lo que hizo lo hizo mejor que nadie. Yo desearía que no hubiese conservado su hábito de fraile, porque, de corazón, era, sin duda, tan protestante como Latimer.»

Milner (1), y aun el de Watson. Y, sin embargo, la obra, con todos sus grandes lunares de fondo y de estilo, conserva y conservará su puesto en nuestra literatura; y eso, á pesar de ser contraria á los sentimientos religiosos del país, y muy injusta, en realidad, en lo que afecta á la religión. Pero Whitaker era de lo más ruin que he conocido.

14 de Octubre.—Esta mañana estuvo \*\*\*. Parece que marcha bien. Es casi la única persona á quien he prestado auxilios pecuniarios sin tener motivos de arrepentirme. No hablo, naturalmente, de mi familia; pero tengo la seguridad de que, en estos diez años últimos, he desembolsado varios cientos de libras con la mira de hacer bien á personas, á quienes de nada habrá servido el auxilio, por sus vicios y locuras. He

(1) Macaulay expresó bien enérgicamente la idea que tenía de Milner al margen de su ejemplar de la *Historia de la Iglesia*. «Mi porfía con usted (dice en un sitio) es que es usted ridículamente crédulo; que violenta usted todas las cosas para sus fines con menosprecio de todas las reglas de una sana interpretación; que ignora usted profundamente su asunto; que sus informes son de segunda mano y su estilo tedioso.» Al margen del pasaje en que Basilio dice de Taumaturgo (en cuyo poder milagroso creía Milner devotamente): «Nunca se permitió llamar necio á su prójimo», escribe Macaulay: «Entonces es que no conoció un necio como Milner.»

El deán Milman, escribiendo para el público, expresa la misma opinión en términos más propios de la pluma de un eclesiástico: «La *Historia de la Iglesia* de Milner goza de gran popularidad entre una extensa clase de lectores, que prefieren la piedad fervorosa y la concordancia con sus propias creencias á la profunda investigación original, á la variada erudición y al juicio desapasionado, que otros cristianos más reflexivos consideran indispensable en un historiador. En su respuesta á Gibbon Milner revela, desgraciadamente, su ineptitud para la crítica histórica. Cuando entra en detalles, habla en general de cosas indefendibles, hace tiempo abandonadas por los hombres doctos.»

recibido una carta de miss \*\*\*, pidiéndome que la preste—es decir, que la dé—cien libras. No la he visto nunca; no sé nada de ella; no tiene más motivo para dirigirse á mí sino que una vez la di dinero. No hay que decir que me detestará é insultará por no satisfacer su modesta petición. Salvo en el caso de \*\*\*, jamás, que yo sepa, he cosechado más que malas voluntades á cambio de socorros, que han sido frecuentemente de gran entidad para mis recursos. Mi blandura ha tentado á aquellos á quienes socorría, á hacer inconsideradamente petición tras petición. Al fin he tenido que plantarme, y entonces se han dado por agraviados.

Compré el *Bloqueo de Noruega*, por sir Felipe Francis: Junius enteramente; pero Junius envejecido. He visto, entre otras cosas, los discursos de Newman, que acaban de publicarse. Son bastante ingeniosos, y me atrevo á decir que convincentes para los que se llaman anglo-católicos; pero para mí son tan fútiles como cualquier tradición rabinica. Un discurso va dirigido evidentemente contra mí, aunque sin nombrarme. No deseo más sino que el público juzgue entre nosotros.

Fui á Westbourne Terrace, y hablé con Ana de tomar un *brougham*. Lo haré positivamente. El coste será pequeño y la comodidad grande. Por otra parte, nada más justo sino que yo saque alguna ventaja de mi trabajo.

25 de Octubre de 1850. — Mi cumpleaños. Tengo cincuenta. He llevado una vida feliz. No sé que nadie á quien yo haya visto de cerca la haya tenido más feliz. Algunas cosas echo de menos; pero, en resumen, ¿quién ha salido mejor librado? No tengo hijos, es verdad; pero tengo seres á quienes quiero como si lo fue-

ran, y que creo que me quieren á mí. Deseo que los diez años inmediatos sean tan felices como los últimos diez. Pero lo deseo más bien que lo espero.

1.º de Noviembre.— Me ha sorprendido recibir una carta del doctor Holland diciendo que el pobre Enrique Hallam está muriéndose en Sienna. ¡Qué prueba para mi antiguo y querido amigo! Lo siento también por el mozo mismo. Muy afectado. He comido, á pesar de todo. Comemos, á no recibir el golpe cerca, muy cerca del corazón.

Holland está muy irritado y alarmado en lo de la Bula pontificia y el arzobispo de Westminster. Yo no; pero no me disgusta que otros se asusten, porque sus temores son para nosotros una nueva seguridad contra esa execrable superstición. La santurronería anglo-católica y católica romana empieza á disgustarme tanto como me disgustaba después de la Resurrección la santurronería puritana. Las fechas de sus cartas, víspera de Santa Brígida, octava de San Swithin, me excitan como solían excitarme el primer mes y el primer día de los cuákeros. No me maravillaría de que este sentimiento se generalizase, y de que esas majaderías se hundiesen en medio de una explosión de carcajadas.

2 de Noviembre. — Durante el almuerzo me tranquilizó una línea de Holland diciéndome que el joven Hallam está mejor y parece marchar bien. ¡Dios lo quiera! Fui á Brooks y hablé sobre la cuestión Wiseman. Puse muy alegres á mis oyentes.

4 de Noviembre. — Me ha afectado mucho saber que ha muerto el pobre Enrique Hallett. ¡Ay, ay! Murió el día de mi cumpleaños. Debe haber mediado entre nosotros cerca de un cuarto de siglo. ¡Pobre Hallam! ¿Qué hará? Él es más estoico que yo segura-

mente. He paseado por las calles leyendo á Epicteto. ¡Untura para roturas de huesos! Que vea él cómo se consolará Hallam oyendo decir que las vidas de los hijos *ὄντ ἐφ' ἑμῶν* (1).

5 de Noviembre. — Fui á casa del pobre Hallam. Los criados habian tenido noticias de él hoy. Estaba en Florencia, apresurando el regreso, quizá con el cadáver. ¿A qué trajo á su hijo Arturo? ¡Ay! Leí la *Vida de Hugo Blair*: un libro estúpido, escrito por un estúpido acerca de otro estúpido. Es verdaderamente extraño que un pobre diablo como Blair haya podido disfrutar de reputación literaria. La *Vida* es de ese género detestable que cultivó Dugal Stemart: no es una vida, sino una serie de disquisiciones sobre toda clase de asuntos.

2 de Diciembre. — Vi al pobre Hallam. Estuvo como siempre. Al principio lloró y se encontraba muy afectado. Luego se serenó, y estuvimos hablando, como en otros tiempos, cerca de una hora.

10 de Diciembre. — He escrito, ó más bien copiado y corregido mucho. La disquisición declamatoria que he puesto en vez de los discursos de los antiguos historiadores me parece en su punto (2). Es un género de composición que cuadra á mi estilo, y que probablemente gustará al público. He encontrado á sir Bulwer Lytton ó Lytton Bulwer. Se preocupa de un proyecto de asociación de literatos. Yo deteste tales asociaciones. Odio la idea de autores gregarios. Cuanto menos tengamos que ver unos con otros, tanto mejor.

(1) No están en nuestras manos.

(2) Macaulay se ocupaba á la sazón de la controversia sobre la legitimidad del juramento de fidelidad á Guillermo y María, que dividió en dos partidos á los teólogos de la Alta Iglesia de 1689. Véase el cap. xiv de la *Historia*.

25 de Diciembre.—En la cama, y durante el almuerzo, he leído las cartas de Porson al arcediano Travis, y comparé la colección con el *Gentleman's Magazine*, en que aparecieron primitivamente. El libro ha desmerecido algo por la torpeza de convertir lo que eran cartas á Silvano Urbano (1) en cartas al arcediano Travis; pero es una obra magistral. Una comparación entre ella y el *Phalaris* será una comparación entre la inteligencia de Porson y la de Bentley: la de Porson más firme, exacta y correcta; la de Bentley mucho más comprensiva é inventiva. Paseando, leí la paparrucha del obispo Burgess en respuesta á Porson. De vuelta en casa, leí la defensa que hace Turton de Porson contra Burgess: un zote de lo más cerrado, con quien lo mismo es razonar que dar de puntapiés á un fardo de lana. ¿Se ha visto nunca tal ejemplo de lo que ciega el fanatismo como el hecho de que algunos hombres, que no eran completamente negados, sigan creyendo, después de leer á Porson y á Turton, en la autenticidad del texto de los *Tres Testimonios*?

10 de Enero de 1851.—Llueve que te llueve. He escrito un poco, pero estoy desanimado. Me parece que tengo que rehacer lo hecho. Sin embargo, tanto mejor. Es la antigua historia. ¡Cuántas veces no me pasó lo mismo con los dos primeros tomos, y qué bien salí adelante al fin! He vuelto á cobrar ánimos y he trabajado.

Acabé la *Vida de Mathews*. Es una obra extraña, demasiado extraña; pero muy interesante. Hombre

(1) Silvano Urbano era el *nom de plume* adoptado por el Director del *Gentleman's Magazine*. En otra parte de su *Diario* dice Macaulay: «Leí las cartas de Porson á Trevis. No me cansa nunca.»

singular: seguramente, el actor más grande que he visto en mi vida; mucho más grande que Munden, Dowton, Liston y Fawcett; mucho más grande que Hean, aunque aquí no es tan fácil hacer una comparación. A duras penas puedo creer que Garrick haya tenido más verdadero genio cómico que Mathews. Deploro á menudo no haberle visto con más frecuencia. ¿Por qué no lo hice? No puedo decir, porque yo le admiraba, y me dolían los hijares de tanto reir siempre que le veía.

13 de Enero.—Durante el almuerzo llegó una cita para mañana en el castillo de Windsor. Sentí una punzada al leer el nombre. ¿Hubo nadie tan perseguido por tal bagatela como yo con motivo de ese asunto? Y, si se supiese la verdad, sin la menor razón. Pero hay que conceder que mi vida ha debido ser muy feliz, para que tal persecución se cuente entre mis mayores desgracias.

14 de Enero.—Fuí á Windsor, y subí al palacio. Mi cuarto era muy cómodo; leí un volumen de folletos jacobitas ante una llama esplendorosa. A las ocho pasé al Corredor, y admiré su inmensa longitud y el número y la belleza de los objetos que contiene. Han pasado cerca de nueve años desde que estuve aquí. ¡Cómo ha cambiado todo, y yo mismo entre otras cosas! Hablé algunas palabras con el príncipe acerca de la cátedra de medicina vacante en Cambridge por defunción de Haviland. Yo indiqué que ni en Oxford ni en Cambridge podía organizarse una gran escuela de medicina. El dijo, muy acertadamente, que Oxford y Cambridge son ciudades mayores que Heidelberg, y que Heidelberg, sin embargo, es un centro eminente de educación médica. Pero añadió algo que explicaba por qué era así. En Alemania, dijo, difícilmente había

un médico, ni aun en Berlín, ni en Viena, que ganase mil libras al año ejerciendo su profesión. En tal supuesto, una cátedra en Heidelberg bien puede valer tanto como la mejor clientela en las grandes ciudades. Aquí, donde Brodie y Bright ganan más de 10.000 libras al año, y donde, si se estableciesen en Cambridge ó en Oxford, no ganarían, probablemente, 1.500, no es probable que se provean las cátedras en eminencias de la profesión.

En la mesa estuve entre la duquesa de Norfolk y una señora extranjera que apenas puede hacerse entender en inglés. Salí del paso lo mejor que pude. La orquesta apagaba la conversación con una serie de piezas sonoras. Una fué *The Campbells are coming* (1). Cuando pasamos al salón, la reina se acercó con gran animación á mí, y quiso que la contase algunas de mis anécdotas, que conocía de referencia, según me dijo, por Jorge Grey. La hice reir de veras. Ella siguió hablando durante algún tiempo muy cortés y agradablemente. Nada más sensato que sus apreciaciones sobre la cosas de Alemania. Me preguntó sobre el libro de Merle d'Aubigné, y yo respondí que no había que fiar en él ciegamente; que el escritor era muy hombre de partido y demasiado colorista, pero que su libro bien merecía leerse, y que le interesaría y entretendría mucho. Luego me puse á charlar con dos damas de honor. Se comió tarde, y, por consiguiente, la noche fué corta. A las once en punto se retiró la reina.

16 de Enero.—A la estación. Fueron conmigo lord Aberdeen y Jorge Grey. Durante esta visita hemos sido inseparables y nos hemos entendido perfectamente. Hablamos mucho hasta que entró más gente

(1) Este es el único caso auténtico en que se sepa que Macaulay acertó á distinguir una pieza musical de otra.

en el coche: un fanático y una fanática; pero su fanatismo no era religioso, sino filantrópico y frenológico. Jamás he visto cosa parecida. Todo lo que podíamos hacer era no reír á carcajadas. La señora declaró que la Exposición de 1851 ensancharía su idealidad y su localidad. Lord Aberdeen nos había contado un poco antes algunas cosas preciosas de los antiguos jueces escoceses. Lord Braxfield exclamó dirigiéndose á una señora con quien jugaba al *whist*: «¿Qué está usted haciendo, diablo de vejestorio?» Y luego, rehaciéndose: «Señora, usted dispense. La tomé á usted por mi mujer.»

A las siete y media vino el *brougham*, y fui á comer á casa de lord Jhon Russell, contento y orgulloso, y pensando en lo injustamente que fué tratado el pobre Pepys por anotar en su Diario la satisfacción que le produjo ir en su propio coche. Es la primera vez que tengo coche mío, exceptuando la época de ministerio.

5 de Febrero. — Durante el almuerzo leí la correspondencia entre Voltaire y Federico. ¡Buena pareja! Repasé mi artículo sobre Federico. Contiene muchas cosas justas y muchas vigorosas y enérgicas; pero, en resumen, creo que haría bien en no reimprimirle (1). Compré una soberbia «Valentina» en la Columnata, y escribí los versos á miss Stanhope. Son unos lindos versos. Luego fui á Westbourne Terrace, y en el camino me hice con un libro, del que conservaba vivo recuerdo, y que no había visto hacia muchos años: una traducción de algunas comedias españolas, una de las pocas notas alegres de nuestra hos-

(1) Macaulay no tardó en cambiar de parecer, y el artículo de Federico fué incluido en la colección de *Essays*.

ca biblioteca de Clapham. Ana se entusiasmó al volverle á ver.

Leí una buena porción de lo que he escrito, y no quedé descontento, sobre todo lo referente al *bill* sobre los juicios de traición en el cap. XVIII. Esos resúmenes de debates parlamentarios serán una particularidad nueva de la obra, y que creo ha de llamar la atención.

Jueves, 1.º de Mayo de 1851. — Un día hermoso para inaugurar la Exposición. Algo nublado por la mañana, pero en general despejado y apacible. Me ha llamado la atención la cantidad de forasteros que se ven por las calles. Pero todos son gente decente y respetable. No vi ninguno de los hombres de acción con que nos amenazaban los socialistas. Fui al Parque, y seguí la Serpentina. Había un gentío inmenso en las dos márgenes del estanque. A mí se me figura que deben haberse juntado á un tiempo en Hyde Park cerca de trescientas mil personas. La vista al través del ramaje verde era deliciosa. Los botes y las fragatillas que surcaban el lago, las banderas, la música, todo ensanchaba el alma de placer, y en la muchedumbre reinaba la mayor animación. Tropecé con Punch Greville, y paseamos juntos durante una hora. El, como yo, consideraba más digno de verse el espectáculo de fuera, que el de dentro. Me enseñó una carta de Mad. de Lieven, una carta necia, con una afectación de perspicacia y profundidad como suya. Llama á esta Exposición experiencia atrevida, imprudente. Teme una explosión horrible. «Es posible que salgan ustedes de ella con bien, y entonces se darán más tono que nunca.» ¡Y á esta mujer se la mira como un oráculo político en ciertos círculos! Tan probable es una revolución en Inglaterra, como la caída de la luna.

en el coche: un fanático y una fanática; pero su fanatismo no era religioso, sino filantrópico y frenológico. Jamás he visto cosa parecida. Todo lo que podíamos hacer era no reír á carcajadas. La señora declaró que la Exposición de 1851 ensancharía su idealidad y su localidad. Lord Aberdeen nos había contado un poco antes algunas cosas preciosas de los antiguos jueces escoceses. Lord Braxfield exclamó dirigiéndose á una señora con quien jugaba al *whist*: «¿Qué está usted haciendo, diablo de vejestorio?» Y luego, rehaciéndose: «Señora, usted dispense. La tomé á usted por mi mujer.»

A las siete y media vino el *brougham*, y fui á comer á casa de lord Jhon Russell, contento y orgulloso, y pensando en lo injustamente que fué tratado el pobre Pepys por anotar en su Diario la satisfacción que le produjo ir en su propio coche. Es la primera vez que tengo coche mío, exceptuando la época de ministerio.

5 de Febrero. — Durante el almuerzo leí la correspondencia entre Voltaire y Federico. ¡Buena pareja! Repasé mi artículo sobre Federico. Contiene muchas cosas justas y muchas vigorosas y enérgicas; pero, en resumen, creo que haría bien en no reimprimirle (1). Compré una soberbia «Valentina» en la Columnata, y escribí los versos á miss Stanhope. Son unos lindos versos. Luego fui á Westbourne Terrace, y en el camino me hice con un libro, del que conservaba vivo recuerdo, y que no había visto hacia muchos años: una traducción de algunas comedias españolas, una de las pocas notas alegres de nuestra hos-

(1) Macaulay no tardó en cambiar de parecer, y el artículo de Federico fué incluido en la colección de *Essays*.

ca biblioteca de Clapham. Ana se entusiasmó al volverle á ver.

Leí una buena porción de lo que he escrito, y no quedé descontento, sobre todo lo referente al *bill* sobre los juicios de traición en el cap. XVIII. Esos resúmenes de debates parlamentarios serán una particularidad nueva de la obra, y que creo ha de llamar la atención.

Jueves, 1.º de Mayo de 1851. — Un día hermoso para inaugurar la Exposición. Algo nublado por la mañana, pero en general despejado y apacible. Me ha llamado la atención la cantidad de forasteros que se ven por las calles. Pero todos son gente decente y respetable. No vi ninguno de los hombres de acción con que nos amenazaban los socialistas. Fui al Parque, y seguí la Serpentina. Había un gentío inmenso en las dos márgenes del estanque. A mí se me figura que deben haberse juntado á un tiempo en Hyde Park cerca de trescientas mil personas. La vista al través del ramaje verde era deliciosa. Los botes y las fragatillas que surcaban el lago, las banderas, la música, todo ensanchaba el alma de placer, y en la muchedumbre reinaba la mayor animación. Tropecé con Punch Greville, y paseamos juntos durante una hora. El, como yo, consideraba más digno de verse el espectáculo de fuera, que el de dentro. Me enseñó una carta de Mad. de Lieven, una carta necia, con una afectación de perspicacia y profundidad como suya. Llama á esta Exposición experiencia atrevida, imprudente. Teme una explosión horrible. «Es posible que salgan ustedes de ella con bien, y entonces se darán más tono que nunca.» ¡Y á esta mujer se la mira como un oráculo político en ciertos círculos! Tan probable es una revolución en Inglaterra, como la caída de la luna.

Entré en el edificio. Una vista grandiosa, inmensa, llena de encantos, superior á los sueños de los cuentos árabes. No puedo creer que los Césares ofreciesen nunca espectáculo más espléndido. Yo estaba completamente deslumbrado, y sentía la misma impresión que al entrar en San Pedro. Anduve alrededor, abriéndome paso á empellones por entre la muchedumbre que llenaba la nave, y admirando el efecto general, pero sin fijarme mucho en los pormenores.

De regreso en casa acabé *Persuasión*. He vuelto á leer todas las novelas de Miss. Austen. Son encantadoras; pero encuentro algo más que criticar que antiguamente. Sin embargo, no hay en el mundo composiciones que se acerquen más á la perfección.

26 de Marzo.—Hoy se entra en la Exposición por un chelín. Este espectáculo excepcional parece destinado á desbaratar todos los cálculos: los favorables, como los desfavorables. En el día de á chelín fué menos gente que en el día de á cinco chelines. He recibido una carta de \*\*\*, que se halla en gran apuro con las deudas de su hijo. Me molesta y me apena; pero escribí, pidiendo que me permitiese arreglar el asunto, y tuve la satisfacción de hacer ese ofrecimiento con toda el alma y con el deseo de que fuese aceptado, á pesar de que he recibido y de que habré de recibir otras peticiones.

Acabé *Juana de Arco*. El último acto es absurdo sobre toda ponderación. No puede defenderse la violación monstruosa de la historia que todo el mundo conoce. Así como Schiller hace caer á Juana en el momento de la victoria, de la misma manera pudo hacer que Wallenstein destronase al Emperador y reinase sobre Alemania, ó que María llegase á ser reina de Inglaterra y decapitase á Isabel.

12 de Junio.—Después del almuerzo vino \*\*\*. Tengo que hacer otro esfuerzo por salvarle, y será el último (1). Margarita ha venido á buscarme para ir á la lectura de Thackeray. Lleno éste de imaginación y humorismo, no deseo más sino que saque de estas lecturas tanta fama como provecho. Me dijo al salir que el resultado era maravilloso, y yo le contesté con todo mi corazón que deseaba que lo fuese diez veces más. Allí estaba mi querido lord Lansdowne, que parece mucho mejor. Comí en casa del barón Parke. Estuvo agradable, y me pareció que yo agradaba; pero quizá estuviese equivocado. Luego á la reunión de Lady Granville, donde encontré muchos amigos, y todos bondadosos. Yo rara vez voy á reuniones; y, por lo mismo, me reciben mejor. No es para mí esa barahúnda; pero la cortesía me obliga á aceptar una invitación de cada diez que recibo.

9 de Junio.—Encontré los tomos del *Registro* de Cobbett correspondientes á 1832 y 1833. En esa época había perdido su estilo, y tenía en su contra la circunstancia de estar en el Parlamento. Dejó lo que hacía bien por lo que hacía pobrisísimamente. Mi nombre aparece á menudo en esos volúmenes. Muchos creen que sentía animosidad contra mí; yo lo dudo. Me trata mal; pero menos mal que á casi todos los hombres públicos que citaba.

Un americano me escribe desde Arkansas, y me envía un ejemplar de la *Historia* de Bancroft. Muy fino y afable; pero por algún error singular me dirige la carta á Abbotsford. ¿Creerá acaso que viven allí

(1) No fué el último ni remotamente. La persona de quien habla así Macaulay no tenía más vínculos con él que los generales humanos.

juntos todos los que escriben libros en la Gran Bretaña?

Macaulay pasó los meses de Agosto y Septiembre en Malvern, en una quinta risueña, metida en «un bosque lleno de mirlos». Mr. Ellis fué á acompañarle una docena de días, eligiendo el momento oportuno para poder asistir al festival musical de Worcester.

Malvern, 21 de Agosto de 1851.

Querido Ellis: Le espero á usted el miércoles próximo. He tomado los billetes para *El Mesías*. Durante el festival puede haber dificultades para el viaje. Pero aquí los medios de comunicación son inmensos. Por todos los caminos del contorno de Malvern se ven cada diez minutos coches y diligencias, sin hablar de vehículos extraordinarios. Por ejemplo: el otro día topé con un carro fúnebre cuando me paseaba leyendo la expedición nocturna de Diómedes y Ulises. Desea usted dar un paseo en coche, caballero—me dijo el conductor.—Hay sitio de sobra. No pude menos de reirme:—A buen seguro necesitaré tal carruaje uno ú otro día, pero todavía no estoy preparado.—El hombre respondió, con la más consumada gravedad profesional:—Quiero decir, señor, que hay sitio de sobra en el pescante.

No creo haber hecho nunca, ni en Cambridge ni en la India, mayor ración de griego que hoy. He leído de un tirón catorce libros de la *Odisea*, desde el VI hasta el XIX inclusive (1). Lo hice paseando por el

(1) En su Diario de 19 de Agosto escribe Macaulay: «Me interné mucho por Herfordshire, y leí, paseando, los últimos cinco libros de la *Iliada*, con profundo interés y lágrimas abundantes. Iba temiendo que me viesen llorar los transeuntes que encontra-

camino de Worcester, entre la ida y la vuelta. Tengo mucho que decir del viejo. Le admiro más que nunca. Pero ahora estoy completamente seguro de que la *Iliada* es una obra de mosaico, hecha muy hábilmente mucho después de su época con varios de sus cantos y alguna que otra composición de cantores inferiores.

Estoy proyectando varias excursiones. Un día podemos visitar fácilmente á Hereford entre el almuerzo y la comida, y otro podemos ir á Gloucester. Cheltenham y Tewkesbury, con su hermosa iglesia, son más accesibles aún. Ha cesado la lluvia; la tarde ha sido radiante, y espero que tengamos otro mes espléndido delante de nosotros. Tendrá usted toda el agua que quiera. Le reservo un baño resplandeciente, donde podrá usted lavarse, y de donde podrá usted salir como un Dios.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

Malvern, 12 de Septiembre de 1851.

Querido Ellis: He enviado á Guillermo á informarse del asunto. Entre tanto debo confesar que el contratiempo de usted regocija algo á los elementos malignos de mi naturaleza. El tomar asiento para un tren, cosa que el vulgo de los mortales hacemos en treinta segundos, es para usted una operación que reclama tanto cavilar y tanto tiempo como la adquisición de una hacienda... Debo decir que su carta de usted es muy á propósito para darme que pensar sobre mi

ba al volver: llorar porque Aquiles se había cortado el pelo; llorar porque Priamo se revolcaba en el patio de su palacio; llorar por seres puramente imaginarios, por creaciones de un antiguo cantor que murió hace cerca de tres mil años.



vuelta á Londres. Porque, si toda la previsión y preocupación de usted; si sus minuciosas pesquisas é ingeniosas combinaciones han terminado de esa suerte, ¿cómo puede prometerse un hombre tan descuidado como yo llegar á la capital sin inmensos contratiempos y pérdidas?

Aquí está al fin Guillermo con una carta de la administración de coches, pero sin dinero ninguno. En cuanto á los tres chelines, «Nunca los volverá usted á ver; nunca.» Envío á usted la explicación del tenedor de libros. Usted tomó asiento para un coche; fué usted á Worcester en otro; ha pagado usted el viaje entero á los dos, y no recobrará usted medio penique de ninguno. El caso de usted, si eso no es un consuelo, no es raro. En Malvern parece ser lo corriente viajar de ese modo. Y aquí tenemos una explicación del extraordinario número de coches que hay en este sitio. Puede haber un gran número de empresas en competencia, cuando los viajeros pagan el vehículo en que van y el vehículo en que no van.

Adios. Le echo á usted mucho de menos, y me consuelo lo mejor que puedo con Demóstenes, Goethe, lord Campbell y miss Ferrier.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

19 de Septiembre.—Me heché al bolsillo el *Wilhelm Meister*; fui paseando al Cleaveland Ferry; atravesé el Saverna y seguí la orilla oriental hacia Upton. Las confesiones del piadoso Stiftsdame me interesaron, como siempre, más de lo que puedo decir. Eso me pasó cuando las leí por primera vez en el Océano Indico, y eso volvió á pasarme cuando las leí en Hereford en 1841. A mi juicio, la causa del interés que me

inspiran es que Goethe se esforzó por hacer en ellas como artista lo que ningún otro simple artista, que yo sepa, ha tratado de hacer jamás.

Desde Agustín en adelante, los hombres de vivos sentimientos religiosos han escrito sus confesiones, y hay muchas muy curiosas. Las de John Newton, las de Bunyan, las de Will Huntington, las de Cowper, las de Wesley, las de Whitefield; las de Scot: un sin fin. Cuando las personas mundanas han imitado esas narraciones, ha sido casi siempre con espíritu satírico y hostil. Goethe es el único ejemplo de un incrédulo que ha tratado de identificarse con uno de esos piadosos autobiógrafos. Ha procurado imitarlos, de la misma manera que procuró imitar á los dramaturgos griegos en su *Ifigenia*, y á los poetas romanos en sus elegías. Un artista vulgar hubiese multiplicado los textos y las frases de sabor. El no hizo nada semejante, sino que procuró poner de relieve el espíritu de piedad en el grado mayor de exaltación y produjo una obra singular (1).

¡Qué cosas tan raras suceden! Dos caballeros, ó, por lo menos, dos hombres bien vestidos, pasaron junto á mí en ocasión en que yo paseaba por una de las praderas próximas al río. Uno de ellos me miró, se llevó la mano al sombrero, y dijo: «¿Mr. Macaulay, creo?» Confirmé la exactitud de esa creencia. Entonces prosiguió el sujeto: «Supongo que habrá usted venido á estudiar los lugares de la batalla de Worcester.

(1) Cuando Macaulay estuvo en Francfort, fué á la casa de Goethe, y la encontró con alguna dificultad. Estaba yo muy interesado, no porque él sea de mis mayores favoritos, sino porque los primeros libros referentes á su vida tienen un gran encanto para mí, y la antigua casa entra por mucho en la narración. La casa del padre de Guillermo Meister es también evidentemente la de Franckfort.

vuelta á Londres. Porque, si toda la previsión y preocupación de usted; si sus minuciosas pesquisas é ingeniosas combinaciones han terminado de esa suerte, ¿cómo puede prometerse un hombre tan descuidado como yo llegar á la capital sin inmensos contratiempos y pérdidas?

Aquí está al fin Guillermo con una carta de la administración de coches, pero sin dinero ninguno. En cuanto á los tres chelines, «Nunca los volverá usted á ver; nunca.» Envío á usted la explicación del tenedor de libros. Usted tomó asiento para un coche; fué usted á Worcester en otro; ha pagado usted el viaje entero á los dos, y no recobrará usted medio penique de ninguno. El caso de usted, si eso no es un consuelo, no es raro. En Malvern parece ser lo corriente viajar de ese modo. Y aquí tenemos una explicación del extraordinario número de coches que hay en este sitio. Puede haber un gran número de empresas en competencia, cuando los viajeros pagan el vehículo en que van y el vehículo en que no van.

Adios. Le echo á usted mucho de menos, y me consuelo lo mejor que puedo con Demóstenes, Goethe, lord Campbell y miss Ferrier.

Siempre suyo,

T. B. MACAULAY.

19 de Septiembre.—Me heché al bolsillo el *Wilhelm Meister*; fui paseando al Cleaveland Ferry; atravesé el Saverna y seguí la orilla oriental hacia Upton. Las confesiones del piadoso Stiftsdame me interesaron, como siempre, más de lo que puedo decir. Eso me pasó cuando las leí por primera vez en el Océano Indico, y eso volvió á pasarme cuando las leí en Hereford en 1841. A mi juicio, la causa del interés que me

inspiran es que Goethe se esforzó por hacer en ellas como artista lo que ningún otro simple artista, que yo sepa, ha tratado de hacer jamás.

Desde Agustín en adelante, los hombres de vivos sentimientos religiosos han escrito sus confesiones, y hay muchas muy curiosas. Las de John Newton, las de Bunyan, las de Will Huntington, las de Cowper, las de Wesley, las de Whitefield; las de Scot: un sin fin. Cuando las personas mundanas han imitado esas narraciones, ha sido casi siempre con espíritu satírico y hostil. Goethe es el único ejemplo de un incrédulo que ha tratado de identificarse con uno de esos piadosos autobiógrafos. Ha procurado imitarlos, de la misma manera que procuró imitar á los dramaturgos griegos en su *Ifigenia*, y á los poetas romanos en sus elegías. Un artista vulgar hubiese multiplicado los textos y las frases de sabor. El no hizo nada semejante, sino que procuró poner de relieve el espíritu de piedad en el grado mayor de exaltación y produjo una obra singular (1).

¡Qué cosas tan raras suceden! Dos caballeros, ó, por lo menos, dos hombres bien vestidos, pasaron junto á mí en ocasión en que yo paseaba por una de las praderas próximas al río. Uno de ellos me miró, se llevó la mano al sombrero, y dijo: «¿Mr. Macaulay, creo?» Confirmé la exactitud de esa creencia. Entonces prosiguió el sujeto: «Supongo que habrá usted venido á estudiar los lugares de la batalla de Worcester.

(1) Cuando Macaulay estuvo en Francfort, fué á la casa de Goethe, y la encontró con alguna dificultad. Estaba yo muy interesado, no porque él sea de mis mayores favoritos, sino porque los primeros libros referentes á su vida tienen un gran encanto para mí, y la antigua casa entra por mucho en la narración. La casa del padre de Guillermo Meister es también evidentemente la de Franckfort.

Tendremos una hermosísima descripción de la batalla de Worcester.» Yo insinué con toda delicadeza que tenía tanto que ver con la batalla de Worcester como con la batalla de Maratón. «Claro que no, señor, claro que no. La batalla de Worcester no entra ciertamente en el plan de usted.» Tras lo cual nos saludamos y separamos. Me acordé del proverbio (1), y pensé que el nombre de Tom Fool podía aplicarse propiamente en aquella ocasión á más una de las partes interesadas (2).

21 de Septiembre.—Vi en el seto la serpiente más grande que recuerdo haber visto en libertad. Me acordé de mis angustias de terror, cuando era un niño de seis años, al ver arrastrarse una serpiente por los matorrales de Barley Word. Era una impresión profunda y verdaderamente terrible. Mi madre temía que me pusiese malo. De nada servía que me dijese, ni que yo me dijese á mí mismo que no había ningún peligro. Una serpiente era para mí como un gigante ó un duende—un ser horrible mencionado en los libros, pero que no existía en Inglaterra;—y su vista me afectaba como si realmente se me hubiera aparecido un espectro. Seguí á la serpiente de hoy durante cierto trecho. Parecía tan asustada de mí como yo de su pariente cuarenta y cuatro años hace. Durante ese largo paseo leí á ratos el *Guillermo Meister*. Nunca me gustó tan poco. Hasta el relato de la muerte de Aurelia y de Mariana, que solía desgarrarme el corazón, me impresionó tan poco como á esos brutos de Lotario y Guillermo.

A fines de 1851 Palmerston tuvo que dejar el Foreign Office. El gobierno necesitaba un refuerzo no

(1) «A Tom Fool le conoce más gente que la que él conoce.»

(2) Fool significa tonto.—(N. DEL T.)

pequeño de prestigio para contrapesar tan grave pérdida, y se hicieron insinuaciones, sin mucha esperanza de éxito, para inducir á Macaulay á aceptar un puesto en el Gabinete.

24 de Diciembre.—Salió Palmerston. Ya era tiempo; pero no puedo menos de sentirlo. Hombre intrépido, infatigable, brioso, aunque demasiado amante de la lucha y demasiado dispuesto á sacrificarlo todo á la victoria, una vez en el palenque. Supongo que le sucederá lord Granville. Le deseo suerte. 1851 ha hecho mucho por él.

25 de Diciembre.—Encontré á lord Granville en el club. Le felicité calurosa y sinceramente; pero hablé con bondad y con pena, como lo sentía, de Palmerston. Por la respuesta de Granville, aunque reservada como convenia, juzgo que no hemos visto aún la verdadera explicación. Me dijo que la inquietud le había tenido en vela dos noches.

31 de Diciembre.—Encontré á Peacock: hombre inteligente y buen humanista (1). Me alegro de tener ocasión de conocerle más á fondo. Hablamos de Aristóteles, de Esquilo, de Sófoles y de otros varios autores antiguos, y nos examinamos bastante bien el uno al otro. Los dos somos bastantes fuertes en estas materias para unos caballeros particulares. Pero él está publicando las *Suplicantes*, y Esquilo no es para que le edite un hombre que sólo mira el griego como una ocupación secundaria.

18 de Enero de 1852.—Durante la comida recibí una esquela de lord John citándome para mañana á las once.

19 de Enero.—Yo estaba impaciente; pero re-

(1) Este pasaje se refiere al autor de *Headlong Hall*, y no al deán de Ely, como quizá supongan algunos lectores.

suelto, si me apremiaban, á pedir un día para reflexionar y á enviar después una negativa por escrito. Me es difícil decir que no á la gente cara á cara. Fui á Chesham Place. Me propuso en el acto que entrase en el gabinete, me negué, y expuse como una cuarta parte de las razones que tengo, aunque hubiese bastado con la mitad de una cuarta parte. Le dije que yo no serviría de nada; que no era un polemista; que era demasiado tarde para pensar en serlo; que en otro tiempo hubiera podido llegar á ser útil para ese fin, pero que ahora mis hábitos literarios y mi reputación literaria lo habían hecho imposible. Alegué en corroboración, el estado de mi salud, mi temperamento y mis aficiones. No me instó mucho, y creo que me hizo la proposición por sugerencias extrañas más que por propio impulso. Añadí que yo no representaría á ningún burgo enfeudado, y que mi manera de ser me impedía solicitar los votos de grandes cuerpos electorales. Pude haber añadido que no quería verme obligado á tomar parte en un debate personal contra Palmerston; que dudaba mucho, si me parecía bien el nuevo bill de Reforma, y que no tenía ningún motivo para creer que habrá de hacerse todo lo que á mi me parece justo en lo que respecta á la defensa nacional. Hablé muy enérgicamente sobre este punto, diciendo lo que sentía.

*31 de Enero.*—Veo que lord Broughton se marcha, y que Maule va al Consejo de la India. Se me figura que yo hubiera podido obtener ese puesto, el más agradable del gobierno y el más adecuado para mí; pero el partido que adopté es mucho mejor para mi reputación y para la paz de mi espíritu.

En Febrero Macaulay hizo otra visita al palacio de Windsor.

*6 de Febrero.*—Almorzamos á las nueve. Anduve por la hermosa galería durante una hora; después fui con Mahon á la biblioteca, y luego subí á la Torre Redonda, desde donde gocé de una soberbia vista. En la biblioteca, cogiendo por casualidad un libro elegantemente encuadernado, ví que era el de Ticknor: un ejemplar de regalo, con una carta del autor á la reina, diciendo que enviaba su obra porque el ministro americano le había dicho que un eminente literato la había recomendado á Su Majestad. El eminente literato era yo; y podría encontrar la fecha en mi Diario. Es una rara coincidencia que yo tropezase con su carta. La comida era á las siete menos cuarto, á causa de la representación que había después. El teatro era hermoso, el escenario bueno, y la obra el *Rey Juan*. La representación tuvo sus defectos, como los tiene y grandes, la obra, considerada como obra teatral; pero produjo, sin embargo, gran impresión. Constanza me hizo llorar. La escena entre el rey Juan y Huberto y la escena entre Huberto y Arturo fueron muy bien hechas. Faulconbridge baladroneó bien. Las alusiones á una invasión francesa y á las intrusiones pontificias hubieran sido aplaudidas con furor en Drury Lane ó en Covent Garden. Aquí aplaudimos con cierta mesura. La muchachita que representó el papel de Arturo hizo maravillas (1). A lord Salisbury no parecía gustarle el papel que hace en la obra su tocayo.

*16 de Febrero.*—Acabé las *Memorias* de Saint Simon, y me ha cautivado más que nunca la bondad de las partes buenas. Cierta que de oasis á oasis media un desierto muy árido.

*1.º de Mayo.*—Un 1.º de Mayo frío. Después del al-

(1) Miss Kate Terry.

muerzo fui á Turnham Green para ver el sitio. Le encontré después de algunas investigaciones. Es el sitio exacto sin género de duda, y admirablemente dispuesto para un asesinato (1).

A la vuelta cogí á Shakespeare, y no pude dejarle. Pasé todo el día hojeándole hasta la hora de vestirme. Después á la comida de la Real Academia (2). Un gran número de amigos, y una porción de sonrisas y apretones de manos. Ocupé un sitio agradable, cerca de Thesiger, de Hallam y de Inglis. Mucha animación y muchas pinturas buenas. Me embelesaron la *Roche-He* de Stanfield y tres cuadros de Roberts. Es el cumpleaños del duque; hoy tiene ochenta y tres. Ahora no le veo nunca sin un interés doloroso. Cada vez que le veo pienso que puede ser la última. Brindamos por él con inmensas aclamaciones. Dió las gracias, y habló de la pérdida de Birkenhead. Yo hice notar (y Lawrence, el ministro americano, dijo que había notado lo mismo) que, en su elogio de los compañeros muertos, el duque no hablaba de su valor nunca, sino siempre de su disciplina y subordinación. Esto lo repetía varias veces. En cuanto al valor, presumo que le daba por cosa supuesta. Lord Derby habló con alma, pero con menos seguridad que las demás veces que le he oído. El discurso de Disraeli fué hábil. Con menosprecio de todas las reglas, brindó por lord John Russell. Lord John respondió jovialmente y bien. A mí me satisfizo. Aunque un discurso en la Real Academia no es gran cosa, conviene que todo lo que él hace ahora esté bien hecho.

(1) Véase la reseña de la conjuración en el capítulo xxi de la *Historia*.

(2) Macaulay asistía á la comida en su calidad de profesor de literatura antigua de la Real Academia.

## CAPÍTULO IX

1852-1856

El magnetoscopio y la mesa giratoria.—Reelección de Macaulay por Edimburgo y satisfacción general que ocasionó.—Enfermedad grave.—Cifton.—Trozos del Diario de Macaulay.—Su apego á los recuerdos antiguos.—Barley Wood.—Cartas á Mr. Ellis.—Gran cambio en la salud y en las costumbres de Macaulay.—Su discurso en Edimburgo.—La Cámara de los Comunes.—El presupuesto de Mr. Disraeli.—Formación del ministerio de lord Aberdeen.—El bill de exclusión de los jueces.—El bill de la India.—El impuesto anual.—Macaulay deja de tomar parte activa en la política.—Cartas á Mr. Ellis.—Mrs. Beecher Stow.—Tunbridge Wells.—Platón.—Mr. Vize-telly.—Patriotismo de Macaulay.—La guerra de Crimea.—Exámenes de concurso.—La *Historia*.—Thames Ditton.—Publicación de los tomos III y IV de Macaulay.—Estadística de la venta de la *Historia*.—Honores conferidos á Macaulay.—El Museo Británico.

El año 1852 empezó muy agradablemente para Macaulay. Desde Enero hasta Julio su Diario ofrece un registro de labor literaria no interrumpida y animosa y de alegres comidas y almuerzos en las casas que le gustaba frecuentar. Hacia este período los amigos entre quienes vivía se entregaban mucho á investigaciones que bien podrían incluirse en el dominio de las ciencias ocultas, y á que hacen referencia más de una vez así el Diario de lord Carlisle como el de Macaulay.

muerzo fui á Turnham Green para ver el sitio. Le encontré después de algunas investigaciones. Es el sitio exacto sin género de duda, y admirablemente dispuesto para un asesinato (1).

A la vuelta cogí á Shakespeare, y no pude dejarle. Pasé todo el día hojeándole hasta la hora de vestirme. Después á la comida de la Real Academia (2). Un gran número de amigos, y una porción de sonrisas y apretones de manos. Ocupé un sitio agradable, cerca de Thesiger, de Hallam y de Inglis. Mucha animación y muchas pinturas buenas. Me embelesaron la *Roche-He* de Stanfield y tres cuadros de Roberts. Es el cumpleaños del duque; hoy tiene ochenta y tres. Ahora no le veo nunca sin un interés doloroso. Cada vez que le veo pienso que puede ser la última. Brindamos por él con inmensas aclamaciones. Dió las gracias, y habló de la pérdida de Birkenhead. Yo hice notar (y Lawrence, el ministro americano, dijo que había notado lo mismo) que, en su elogio de los compañeros muertos, el duque no hablaba de su valor nunca, sino siempre de su disciplina y subordinación. Esto lo repetía varias veces. En cuanto al valor, presumo que le daba por cosa supuesta. Lord Derby habló con alma, pero con menos seguridad que las demás veces que le he oído. El discurso de Disraeli fué hábil. Con menosprecio de todas las reglas, brindó por lord John Russell. Lord John respondió jovialmente y bien. A mí me satisfizo. Aunque un discurso en la Real Academia no es gran cosa, conviene que todo lo que él hace ahora esté bien hecho.

(1) Véase la reseña de la conjuración en el capítulo xxi de la *Historia*.

(2) Macaulay asistía á la comida en su calidad de profesor de literatura antigua de la Real Academia.

## CAPÍTULO IX

1852-1856

El magnetoscopio y la mesa giratoria.—Reelección de Macaulay por Edimburgo y satisfacción general que ocasionó.—Enfermedad grave.—Crifton.—Trozos del Diario de Macaulay.—Su apego á los recuerdos antiguos.—Barley Wood.—Cartas á Mr. Ellis.—Gran cambio en la salud y en las costumbres de Macaulay.—Su discurso en Edimburgo.—La Cámara de los Comunes.—El presupuesto de Mr. Disraeli.—Formación del ministerio de lord Aberdeen.—El bill de exclusión de los jueces.—El bill de la India.—El impuesto anual.—Macaulay deja de tomar parte activa en la política.—Cartas á Mr. Ellis.—Mrs. Beecher Stow.—Tunbridge Wells.—Platón.—Mr. Vize-telly.—Patriotismo de Macaulay.—La guerra de Crimea.—Exámenes de concurso.—La *Historia*.—Thames Ditton.—Publicación de los tomos III y IV de Macaulay.—Estadística de la venta de la *Historia*.—Honores conferidos á Macaulay.—El Museo Británico.

El año 1852 empezó muy agradablemente para Macaulay. Desde Enero hasta Julio su Diario ofrece un registro de labor literaria no interrumpida y animosa y de alegres comidas y almuerzos en las casas que le gustaba frecuentar. Hacia este período los amigos entre quienes vivía se entregaban mucho á investigaciones que bien podrían incluirse en el dominio de las ciencias ocultas, y á que hacen referencia más de una vez así el Diario de lord Carlisle como el de Macaulay.

18 de Mayo de 1852. — Vino Mahon y fuimos á una casa de la calle de \*\*\*, donde un doctor \*\*\*, hace sus maravillas de frenología y mesmerismo. Yo estaba medio avergonzado de ir; pero Mahon se empeñó. Poco después de nosotros llegaron el obispo de Oxford y su hermano Roberto. Jamás se oyó tan despreciable charlataneria. El fraude saltaba á los ojos. No puedo concebir que aquello impusiese á un niño. El hombre no sabía nada de mí, y, por consiguiente, la supercheria falló de una manera lastimosa. Me dijo que yo era un pintor — un pintor de paisaje ó de historia. — De Hallam había hecho un músico. Apenas pude abstenerme de manifestar mi desdén y disgusto mientras él andaba manoseándome la cabeza y observando las oscilaciones de su péndulo.

19 de Mayo. — Comida con el obispo de Londres. La reunión hubiera debido ser agradable; estaban el obispo de Oxford, Milman, Hallam y el Rajá Brooke. Pero desgraciadamente nos engolfamos en una discusión algo viva sobre la clarividencia. Los dos obispos perdieron los estribos. Todos estuvimos demasiado disputadores, aunque creo que por mi parte sin ofender.

En ocasión posterior escribe Macaulay: Almuerzo con convidados. Se habló de la electricidad y del movimiento rotatorio de las mesas bajo el influjo eléctrico. Yo era muy incrédulo. Hicimos el experimento con mi mesa; y hubo á la verdad rotación, pero impresa probablemente por el Obispo de Oxford, aunque él declaró que no estaba completamente seguro de si había ó no empujado. Volvimos á probar, y entonces empujó ciertamente é imprimió un movimiento rotatorio, idéntico al que habíamos visto antes. Marró, pues, el ensayo. Pero yo no diría con seguridad en este caso, como lo digo en los de clarividencia, que deba haber

engaño. Sé demasiado poco de electricidad para pronunciarlo (1).

Aunque la vida de Macaulay se deslizó serena y tranquilamente durante los primeros meses de 1852, ese año le guardaba aún su reserva de males lo mismo que de bienes. La legislatura había sido fecunda en acontecimientos. Encontré á Greville en la calle (escribe Macaulay). Va á Broadlands, y parece convencido de que Palmerston no piensa más que en vengarse de lord John, y que pronto será *leader* de la Cámara de los Comunes bajo lord Derby. Lo dudo. Podía dudarle. El último secretario del Foreign Office no era hombre para cruzarse de brazos ante un agravio; pero sabía ajustar antiguas cuentas con sujeción á las reglas del decoro político. Merced á su poderosa ayuda, los conservadores lograron derrotar al ministerio en un pormenor del bill de la milicia; y lord Derby subió con una minoría, y llegó hasta el fin de la legis-

(1) Macaulay no gustaba de charlatanes, é incluía en esa categoría á algunos que se arrogaban muy presuntuosamente el título de filósofos. «Ayer (escribe una vez á Lady Trevelyan) llamaron á mi puerta, y entró aquel miserable impostor de \*\*\*, á quien suponía ahorcado ó guillotinado hacía años. Tú debes haber oído hablar de él. Es un prosélito de Spurzheim, una mezcla de todas las charlatanías fisiológicas y teológicas de medio siglo. Siempre le detesté; pero no pude echarle del cuarto, porque prorrumpió: «¿No se acuerda usted? ¡Se parece usted tanto al querido Zacarías! Así precisamente solía mirarme él. (Yo miraba, entre paréntesis, como una fiera). Le toqué á usted el cráneo cuando era niño, y profeticé que sería Ministro. Esto es lo que se llama una demostración. Desde entonces siempre tengo el ojo sobre usted. ¡Caramba! ¡La cosa va de veras!» De modo que invité á mi hombre á sentarse, y estuve todo lo atento que podía estar con quien yo sabía que no era más que un simple Dousterswivel. Macaulay termina su carta muy característicamente, lamentando que su visita no le hubiese pedido auxilio pecuniario, á fin de haberle podido dar un billete de diez libras.

latura lo mejor que pudo. A principios de verano fué disuelto el Parlamento, y en Julio se hicieron las elecciones generales, sin gran resultado definitivo en la cuestión litigiosa. El programa ministerial no era para provocar entusiasmos. Lord Derby se concretó á vagas indicaciones que podían interpretarse, ya en el sentido de que cabía volver á la protección, ya en el sentido de que él personalmente no había cesado de deplorar su término; pero compensó sus reticencias sobre la cuestión candente, exhortando al país á creer que su gobierno estaba dispuesto á sostener la Iglesia establecida. El país, que sabía muy bien que la Iglesia podía sostenerse sin el auxilio de un gobierno tory, pero que anhelaba estar seguro de que el Gabinete no tenía intenciones de atentar á la libertad comercial no respondió al llamamiento.

Edimburgo era uno de los sitios en que los conservadores resolvieron intentar un esfuerzo casi desesperado. Los liberales de esa ciudad estaban desavenidos; y las ocurrencias de 1847 no habían sido las más á propósito para atraer á ningún candidato que, por su posición y reputación, fuese capaz de unir á un partido dividido. Los electores, ambicionando tener un representante digno de la capital de Escocia, y deseando sinceramente reparar su mal comportamiento con un gran hombre que había hecho cuanto pudo por servirlos, volvieron los ojos hacia Macaulay. En una gran reunión pública se acordó, por aclamación unánime, adoptar las medidas necesarias para conseguir su elección. Los discursos en apoyo de ese acuerdo hicieron honor á los que los pronunciaron. Ningún hombre—decía Mr. Adam Black—ha dado mayores pruebas que Mr. Macaulay de que sabrá defender los derechos del pueblo contra los ataques del despotismo

y la licencia de la democracia. No ha dado esas seguridades en los comicios durante la excitación de las elecciones, sino que las ha ofrecido al público en la tranquila meditación de su gabinete. Si Mr. Macaulay tiene algún defecto, es que es demasiado recto, demasiado franco, que no usa ambigüedades para desarmar á la oposición. Muchos han olvidado su temprana, su elocuente, su constante, su sólida defensa de la libertad civil, y se han herido por unas cuantas palabras mal apreciadas. ¿Perderéis el más poderoso defensor por una cuestión de etiqueta? ¿Robaréis al Senado británico uno de sus más brillantes adornos? ¿Privaréis á Edimburgo del honor de asociarse con uno de los hombres más ilustres del día? ¿Impondréis silencio á esa voz, cuyos acentos sostendrían el ánimo abatido de los amigos de la libertad constitucional? No. Yo sé que los habitantes de Edimburgo no son tan poco cuerdos. En sus manos está el procurarse el mejor abogado de su propia causa, y de la causa de la verdad y de la libertad en el mundo; y se le procurarán. La proposición, formulada en estas palabras por el jefe de los whigs de Edimburgo, fué apoyada por un radical, cuyas manifestaciones fueron muy breves, como sucede casi siempre en Escocia y en el Norte de Inglaterra, tratándose de personajes locales, que ejercen verdadera influencia sobre la conducta política de sus paisanos. Terminada hace tiempo la enojosa cuestión, que á mí y á varios cientos de electores nos obligó, con sentimiento, á retirar nuestro apoyo á Mr. Macaulay en las elecciones últimas, aprovecho con gran placer la ocasión que se me ofrece de volver á mis primeras inclinaciones, secundando el nombramiento de ese ilustre historiador y estadista.



*A Miss Macaulay.*

Albany, 19 de Junio de 1852.

Querida Paca: No he dado, ni pienso dar, el menor paso cerca de los electores de Edimburgo. Pero ellos, con gran sorpresa mía, han caído en la cuenta de que me trataron mal hace cinco años, y que ahora están sufriendo la pena. No logran atraer á nadie de quien crean poder enorgullecerse; y parecían expuestos á tener representantes que les hiciesen echar de menos, no sólo á mí, sino á Cowan. Entonces, sin mediar ninguna comunicación conmigo, algunos de los personajes más respetables indicaron que la ciudad podría resolver sus dificultades eligiéndome á mí, sin pedirme que vaya, ni que contraiga compromisos, ni que exprese siquiera ninguna opinión sobre materias políticas. La proposición fué aceptada con entusiasmo; y estoy seguro de que la corriente de opinión en mi favor es poderosa, y de que probablemente saldré en primer lugar. Lo único que me piden es que diga que, si soy elegido en esas condiciones, iré al Parlamento. Todo bien considerado, no creo que, dentro de mi deber, puedo declinar la invitación.

Para mí, personalmente, el sacrificio es grande. Aunque yo no he de ir á perder el tiempo en rutinas, ni aceptaré ningún cargo, la publicación de mis siguientes volúmenes puede demorarse un año ó dos. Pero me parece una cosa de la más alta importancia que los grandes cuerpos electorales aprendan á respetar la conciencia y el honor de sus representantes, que no esperen una obediencia servil de hombres de capacidad y de energía, y que, en vez de catequizar

á tales hombres y atormentarles con triquiñuelas, depositen en ellos una amplia confianza. La manera de conducirse esos cuerpos últimamente ha apartado de la vida pública á excelentes personas, y apartará á muchas más, si la cosa no se remedia. El proceder de Edimburgo conmigo no ha sido peor que el de otros distritos con sus representantes; pero ha atraído más la atención, y se ha citado frecuentemente dentro y fuera del Parlamento como un ejemplo flagrante del capricho é impertinencia aun de los cuerpos más inteligentes de electores. No carece, pues, de importancia, ni es de despreciar que Edimburgo ofrezca de un modo espontáneo una reparación tan cumplida y aun tan sin precedentes.

No hables de esto más que lo que creas absolutamente preciso, y toca el asunto ligeramente, como yo siempre que se habla de él delante de mí.

Siempre tuyo,

T. B. MACAULAY.»

El diario demuestra ampliamente que en esta carta á su hermana, Macaulay, no escribió acerca de la elección de Edimburgo ni más ni menos que lo que sentía—suponiendo que él hubiese sido capaz de escribir de otro modo á nadie ni sobre nada.

15 de Mayo.—Encontré á Dundas en Bond Street, y fui con él al club. Craig me enseñó una carta de Adam Black, por la cual veo que algunos de Edimburgo piensan presentar mi candidatura sin consultarme. Dije algo contra la idea, pero creí mejor no parecer tomarla en serio. Comí con lord Broughton. Lord John y yo estuvimos juntos, y nos entendimos muy bien. No puedo menos de quererle; y lamento,

tanto por él como por el país, el menoscabo de su influencia y popularidad.

27 de Mayo.—Almuerzo con Mahon. Muy agradable. Recibí una carta de Ana, incluyéndome otra de Craig acerca de Edimburgo. Ella se ha conducido con un tacto y con una habilidad verdaderamente femenina. A mí me es completamente indiferente el asunto. Me agradaría la *enmienda*. Me desagradaría el trastorno. Los dos sentimientos se contrabalancean; de modo que no tengo sino seguir una línea recta de conducta, que es siempre lo mejor.

9 de Junio.—Recibí una carta de James Simpson acerca de la elección, y le respondí cómo pensaba. Estoy firmemente resuelto á que no se vea en lo que digo y escribo la menor señal de vacilación ó inconsecuencia. Me atenderé á una respuesta lisa y llana.»

Contra su deseo, no tardó en tener que dar esa respuesta al público en general. El comité de la sociedad escocesa de Reforma, alegando el derecho de sus miembros como electores, le escribió en términos respetuosos para saber si, en el caso de ser elegido, estaba dispuesto á votar contra la concesión á Maynooth. Contestó como sigue:

«Al Secretario de la Sociedad escocesa de Reforma.

23 de Junio de 1852.

Señor: Debo rogar se me dispense de responder á las preguntas que me dirige. Profeso un gran respeto hacia las personas en cuyo nombre escribe usted, pero no tengo nada que pedirles; no soy un candidato á sus sufragios; no tengo deseo de volver al Parlamento, y, seguramente, no volveré nunca sino en un caso que

yo no creía posible hasta hace poco y que aún ahora me parece muy improbable. Si los electores de una ciudad como Edimburgo juzgasen conveniente confiar sus intereses á mi cuidado, sin exigirme ninguna explicación ni garantía, yo no creería poder negarme á aceptar un cargo ofrecido de tan honrosa manera. Sé que no tengo el menor derecho á esperar que se me elija, en tales términos, representante de una gran población, pero tengo el derecho de decir que de ninguna otra manera renunciaré al tranquilo y feliz retiro en que he pasado los cuatro últimos años.

Tengo el honor de ser

Suyo siempre,

T. B. MACAULAY.

La digna precisión con que Macaulay definía su actitud no respondió del todo á los deseos de sus patrocinadores; y, sin embargo, es difícil comprender cómo podía escribirse mejor la carta en circunstancias tan delicadas.

«30 de Junio.—Me escribe Adam Black, muy alarmado por las consecuencias que pueda tener para la elección mi respuesta á la Sociedad de Reforma. Es cosa extraña, puesto que nada me importa lo que resulte de todo esto, que la carta de Black me haya producido cierta excitación física desagradable. Todo el día he andado alicaído, con un peso en el corazón y una sensación indescriptible de malestar. Son los achaques de una vida avanzada. Mi razón es tan lúcida como siempre, y me dice que no tengo el menor motivo para preocuparme. He respondido á Adam en términos mucho más suaves de los que hubiera empleado á no tratarse de él.

5 de Julio.—Veo en el *Scotsman* mi respuesta á Adam ó la mayor parte de ella. No me agrada esto; pero se ha hecho sin duda con la mejor intención. No puedo soportar nada que parezca humillarse.

Difícil es que nadie, ni el mismo Macaulay, pudiese descubrir la menor humillación en el lenguaje de su carta á Mr. Black. Desespero (escribe) de poder emplear palabras cuyo sentido no se tuerza. ¿A qué se reduce todo? Yo digo que tal distinción es tan rara que últimamente la creía inasequible y aún ahora apenas me atrevo á esperar obtenerla; y se dice que la estimo en poco. Digo que ser elegido representante de Edimburgo, sin presentarme como candidato, sería un alto y singular honor—un honor capaz de inducirme á hacer un sacrificio que no haría en otro caso—y se dice que eso es tratar desdeñosamente á los electores. Mi lenguaje, naturalmente interpretado, era respetuoso—más aún, humilde. Si hay quien vea un insulto en él, será porque está decidido á ver un insulto en todo lo que yo escribo.

7 de Julio.—Sueño desasosegado durante la noche, y después un día de excitación. El *Times* viene lleno de oratoria electoral. En conjunto, todo va bien. Bien la City; bien Tower Hamlets; un tropiezo en Greenwich, pero muy ligero; ventajas en Reading, Aylesbury, Horsham y Hertford; pero el triunfo en Hertford me apena por lo que atañe personalmente á Mahon. Me alegro de que Strutt lleve ventaja en Nottingham.

8 de Julio.— Otro día de excitación tras otra mala noche. Inmediatamente después del almuerzo fui á Golden Square, y voté por Shelley y Evans. Todo el día se pasó en preguntar á unos y responder á otros, en esperar noticias y devorarlas. El club parecía en-

teramente una colmena. Estuvimos intranquilos hasta lo último por Westminster. He recibido noticias, agradables y desagradables, de Black y Craig. Mi triunfo, si así puede llamarse, parece seguro. Yo no iré al escrutinio. No puedo viajar toda la noche en mi estado actual de salud; y en cuanto á salir el martes por la mañana, é ir hasta Berwick, con la exposición de tener que volverme en caso de derrota, no hay que pensar en ello. He conservado alta la cerviz; y eso sería una humillación, agravada mil veces por la reserva, rayana en altanería, que he mantenido hasta aquí.

A pesar de los recelos de Mr. Black, la altiva y firme conducta de Macaulay no había desagradado á los electores de Edimburgo. Pensaron con acierto que la dignidad de un miembro del Parlamento se refleja en sus comitentes, y más bien estaban orgullosos de votar por un hombre que era quizá el peor pretendiente desde Coriolano. El entusiasmo en su favor no se limitó á su partido. El profesor Wilson, el más distinguido superviviente de la antigua escuela del torismo escocés, según entendían el torismo lord Melville y sir Walter Scott, realizó el último acto público de su animada y alegre existencia yendo á votar por Macaulay. Al acabar el día, el resultado de la votación era éste:

Macaulay.....	1.846
Cowan.....	1.753
M'Laren.....	1.561
Bruce.....	1.068
Campbell.....	625

No es exagerado decir que, del uno al otro confin de la isla, se recibían las noticias con profunda y casi

5 de Julio.—Veo en el *Scotsman* mi respuesta á Adam ó la mayor parte de ella. No me agrada esto; pero se ha hecho sin duda con la mejor intención. No puedo soportar nada que parezca humillarse.

Difícil es que nadie, ni el mismo Macaulay, pudiese descubrir la menor humillación en el lenguaje de su carta á Mr. Black. Desespero (escribe) de poder emplear palabras cuyo sentido no se tuerza. ¿A qué se reduce todo? Yo digo que tal distinción es tan rara que últimamente la creía inasequible y aún ahora apenas me atrevo á esperar obtenerla; y se dice que la estimo en poco. Digo que ser elegido representante de Edimburgo, sin presentarme como candidato, sería un alto y singular honor—un honor capaz de inducirme á hacer un sacrificio que no haría en otro caso—y se dice que eso es tratar desdeñosamente á los electores. Mi lenguaje, naturalmente interpretado, era respetuoso—más aún, humilde. Si hay quien vea un insulto en él, será porque está decidido á ver un insulto en todo lo que yo escribo.

7 de Julio.—Sueño desasosegado durante la noche, y después un día de excitación. El *Times* viene lleno de oratoria electoral. En conjunto, todo va bien. Bien la City; bien Tower Hamlets; un tropiezo en Greenwich, pero muy ligero; ventajas en Reading, Aylesbury, Horsham y Hertford; pero el triunfo en Hertford me apena por lo que atañe personalmente á Mahon. Me alegro de que Strutt lleve ventaja en Nottingham.

8 de Julio.— Otro día de excitación tras otra mala noche. Inmediatamente después del almuerzo fui á Golden Square, y voté por Shelley y Evans. Todo el día se pasó en preguntar á unos y responder á otros, en esperar noticias y devorarlas. El club parecía en-

teramente una colmena. Estuvimos intranquilos hasta lo último por Westminster. He recibido noticias, agradables y desagradables, de Black y Craig. Mi triunfo, si así puede llamarse, parece seguro. Yo no iré al escrutinio. No puedo viajar toda la noche en mi estado actual de salud; y en cuanto á salir el martes por la mañana, é ir hasta Berwick, con la exposición de tener que volverme en caso de derrota, no hay que pensar en ello. He conservado alta la cerviz; y eso sería una humillación, agravada mil veces por la reserva, rayana en altanería, que he mantenido hasta aquí.

A pesar de los recelos de Mr. Black, la altiva y firme conducta de Macaulay no había desagradado á los electores de Edimburgo. Pensaron con acierto que la dignidad de un miembro del Parlamento se refleja en sus comitentes, y más bien estaban orgullosos de votar por un hombre que era quizá el peor pretendiente desde Coriolano. El entusiasmo en su favor no se limitó á su partido. El profesor Wilson, el más distinguido superviviente de la antigua escuela del torismo escocés, según entendían el torismo lord Melville y sir Walter Scott, realizó el último acto público de su animada y alegre existencia yendo á votar por Macaulay. Al acabar el día, el resultado de la votación era éste:

Macaulay.....	1.846
Cowan.....	1.753
M'Laren.....	1.561
Bruce.....	1.068
Campbell.....	625

No es exagerado decir que, del uno al otro confin de la isla, se recibían las noticias con profunda y casi

universal satisfacción (1). En medio de las pasiones y ambiciones y envidias de unas elecciones generales que iban á decidir de la suerte de un ministerio, los combatientes de ambos bandos encontraron un respiro para felicitarse de un suceso que se miraba, no como victoria de un partido, sino como el triunfo de la superioridad intelectual y de la integridad política. Recuerdo muy bien cómo me sonrojaba y temblaba yo con infantil alborozo cuando Alberto Smith, en dos ó tres coplas precipitadas incluidas de improviso en el mejor de sus admirables cantos, anunciaba que Edimburgo se había puesto á bien al fin con Mr. Macaulay; y aun me parece oír las prolongadas y repetidas aclamaciones de todo un auditorio, que, á menos que se diferenciara de todo otro auditorio londonense de su género, debía componerse, por lo menos, de tres cuartas partes de toríes.

Pero esa misma semana, que honró á Macaulay con tan señalada prueba de la estima y admiración de sus compatriotas, le trajo también tristes é inequívocas señales de que no había hecho impunemente la gran labor á que debía su fama. En medio de mis triunfos (escribe), no me siento bien; y no era de los que se quejan á poca costa. Durante algunos meses habían menudeado ya en su Diario pasajes como estos: «Hoyé los nuevos tomos de la obra de Thiers: la campaña austriaca de 1809. Es pesado. Supongo que mis volúmenes serán más atractivos. Ahora, por su-

(1) Las noticias de su elección fueron recibidas con una explosión de júbilo en todo el país. Los hombres se felicitaban unos á otros como si hubiese recibido tan señalado honor algún querido amigo ó deudo suyo. Personas que no habían visto nunca á Mr. Macaulay se estrechaban la mano calurosamente unas á otras al recibir tan fausta noticia. — *La vida pública de lord Macaulay*, por el reverendo Federico Arnold.

puesto, no estoy en caja, y no puedo escribir. ¿Por qué? No puedo decirlo. Esperaré uno ó dos días, y probaré de nuevo.» Y en otro lugar: He escrito algo de mi *Historia*; pasable; pero aún no estoy en vena. Me siento completamente oprimido por el peso de la labor. ¡Qué cosa tan rara es la inteligencia del hombre! La mía, al menos. Yo podría escribir un artículo, estilo Montaigne, sobre mis padecimientos. A veces pierdo meses, no sé cómo, acusándome á diario, pero incapaz realmente de esfuerzo vigoroso. Parezco dominado por accesos de pereza. Luego me animo, y puedo trabajar doce horas de un tirón. ¡Cómo trabajaba hace un año! ¿Por qué no puedo trabajar ahora así?

Era pronto para saberlo. El 15 de Julio, dos días después de decidida la elección, se manifiesta sumamente abatido, sin poder apenas pasear ni respirar. Una semana después dice: Hoy no estaba bien. Algo de lo del corazón. Sentía opresión en el pecho. Estaba muy flojo, y apenas podía contener las lágrimas de puro débil; pero las contuve. Desistí de hacer el viaje á Edimburgo y de presentarme en público. Tengo la seguridad de que, en el estado en que me encuentro, me vería obligado á sentarme á los cinco minutos; eso, caso de no desmayarme, como he temido varias veces últimamente.

El día en que tenía que dirigirse á sus electores estaba cerca, y no había tiempo que perder. Mandé llamar á Bright. Vino con un estetoscopio; declaró que estaba muy alterada la acción del corazón, y me prohibió terminantemente pensar en ir á Edimburgo. Salí, pero apenas podía andar con el auxilio del bastón. Tomé, pues, un coche para ir á Westbourne Terrace, y volví del mismo modo. La compañía y bondad de

los míos me animó un poco. Me enfado conmigo mismo por haberme dejado atraer otra vez á la vida pública. Mi obra me parece que ha de ser un fracaso. Sin embargo, cuando consulto cualquier parte, y la leo, no puedo menos de ver que es mejor que las otras obras escritas sobre la misma materia. Eso, seguramente, no es decir mucho: porque Ralph, Smollett, Kennett, von Somerville, Belsham, Lord Dungannon, todos ellos desdichados escritores de historia; y Burnet, que hasta la Revolución es muy estimable y ameno, se hace pesado en cuanto llega al reinado de Guillermo. Me apenaría dejar ese reinado sin concluir.

Durante algunas semanas Macaulay estuvo realmente muy enfermo, y nunca recobró la firme y exuberante salud de que había disfrutado hasta entonces. No hay que decir que el cariño, que había sabido conquistar durante toda su vida, no le faltó ahora. Lady Trevelyan vió al doctor Bright, y supo que la enfermedad era más grave de lo que ella creía que pensaba su hermano: creencia completamente errónea como el Diario atestigüa; pero en la cual la dejó gustoso Macaulay. Ella se encargó de dar los pasos necesarios para el aplazamiento del *meeting* de Edimburgo; y después acompañó á su hermano á Clifton, donde le vió instalado cómodamente y permaneció con él hasta que empezó á mejorar.

*Clifton, 8 de Agosto de 1852.*—Salí leyendo la biografía de Julio César, en Suetonio, y me sorprendió un chaparrón, acompañado de truenos. No podía guarecerme debajo de un árbol por temor á las exhalaciones, y no podía correr á casa por temor á la palpitación; por consecuencia, seguí andando en medio de la lluvia con tanta pausa y gravedad como si hubiese ido acompañando un entierro. La excitación ó la in-

quietud más leve afecta á la función del corazón. A despecho de mí, estoy abatido de ánimo; pero mi razón me dice que difícilmente habrá otro hombre que tenga tanto que agradecer. Y seré agradecido y firme mientras sea dueño de mí. Ana y yo no nos atrevimos á salir después de comer, y nos estuvimos charlando amorosa y gratamente de los pasados tiempos.

*Domingo, 15 de Agosto.*—A Christ Church. Conseguí un puesto entre los asientos libres, y oí un sermón no malo sobre la expresión «por lo cual». El predicador protestaba de no querer asustarnos con rarezas al estilo del siglo XVIII; pero yo dudo si no encontró en el «por lo cual» de San Pablo mucho más de lo que San Pablo pensaba. Hubo una colecta para obras que han de hacerse en la iglesia, y yo eché mi soberano en la bandeja con tanto más gusto cuanto que el predicador nos pidió el dinero con razones sensatas y de una manera digna.

*16 de Agosto.*—El *Times* trae la noticia de la muerte de Sir James Parker. Murió de una afección al corazón. ¡Pobre! Me da lástima. Ha venido el ataque precisamente cuando le habian hecho Vicecanciller. El mío ha venido cuando acababan de elegirme por Edimburgo. El mío puede terminar muy probablemente como el suyo, y quizá sería lo mejor. Se me llenan de lágrimas los ojos cuando pienso en aquellos de quienes he de separarme; sin embargo, no hay ninguna mezcla de pusilanimidad en mi cariño. Tengo muchos deseos de ver á Ana y Margarita. Querría que hubiesen vuelto del continente; pero no creo que el plazo esté tan cerca. Hoy he escrito una buena ración de la *Historia*. Me alegraría de acabar el reinado de Guillermo antes de morir. Pero esto se parece á las antiguas disculpas que se ofrecían á Caronte.

Algunos críticos escrupulosos creen deber negar á Macaulay el título de poeta, y no era título que él pretendiese. Nadie más dispuesto á conceder que el laurel no prospera en las regiones á que le había llevado su destino. Había vivido en el mundo, y el hombre que se agita en las esferas sociales debe aprender temprano á pensar y á escribir en prosa. Downing Street y Calcuta, la *Revista de Edimburgo* y la cámara de los Comunes, habían aguzado su discernimiento y refrenado su fantasía; pero los que conocían la intimidad de su espíritu, no dudaron nunca que, por mucho que pesasen sobre él los hábitos y la experiencia de una vida activa y variada, allí había un fondo poético. El que haya leído el delicioso cuento de Hans Andersen, en que un amanuense se encuentra de pronto transformado en poeta, tendrá una idea exacta de la manera como trabajaron la memoria y la imaginación de Macaulay durante la mayor parte de sus horas de ocio. El vivía positivamente de los recuerdos de su pasado. Una estampa de seis peniques que hubiese visto en un cuarto de niños ó en una escuela de Clapham le deleitaba más que una obra maestra de Reynolds. El día en que descubría en los escondrijos más oscuros de un puesto de libros de Holborn alguna novelucha que había andado por las bibliotecas circulantes de Cambridge el año 1820, era una fecha señalada con piedra blanca en su calendario. Se alborozaba en su Diario con el descubrimiento de una desdichada novela titulada *Conciencia*, que él mismo califica de «paparrucha execrable», como si hubiese sido una primera edición en folio de Shakespeare, con pulgada y media de margen. Pero nada le causaba tanto placer (un placer que la frecuente repetición no disminuía sensiblemente) como una visita á cualquier sitio que

hubiese conocido en sus primeros años. Importaba poco el periodo de su vida con que la escena se relacionase ó que los recuerdos que evocaba fuesen alegres ó tristes, completamente triviales ó profundamente interesantes. La posada de Durham, donde comió detestablemente durante una visita judicial del distrito; el tribunal de Lancaster, donde había oído á Brougham tirotearse con Pollock; el comedor de Great George Street, en uno de cuyos rincones había escrito sus artículos sobre lord Holland y Warren Hastings; la iglesia de Cheddar, donde, siendo niño, había estado un domingo por la tarde suspirando por alcanzar al tomazo del libro de los Mártires que se encontraba en el atril inmediato, mientras el vicario que, según mister Ana More, era un pobre predicador y no un verdadero ministro del Evangelio, mosconeaba sin que nadie le oyese: esos, y otros sitios así, poseían á sus ojos un encanto muy superior al que deben las más famosas y magníficas ciudades á la tradición histórica ó al esplendor arquitectónico. Nunca tuvo ocasión más propicia de entregarse á su entretenimiento favorito de revolver antiguos recuerdos que cuando vivía en Clifton, á corta distancia del *cottage* que había sido en otra época de Mrs. Ana More, y sometido á la orden terminante de sus médicos de no hacer nada más que distraerse.

21 de Agosto.—Día despejado. A las once los Harfords de Blaise de Castle vinieron á buscarnos en su coche á Margarita y á mí para llevarnos á Barley Wood. El valle de Wrington, tan opulento y hermoso como siempre. El puente de Mendip, la torre de la iglesia, las islas distantes, todo lo mismo que hace más de cuarenta años. Pero Barley Wood está muy cambiado. No ha habido falta de cuidado, ni de gusto, ni

de respeto por los recuerdos antiguos; pero los árboles se desarrollan y las glorietas se eclipsan. El mismo *cottage*, visible en otro tiempo á gran distancia, se halla ahora tan completamente rodeado de arboleda que no se le ve hasta que se está encima de la puerta. Los arbustos, que no tenían la altura que yo á los once años, se han convertido en grandes masas de follaje; y en muchos puntos, desde donde se descubría en otro tiempo un extenso panorama, ahora nada puede verse. La casa y la extensión de césped que hay delante es lo menos cambiado. El comedor y la sala permanecen inalterables, excepto los antiguos grabados cuya colocación recordaba yo muy bien. Los antiguos rosales trepan por los antiguos espaldares ó por espaldares muy semejantes á los antiguos. Pero el Templo de los Vientos se halla reducido á ruinas, y mi albergue favorito, el que llevó por nombre *Tecta pauperis Evandri*, ha desaparecido completamente. La urna de Locke ha sido trasladada; la de Porteus sigue donde estuvo. El sitio ha mejorado; pero no es el sitio donde yo pasé tantos días venturosos de mi infancia.

«14 de Septiembre.—Hermoso día. Después de almorzar Ellis y yo fuimos á Wrington en carruaje abierto. Primero hicimos una visita á la iglesia. Reconocí el antiguo banco y uno de los epitafios; pero eché de menos el paño de púlpito de terciopelo carmesí con una inscripción en letras doradas muy largas. Recordé al sacristán. Allí estaban los libros sujetos á los atriles; y, con sorpresa mía, figuraba entre ellos el *Libro de los Mártires*. No recordaba que le hubiese aquí, aunque recordaba perfectamente el de Cheddar. Vi la sepultura de mi antigua y querida amiga, con una inscripción devota. Después paseamos por Barley Wood. Me invitaron á subir con mucha amabilidad.

Vimos el cuarto de Mrs. Ana More. La cama se encuentra donde solían estar su sofá y su escritorio. Subsisten los antiguos estantes de libros, por lo menos algunos. Puedo indicar el sitio exacto en que estaba el *Don Quijote*, en cuatro tomos, y el sitio exacto de donde saqué á la edad de diez años las *Baladas Uricas*. ¡Con qué deleite y horror lei el *Viejo marino*! Regresé muy contento de esta segunda visita.

16 de Septiembre.—Una llamada y un coche. ¿Quién había de ser sino mi antiguo «Tutor» de la Trinidad, Monk, el obispo de la diócesis? Me alegré de veras de verle y estrecharle la mano: porque él fué bondadoso conmigo cuando yo era joven, y yo fui desagradecido é impertinente con él.»

4 de Octubre.—Acabé la *Choza de Tom*, obra potente y desagradable: demasiado sombría y estilo Españolito para mi gusto, como obra de arte. Pero, en resumen, es el tributo más valioso que ha ofrecido América á la literatura inglesa.

Durante su estancia en el Occidente de Inglaterra Macaulay leyó tanto como siempre, pero escribió poco, fuera de su carta semanal á Mr. Ellis.

16 Caledonia Place, Clifton.

Aquí estoy, y no mal, en resumidas cuentas, después del viaje. Ya siento la influencia de este aire embalsamado. Acuérdesse de que está usted anotado para el 10 de Septiembre. Encontrará usted un buen dormitorio; un gran baño; una librería regularmente provista; paseos agradables; hermosas iglesias; Jerez especial; Rhin especial, y sopa de tortuga. He leído esto último á Ana, que está escribiendo á mi lado. Exclamó contra la tortuga:—¡Qué glotones de hom-



bres! — Mujer — contesté — cuando viene un amigo, hay que tirar la casa por la ventana. — Si — dijo — no hay más sino que todo quedará reducido á una imitación de sopa de tortuga.

Tenga usted por seguro que no volveré nunca al gobierno. Se opone á ello todo: la avaricia y la ambición, lo mismo que el amor á la tranquilidad y á la libertad. He sido ministro dos veces, y no gané nada con serlo. Hace cuatro años que estoy libre, y he añadido diez mil libras á mi capital. Esto, por lo que toca á la avaricia. Luego, por lo tocante á la ambición, yo tendría mucha más importancia como representante de Edimburgo y defensor sincero, pero no servil, de un gobierno liberal, que como Canciller del Ducado ó Pagador de las Fuerzas. Recibo enhorabuenas de todas partes. La más ferviente quizá es la de Graham. Por lo que hace á mis propios sentimientos, hay de todo. Si los analizo atentamente, veo que estoy contento y disgustado: contento de haber sido elegido; disgustado por tener que ir al Parlamento. La elección fué un grande honor; la asistencia al Parlamento será un gran trastorno.»

12 de Agosto de 1852.

Me encuentro mejor que cuando salí de Londres, pero aún disto mucho de hallarme bien. El tiempo ha estado contra mí hasta el presente. Durante las últimas cuarenta y ocho horas me he visto preso en casa. El diluvio, que lord Maidstone nos dijo que había de venir después de lord Darby, ha venido ya; de modo que estamos afligidos á la vez por lord Derby y por el Diluvio. Yo tengo muy poco de qué quejarme. No sufro ningún dolor. Mi inteligencia está despejada. Nada me

irrita. Duermo profundamente. Como y bebo con ganas. Nada me falta de lo que pueden hacer por mí la solicitud y el cariño. A la verdad, sería injusto y egoísta que aceptase todos los sacrificios que anhelan hacer las personas á quienes yo quiero.»

25 de Septiembre de 1852.

El jueves fui á Leigh Court, al otro lado del Ferry, para ver la célebre colección de cuadros, y encontré que la fama no los había hecho justicia. Nada me impresionó tanto como la *Mujer sorprendida en adulterio* de Rubens. Las figuras tienen una apariencia de vida que no recuerdo haber visto sobre el lienzo en ninguna otra parte. Sin embargo, por el camino entre Leigh Court y el Ferry, vi un cuadro más delicioso que todos los de la colección. En una senda sombría había un carrito tirado por un borriquín y guiado por un muchachuelo; dentro se veían cuatro chiquillas muy guapas de seis á once años, hermanas suyas á todas luces. Estaban locas de contentas de disfrutar un placer tan raro como ir en coche; y reían y cantaban de una manera tan hermosa que me impresionó. Vieron que yo estaba complacido, y me respondieron muy afablemente cuando les hice algunas preguntas sobre mi camino. Las rogué que siguiesen cantando, y las cuatro empezaron á cantar en perfecto concierto y con acentos tan alegres como los de la alondra. Les di la plata que llevaba para que comprasen muñecas. Desearía tener una pintura del carro y de su carga. Gainsborough hubiese sido el hombre para el caso. Pero no me gustaría tener un poema exacrable sobre el asunto, como el que hubiese escrito Wordsworth. Estoy muy bien; aunque mi doctor de Clifton insiste

bres! — Mujer — contesté — cuando viene un amigo, hay que tirar la casa por la ventana. — Si — dijo — no hay más sino que todo quedará reducido á una imitación de sopa de tortuga.

Tenga usted por seguro que no volveré nunca al gobierno. Se opone á ello todo: la avaricia y la ambición, lo mismo que el amor á la tranquilidad y á la libertad. He sido ministro dos veces, y no gané nada con serlo. Hace cuatro años que estoy libre, y he añadido diez mil libras á mi capital. Esto, por lo que toca á la avaricia. Luego, por lo tocante á la ambición, yo tendría mucha más importancia como representante de Edimburgo y defensor sincero, pero no servil, de un gobierno liberal, que como Canciller del Ducado ó Pagador de las Fuerzas. Recibo enhorabuenas de todas partes. La más ferviente quizá es la de Graham. Por lo que hace á mis propios sentimientos, hay de todo. Si los analizo atentamente, veo que estoy contento y disgustado: contento de haber sido elegido; disgustado por tener que ir al Parlamento. La elección fué un grande honor; la asistencia al Parlamento será un gran trastorno.»

12 de Agosto de 1852.

Me encuentro mejor que cuando salí de Londres, pero aún disto mucho de hallarme bien. El tiempo ha estado contra mí hasta el presente. Durante las últimas cuarenta y ocho horas me he visto preso en casa. El diluvio, que lord Maidstone nos dijo que había de venir después de lord Darby, ha venido ya; de modo que estamos afligidos á la vez por lord Derby y por el Diluvio. Yo tengo muy poco de qué quejarme. No sufro ningún dolor. Mi inteligencia está despejada. Nada me

irrita. Duermo profundamente. Como y bebo con ganas. Nada me falta de lo que pueden hacer por mí la solicitud y el cariño. A la verdad, sería injusto y egoísta que aceptase todos los sacrificios que anhelan hacer las personas á quienes yo quiero.»

25 de Septiembre de 1852.

El jueves fui á Leigh Court, al otro lado del Ferry, para ver la célebre colección de cuadros, y encontré que la fama no los había hecho justicia. Nada me impresionó tanto como la *Mujer sorprendida en adulterio* de Rubens. Las figuras tienen una apariencia de vida que no recuerdo haber visto sobre el lienzo en ninguna otra parte. Sin embargo, por el camino entre Leigh Court y el Ferry, vi un cuadro más delicioso que todos los de la colección. En una senda sombría había un carrito tirado por un borriquín y guiado por un muchachuelo; dentro se veían cuatro chiquillas muy guapas de seis á once años, hermanas suyas á todas luces. Estaban locas de contentas de disfrutar un placer tan raro como ir en coche; y reían y cantaban de una manera tan hermosa que me impresionó. Vieron que yo estaba complacido, y me respondieron muy afablemente cuando les hice algunas preguntas sobre mi camino. Las rogué que siguiesen cantando, y las cuatro empezaron á cantar en perfecto concierto y con acentos tan alegres como los de la alondra. Les di la plata que llevaba para que comprasen muñecas. Desearía tener una pintura del carro y de su carga. Gainsborough hubiese sido el hombre para el caso. Pero no me gustaría tener un poema exacrable sobre el asunto, como el que hubiese escrito Wordsworth. Estoy muy bien; aunque mi doctor de Clifton insiste

en que no me tome libertades, y Bright me escribe aconsejándome que solicite los Chiltern Hundreds.

El doctor Bright tenía buenas razones para darle ese consejo. Lejos de estar completamente bien, puede decirse que Macaulay nunca volvió á estar bien. El pasado Julio hubo una crisis en mi vida (escribe en Marzo de 1853). Envejecí veinte años en una semana. Una milla es ahora para mí más que diez hace un año. En el invierno que siguió á su reelección por Edimburgo tuvo un grave ataque de bronquitis; y durante todos los años restantes padeció de asma y estuvo atormentado por frecuentes y violentos accesos de tos. Tuvo que renunciar uno tras otro á sus hábitos favoritos, sin esperanza de recobrarlos. Sus largas excursiones en compañía de Homero ó de Goethe por riberas y puentes y sitios de expansión; sus exploraciones vespertinas de todos los puestos de libros y almacenes de estampas entre Charing Cross y Bethnal Green; sus paseos domingueros desde Albany á Clapham y desde Clapham á Richmond ó Blackwall se redujeron ahora durante largos periodos á dar una vuelta por el lado de sol de la calle en el centro de los días que acertaban á estar despejados. En vez de escribir de un tirón, como le gustaba hacerlo en caso de apuro, desde el almuerzo hasta la hora de comer, se vió condenado por primera vez de su vida á la detestable necesidad de interrumpir sus tareas para tomar un refrigerio. Con tanto dolor de su corazón tuvo que desistir de leer en voz alta, cosa en que siempre, desde los cuatro años, había disfrutado más aún que leyendo para sí. Se hallaba apartado casi totalmente del trato social porque su doctor rara vez le permitía salir una noche, y frecuentemente no le dejaba salir ninguna. En Febrero de 1855 escribe á Mr. Ellis: «Todavía sigo preso; así

llevo ya cerca de tres meses, con alguna menos expansión que sir Francisco Burdett en la Torre ó Leigh Hunt en Newgate». En Mayo de 1854 escribe lord Carlisle: «Encontré á Macaulay en varios almuerzos, y me dió pena ver que iba menos bien de salud». Y en otro lugar: «La reunión estuvo medianamente animada; siempre lo estaba cuando hablaba Macaulay. Ahora menudean mucho más los «momentos de silencio (1)».

El cambio operado en la salud de Macaulay era visible aun para los que no le observaban tan atenta y solícitamente como lord Carlisle; pero aunque el cambio pudiese leerse en su semblante, raras veces aludían á él sus labios. Bastándose á sí mismo, no pedía nada á la compasión de los demás. Nunca le había faltado la serenidad del espíritu en medio de las dificultades y reveses de su carrera pública; y esa serenidad se vió puesta ahora á durísima prueba por una vida que, durante largos periodos, fué la vida de un inválido reducido en gran parte á buscar apoyo en su propia fortaleza y ocupación y distracción en sus propios recursos mentales. Hubiera podido esperarse que hiciese de su Diario válvula de seguridad para desahogarse; pero siempre que llegaba cada aniversario de su nacimiento ó cada año nuevo, en vez de lamentarse amargamente de los bienes perdidos, consignaba en términos varoniles su gratitud por los que había conservado.

*31 de Diciembre de 1853.*—Otro día de trabajo y

(1) Sí—decía Sidney Smith, hablando de Macaulay—es ciertamente más agradable desde su vuelta de la India. Sus enemigos podrán haber dicho antes (yo nunca) que hablaba demasiado; pero ahora suele tener momentos de silencio que hacen completamente deliciosa su conversación.

soledad. Disfruto extraordinariamente de esta vida inválida. A pesar del decrecimiento progresivo de mi salud, este año ha sido un año feliz. Mi fuerza flaquea. Mi vida, presumo, no será larga. Pero poseo facultades lúcidas, afectos calurosos y copiosas fuentes de placer.

A largos trechos revela, en dos ó tres frases sentidas, el abatimiento que acompaña de un modo indefectible al más deprimente de los dolores. «No soy lo que era, y de mes en mes me lo dice el corazón más claramente. Estoy algo abatido, y no de aprensión, —porque aguardo el término inevitable con perfecta serenidad,—sino de pena por los que quiero. A veces me cuesta trabajo reprimir las lágrimas cuando pienso en lo pronto que puedo dejarlos. Siento que está casi agotado el caudal de mi vida.» Pero, en los volúmenes de su diario, jamás adopta Macaulay, ni por un sólo instante, el tono de una persona desgraciada ó maltratada. Uno ó dos contemporáneos, que le envidiaban su prosperidad, han dicho que el descontento era un pecado hacia el cual sentía pocas tentaciones. Por lo menos, era un pecado de que nunca fué culpable. En vez de penar y murmurar, le vemos exhortándose al trabajo, y aumentando sus esfuerzos á medida que la arena bajaba en el reloj; redimiendo á unos de la pobreza de que él se había librado hacia tiempo, y consolando á otros de las angustias de la ambición defraudada que él nunca habrá sufrido; prodigando á la juventud que le rodeaba los placeres que él ya no podía disfrutar, y esforzándose de todas las maneras posibles por despejar el horizonte de su vida á medida que iba obscureciéndose el de la suya. Revelar al público, sin reservas, las interioridades de la vida de Macaulay sería un acto que el público mismo censuraría;

pero á los que tienen motivos especiales para conservar vivo su recuerdo, séales licito decir que, orgullosos como están de las obras brillantes en que trabajó con esmero, y que en una docena de idiomas han deleitado á un millón de lectores, todavía estiman más las páginas descuidadas de ese diario, que atestiguan cómo conservó hasta el fin su laboriosidad, su valor, su paciencia y su bondad, durante siete años de enfermedad continua y de prueba.

A fines de Octubre de 1852 se había repuesto lo suficiente para cumplir sus compromisos con la población de Edimburgo. Después de pasar allí algunos días en compañía con sus amigos, pronunció un discurso en el Music Hall el 2 de Noviembre. A fuer de historiador, empezó por pasar revista á los sucesos de los cinco últimos años, así nacionales como extranjeros, con una alta imparcialidad que le atrajo una atención respetuosa; y luego, de repente, cambiando de tono, hizo cuanto pudo por satisfacer la expectación de sus comitentes, consagrando cuarenta minutos á un discurso de partido de los más enérgicos. Y, sin embargo, á pesar de pronunciar un discurso de partido, apenas molestó á nadie; porque en su vena satírica advertíase una falta de acerbidad que anunciaba á los ojos expertos que Macaulay, en lo tocante á la política moderna, había dejado de ser de corazón un hombre de partido. Como autor, había encontrado tanta indulgencia en sus compatriotas conservadores, que de allí en adelante estuvo muy poco dispuesto, como estadista, á decir nada que hiriese sus sentimientos ú ofendiese sus convicciones sinceras. El tory más resuelto encontró poco que decir contra el espíritu del discurso, y no vió inconveniente en reirse, de tan buena gana como si hubiese sido whig, de las ironías sobre los exá-

metros de lord Maidstone y sobre la cláusula relativa al derecho electoral que el gabinete de lord Derby había propuesto unir al bill de la Milicia.

*Domingo, 31 de Octubre. Edimburgo.* — Esto es lo que se llama un domingo—un domingo presbiteriano.—La ciudad está tan silenciosa como si fuese la media noche. El que fuese contra la corriente general se expondría á verse afrentado. Hubo una persona, á quien los cristianos mencionan generalmente con respeto, que positivamente no hubiera atravesado en seguridad la calle del Príncipe, y que hubiese dirigido algunas amonestaciones muy severas á mis graves comitentes (1).

»Acabo de estar en la iglesia de Guthrie. Ya había visto una vez, en Julio de 1817, la administración presbiteriana de la Eucaristía. Los comulgantes daban muestras de gran devoción y aun de excitación religiosa, y el rito se llevó á cabo en la forma debida; pero, aunque Guthrie es hombre de grandes facultades, sus oraciones estaban á inmensa distancia de las de nuestra liturgia... En su sermón hubo algunos buenos pasajes en medio de mucho malo. El hombre es un noble, honrado y animoso ejemplar de la humanidad. Me quedé en casa toda la tarde. Comí solo, y cuando obscureció, me escurri fuera para dar un paseo. La vista de la ciudad vieja desde mis ventanas, durante la noche, es la cosa más hermosa del mundo. Han dado en alumbrar las casas con gas, y el efecto es maravilloso.»

(1) Vuestro párroco es un zote (escribe Macaulay á una de sus hermanas). No hay nada en Homero ni en Hesíodo sobre la observancia de cada séptimo día. Hesíodo, es verdad, dice que el séptimo día de cada mes (cosa muy diferente) es un día de fiesta; y la razón que da es que en séptimo día del mes Lato-na trajo al mundo á Apolo. ¡Bonita razón para cristianos!

*Martes, 2 de Noviembre.*— Un gran día. Muy despejado; un ejemplar espléndido del veranillo de San Miguel. Yo estaba muy bien preparado para la exhibición, y sólo dudaba de mis fuerzas corporales. La gente tuvo la bastante consideración para no visitarme esta mañana. A las doce y media llegó mi escolta y me llevó al Hall, donde ya no cabía más gente. Infinidad de personas se habían marchado por no encontrar sitio. Entramos á la una. Vasta asamblea. Me recibieron con tumultuosas manifestaciones de benevolencia. Black ocupó la presidencia, á propuesta de Craig, y dijo muy pocas palabras. Entonces me levanté y hablé más de una hora, siempre con la simpatía y aplauso de todo el auditorio. Comprendí que no podía seguir más tiempo, y procuré concluir en un momento propicio y eludir algunos puntos peligrosos. Nada pudo ser más afortunado. Se oyó una aclamación inmensa, en medio de la cual me retiré agotado, pero aliviado de un peso que había estado gravitando sobre mi corazón durante cuatro meses. Comí en Moncreiff con buen número de personas. Lord Ivory habló en alta voz, estando cerca Cowan, del contratiempo de 1847 y de la reparación que devolvía á la ciudad su buen nombre. Lo sentí por Cowan, que ha estado muy cortés conmigo, y contra quien no tengo ni había tenido nunca resentimiento ninguno. Estando desnudándome, vinieron pruebas del *Scotsman* con mi discurso. Estaba demasiado rendido para corregirlas, y las devolví con cuatro atentas líneas al director, que es un hombre tan bueno como inteligente.

El nuevo Parlamento se reunió á principios de Noviembre, y el 3 de Diciembre Mr. Disraeli presentó su presupuesto. Estaba bien hecho (escribe Macaulay) en punto á método y lenguaje. La exposición era cla-

ra, aunque demasiado larga. Yo lo hubiera dicho todo, con la misma ó mayor claridad, en dos horas; y Disraeli empleó cinco. El plan se reducía á sacar dinero del bolsillo de los contribuyentes y meterle en el bolsillo de los cerveceros. Dudo mucho si podrá conseguirlo; pero él ha adquirido reputación por su talento práctico.

Durante las seis primeras semanas de su vuelta á la Cámara de los Comunes, Macaulay, como era natural en un veterano, creía que el nivel de la oratoria estaba más bajo que en tiempos anteriores. Pero no tardó en tener motivos para cambiar de parecer. Aun en 1832 hubo pocas escenas más animadas y excitantes que la que se desarrolló durante las tres primeras horas de la mañana del 17 de Diciembre de 1852, cuando el *leader tory*, más formidable que nunca con la audacia de la desesperación, se revolvió briosamente en defensa de su presupuesto sentenciado, y cuando, en el instante en que amigos y enemigos creían que se había dicho la última palabra por uno y otro bando, Mr. Gladstone salió á la palestra en medio de una tempestad de aclamaciones y de exclamaciones hostiles como jamás se ha vuelto á oír en el Parlamento desde entonces, y entró derecho en el fondo de un discurso que, en un solo día, duplicó su influencia en la Cámara y su popularidad en el país. A las diez y media (dice Macaulay) fui á la Cámara, y estuve hasta cerca de las cuatro—generalmente en la biblioteca ó en los pasillos, leyendo.—Oí un poco á Disraeli, que estuvo hábil, pero no convincente; y muy desaliñado. Un poco de Gladstone: seria y severamente acerbo. Por fin vino la votación. Hubo un inmenso tropel y aclamaciones ensordecedoras, cuando Hayter pasó á la derecha de la fila de escrutado-

res, y una aclamación más estruendosa aún cuando se leyeron las cifras: 305 contra 286. En medio del vocerío me escurri afuera, tomé mi coche y llegué á casa á las cuatro en punto, sumamente rendido.

Luego vino el cambio de gobierno, con todo lo que acompaña á la formación de un Gabinete: la agitación; el chismorreó; el bullicio de los clubs, llenos de grupos donde se cuchichean ansiosamente noticias y comentarios; el cruzar de coches por los alrededores de Belgravia y Mayfair ó su aglomeración durante horas á la puerta del futuro Primer ministro; el creciente desconsuelo de estadistas eminentes que aguardan en sus despachos la posible llegada del mensajero de la Tesorería; la animación y la alegría crecientes de las comidas en las casas de los nuevos ministros conforme va aumentando de día en día el número de sus elegidos. Dudo (escribe Macaulay) que desde 1783 haya habido en Londres tantos miembros de las dos Cámaras en la época de las Navidades. Entonces, como ahora, hubo cambio de ministerio por Navidad. El 22 de Diciembre hubo gran debate, con un lleno completo, en la Cámara de los Comunes, y Lord Norfh pronunció un discurso muy celebrado.

20 de Diciembre.—Un día de acontecimientos. Después de almorzar vi en el Athenaeum á Senior, el cual me dijo que había estado en casa para suplicarme que fuese á la de Lansdowne; que lord Lansdowne deseaba verme antes de las doce y media. Fui. Le encontré encerrado con lord John. Lord John nos leyó una carta que había recibido de la reina—muy buena, como todas las que he visto de ella.—Le decía que tenía la esperanza de formar un gobierno fuerte y durable, conservador al par que reformista; que había pedido á lord Aberdeen que formase tal gobierno; que

ra, aunque demasiado larga. Yo lo hubiera dicho todo, con la misma ó mayor claridad, en dos horas; y Disraeli empleó cinco. El plan se reducía á sacar dinero del bolsillo de los contribuyentes y meterle en el bolsillo de los cerveceros. Dudo mucho si podrá conseguirlo; pero él ha adquirido reputación por su talento práctico.

Durante las seis primeras semanas de su vuelta á la Cámara de los Comunes, Macaulay, como era natural en un veterano, creía que el nivel de la oratoria estaba más bajo que en tiempos anteriores. Pero no tardó en tener motivos para cambiar de parecer. Aun en 1832 hubo pocas escenas más animadas y excitantes que la que se desarrolló durante las tres primeras horas de la mañana del 17 de Diciembre de 1852, cuando el *leader tory*, más formidable que nunca con la audacia de la desesperación, se revolvió briosamente en defensa de su presupuesto sentenciado, y cuando, en el instante en que amigos y enemigos creían que se había dicho la última palabra por uno y otro bando, Mr. Gladstone salió á la palestra en medio de una tempestad de aclamaciones y de exclamaciones hostiles como jamás se ha vuelto á oír en el Parlamento desde entonces, y entró derecho en el fondo de un discurso que, en un solo día, duplicó su influencia en la Cámara y su popularidad en el país. A las diez y media (dice Macaulay) fui á la Cámara, y estuve hasta cerca de las cuatro—generalmente en la biblioteca ó en los pasillos, leyendo.—Oí un poco á Disraeli, que estuvo hábil, pero no convincente; y muy desaliñado. Un poco de Gladstone: seria y severamente acerbo. Por fin vino la votación. Hubo un inmenso tropel y aclamaciones ensordecedoras, cuando Hayter pasó á la derecha de la fila de escrutado-

res, y una aclamación más estruendosa aún cuando se leyeron las cifras: 305 contra 286. En medio del vocerío me escurri afuera, tomé mi coche y llegué á casa á las cuatro en punto, sumamente rendido.

Luego vino el cambio de gobierno, con todo lo que acompaña á la formación de un Gabinete: la agitación; el chismorreó; el bullicio de los clubs, llenos de grupos donde se cuchichean ansiosamente noticias y comentarios; el cruzar de coches por los alrededores de Belgravia y Mayfair ó su aglomeración durante horas á la puerta del futuro Primer ministro; el creciente desconsuelo de estadistas eminentes que aguardan en sus despachos la posible llegada del mensajero de la Tesorería; la animación y la alegría crecientes de las comidas en las casas de los nuevos ministros conforme va aumentando de día en día el número de sus elegidos. Dudo (escribe Macaulay) que desde 1783 haya habido en Londres tantos miembros de las dos Cámaras en la época de las Navidades. Entonces, como ahora, hubo cambio de ministerio por Navidad. El 22 de Diciembre hubo gran debate, con un lleno completo, en la Cámara de los Comunes, y Lord Norfh pronunció un discurso muy celebrado.

20 de Diciembre.—Un día de acontecimientos. Después de almorzar vi en el Athenaeum á Senior, el cual me dijo que había estado en casa para suplicarme que fuese á la de Lansdowne; que lord Lansdowne deseaba verme antes de las doce y media. Fui. Le encontré encerrado con lord John. Lord John nos leyó una carta que había recibido de la reina—muy buena, como todas las que he visto de ella.—Le decía que tenía la esperanza de formar un gobierno fuerte y durable, conservador al par que reformista; que había pedido á lord Aberdeen que formase tal gobierno; que

se necesitarían grandes esfuerzos y sacrificios, y que contaba con que el patriotismo de lord John no le negaría su valiosa ayuda. Ellos me preguntaron á mí lo que pensaba. Contesté que yo no podría decir nada mejor que lo que había escrito la reina, que su carta expresaba punto por punto mi pensamiento. Entonces declaró lord John que él, naturalmente; trataría de ayudar á lord Aberdeen; pero ¿cómo? Había dos maneras. Podía tomar el Foreign Office ó rehusar el cargo y prestar su apoyo desde los bancos de detrás del gobierno. Le insté á que no pensase en esto último, y razoné mi opinión durante un cuarto de hora, con gran copia, me parece, de pensamientos y de palabras. Lord Lansdowne me alentaba, moviendo la cabeza, sonriendo y frotándose las manos á cada cosa que decía. Le recordé que el duque de Wellington había tomado el Foreign Office después de haber estado en la Tesorería, y cité las hermosas palabras que él mismo pronunció acerca del duque. «Decía usted, lord John, que no todos podíamos ganar batallas de Waterloo; pero que todos podíamos imitar el patriotismo del viejo, su conciencia del deber y su indiferencia hacia los intereses y vanidades personales, cuando estaba en juego el bien público; y ahora es la ocasión de que haga usted un sacrificio. Sus servicios pasados y su nombre nos dan derecho á esperarlos. Salió, muy impresionado evidentemente por lo que había oído, y prometiendo consultar á otros. Cuando se fué, lord Lansdowne me dijo que yo había llegado tan oportunamente como Blücher en Waterloo. Me dijo también, lo cual me conmovió excesivamente, que, en último término, él mismo, aun poniendo en peligro su salud y renunciando á sus comodidades, tomaría la Tesorería, si no había otro modo de lograr que lord John

ocupase el Foreign Office. Pero esto lo tiene en secreto juiciosamente por ahora.

Una vez arreglada la cuestión de la jefatura de los Comunes, el interés de Macaulay por las combinaciones del personal del ministerio de lord Aberdeen se redujo á oír con simpatía las confidencias de sus antiguos colegas whigs. «Fui al club—dice—y oí no pocas quejas sobre la gran parte del botín concedida á los peelistas. Yo también creo que nosotros debíamos haber tenido el lord Lieutenant ó el secretario de Irlanda. ¡Qué contento estoy de haber declarado tan terminantemente en Edimburgo mi resolución de no volver nunca al gobierno! De otro modo, la gente podría figurarse que estaba contrariado. Fui á casa, pero no escribí una letra. Jamás puedo escribir en estos períodos de crisis.

Macaulay hizo bien en apartarse de la vida oficial. Nunca abrió sus labios en el Parlamento sin recibir una nueva prueba de que su autoridad allí no podía ganar nada, ni aun por ocupar un puesto en el Gabinete. Lord Hotham, miembro muy respetado del partido conservador, había propuesto una medida cuyo principal objeto era excluir de la Cámara de los Comunes al Archivero Mayor. La proposición pasó sin tropiezo hasta llegar á su último trámite; y cuando en 1.º de Junio de 1853 se levantó para pedir la tercera lectura, tenía plenos motivos para creer seguro el éxito. Pero el resultado definitivo no correspondió á las esperanzas del promovedor del *bill* y de todos los demás representantes que tenían noticia de su existencia. La prensa refirió por entonces el suceso con un lujo de pormenores que exige algún resumen.

Más animado fué el miércoles, en cuyo día pudo



apreciarse en gran escala la posición que ocupa en la Gran Bretaña Mr. Macaulay. Los miércoles se reúnen al mismo tiempo la Cámara y los Comités. La discusión no era interesante—rara vez lo es en miércoles;—y andábais por las escaleras, preguntándoos á dónde entraríais, cuando, al deteneros perplejos, os dabais de bruces con alguien. Os pedía perdón, y seguía adelante precipitadamente: un representante; un representante corpulento; un hombre á quien no concebíais corriendo, y que corría, sin embargo, como un loco. Estáis mirándole aún, cuando pasan á la carrera otros dos hombres, uno por cada lado vuestro, y son representantes también. La puerta de al lado, donde dice «Entrada de los Miembros», se abre de golpe y da paso á cinco representantes que bajan atropelladamente. Se abren más puertas; se abalanzan fuera más representantes; os véis atropellados por representantes, que vienen de todos lados y van en una misma dirección. Luego aparecen pelucas y togas. Sus dueños os dicen, con caras radiantes, que sus comités han suspendido su tarea. Después viene una tercera categoría de personas, los señores de la prensa muy alborozados. ¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿Que qué pasa? Que está hablando Macaulay. Era una noticia que uno no había oído hacía años; y, al saberlo, se vaciaban los comités, como en otro tiempo, los clubs.

Os unís al punto á los que corren, y llegáis á tiempo á la tribuna para ver jadeando en sus sitios á los representantes que os habían atropellado. Era verdad. Macaulay hablaba. Estaba en un nuevo sitio, en la segunda fila por encima del banco de la Tesorería... La antigua voz, la antigua manera y el antiguo estilo: ¡soberbio discurso! Bien preparado, muy esmerado y

dicho con un arte perfecto y una maestría consumada: la alta conversación de un hombre de mundo, que confía su saber, sus recuerdos y su lógica á un círculo de caballeros, y que alza la voz lo estrictamente indispensable para ser oído en todo el salón. Tal era el discurso mientras el orador se limitaba á exponer el asunto, en espera del auditorio; pero, al llenarse la Cámara, lo cual ocurrió con maravillosa celeridad, creció su magnificencia y su elocuencia, y empezó á hablar con rapidez creciente á cada frase, hasta que el discurso fué un torrente de las más opulentas palabras, que arrebatava de entusiasmo al auditorio, sin dejarle tiempo para aplaudir. Un torrente de palabras: he ahí la única definición del estilo de Macaulay, una vez inflamado en su carrera. ¡Y qué palabras! Porque no eran las cuatro de la tarde; apenas se había digerido el *lunch*, y los tranquilos, los mesurados *gentlemen* ingleses estaban tan arrebatados de entusiasmo como un teatro de ópera, con la Grisi, á las diez. ¿Lo dudáis? Ved la votación; y, sin embargo, antes de hablar Mr. Macaulay, hubierais apostado seguramente cincuenta contra uno á que lord Hotham hubiera sacado adelante su proposición. Después de ese discurso, la proposición no fué desechada, sino barrida... Sin embargo, no todo eran albricias. Mr. Macaulay había pronunciado su discurso de cuarenta minutos con soberano vigor; pero los recelos que os inspira su salud cuando lo encontráis en la calle—cuando os aprovecháis de ese ensimismamiento suyo como de esfinge «que mira hacia adelante con sus parados, sus inmutables ojos», para observar su semblante enfermizo—esos recelos se confirmaban al examinarle el miércoles atentamente. El gran orador temblaba al sentarse; la excitación del triunfo le agobiaba, y apenas podía

dominarse para dar las gracias por los calurosos elogios que le tributaban los ministros y demás personas que había en torno suyo.»

Lord Hotham hizo cuanto pudo por contrarrestar en su réplica aquella catarata de argumentos y ejemplos con que quedó aplastada su desdichada proposición. Pero fué en vano. En la Cámara de los Comunes había doscientas personas, por lo menos, que habían ido allí para oír á Macaulay, y que no sabían del asunto sino lo que él tuvo á bien decirles. La proposición fué rechazada por 224 votos contra 123. Veinte años después el acta que creaba el Tribunal Supremo de la Judicatura realizaba al fin el pensamiento de lord Hotham. La parte del acta que prescribía la exclusión del archivero mayor de la Cámara de los Comunes fué aprobada, sin oposición ni discusión, en el Parlamento de 1873. El contraste entre la adhesión entusiasta á las opiniones de Macaulay por parte de una Cámara, que había oído esas opiniones expuestas por él mismo, y la unanimidad, en sentido contrario, de otra Cámara, en que él no estaba ya presente, constituye el más alto y espontáneo elogio que ha podido tributarse á la fama y al genio de un orador.

Lo que dice el mismo Macaulay acerca del caso prueba el poco tiempo que concedió á la preparación de ese discurso, notable, aun entre los suyos, por la riqueza del fondo y la perfección de la factura. Consagró dos mañanas á proyectar lo que había de decir en una ocasión que miraba como crítica por razones personales y públicas. En la noche anterior al debate escribe: «He pensado en el *bill* de lord Hotham. Vino Craig, y estuvo dos horas conmigo. Por lo que me dice, las cosas marchan en Edimburgo lo mejor que cabe. Por la noche volví á pensar en el *bill*. Es-

taba intranquilo y temiendo un completo fracaso; y, sin embargo, hay que correr el albur.

*Miércoles 1.º de Junio.*—Día de penosa inquietud y de gran éxito. Creí que fracasaría; y, aunque ahora ningún fracaso puede destruir mi reputación, basada en otros triunfos que los del Parlamento, el revés me hubiese mortificado hondamente. Me contrariaba ver la expectación que había, y no pensaba poder hablar bastante bien para satisfacerla. Sin embargo, sali adelante. Primero se emplearon tres horas en un proyecto de ley penal irlandesa, y después vino el *bill* de exclusión de los jueces. Drummond propuso aplazar la tercera lectura durante seis meses, pero no anticipó nada importante de lo que á mí me había ocurrido. Cuando él se sentó, no se levantó nadie. Se oyó decir: «¡A votar!» Entonces me puse en pie. La Cámara se llenó, y guardó un silencio sepulcral: dura prueba para los nervios de un hombre que, tras una ausencia de seis años, vuelve á una escena donde en otro tiempo había desempeñado un gran papel. Yo me hubiera desconcertado más si hubiese sabido que estaban en la tribuna mis queridas Ana y Margarita. Se habían hecho con papeletas, pero me ocultaron su intención, para que, si sufría un contratiempo, no supiese que habían sido testigos de él. Hablé con mucha facilidad; gran aplauso, y más que aplauso, éxito completo. Derrotamos á lord Hotham por más de cien votos, y todos me atribuyen la victoria á mí. Me felicitaron calurosamente todos mis amigos y conocimientos. En medio del primer tumulto de aplausos me entregaron una esquila de Margarita diciéndome que ella y su mamá estaban arriba. Subí, y las ví tan cariñosas y tan contentas. Haberles proporcionado un placer es para mí la parte mejor de este triunfo. Claro

dominarse para dar las gracias por los calurosos elogios que le tributaban los ministros y demás personas que había en torno suyo.»

Lord Hotham hizo cuanto pudo por contrarrestar en su réplica aquella catarata de argumentos y ejemplos con que quedó aplastada su desdichada proposición. Pero fué en vano. En la Cámara de los Comunes había doscientas personas, por lo menos, que habían ido allí para oír á Macaulay, y que no sabían del asunto sino lo que él tuvo á bien decirles. La proposición fué rechazada por 224 votos contra 123. Veinte años después el acta que creaba el Tribunal Supremo de la Judicatura realizaba al fin el pensamiento de lord Hotham. La parte del acta que prescribía la exclusión del archivero mayor de la Cámara de los Comunes fué aprobada, sin oposición ni discusión, en el Parlamento de 1873. El contraste entre la adhesión entusiasta á las opiniones de Macaulay por parte de una Cámara, que había oído esas opiniones expuestas por él mismo, y la unanimidad, en sentido contrario, de otra Cámara, en que él no estaba ya presente, constituye el más alto y espontáneo elogio que ha podido tributarse á la fama y al genio de un orador.

Lo que dice el mismo Macaulay acerca del caso prueba el poco tiempo que concedió á la preparación de ese discurso, notable, aun entre los suyos, por la riqueza del fondo y la perfección de la factura. Consagró dos mañanas á proyectar lo que había de decir en una ocasión que miraba como crítica por razones personales y públicas. En la noche anterior al debate escribe: «He pensado en el *bill* de lord Hotham. Vino Craig, y estuvo dos horas conmigo. Por lo que me dice, las cosas marchan en Edimburgo lo mejor que cabe. Por la noche volví á pensar en el *bill*. Es-

taba intranquilo y temiendo un completo fracaso; y, sin embargo, hay que correr el albur.

*Miércoles 1.º de Junio.*—Día de penosa inquietud y de gran éxito. Creí que fracasaría; y, aunque ahora ningún fracaso puede destruir mi reputación, basada en otros triunfos que los del Parlamento, el revés me hubiese mortificado hondamente. Me contrariaba ver la expectación que había, y no pensaba poder hablar bastante bien para satisfacerla. Sin embargo, sali adelante. Primero se emplearon tres horas en un proyecto de ley penal irlandesa, y después vino el *bill* de exclusión de los jueces. Drummond propuso aplazar la tercera lectura durante seis meses, pero no anticipó nada importante de lo que á mí me había ocurrido. Cuando él se sentó, no se levantó nadie. Se oyó decir: «¡A votar!» Entonces me puse en pie. La Cámara se llenó, y guardó un silencio sepulcral: dura prueba para los nervios de un hombre que, tras una ausencia de seis años, vuelve á una escena donde en otro tiempo había desempeñado un gran papel. Yo me hubiera desconcertado más si hubiese sabido que estaban en la tribuna mis queridas Ana y Margarita. Se habían hecho con papeletas, pero me ocultaron su intención, para que, si sufría un contratiempo, no supiese que habían sido testigos de él. Hablé con mucha facilidad; gran aplauso, y más que aplauso, éxito completo. Derrotamos á lord Hotham por más de cien votos, y todos me atribuyen la victoria á mí. Me felicitaron calurosamente todos mis amigos y conocimientos. En medio del primer tumulto de aplausos me entregaron una esquila de Margarita diciéndome que ella y su mamá estaban arriba. Subí, y las ví tan cariñosas y tan contentas. Haberles proporcionado un placer es para mí la parte mejor de este triunfo. Claro

es que, además, estoy satisfecho de haber atajado una ley de indole perjudicialísima, y de ver que todavía conservo despiertas y en pleno vigor mis facultades, aun para conflictos públicos. Craig, según me dicen, estaba en la tribuna; y su buen corazón se alegrará de mi triunfo.

Veinte años hacia entonces desde que Macaulay subió al ministerio por la habilidad con que defendió el bill de la India de 1833. En 1853 había llegado nuevamente el instante de la revisión periódica de nuestras relaciones con nuestra posesión oriental; y sir Carlos Word, como presidente del consejo de intervención, presentó un bill que obtuvo la más calurosa aprobación de Macaulay. Alabó éste el valor y el espíritu público con que el ministro propuso al parlamento que de allí en adelante los nombramientos para los destinos de la India fuesen una recompensa otorgada á la laboriosidad y la capacidad, en vez de ser el premio del apoyo político ó patrimonio del interés privado y de las relaciones de familia. El mismo había puesto en el acta de 1833 artículos que reorganizaban el sistema de nombramiento para los destinos de la India sobre la base de los exámenes comparativos (1).

(1) Aún merece leerse el pasaje en que Macaulay explicaba y defendía esos artículos: «Se dice, ya lo sé, que los exámenes de latín, de griego y de matemáticas no son garantías de lo que han de ser en la vida los hombres. Estoy perfectamente convencido de que no son garantías infalibles; pero que son garantías lo sostengo con toda seguridad. Vuélvanse los ojos á todas partes, á esta cámara, á la otra cámara, al foro, á los tribunales, á la Iglesia, y véase si no es cierto que los que alcanzan una alta distinción en el mundo son por lo común hombres que se distinguieron en su carrera académica. La objeción, señor, probaría demasiado, aun para los que la ofrecen. Probaría que no sirve de nada la educación. La educación sería simplemente una tortura inútil, si á los veintidós ó veintitrés

Pero los directores de la compañía de la India oriental ofrecieron entonces una gran resistencia. No se avenían á renunciar sin lucha al más valioso patronato que ha existido en el mundo desde los días en que el senado romano enviaba procónsules y propretores á Siria, Sicilia y Egipto. Las influencias puestas en juego en Leadenhall Street consiguieron que el proyecto de Macaulay durmiese en las oficinas del consejo de intervención, hasta que las influencias puestas en juego en el parlamento hallaron ocasión de desenterrarle

Desgraciadamente, el *bill* de la India de 1853 no llenaba los deseos de Mr. Bright. Este estadista, movido de noble entusiasmo por la prosperidad del pueblo in-

años, un hombre que hubiese descuidado sus estudios se hallase exactamente en las mismas condiciones que el que se hubiese aplicado á ellos, exactamente en la misma situación para desempeñar todos los cargos de la vida pública con honra para él y provecho para la sociedad. Si el sistema inglés de educación es bueno ó malo, no hace al caso ahora. Yo puedo creer que se concede demasiado tiempo á las lenguas muertas y á las ciencias abstractas. Pero, ¿y qué? Sean las que quieran las lenguas, sean las que quieran las ciencias, sea el que quiera el modo de enseñar en una época ó en un país, las personas que más adelantaban en esas lenguas y en esas ciencias serán generalmente la flor de la juventud: las más perspicaces, las más hábiles, las más ambiciosas de honrosas distinciones. Si en Cambridge se enseñase el sistema de Ptolomeo en vez del newtoniano, el primer premio no dejaría de ser superior en general al último de los alumnos. Si en vez de enseñar griego se enseñase el cheroquí, el que mejor entendiese el cheroquí, el que hiciese los versos cheroquis más correctos y melodiosos, el que comprendiese más exactamente el valor de las partículas cheroquis sería generalmente un hombre superior al que careciese de esos conocimientos. Si en nuestras universidades se enseñara astrología, el joven que mejor combinase horóscopos llegaría á ser por punto general un hombre superior. Si se enseñara alquimia, el joven que buscase más activamente la piedra filosofal, llegaría á ser por lo común un hombre superior.

dio, declaró que el proyecto ministerial servía poco ó nada para promover aquellas saludables reformas que nuestro deber como nación nos exigía realizar, en su sentir, sin pérdida de tiempo. La discusión, en primera lectura, fué poco propicia para el éxito del proyecto de sir Carlos Wood, y Macaulay se alarmó seriamente por la suerte de un *bill*, cuyas positivas ventajas compensaban, á su juicio, cualquier linaje de defectos. Leí el discurso de Wood (escribe el 6 de Junio), y considero el proyecto como un gran progreso sobre el sistema actual. Algunas de las objeciones de Bright son infundadas y otras exageradas; pero el vigor de su discurso hará daño. En la segunda lectura veré si puedo habérmelas con el campeón de Manchester.

El 23 de Junio se procedió á la segunda lectura del *bill* de la India. Sir Carlos Wood pidió á Macaulay que terciase en el debate lo antes posible; pero el estado de su salud exigía que se adoptaran disposiciones especiales para que pudiese hablar. La opresión del pecho no le permitía disponer de su voz durante algunas horas después de comer, y, por otra parte, con su debilidad, no podía estar mucho tiempo por la noche sin tomar alimento. Se deseaba que hablase antes que nadie en la tarde del 24; pero los ministros no estuvieron bastante prevenidos, y á hora avanzada de la noche del 23, Mr. José Hume, pidió el aplazamiento y aseguró la precedencia para él.

Al día siguiente la Cámara estaba de bote en bote. Todos los que se atrevían á hablar al representante de Montrose de tan delicado asunto le rogaban que no se interpusiese entre Macaulay y su auditorio; pero mister Hume replicó que también su pecho andaba débil; que su salud era tan importante como la de cualquier otra persona; que él sabía acerca de la India tanto

como Mr. Macaulay; y, en resumen, que hablaría. A pesar de las seguridades que había dado de que no distraería la atención del auditorio por mucho tiempo, la Cámara le recibió con marcadas muestras de impaciencia. Hume y sus oyentes tenían ideas muy distintas sobre la longitud del tiempo, y el reloj iba á señalar las ocho antes de que se levantase á hablar Macaulay. «Era la hora menos concurrida de la tarde (escribe), pero la Cámara estaba muy llena. Hablé durante hora y media bastante bien—otros dicen que muy bien.—Yo no quedé satisfecho; pero, en resumidas cuentas, salí mejor de lo que esperaba. Estaba muy agotado, sin haber agotado, ni por pienso, el asunto.»

A consecuencia de haberse visto obligado á terminar su discurso brusca y prematuramente, Macaulay no le juzgó digno de un puesto en la edición de sus obras completas. Era demasiado artista para avenirse á apoyar su reputación en una obra sin concluir, y demasiado hombre de mundo para imprimir lo que jamás había dicho. Pero hubiera hecho bien en violentar su gusto literario, publicando como un fragmento la defensa magistral del principio del nombramiento por exámenes comparativos, que ha quedado siempre sin respuesta. Empezó con unas cuantas palabras sobre las relaciones entre el Consejo de intervención y el Tribunal de directores, y luego, por una transición afortunada, pasó de la parte del *bill* referente á las personas que gobernaban la India desde la metrópoli á la parte referente á las personas que la gobernaban sobre el terreno. El criterio—decía—con que me inclino á juzgar este proyecto es el influjo que pueda ejercer sobre el personal de la administración de la India. ¿Elevará ó rebajará la calidad y el espíritu de ese

distinguido cuerpo que provee á la India de jueces y colectores? La cuestión que importaba á la Cámara era examinar el procedimiento, por el cual debían escogerse en lo sucesivo esos funcionarios. Se había hablado de conferir al gobernador general facultades ilimitadas para nombrar á los que le pareciese.

«Hay algo plausible en la proposición de que se le permita elegir hombres capaces donde quiera que los encuentre. Pero yo abrigo la firme convicción de que el día en que el nombramiento del personal deje de estar regulado será el comienzo de una era de nepotismo, del imperio de los abusos más monstruosos y peligrosos que hemos presenciado jamás en el reparto de los favores oficiales. Cada gobernador general llevaría consigo, ó arrastraría pronto tras de sí, una nube de sobrinos, de primos, de amigos, de hijos de amigos y de parásitos políticos; y cada vapor que llegase del Mar Rojo conduciría á la India algún aventurero provisto de recomendaciones de personas influyentes de Inglaterra. El gobernador general tendría en su mano la distribución de residencias, de puestos en el Consejo, de puestos en la Administración de Contribuciones, de plazas de 4.000 á 6.000 libras anuales, á hombres sin la menor idea del carácter y costumbres de los indígenas, y sin más conocimiento del idioma que el estrictamente indispensable para pedir una botella de cerveza ó mandar al criado que tire más fuerte de la *punkah*. ¿De qué modo podéis atajar tales cosas? ¿Habráis de intervenir en ellas vosotros, la Cámara de los Comunes? ¿Tan afortunados habéis sido para extirpar el nepotismo á vuestras propias puertas y para suprimir todo género de abusos en Whitehall y en Somerset House, que os lisonjearíais de afianzar la pureza en comarcas cuya situación no conocéis y cuyos

nombres no podéis pronunciar? Yo creo plenamente que, de ese modo, en vez de llevar la pureza á la India, Inglaterra misma no tardaría en verse inficionada, y que, antes de mucho, cuando un hijo ó hermano de algún activo miembro de esta Cámara fuese á Calcuta, con una carta de recomendación del primer ministro para el gobernador general, esa carta sería realmente una letra librada sobre las rentas de la India por valor recibido en apoyo parlamentario.

«No nos falta experiencia sobre este punto. No hay sino transportarse á aquellos vergonzosos y lamentables años que siguieron á la inauguración de nuestro poder en Bengala. Si consultáis cualquier poeta, satírico ó articulista de aquellos tiempos, veréis de qué modo funcionaba ese sistema de nombramiento. Era fama en Calcuta que, durante la segunda administración de lord Clive, llegó un sujeto con una carta de recomendación de uno de los ministros. lord Clive dijo de la manera que él solía: «Bien, mozo. ¿Cuánto necesita usted?» No estando acostumbrado á hablar tan lisa y llanamente, el hombre contestó que él sólo deseaba un puesto en que pudiesen ser útiles sus servicios. «Esa no es una respuesta (dijo lord Clive). ¿Cuánto necesita usted? ¿Le hacen diez mil libras (1)?» La persona respondió que se holgaría mucho de poder ganarlas mediante un servicio laborioso. Lord Clive extendió inmediatamente una orden por esa suma, y dijo al pretendiente que saliese de la India en el buque donde había ido, y que, una vez en Inglaterra, se quedase allí. Creo que el suceso es muy probable, y creo

(1) He conservado la cantidad que aparece en Hansard; pero es más que probable que Macaulay dijese «cien mil rupias», con arreglo á la versión que en su día circulaba en Calcuta. Cien mil rupias era una cifra favorita de lord Clive.

también que la India debe estar agradecida á la manera de proceder de lord Clive: porque, aunque él saquease á la población de Bengala para enriquecer á aquel afortunado aventurero, si el hombre hubiese obtenido un destino, la población hubiese sido saqueada del mismo modo y mal administrada. Contra males como esos hay una garantía, y, en mi sentir, una sola: que se regule el ingreso en la administración.»

Macaulay pasó á examinar después la proposición de sir Carlos Wood de que el ingreso se efectuase con sujeción al resultado de un examen de concurso. Expresó su satisfacción por el apoyo que había prestado á ese pensamiento el conde de Derby, y su sorpresa y contrariedad por la indole de los argumentos que oponía contra él lord Ellenborough.

Si no interpreto mal las opiniones atribuidas al noble lord, él cree que el aprovechamiento de un joven en los estudios que constituyen una educación liberal no sólo no es un indicio de que pueda ser algo después, sino que induce á sospechar que será aventajado por aquellos á quienes sobrepujó en esas primeras lides. Si no me engaño, el noble lord opina que los jóvenes que se distinguen en tales estudios suelen ser luego gente estólida, completamente inútiles para la vida activa; y no me extrañaría que el noble lord dijese que el «boxeo» ó el *cricket* serían una prueba mejor de aptitud que una educación liberal. Me parece que jamás hubo un hecho probado por mayor masa de testimonios ó por una experiencia más uniforme que éste; que los hombres que se distinguen en la juventud sobre sus contemporáneos casi siempre conservan hasta el fin de su vida la delantera conquistada. El hecho es tan notorio que para mi oír contradecirle es lo mismo que oír negar que el arsénico es un veneno ó que el aguar-

diente embriaga. Consultad en cualquier biblioteca el Calendario de Cambridge. Allí tenéis la lista de las distinciones otorgadas durante un centenar de años. Recorred los nombres de los alumnos de primera y de cuarta fila, y me atrevo á decir que, por cada hombre que se haya distinguido después entre los segundos, encontraréis veinte entre los primeros. Tomad el Calendario de Oxford y comparad la lista de los hombres de la primera clase con un número igual de hombres de la tercera. ¿No está llena nuestra historia de ejemplos que demuestran este hecho? Volved la vista á la Iglesia ó al Foro. Volved la vista al Parlamento desde la época en que empezó en este país el gobierno parlamentario, desde los días de Montagne y Saint John hasta los de Canning y Peel. Volved los ojos á la India. El hombre más capaz que ha gobernado la India era Varren Hastings; ¿y no figuraba en primera fila en Westminster? El funcionario civil más capaz que yo he conocido en la India era sir Carlos Metcalfe; ¿y no figuró en primera fila en Eton? El miembro más eminente de la aristocracia que ha gobernado en la India era lord Wellesley. ¿Qué reputación tuvo en Eton? ¿Qué reputación tuvo en Oxford? Debo citar también —no puedo abstenerme de citarle — á otro noble y distinguido Gobernador general. Hace pocos días, cuando aún estaba fresco en mi memoria el recuerdo del discurso á que he aludido, leí en las *Musae Cantabrigienses* una elocuentísima y clásica oda de un joven poeta de diez y siete años, que la Universidad de Cambridge premió con medalla de oro; y con placer, no exento de pena, leí al pie de esa composición el nombre del respetable Eduardo Law, del Colegio de San Juan. Vi con placer que el nombre de lord Ellenborough puede añadirse á la larga lista de hombres que con sus exitos

académicos anunciaron el papel que debían representar más tarde en la vida pública; y al mismo tiempo no pude menos de sentir algún pesar y sorpresa al ver que un noble, tan honrosamente distinguido en su juventud por su aplicación á esos estudios, hubiese descendido á hablar de ellos en la edad madura en términos que hubiesen sentado mejor en labios del alferz Northerton (1) ó del capitán del poema de Swift... Ya que el recuerdo de sus tempranos triunfos no impidió al noble lord usar ese lenguaje, yo hubiera creído que se lo vedaría la piedad filial; yo hubiera creído que recordaría cuán espléndida fué la carrera académica de aquel gran magistrado, el difunto lord Ellenborough... No es una respuesta decir que podéis citar—y debe apetecerse que podáis hacerlo—dos ó tres hombres de grandes dotes que, habiendo holgado en su juventud, han procurado después resarcirse del tiempo perdido, aguijados por el remordimiento y por una noble vergüenza. Tales excepciones merecen notarse porque parecen hechas para alentar á los que, habiendo desperdiciado su juventud por ligereza y amor á los placeres, se sintiesen inclinados á desperdiciar su edad madura por desesperación; pero la regla general es, sin ninguna duda, que los hombres que fueron los primeros en las competencias de las escuelas han sido los primeros en las competencias del mundo.

Macaulay explicó claramente á la Cámara cómo un sistema de exámenes de concurso sostiene y aún eleva infaliblemente el nivel de la aptitud, y cómo un sistema de exámenes individuales tiende segura y cons-

(1) El alferz Northerton en cierta ocasión célebre hizo comentarios acerca de Homero y de Corderio en términos demasiado enérgicos para ser citados y con un andaz abuso de epítetos tan burlescos como los que más de Fielding.

tantemente á deprimirle. Apoyó su opinión en un razonamiento que se ha empleado frecuentemente desde entonces, y á que no ha tratado de responder siquiera ningún partidario del antiguo sistema de nombramiento por interés particular (1). Dijo algo contra la superstición de que el aprovechamiento en los estudios implica falta de energía y de fuerza de carácter: superstición que, como todas las demás, sólo existe en los que no quieren observar los hechos ó no saben sacar deducciones. Un hombre que se abre paso á las primeras filas de la política inglesa es de presumir que sabe manejarse en asuntos prácticos; y ha habido un gabinete en que seis de los siete ministros de la Cámara de los Comunes que habían sido educados en las universidades inglesas, fueron de la primera clase ó de «doble primera».

Macaulay no hizo más que una ligera alusión á la hipótesis de que el éxito en los estudios suele ir acompañado de endebles física. ¡Como si un buen lugar en

(1) Razonaba así: con el sistema de los exámenes de concurso cada cual pugna por hacer cuanto puede; y la consecuencia es que, sin ningún esfuerzo de parte del examinador, el nivel se mantiene alto. Pero desde el momento en que decís al examinador, no «¿Irá a la India A ó B?» sino «Aquí está A. ¿Es apto para ir á la India?», la cuestión cambia por completo. La compasión del examinador, su bondad, su deseo de no marchitar las esperanzas de un joven, le inducen á abrir la manga para que pase el candidato, si puede. Eso pasaría aun suponiendo á los dispensadores de las mercedes oficiales entregados sólo á las inspiraciones de su propia conciencia; pero los tendríais sujetos á un género de solicitudes á que sería imposible resistir. El padre va con las lágrimas en los ojos; la madre escribe las cartas más patéticas y desgarradoras. Espíritus firmísimos han sido quebrantados muchas veces por apelaciones de ese linaje. Pero el sistema de oposición no consiente nada de esa especie. El padre no puede ir á decir al juez: «Ya sé que el otro joven vence á mi hijo; pero usted tendrá la bondad de decir que mi hijo vence al otro.»



la lista de exámenes fuese peor prueba de una constitución sana que las relaciones de parentesco ó el interés político! ¡Como si un joven que puede penetrar en las entrañas de un libro y concentrar sus facultades en un cuestionario debiese ser necesariamente menos capaz de montar á caballo, ó de manejar una pala de *cricket*, y, en caso preciso, de ponerse al frente de un asalto ó de administrar una comarca afligida por el hambre, que el hijo de un personaje que tiene buenas aldabas ó el sobrino de un elector influyente que posee veinte establecimientos públicos en un burgo parlamentario! Los ingenieros reales, lo selecto entre lo selecto—cada uno de los cuales, antes de obtener su nombramiento, ha pasado por una serie casi infinita de pruebas intelectuales—han llegado á ser á veces durante años seguidos los mejores jugadores de *football* del reino, y dentro del último año consiguieron en el *cricket* un triunfo sin precedentes en los anales del juego. Pero no se necesitan ejemplos especiales para refutar el aserto de que al vigor del espíritu acompaña necesaria ó frecuentemente la endeblesz corporal. No será sofismas como ese los que hagan renunciar á los padres de la Gran Bretaña á lo que es ahora un privilegio reconocido de sus hijos: el privilegio de trabajar por su país y de comer el pan de su país, con sólo que puedan ganarse por sí mismos, en justo y público certamen, el derecho de ser incluidos en la lista de los servidores del país.

Antes de sentarse, demostró Macaulay la poca fe que tenían los mismos adversarios en sus propios argumentos. «El noble Lord (dijo) cree que, alentando á los indígenas á estudiar las artes y las ciencias de Europa, estamos preparando el camino para la destrucción de nuestro poder en la India. Yo no acierto á

comprender cómo, teniendo tan en poco la educación cuando se da á los europeos, puede mirarla con temor cuando se da á los indígenas. Esa enseñanza, se nos dice, hace del europeo un ratón de biblioteca, un bachiller, un hombre inútil para los deberes de la vida práctica; pero dad la misma educación al indo, y le arma de tal fuerza intelectual, que un gobierno establecido, con un ejército de 250.000 hombres, apoyado por toda la fuerza militar y naval de Inglaterra, deberá ceder inevitablemente ante su irresistible poder.»

Macaulay había cumplido su deber para con la India, y ahora le faltaba demostrar su gratitud á sus electores. La Iglesia «establecida» de Edimburgo se sostenía principalmente con los productos de un impuesto local conocido con el nombre de *Annuity Tax*. Ese impuesto se pagaba tan de mala gana como los de la Iglesia en Inglaterra, durante los diez años anteriores á su abolición; y aun de más mala gana, por lo injusto y vejatorio del sistema de exacción. En la legislatura de 1853 se presentó al Parlamento un *bill* en que se proveía á los estipendios del clero de Edimburgo, por un procedimiento menos injusto, y desde luego menos odioso. Defendían el *bill*, por razones de conveniencia, el lord Preboste y la mayoría del Consejo de la ciudad; pero le combatía vigorosamente el partido opuesto á toda concesión de recursos públicos para fines religiosos. Macaulay, que, como puede comprenderse, miraba el asunto bajo el punto de vista whig, se holgó mucho de tener una ocasión de servir á sus electores, y no le disgustaba tampoco decir su pensamiento sobre la cuestión general de la Iglesia y el Estado. El 28 de Julio (durante cuyo mes hacía vida campestre en Tunbridge Wells) consigna su deseo de «hacer sobre ese tema un discurso á lo Lisias.» No se

comprende fácilmente cómo un representante escocés, que sabe por experiencia lo que es un debate de ese género, puede representarse el papel que haría un antiguo orador griego en discusión tan indigesta. Hay bien poco de común entre las controversias que entabla el Parlamento británico los miércoles por la tarde, y las brillantes cuestiones de guerra, diplomacia y alta política que se discutían en una mañana de otoño ó de primavera, á la sombra del Partenón y á la vista del Pentélico y del Himeto (1).

19 de Julio.—Fuí temprano á la estación del ferrocarril. Una vez en Londres, me dirigí enseguida á la Cámara de los Comunes, donde encontré al lord Prestoste, á Morrison y á Maitdland, con quienes celebré una breve conferencia. A las doce se entró en la cuestión. Inició el asunto el lord Abogado; y luego Smith, el representante de Stockport, pronunció un enérgico discurso contra el clero edimburgués, y propuso la segunda lectura del *bill* para de allí é tres meses. Hadfield le secundó; y yo me levanté después de Hadfield, hablando sin ninguna preparación en cuanto al lenguaje, pero con toda afluencia y con gran efecto. Me alegré mucho de haber dado cima á la empresa. Ahora he hecho la cosa más hermosa por mis comitentes. Me sorprendió la acerbidad de los «volunta-

(1) Es probable que, con esa expresión «á lo Lisias», Macaulay sólo quisiese dar á entender un discurso breve y sin pretensiones, á que concedería menos trabajo que de costumbre. No empezó á pensar sobre el asunto hasta la víspera del debate, y en ese día copió además una buena parte de su discurso de 28 de Febrero de 1832, sobre la representación de los *Tower Hamlets*, acabó el *Nigrinus* de Luciano y empezó á leer *Gorgias* de Platón, que declaraba «mi diálogo favorito, ó poco menos, desde los días de colegio.»

rios (1).» No siento yo ninguna predilección por Iglesias «establecidas», ni por los sacerdotes; pero me irritaba la violencia con que fué atacado el *bill*.

Era la antigua cuestión de Maynooth bajo un nuevo aspecto. «Se susurra (decía Mr. Hadfield) que el respetabilísimo y elocuete representante de Edimburgo piensa prestar su apoyo al *bill*, y será para mí una cosa curiosa oír su defensa por labios tan elocuentes. No hay hombre que tenga más que perder en reputación, dentro de esta Cámara ó en el país, que el muy honorable *gentleman*.—El honorable representante de Sheffield (contestó Macaulay) no debe esperar oír de mis labios nada que merezca el nombre de elocuencia. Realmente, en su discurso se propuso convencer más que deslumbrar á su auditorio; y la peroración (si así cabe llamarla) no contenía nada que pudiese provocar la desaprobación ni aun del más resuelto «voluntario.» «La impopularidad de una iglesia «establecida» es cosa muy diferente de la impopularidad del resguardo, del ejército ó de la policía. La policía, el ejército y el resguardo pueden ser impopulares por la índole de las funciones que deben desempeñar; pero la iglesia, si es impopular, puede decirse que es peor que inútil: porque sólo existe para inspirar afecto y respeto; y si inspira sentimientos de opuesto carácter, sería mejor que no existiese. Vivamente, pues, suplico á la Cámara no sostenga una institución, que es inútil si no es querida, por medios que sólo pueden servir para que sea odiada.

Estas fueron las últimas palabras que pronunció Macaulay en la Cámara de los Comunes. Para él hu-

(1) Los partidarios del sostenimiento de la Iglesia por asociación y esfuerzo voluntario, más bien que por ayuda y protección oficial.—N. DEL T.

comprende fácilmente cómo un representante escocés, que sabe por experiencia lo que es un debate de ese género, puede representarse el papel que haría un antiguo orador griego en discusión tan indigesta. Hay bien poco de común entre las controversias que entabla el Parlamento británico los miércoles por la tarde, y las brillantes cuestiones de guerra, diplomacia y alta política que se discutían en una mañana de otoño ó de primavera, á la sombra del Partenón y á la vista del Pentélico y del Himeto (1).

19 de Julio.—Fuí temprano á la estación del ferrocarril. Una vez en Londres, me dirigí enseguida á la Cámara de los Comunes, donde encontré al lord Prestoste, á Morrison y á Maitdland, con quienes celebré una breve conferencia. A las doce se entró en la cuestión. Inició el asunto el lord Abogado; y luego Smith, el representante de Stockport, pronunció un enérgico discurso contra el clero edimburgués, y propuso la segunda lectura del *bill* para de allí é tres meses. Hadfield le secundó; y yo me levanté después de Hadfield, hablando sin ninguna preparación en cuanto al lenguaje, pero con toda afluencia y con gran efecto. Me alegré mucho de haber dado cima á la empresa. Ahora he hecho la cosa más hermosa por mis comitentes. Me sorprendió la acerbidad de los «volunta-

(1) Es probable que, con esa expresión «á lo Lisias», Macaulay sólo quisiese dar á entender un discurso breve y sin pretensiones, á que concedería menos trabajo que de costumbre. No empezó á pensar sobre el asunto hasta la víspera del debate, y en ese día copió además una buena parte de su discurso de 28 de Febrero de 1832, sobre la representación de los *Tower Hamlets*, acabó el *Nigrinus* de Luciano y empezó á leer *Gorgias* de Platón, que declaraba «mi diálogo favorito, ó poco menos, desde los días de colegio.»

rios (1).» No siento yo ninguna predilección por Iglesias «establecidas», ni por los sacerdotes; pero me irritaba la violencia con que fué atacado el *bill*.

Era la antigua cuestión de Maynooth bajo un nuevo aspecto. «Se susurra (decía Mr. Hadfield) que el respetabilísimo y elocuete representante de Edimburgo piensa prestar su apoyo al *bill*, y será para mí una cosa curiosa oír su defensa por labios tan elocuentes. No hay hombre que tenga más que perder en reputación, dentro de esta Cámara ó en el país, que el muy honorable *gentleman*.—El honorable representante de Sheffield (contestó Macaulay) no debe esperar oír de mis labios nada que merezca el nombre de elocuencia. Realmente, en su discurso se propuso convencer más que deslumbrar á su auditorio; y la peroración (si así cabe llamarla) no contenía nada que pudiese provocar la desaprobación ni aun del más resuelto «voluntario.» «La impopularidad de una iglesia «establecida» es cosa muy diferente de la impopularidad del resguardo, del ejército ó de la policía. La policía, el ejército y el resguardo pueden ser impopulares por la índole de las funciones que deben desempeñar; pero la iglesia, si es impopular, puede decirse que es peor que inútil: porque sólo existe para inspirar afecto y respeto; y si inspira sentimientos de opuesto carácter, sería mejor que no existiese. Vivamente, pues, suplico á la Cámara no sostenga una institución, que es inútil si no es querida, por medios que sólo pueden servir para que sea odiada.

Estas fueron las últimas palabras que pronunció Macaulay en la Cámara de los Comunes. Para él hu-

(1) Los partidarios del sostenimiento de la Iglesia por asociación y esfuerzo voluntario, más bien que por ayuda y protección oficial.—N. DEL T.

biera sido un bien, según cita predilecta suya, no volver á dejar jamás por la política «la maison d' Aristippe, le jardin d' Épicure.» Las dos primeras discusiones en que tomó parte después de su vuelta al Parlamento le demostraron de un modo inequívoco que debía renunciar á la carrera de orador, á menos de estar dispuesto á correr un riesgo que ningún hombre tiene derecho á correr. El biógrafo de otro célebre literato (1) nos dice que «cuando está preocupado el cerebro y concentrada la energía en los libros, todo esfuerzo para convertir fuera la atención perturba y angustia; y Macaulay, por el estado de su corazón, era muy susceptible para excitaciones de esa naturaleza. En todos los períodos de su vida experimentó antes de hablar esos temblores de que no está libre ningún buen orador—agitaciones cuya naturaleza es difícil de analizar, y más difícil aún de compaginar con la razón y la experiencia;—y durante los últimos años no tenía la energía necesaria para soportar el esfuerzo que exige y la excitación que produce el discurso mismo (2). Cuando volvió á la Cámara de los Comunes de 1852, no aspiraba á volver á ser un *leader*; y pronto debió ver que ni siquiera debía esperar contarse como un elemento activo en las filas políticas. Fué tarde para aprender tan dolorosa lección. Por lo tocante á su asistencia al Parlamento, la indulgencia de sus electores no tenía límites; pero él se inclinaba muy poco á contar con esa indulgencia.

(1) Isaac Casaubon.

(2) «Este discurso (escribe cuando se acercaba el debate de Junio de 1853 sobre la India), este discurso, que debo pronunciar, y que por muchas razones no puede ser bueno, me perturba.» Y en otro lugar: «He pensado todo el día en mi discurso. Estaba muy intranquilo, aunque, como de costumbre, cobré ánimos al aproximarse el momento.»

En la cuestión de las votaciones de partido el criterio de Macaulay era aún el de un wigh que había tomado parte activa en el comité del gran *bill* de reforma y que había figurado en el Parlamento de lord Melbourne, cuando un voto era un voto y la suerte del ministerio temblaba diariamente en la balanza. Pero la misma primera noche de la legislatura de invierno de 1852 le demostró que él no era ya el hombre de 1832 y 1841. El 26 de Noviembre escribe: «Votamos dos veces, y fué una tarea muy fatigosa. Volví despacio á casa á las dos de la madrugada, y me fui á acostar muy rendido. Pocas noches como estas me obligarian á volver á Clifton.» Después del fracaso del presupuesto de Mr. Disraeli, dice: «Yo no me creía flojo para el esfuerzo de ayer hasta que salí; entonces me encontré muy débil y me sentí como solía estar en Clifton.» En una noche de Enero escribe: «Estaba inquieto y muy malo. Fui á la Cámara y busqué pareja» (1). A la vuelta, en el momento de acostarme, recibí una esquela de Hayter diciéndome que había congado conmigo para no votar. No tenía ninguna gana de salir á esa hora y temía el aire de la noche; pero me horroriza el que pueda sospecharse que no juego limpio; así es que me vestí, y volví á la Cámara: arreglé la cuestión, y regresé cerca de las doce» (2).

A tratarse de una cuestión de deber, Macaulay se hubiese preocupado poco de si su constitución podía ó no resistir el trabajo de la Cámara de los Comunes. No era avaro de su salud y de sus comodidades. Pro-

(1) Litera mente: «Paree.» Alude á la costumbre de comprometerse un representante con otro de opiniones contrarias, á no votar sobre una cuestión ó clase de cuestiones.—N. DEL T.

(2) Sería muy irregular, naturalmente, que un representante se concertase para ese fin con dos de sus adversarios.

digar en su trabajo cuanto tenía que dar; afanarse rudamente contra el consejo de los médicos y el aviso aún más seguro y apremiante de sus propias sensaciones; restar un año de su vida, á ser preciso, para añadir un volumen á su *Historia*, eran sacrificios que estaba dispuesto á hacer, como todos los hombres que estiman su tiempo en la tierra por lo que hacen y no por lo que gozan. Pero no podía ocultársele (ni sus amigos se lo consentían) que, cuando estaba aún sin escribir el reinado de Ana, era derrochar lastimosamente sus fuerzas consumir las pocas que tenía en las rutinas pesadas y fatigosas de la vida política, aguardándose á votar todas las noches, y andando media milla por los pasillos á fuerza de dar vueltas arriba y abajo; comiendo en medio del ruido y de la confusión, y haciendo alto de un bocado á otro para una votación de veinte minutos; volviendo á casa trabajosamente á los tres de la mañana por entre barrizales de nieve en días de deshielo, y sentándose detrás de los ministros, en el centro de un banco, bien prensado durante las semanas más calurosas de un verano londnense.

Macaulay tenía, pues, buenas razones para reservarse como miembro del Parlamento. No economizaba sus energías para malgastarlas en otra parte. El cambio de carácter de su correspondencia particular á partir de entonces, indica lo cuidadosamente que contemplaba sus facultades con la idea de emplearlas exclusivamente en sus libros. Al escribir á editores ó directores de publicaciones, no volvió á permitir á su pluma explayarse con aquella pintoresca amplitud de pormenores literarios que hace tan dignas de leerse muchas de sus cartas á Mr. Napier como tantos pasajes de Sainte Beuve. Al escribir á sus parientes, nunca

volvió á agasajarlos con aquellas animadas imitaciones de Richardson, en que describía á sus hermanas las reuniones, las comidas y los debates de la *season* londonense de 1831. Con Mr. Ellis siguió carteándose tan á menudo como siempre. Sus cartas apenas pasaban á veces de una invitación á comer; pero en su mayoría no pecaban de cortas. Escritas en el estilo fácil y casi desordenado de una familiaridad ilimitada, contiene de vez en cuando pasajes que pueden leer con placer los que desean conocer á Macaulay tal y como se revelaba á su amigo predilecto.

Albany; 8 de Diciembre de 1852.

Querido Empson — quiero decir Ellis, pero es que no se aparta de mí la imagen del pobre Empson.—Está muriéndose. A cada hora temo saber que todo ha concluido. ¡Pobrecillo! Era para mí un amigo muy bueno, muy noble, y tan desinteresado y exento de envidia como usted. Acaba de estar aquí Logman, afligido por Empson é intranquilo por la *Revista* (1). Le recomendé á Cornwall Lewis, y no dudo mucho que se le hará el ofrecimiento.

13 de Diciembre de 1852.

El pobre Empson murió con admirable fortaleza. Me dicen que á última hora entraron á su mujer. La habló á ella, á sus amigos y á sus hijos cariñosamente, aunque con completa calma; pero, cuando pusieron sobre la cama al chiquitín, rompió á llorar. ¡Pobrecillo! Por mi parte, preferiría morir en la situación

(1) Mr. Empson había sucedido á Mr. Napier como director de la *Revista de Edimburgo*.

de Carlos I, de Luis XVI ó de Montrose; es decir, completamente solo, rodeado de enemigos, sin nadie, á quien yo quisiese, cerca de mí. Lo terrible es la separación. No me maravilla la frase de Russell: «Ya ha pasado la amargura de la muerte (1).»

30 de Diciembre de 1852.

Me alegro de que le guste á usted *Beaumarchais*. El resultado fué que los Goëzmanns se arruinaron completamente; el marido tuvo que dejar su puesto, y la mujer fué llevada á un convento. *Beaumarchais* fué *blâmé* por el tribunal. Ese *blâme* era cosa seria. En su virtud, creo, la persona quedaba infamada legalmente y privada de varios derechos civiles. Pero la opinión pública se había pronunciado tan enérgicamente de parte de *Beaumarchais*, que él hizo alarde de su estigma como si hubiese sido un signo de honor. Tanto se engreía, que alguien le dijo: «*Monsieur, ce n'est pas assez que d'être blâmé; il faut être modeste.*» ¿Comprende usted toda la fuerza de ese intraductible *mot*? ¡Cuántas palabras francesas he usado! ¡Creo que el asunto afrancesa mi estilo! (2).

(1) Hume pinta brevemente la célebre escena entre lord Russell y su mujer: «El día de la ejecución se despidieron con ternura y decoro. Ahora ha pasado la amargura de la muerte — dijo él al apartarse de ella.»

(2) Mr. Goëzmann era el magistrado que plantó á *Beaumarchais* después de ofrecer éste á madame Goëzmann un presente que ella aceptó. El desafortunado litigante recobró su presente, «y los que le habían chasqueado creyeron quizá que no iría á hacer público, sólo por satisfacer su rencor, un asunto tan vergonzoso para él como para ellos. Le conocían poco. Pronto les enseñó él á maldecir el día en que se atrevieron á burlarse de un hombre de espíritu tan turbulento y vengativo, de un descarro tan audaz y de dotes tan eminentes para la controver-

Toda la semana que viene estoy libre de compromisos. Señale usted un día para comer juntos en celebración del nuevo año de 1853. Espero que será tan feliz para mí como lo ha sido el de 1852, á pesar de algún padecimiento físico. Es singular que, arrebatándose el tiempo de una manera sensible el vigor y los placeres, yo me sienta cada vez más feliz. Como dice Milnes, es insultante, es escandaloso gozar de la vida como gozo yo.

Albany, 11 de Julio de 1853.

Leí las Memorias de Haydon. Haydon era exactamente el tipo vulgar de un hombre de genio. Tenía todas las particularidades morbosas que los necios creen características de la superioridad intelectual: excentricidad, suspicacia, extravagancia, infinito desdén por los demás hombres; y, sin embargo, era tan pobrete y vulgar como cualquier ente del mundo. Pintaba muestras, y se daba más tono que si hubiese pintado los Cartones... Ora le pegáseis ó le acariciáseis, ya le matáseis de hambre ó le diéseis de comer, siempre tiraba á morderos del mismo modo. Os suplicaba con lastimeros acentos que le compráseis legua y media de lienzo que había estropeado. Algún lord bondadoso le pregunta el precio. Haydon piden cien guineas. Su Excelencia le da el dinero por pura caridad, y él le recompensa con alguna anotación como esta de su Diario: «¡Cien guineas, y por una obra así! Yo esperaba que me hubiese dado mil, siquiera por vergüenza. Pero es un pobre diablo sórdido y ruin.» En-

sia y la sátira.» La reseña que hace Macaulay de ese escándalo en su estudio sobre Bacon evidencia que el escribir acerca de *Beaumarchais* no afrancesaba necesariamente su estilo.

tre tanto, el comprador anda buscando el sitio más escondido de la casa para ocultar el enorme chafarrión por que ha dado, de pura lástima, diez veces más de lo que vale.

Tunbridge Wells, 28 de Julio de 1853.

Supongo que estará usted ocupándose de nuestra excursión. El martes 23 estaré en Albany, apalabraré un criado y sacaré los pasaportes. Mi proyecto actual de itinerario es: Dover, Ostende, Colonia, el Rhin hasta Estrasburgo; el ferrocarril hasta Basilea; coche ó diligencia á Berna y desde Berna hasta Lausana, vapor por el lago de Ginebra; posta á Lyon; remontar el Saona en vapor hasta Chalons; tren á París; tres ó cuatro días en París y regreso á Londres en un día. Pero aceptaré al momento cualquier modificación que usted proponga. Creo que puede usted hacer todo eso y estar en Londres el 18 de Septiembre con una gran provisión de recuerdos agradables y de imágenes de cosas hermosas, naturales y artificiales. Apuesto á que usted me tendrá lástima por decir que espero recrearme más con las catedrales de Colonia y de Estrasburgo que con los Alpes berneses y el lago de Ginebra (1).

(1) Como muchos otros, Macaulay sufrió un desencanto con la catedral de Colonia. «Puse demasiado altas mis esperanzas (dice en su Diario), y quizá nada podía satisfacerme por completo. No igualará nunca á St. Ouen, y apenas llega á la de York, á mi juicio.» De la catedral de Estrasburgo escribe: «Creí que sería el ejemplar más exquisito de arquitectura gótica que yo hubiese visto en mi vida. El interior es grandioso, pero tiene defectos. Las naves laterales son demasiado anchas para su altura. La misma nave central haría mejor si fuese más estrecha. El término de la perspectiva es pobre. Sin embargo, es una iglesia de primer orden.» Gozó de su expedición

Tunbridge Wells, 16 de Agosto de 1853.

Me alegro de saber que dispondremos de tres semanas completas para nuestra excursión... Tendré un buen servidor para el viaje. Puedo permitirme cantar albricias, porque Longman me dice que tendrá que pagarme el 1.º de Diciembre más de 1.300 libras, amén de 500 en la primera semana de Enero; de modo que el total de mis ingresos se elevará este año á unas 3.600 libras, deducido el impuesto de propiedad. Como Dogberry, tendré dos batas y toda clase de lindezas en torno de mí. Pero ¡ay! como Dogberry, he sufrido pérdidas. La Compañía de la India va á descontarme algunos miles, y habré de tomar el cuatro por ciento, en vez del cinco, y aun dar gracias por percibir el cuatro. ¡Cuán justamente decía un antiguo poeta:

*Crescentem sequitur cura pecuniam!*

Sin embargo, como dice lord Smart, ¡al diablo la economía! Tendremos un penique de queso (1). Yo digo: ¡Al diablo la economía! Pasaremos tres semanas agradables en el continente.

Mando á usted un tesoro. Creo que es el autógrafo del gran Roberto Montgomery. Ruego á usted me le devuelva. Por ningún concepto quiero perder tal joya. Le he leído, como desea Mr. Montgomery, en presen-

profundamente. «Así termina este Diario de mis viajes. Han sido viajes muy agradables. He tenido buena salud, buen tiempo por punto general, un buen amigo y un buen criado.»

(1) Lord Smart es uno de los personajes de las *Conversaciones* de Swift.

cia de Dios, y en presencia de Dios, declaro que es incomparable (1).

¡Estupenda noticia! Roberto Montgomery escribe á Longman que la paciencia humana tiene sus límites. Puesto que la resignación y la fortaleza cristiana de un cuarto de siglo no han hecho mella en el duro corazón y en la embotada conciencia de Mr. Macaulay, un poeta injuriado debe apelar á las leyes de su país, las cuales le proporcionarán, sin duda, una reparación tanto más señalada cuanto más ha tardado él en pedirla. Le apalabro á usted. Dese por comprometido. usted elegirá su segundo. Yo no he de poner á nadie sobre usted en esta causa. ¿Querrá él entablar demanda criminal? ¡Figúrese usted á Jack! (2). Profeso el mayor respeto al eminentísimo poeta que formula la querrela y al eminentísimo crítico contra quien la formula. Debe ser muy satisfactorio para Mr. Montgomery haber tenido ocasión de rechazar bajo juramento la imputación de que escribe absurdos. Pero no es práctico de este tribunal admitir querrelas criminales contra libelos que han circulado por el mundo durante un cuarto de siglo...

En la primavera de 1853 la perspectiva de la visita de Mrs. Beecher Stow á Inglaterra traía algo intranquilos á los hombres eminentes que estaban seguros

(1) «Roberto Montgomery (dice Macaulay en su Diario) ha escrito pidiendo que se le quite de la picota. Jamás, con mi consentimiento. Es el escritorzuelo más tonto de mi tiempo; y el que su libro se venda entre cierta clase de público es una razón para que quede consignada mi protesta. Además me ha calumniado, y no quiero que se crea que el miedo me arranca concesiones.»

(2) Es de temer que aluda tan familiarmente nada menos que á lord Campbell.

de ser objeto de la observación de la escritora y de verse en su libro de viajes.

16 de Marzo de 1853. — Comida, después de un largo intervalo, en Westbourne Terrace. Gladstone, lord Glenelg y Goulburn. Hubo mucha risa acerca de Mrs. Beecher Stow y de lo que habíamos de darle. Yo remití á las señoras á los poemas de Goldsmith para que supiesen lo que daría. No me entendió nadie más que Ana; pero algunas han andado á vueltas con Goldsmith desde entonces para descifrar el «enigma» (1).

Un año después escribe Macaulay: «Libro tontísimo é impertinente este de Mrs. Stow. Pone en mi boca una porción de niñerías que jamás dije, sobre todo acerca de las catedrales. ¡Y qué ligerezas comete! Roberto Walpole, por Horacio Walpole. A Shaftesbury, el autor del Acta del *Habeas Corpus*, le confunde con Shaftesbury, el autor de los *Caracteres*. No sabe ver siquiera. A Palmerston, que tiene ojos azules claros, le atribuye ojos negros. Me alegro de haberla visto tan pocas veces, y siento haberla visto ninguna.» El pasaje del libro de Mrs. Stow, á que Macaulay se refiere especialmente, dice así:

«Macaulay hizo algunas observaciones interesantes sobre las catedrales en general. Decía yo que rara vez sabemos quiénes fueron los arquitectos que proyectaron esas grandes construcciones, que á mí me parecían los más sublimes esfuerzos del genio humano.»

El dijo que todas las catedrales de Europa fueron obra indudablemente de una ó dos inteligencias; que se erigieron casi contemporáneamente y fueron cons-

(1) El enigma no es difícil, y su solución vale la pena de recorrer las pocas páginas de los poemas de Goldsmith.



cia de Dios, y en presencia de Dios, declaro que es incomparable (1).

¡Estupenda noticia! Roberto Montgomery escribe á Longman que la paciencia humana tiene sus límites. Puesto que la resignación y la fortaleza cristiana de un cuarto de siglo no han hecho mella en el duro corazón y en la embotada conciencia de Mr. Macaulay, un poeta injuriado debe apelar á las leyes de su país, las cuales le proporcionarán, sin duda, una reparación tanto más señalada cuanto más ha tardado él en pedirla. Le apalabro á usted. Dese por comprometido. usted elegirá su segundo. Yo no he de poner á nadie sobre usted en esta causa. ¿Querrá él entablar demanda criminal? ¡Figúrese usted á Jack! (2). Profeso el mayor respeto al eminentísimo poeta que formula la querrela y al eminentísimo crítico contra quien la formula. Debe ser muy satisfactorio para Mr. Montgomery haber tenido ocasión de rechazar bajo juramento la imputación de que escribe absurdos. Pero no es práctico de este tribunal admitir querrelas criminales contra libelos que han circulado por el mundo durante un cuarto de siglo...

En la primavera de 1853 la perspectiva de la visita de Mrs. Beecher Stow á Inglaterra traía algo intranquilos á los hombres eminentes que estaban seguros

(1) «Roberto Montgomery (dice Macaulay en su Diario) ha escrito pidiendo que se le quite de la picota. Jamás, con mi consentimiento. Es el escritorzuelo más tonto de mi tiempo; y el que su libro se venda entre cierta clase de público es una razón para que quede consignada mi protesta. Además me ha calumniado, y no quiero que se crea que el miedo me arranca concesiones.»

(2) Es de temer que aluda tan familiarmente nada menos que á lord Campbell.

de ser objeto de la observación de la escritora y de verse en su libro de viajes.

16 de Marzo de 1853. — Comida, después de un largo intervalo, en Westbourne Terrace. Gladstone, lord Glenelg y Goulburn. Hubo mucha risa acerca de Mrs. Beecher Stow y de lo que habíamos de darle. Yo remití á las señoras á los poemas de Goldsmith para que supiesen lo que daría. No me entendió nadie más que Ana; pero algunas han andado á vueltas con Goldsmith desde entonces para descifrar el enigma» (1).

Un año después escribe Macaulay: «Libro tontísimo é impertinente este de Mrs. Stow. Pone en mi boca una porción de niñerías que jamás dije, sobre todo acerca de las catedrales. ¡Y qué ligerezas comete! Roberto Walpole, por Horacio Walpole. A Shaftesbury, el autor del Acta del *Habeas Corpus*, le confunde con Shaftesbury, el autor de los *Caracteres*. No sabe ver siquiera. A Palmerston, que tiene ojos azules claros, le atribuye ojos negros. Me alegro de haberla visto tan pocas veces, y siento haberla visto ninguna.» El pasaje del libro de Mrs. Stow, á que Macaulay se refiere especialmente, dice así:

«Macaulay hizo algunas observaciones interesantes sobre las catedrales en general. Decía yo que rara vez sabemos quiénes fueron los arquitectos que proyectaron esas grandes construcciones, que á mí me parecían los más sublimes esfuerzos del genio humano.»

El dijo que todas las catedrales de Europa fueron obra indudablemente de una ó dos inteligencias; que se erigieron casi contemporáneamente y fueron cons-

(1) El enigma no es difícil, y su solución vale la pena de recorrer las pocas páginas de los poemas de Goldsmith.

truidas por cuadrillas ambulantes de albañiles bajo la dirección de alguna organización sistemática. Ustedes quizá sabían todo esto antes, pero yo no; así es que me interesó como una idea soberbia. Y, si no es esa la verdadera explicación del origen de las catedrales, merece serlo ciertamente; y, como solía decir nuestra abuela, «yo voy camino de crearlo» (1).

Macaulay pasó parte del verano de 1853 en Turnbride Wells. El 11 de Julio escribe á Mr. Ellis que ha tomado una casa «en una situación deliciosa». La sala es excelente; el comedor se halla tan protegido por la sombra de los árboles y por una marquesina que aun al medio día está obscuro. El campo hermoso. Los brezos llegan á la puerta. Tengo un cuarto muy bonito para usted, un gran baño, Jerez de lo mejor; buen Champagne y Platón y Luciano». Macaulay había conocido á Turnbride Wells en su infancia, y ahora encontraba un copioso manantial de placer en reavivar sus recuerdos del pasado. Era para él un goce volver á pisar los ladrillos rojos de los «Pantiles»: un antiguo centro de reunión, que, con extraño desdén por recuerdos literarios é históricos de que bien podría ufanarse cualquier ciudad, han rebautizado los habitantes con el título de la «Parade». ¡Como si un nombre que satisfacía á Johnson y á Garrick, á Richardson y á Cibber, al conde de Chatham y á Mr. Onslow, no fuese bastante bueno para nosotros! Los domingos, Macaulay iba á la iglesia «antigua, que tan bien recordaba, la misma que se erigió en los días de Carlos II, y que los tories quisieron dedicar á San Carlos már-

(1) *Sunny Memories in Foreign Lands*, carta XIX.—Ciertamente sería difícil encontrar una representación menos adecuada que esta, en fondo y forma, de la conversación de Macaulay.

tir». Y en más de un día de la semana se sentaba «en el gabinete de lectura de Nash, en el antiguo rincón que mira á los campos», y «se regocijaba al encontrar entre los libros el *Atormentador de sí mismo*, publicado en 1789, y la novela de Sally More, que no había visto desde 1816».

Pero, durante su permanencia en Turnbride Wells hizo algo de más sustancia que reanudar conocimiento con esas añejas novelas que aún se pudrían en el fondo de los anaqueles de las bibliotecas circulantes. «He resuelto (escribe á Mr. Ellis) volver á leer á Platón. Ayer empecé con el *Fedro*, uno de los diálogos más elocuentes, ingeniosos y delicadamente irónicos. Dudo que exista ninguna obra de Platón que haya dejado tantas huellas en la literatura y filosofía de Europa. Y el hecho es tanto más notable cuanto que no hay ninguna obra antigua tan profundamente inficionada de lo que se mira en los tiempos modernos como la más odiosa de todas las especies de inmoralidad (1).»

Algunos días después dice: «He leído una buena parte de Platón; y cuanto más leo, más admiro su estilo y menos admiro sus razonamientos.»

La parte del Diario correspondiente al mes de Julio de 1853 está llena de notas sobre Platón. «Leí el *Pro-*

(1) «Leí el *Fedro* de Platón (dice en su Diario). Ironía, elocuencia y fantasía maravillosas. Pero ¡qué estado de moral! ¡Qué extravío de la imaginación! Macaulay detestaba la perversión de criterio (para usar los términos más blandos) que desfigura algunas de las obras más hermosas de la antigüedad. Al pie de Idilio XII de Teócrito escribe: «Un bello poema sobre un asunto odioso»; y al fin del tercer Idilio: «Un lindo poemita; pero es inferior á la segunda Egloga de Virgilio, á pesar de la gran inferioridad del asunto de Virgilio». Macaulay expresa al margen su placer al encontrar un griego que tenía los sentimientos de un hombre y que no se avergonzaba de confesarlos. Me agrada (escribe) que Demóstenes tuviese tan buen gusto.»

*tágoras* á la comida. Me enojan los pueriles juegos de vocablos de Sócrates. Es extraño que inteligencias tan poderosas se dejasen llevar de tan vanas falacias. *Protágoras* discurría seguramente mejor y de un modo más viril. Cada vez estoy más convencido de que el mérito de Platón estriba en su talento para la narración y descripción, en su retórica, en su humorismo y en su exquisito griego. Las introducciones al *Fedro*, al *Lisias* y al *Protágoras* son de primer orden; la mejor la del *Protágoras*.» Y en otro lugar: «Volví á casa, acabé la *Apología* y recorrí el *Critón*. Son cosa hermosa; pero los relatos del oráculo y el sueño son absurdos. Me figuro que Sócrates, con toda su habilidad en logomaquia, fué un viejo supersticioso muy extraño. La suma credulidad ha solido ir emparejada con la suma sutileza lógica. Testigos, algunos de los escolásticos. Testigo Juan Wesley. No me asombra mucho la violencia del odio que Sócrates provocó. Evidentemente se gozaba en empequeñecer á los hombres. Había en él cierta suave malignidad capaz de inferir heridas que debían escocer mucho tiempo, y el dominio que tenía de sí irritaba más de lo que hubieran irritado el triunfo ruidoso y la insolencia.» Macaulay, que gustaba de Platón por lo que él llamaba «engarce» de sus diálogos, clasificaba éstos según su belleza literaria más bien que por su mérito filosófico. En la época en que había leído el primer *Hippias* y la mayor parte de la *República*, y en que no había nada tan atractivo para él como las *Leyes*, el *Efebo* y el *Sofista*, volvió á dejar vagar su atención por los libros modernos. «Me fui á pasear por los campos (dice), con un tiempo espléndido, y leí los *Misterios de París*. Sué ha desbandado á Platón completamente.»

El mes que pasó Macaulay en Tunbridge Walls no

fué todo una temporada de recreo. Hubo una circunstancia que le molestó con razón y que le impuso un gran trabajo inesperado, aunque bien invertido. «Tengo que hacer en Turnbridge Wells (rscribe) un trabajo con que no contaba. Un librero llamado Vitzelly, una especie de Curll (1), ha anunciado una edición de mis discursos *con autorización especial*, y ha tenido el descaro de escribir á lord Landsdowne, pidiéndole que acepte la dedicatoria.» Entonces mister Longman aconsejó á Macaulay que preparase inmediatamente para la publicación una colección de sus mejores discursos; y bajo la presión de las circunstancias, no tuvo más remedio que asentir, aunque á disgusto. «Vi (dice) que se deseaba realmente la publicación de los discursos. Por ello, muy contra mi voluntad, resolví dar una edición revisada y corregida. La preparación de esta edición me ocupará dos ó tres horas al día durante mis vacaciones. Muchos de los discursos tendré que volver á escribirlos de memoria, con ayuda de las reseñas que se hicieron en su día. Pienso añadir dos ó tres documentos oficiales: mi informe sobre la educación de los indígenas de la India y mi informe sobre el Acta Negra» (2).

«Esto exigirá algún tiempo (escribe en su Diario); pero yo no sé que hubiese concedido ese tiempo á mi *Historia*. Puedo retocar un discurso en el campo lo

(1) Macaulay tenía en las puntas de los dedos todo lo que se sabía en sus días sobre las relaciones entre Pope y el conocido editor á quien acusaba de haber impreso su correspondencia.

(2) En Enero de 1853 apunta en su Diario: «Traje de Westbourne Terrace un ejemplar de mi informe sobre educación de 1835, y me complació volver á verle después de diez y ocho años. Hizo una gran revolución.»

mismo que en la ciudad. La *Historia* es una cosa muy distinta. Al otro día de su llegada á Turnbridge Wells se puso á trabajar, copiando cada discurso desde el principio hasta el fin, á razón de nueve á quince páginas de impresión por día. El 14 de Julio dice: Montones de cartas. Escribí ocho ó nueve respuestas, y luego me ocupé del discurso sobre el *bill* de reforma del 5 de Julio de 1831. Escribí de firme durante varias horas. No pude salir, porque llovía á cántaros y soplaban un huracán. Escribí, á mi ver, con animación, é hice un discurso muy semejante al verdadero en lenguaje, y exactamente igual en contenido. Y el 4 de Agosto: «Continué con el discurso de Somnauth, que es de los mejores. No puedo menos de creer que el volumen tendrá algún éxito. Por lo menos, pienso realmente que le merecerá».

Hasta que apareció la edición de Mr. Vizetelly no conoció su víctima toda la extensión del perjuicio que le había causado. Cuán era el perjuicio y cuán á propósito para mortificar y excitar á Macaulay, puede verse en el prólogo á la edición á Logman de los discursos. Los lectores aficionados á los manjares fuertes no perderán el tiempo que inviertan en la lectura de ese prólogo. «El fondo de lo que he dicho—escribe Macaulay—aparece siempre desfigurado. La conexión de los argumentos se pierde en absoluto. En casi todas las páginas se ponen en mi boca desatinos exorbitantes. Un editor que no adoleciese de una crasa ignorancia comprendería que ninguna persona á quien haya escuchado la Cámara de los Comunes puede haber incurrido en tales despropósitos. Un editor que tuviese el más mínimo respeto por la verdad y por la reputación de la persona cuyos discursos ha tratado de dar á la estampa, hubiera recurrido á todas las

fuentes accesibles de informes, y cotejándolas entre sí, hubiese presentado una obra que siquiera no contuviese completos absurdos. Pero yo, desgraciadamente, he tenido un editor que no se proponía más que ganar unas cuantas libras y que estaba dispuesto á sacrificar á ese fin mi reputación y la suya.

Podría llenar un volumen con ejemplos de la injusticia con que he sido tratado. Pero me limitaré á un solo discurso, al discurso sobre el *bill* de las capillas de disidentes. He elegido ese discurso, no porque la versión que da de él Mr. Vizetelly sea peor que la que da de otros treinta ó cuarenta, sino porque tengo á la vista una reseña de ese discurso, que un editor honrado y diligente hubiese estimado su primer deber consultar. La reseña á que me refiero fué publicada por los disidentes unitarios, que, como es natural, deseaban que constase con exactitud lo que había pasado en un debate profundamente interesante para ellos. Macaulay procede después á enumerar detalladamente los absurdos que se le habían atribuido. Esos ejemplos—prosigue—supongo que parecerán suficientes. Todos ellos se contienen en siete ú ocho páginas. Se notará que todas las faltas que he apuntado son faltas graves de substancia. Las faltas más leves abundan. En cuanto á la de sintaxis y estilo, difícilmente habrá una frase, entre ciento, libre de ellas.

Yo no puedo permitir que se me exhiba de esa manera ridícula y degradante, en beneficio de un hombre sin escrúpulos. Por eso, contra mi voluntad, y sólo en propia defensa ofrezco al público este volumen... No me queda, en conclusión, más que suplicar á los lectores de este prólogo que me perdonen el haber hablado tanto de mi persona; cosa que ha hecho necesaria una

gran injusticia, y que es tan desagradable para mí como pueda serlo para ellos.

Cuando se publicaron sus discursos, Macaulay había ya dejado de ser un hombre político. Embebido en su *Historia*, concedía poca atención á lo que pasaba en Westminster. «Hoy (escribe el 13 de Febrero de 1854) va á presentar lord John su nuevo bill de reforma. Había pensado ir, pero no me atrevo. Me tiene preso este viento del Este. ¡Qué mundo tan distinto de aquel á que agitaba el primer bill de reforma! ¡Qué día tan distinto este del 1.º de Marzo de 1831, que forma época en mi vida como en la vida de la nación!» Ahora iba tan poco á la Cámara de los Comunes, que su presencia allí era casi un acontecimiento. Algunos representantes antiguos recuerdan cómo, si por acaso se le veía detrás del sillón del *Speaker*, algún amigo ó conocido se dirigía á trabar conversación con él, y en seguida el espacio que había en derredor se veía tan concurrido como en los cinco minutos que preceden á una votación de supremo interés. Se resistía mucho á seguir llamándose miembro del parlamento. «Me asedia la idea de que no debo continuar en la Cámara de los Comunes (escribía á Mr. Blanck). Creo que estoy procediendo poco noblemente con un cuerpo de electores que ha sido tan generoso conmigo.» Pero la población de Edimburgo pensaba de otra manera; y las vivas y repetidas instancias de sus principales amigos le obligaron á conservar durante algún tiempo el título de representante de su ciudad.

Aunque como estadista había pasado su época, Macaulay seguía con profundo interés las vicisitudes de su país durante los importantes años de 1854 y 1855. Era patriota, si los hubo. Con dificultad se encontraría nadie, grande ni pequeño, que más sincera y permanen-

temente se enorgulleciese de ser inglés. «Cuando viajo por el continente—solía decir— me complace pensar que no soy ciudadano de una ciudad de tantas.» Celebraba todo signo que demostrase que no había decaído la fuerza militar de la nación, y que su espíritu se conservaba tan alto como siempre. Mucho antes de que los asuntos del oriente de Europa tomaran un aspecto amenazador, había estado intranquilo respecto al estado de nuestro armamento. En Noviembre de 1852 escribe: «Joe Hume me encareció muy vivamente la necesidad de la unión de los liberales. Me habló mucho acerca de la cuestión electoral. Yo le dije que fácilmente podía venir á un arreglo con él y sus amigos en lo tocante á esas materias; pero que había otras cuestiones sobre las cuales temía que existiese una diferencia irreconciliable, particularmente la vital cuestión de la defensa nacional. Pareció completamente confundido, y no tuvo nada que decir. Estoy firmemente decidido á hacerles tragarse sus palabras sobre este punto ó á no tener ninguna relación política con ellos.

Macaulay siguió la marcha de la guerra rusa en todas sus fases con hondo interés, pero con claro juicio. Manifestaba francamente su desdén hacia las murmuraciones que acusaban al príncipe Alberto de haber intervenido bajo cuerda en las negociaciones que precedieron á la ruptura de hostilidades. En una carta fechada el 17 de Enero de 1854 dice: «Las habladurías contra el príncipe Alberto no son más que una manera de gastar el tiempo hasta la reunión del parlamento. Si él tiene la sensatez y el valor de despreciarlas, se desvanecerán como humo y se olvidarán. No creo que haya hecho nada anticonstitucional, y estoy seguro de que los que gritan más fuerte no

saben ni lo que ha hecho ni lo que es anticonstitucional.» Y el día en que la reina abrió el parlamento escribe en su Diario: «Me alegré de ver que el príncipe no fué mal recibido. Los últimos ataques contra él han sido infames y absurdos hasta lo sumo. Me da vergüenza por mi país. Sin embargo, ha empezado la reacción.»

A principios de Marzo marchó la escuadra del Báltico bajo el mando de sir Carlos Napier, que pocos días antes de su partida había sido agasajado con un banquete público, á que asistieron algunos de los individuos principales del gobierno. Los discursos que se pronunciaron con ese motivo no pueden leerse, ni aun ahora, sin un sentimiento de vergüenza. Su tono y su substancia no pueden pintarse mejor que con el calificativo de anti-ingleses. Nunca ha sido costumbre de los estadistas británicos declamar jactanciosa y apasionadamente contra una potencia extranjera á quien no se ha declarado la guerra, y menos ha sido costumbre de los marinos británicos regocijarse anticipadamente de una victoria que está por alcanzar. Mr. Bright, en la cámara de los comunes, hizo alusión al hecho de haber asistido á esa desdichada fiesta algunos individuos del gabinete. «He leído — dijo — con pena y humillación lo que pasó en ese banquete. La irreflexiva ligereza de que se dió testimonio es, á mi juicio, un descrédito para estadistas serios y responsables de una nación civilizada y cristiana.» Bien pocos vestigios de gravedad política ni de cristianismo hubo en la réplica de lord Palmerston. Empezó por dirigirse á Mr. Bright con los calificativos de «honorable y reverendo». Fué llamado al orden por esa gran violación de la cortesía parlamentaria; pero en vez de aprovecharse de la interrupción para recobrar el do-

minio de sí propio siguió hablando en un tono que, aunque no justificase la intervención del *Speaker*, era muy contrario al gusto y al juicio de sus colegas. Macaulay, por primera y última vez de su vida, no halló nada que decir en defensa de su favorito. «Fui á la cámara el lunes — escribe; — pero mejor hubiera hecho en quedarme fuera. Oí decir á Bright todo lo que yo pensaba; y oí á Palmerston y á Graham ponerse en berlina lastimosamente. La falta de serenidad, de juicio y de cortesía de Palmerston era casi increíble. En tres minutos se hizo más daño á sí propio que el que han podido hacerle en veinte años sus enemigos y detractores de todo el mundo. Me vine á casa completamente descorazonado.»

Aunque Macaulay no propendía á contar prematuramente con triunfos que aun estaban por venir, nadie se le anticipó á enorgullecerse como inglés en cuanto nuestro ejército le daba algún motivo de orgullo. No tuvo mucho que esperar. «¡Fausta noticia! — dice el 4 de Octubre de 1854. — Me temo que demasiado fausta para ser completamente verdadera. Sin embargo, hay motivo para un gran abatimiento. Una consecuencia, é importantísima, de estos triunfos es que la guerra, que hasta ahora no ha sido nacional en Francia, llegará á serlo; y, por consecuencia, que ni la muerte del emperador ni cualquiera revolución que pueda sobrevenir disolverán fácilmente la alianza actual.» Su Diario revela, durante los meses de invierno, hasta qué punto estaban siempre presentes en su espíritu los peligros y penalidades de nuestros soldados, y con qué profunda admiración veía cada testimonio sucesivo de la disciplina, el sufrimiento y la intrepidez con que arrostraban tales peligros y penalidades. «Estoy intranquilo — escribe el 13 de Noviembre —

por nuestros valientes de Crimea, pero orgulloso por el país, y contento de ver que el valor nacional raya tan alto y es tan invencible.» Macaulay miraba con grande y creciente satisfacción la buena disposición de sus compatriotas para hacer todos los sacrificios que la guerra exigía. Recordaba á todo el mundo que Inglaterra no había adquirido de balde su prosperidad y su independencia, y no podía conservarlas sino en tanto que estuviésemos dispuestos á pagar su precio. Expresó cumplidamente esta idea al saber la noticia de la gran batalla que probó, más duramente que ninguna, desde los días de Albuera, ese valor británico, que, para usar sus propias palabras, «nunca es tan firme y sereno como hacia el fin de una dudosa y sangrienta acción.» He aquí los términos en que escribió, teniendo sobre la mesa el periódico que relataba la batalla de Inkermann: «El interés que excita la guerra es tan grande como el que solían excitar en los días de mi infancia las operaciones del duque de Wellington. En general, estoy muy satisfecho. Es imposible no apesadumbrarse por la pérdida de tanto valiente y por la angustia de tanta familia. Pero es una gran cosa que, después de la paz más larga que se ha conocido, nuestro ejército se halle á más altura que al fin de la última guerra. El espíritu del soldado y de todo el país, es una completa garantía contra peligros como los que nos amenazaban hace dos ó tres años. En el porvenir, nadie pensará durante mucho tiempo en invadir á Inglaterra (1).»

(1) Macaulay dice en una carta fechada en Agosto de 1857: «Lord Panmure me ha pedido que componga una inscripción para una columna que se está construyendo en Scutari, en honor de los soldados y marineros ingleses que murieron en el Oriente durante la última guerra. No es cosa llana, como podeis supo-

Ahora había llegado la ocasión de poner en práctica la parte del Acta de la India de 1853, referente al nombramiento del personal administrativo por oposición. Sir Carlos Wood confió el encargo de proyectar las disposiciones necesarias á un comité de hombres distinguidos bajo la presidencia de Macaulay (1). «Estoy haciendo el informe (escribe en 1.º de Julio de 1854). Debo terminarle y le terminaré en una semana.» Acabó el borrador el 7 de Julio; le copió el sábado 8, y se le leyó á su cuñado el domingo. «A Trevelyan (dice) le gustó mucho»; y no es extraño, porque Macaulay había procurado hacer valer todo lo bueno del sistema, evitando sus peligros. Trazó un plan sencillo, pero eficaz, para dar ingreso en la administración á hombres competentes y de carácter, de relevantes dotes y sólido saber, y para excluir á los que cifrasen sus esperanzas de éxito en una acumulación de conocimientos heterogéneos á medio digerir.

Nada más lejos de nuestro ánimo (escribía) que ofrecer premios por un saber de mucha extensión y

ner: Dame vuestra opinión sobre lo que he escrito. Como veréis, es concisa y de una austera sencillez. No hay un solo adjetivo. En eso creo que estoy acertado. Pero sobre la bondad de la inscripción en otros sentidos, tengo grandes dudas.

A LA MEMORIA  
DE LOS SOLDADOS Y MARINEROS BRITÁNICOS  
QUE  
DURANTE LOS AÑOS 1854 Y 1855  
MURIERON LEJOS DE SU PATRIA  
EN DEFENSA DE LAS LIBERTADES DE EUROPA,  
ERIGE ESTE MONUMENTO  
LA GRATITUD  
DE LA REINA VICTORIA Y DE SU PUEBLO.  
1857.»

(1) Los colegas de Macaulay eran lord Ashburton, el doctor Melvill, director del colegio de Haileybury; el Dr. Jowett y sir John Shaw Lefevre.

de poca profundidad. Creemos que no debe inspirar confianza un candidato porque trate de materias que sólo conozca superficialmente. El conocimiento profundo y preciso de una sola lengua debe decir más que malas traducciones y temas en seis lenguas. Un sólo papel que revela en el que le ha escrito plena comprensión de los principios del cálculo diferencial debe decir más que veinte respuestas incorrectas y superficiales á cuestiones de química, de botánica, de mineralogía, de metafísica, de lógica y de historia de Inglaterra...

En nuestro sentir, los puntos deben destruirse entre los temas de examen, de tal modo, que ninguna parte del reino y ninguna clase de escuelas, provea exclusivamente de servidores á la Compañía de la India. Sería, por ejemplo, una injusticia de bulto para con las grandes instituciones académicas de Inglaterra, no conceder una parte considerable de la determinación del éxito al arte en la versificación griega y latina. Ese arte no tiende, sin duda, directamente á formar un juez, un economista, ni un diplomático. Pero el joven que hace mejor lo que todos los jóvenes más capaces y ambiciosos que le rodean, se esfuerzan en hacer bien, llegará á ser generalmente un hombre superior; y no cabe duda de que un talento en que empezaron por distinguirse sobre sus compañeros. Fox y Canning, Grenville y Wellesley, Mansfield y Tenterden, denotan facultades que bien educadas y dirigidas, pueden prestar grandes servicios al estado. A la inversa, debemos recordar que en el Norte de esta isla se cultiva muy poco el arte de la composición métrica en las lenguas antiguas y que hombres tan eminentes como Dugald Stewart, Horner, Jeffrey y Mackintosh hubiesen sido quizá completamente incapaces de escri-

bir un buen ejemplar de arcaicos latinos ni de traducir diez versos de Shakespeare en yámbicos griegos. Nosotros deseamos ver establecido un sistema de exámenes que no excluya de la administración de la India á un Mackintosh ó un Tenterden, ni aun Canning ó un Horner.

Sigue después una lista completa de materias de examen, con la proporción de puntos que debe concederse á cada una. El gobierno indio adoptó esa lista en su integridad; y el mismo homenaje práctico se tributó á todas las recomendaciones del comité. Merece mención otro pasaje del informe, en cuanto atestigua la confianza con que Macaulay anticipaba que, en pureza y rectitud, los jóvenes funcionarios del porvenir no cederán á ninguna clase de funcionarios públicos del mundo.

«Esperamos y creemos asimismo que muy rara vez será necesario excluir á ningún novicio (1) por costumbres licenciosas ó por actos que desdigan de un hombre de honor. Los novicios serán jóvenes superiores á sus compañeros en ciencias y letras; y no es entre jóvenes superiores á sus compañeros en ciencias y letras entre quienes impera por lo común la inmoralidad escandalosa. Es notorio que ni una sola vez en veinte años se ha expulsado de Oxford ni de Cambridge á un estudiante que haya alcanzado alta distinción académica. La temprana superioridad en la ciencia y en la literatura indica generalmente la existencia de ciertas cualidades que son garantías contra el vicio—laboriosidad, desinterés, afición á los placeres no sensuales, laudable deseo de honrosa distin-

(1) Se entiende: un funcionario durante el período de prueba á que se le somete desde su primer nombramiento hasta su confirmación.—N. DEL T.



ción, un deseo aún más laudable de obtener la aprobación de amigos y parientes.—Creemos, pues, que la prueba intelectual que va á establecerse será también en la práctica la mejor prueba moral que pudiera desearse.»

Macaulay tenía esperanzas, pero no muy firmes, de que se siguiese en Whitehall el ejemplo del gobierno indio. «Hay buenas noticias públicas (escribe en Enero de 1854.) El plan para nombrar funcionarios públicos por oposición va á adoptarse en gran escala, y se mencionará en el discurso de la reina.» Hablé largamente con Trevelyan (dice otra vez) sobre el examen proyectado. Temo que pague demasiado á los examinadores, y que todo se convierta en un negocio (1). Eso me preocupa. Si la cosa da resultado, será un beneficio inmenso para el país.» La reforma del «Servicio civil» tuvo por campeón en el gabinete á Mr. Gladstone; y la introducción de los exámenes de concurso había sido vivamente recomendado en un informe por sir Carlos Trevelyan y sir Stafford Northcote, que se habían asociado para una extensa y minuciosa revisión de nuestros departamentos públicos. Pero no tardó en verse que muy pocos de nuestros políticos principales patrocinaban la medida. Para ellos, una cosa era privar á los directores de la India de su patronato, y otra muy diversa renunciar al suyo. Los dispensadores y los pretendientes de destinos alzaron gran clamor, y los patrocinadores del nuevo sistema tuvie-

(1) Se atajó después tal peligro con el nombramiento de Sir Eduardo Ryan para el puesto de jefe del «Servicio civil.» Ese hombre, verdaderamente eminente, que á la autoridad y experiencia de los años unía el vigor y el entusiasmo que rara vez sobreviven á la primavera de la vida, veló por la infancia del sistema hasta que, de proyecto y ensayo, se trocó en una institución.

ron que convenir en que no había llegado la hora de implantarle. «Fuí al Club (dice Macaulay el 4 de Marzo), y siento decir que encontré á todo el mundo furioso contra los planes de Trevelyan sobre el «Servicio civil.» He sido demasiado vehemente. No está el horno para rosquillas. Así lo creí siempre. Llegará el tiempo, pero no ha llegado aún. Temo que se sienta muy mortificado.

Se sintió mortificado, y tenía buenas razones para alarmarse, porque su porvenir se veía amenazado seriamente por la hostilidad de algunos de los hombres más poderosos del día. Pero no perdió el valor ni la serenidad. Acostumbrado á ser puesto delante en el momento del peligro y enviado á la retaguardia en el momento del triunfo, había sufrido tormentos más formidables que la que ahora se desencadenaba en todos los clubs y oficinas entre Piccadilly y Parliament Street. Macaulay, que vivía entre bastidores lo bastante para comprender toda la gravedad de la situación, estaba sumamente intranquilo por su cuñado. «Empeoran las noticias respecto á Trevelyan—escribe.—Trabajan contra él hombres que no tendrán empacho en hacer todo el daño que puedan. Pero él triunfará de sus dificultades, que siente menos que las sentiría yo en su puesto—menos, sin duda, que las siento yo por él.—He estado nervioso y sin ánimos toda la noche.» Durante las siguientes semanas, nunca estaba Macaulay tan abatido como cuando había pasado parte de la tarde en el club. Tales eran las ideas que reinaban entonces en el cuartel general del gran partido que se ha identificado después con el mantenimiento de un sistema al cual debemos, más que á ninguna otra causa, el que aumente la pureza de nuestra moralidad patética al paso que se hacen más

populares nuestras instituciones políticas: un sistema que los estadistas americanos de más perspicacia miran ya con noble envidia, sabiendo, como tienen tantas razones para saberlo, que es el único específico contra las corrupciones que minan su administración y rebajan el nivel de la virtud nacional.

Cuando Macaulay acabó de preparar sus discursos para la prensa, volvió á su *Historia*, y continuó trabajando en ella casi sin interrupción durante dos años, á partir de Noviembre de 1853. Su labor, durante este periodo de su vida, fué siempre excesiva para sus fuerzas. Sintió el esfuerzo más penosamente los primeros meses de 1854.

*Domingo, 1.º de Enero de 1854.*—Me parece que este va á ser un año de trabajo. Empecé bastante bien. El capítulo XIV exigirá buena dosis de labor. Trabajé en él algunas horas, flaqueando á ratos. Pero hay que hacerse firme y «emperrarse» en la faena, como decía Johnson. Leí algo de su vida con deleite, después medité un nuevo arreglo de mi *Historia*. Orden y transición son artes que estimo en mucho, pero que no me lisonjeo de haber alcanzado. Me he entretenido en leer en un Nuevo Testamento lapón, con ayuda de un diccionario noruego. Con tiempo puedo aprender buena porción de las dos lenguas de este modo.

*6 de Febrero.*—Trabajé de firme para modificar el plan de los tres primeros capítulos del tercer tomo. ¡Qué trabajo es hacer un libro admisible, y qué pocos lectores conocen lo mucho que ha costado al autor la disposición de las partes! He acabado de leer nuevamente la mayoría de las obras de Burke. ¡Admirable! El hombre más grande desde Milton.

*Jueves 16 de Febrero.*—Me he quedado en casa y

no he hecho nada. Un día perdido. Al tratar de escribir, experimenté un sentimiento de impotencia y de postración, que no es nuevo para mí, pero que hace algún tiempo no me acometía. Envié 20 libras á \*\*\* y á \*\*\*. Luego me puse á trabajar y marché regularmente: el estado de Inglaterra al volver Guillermo del continente en 1692. Leí la vida de Lewis, *El Fraile*. ¡Persona rarísima! Uno de los mejores hombres, si no hubiese dado en la treta de escribir libros profanos é indecorosos. Excelente hijo; excelente maestro; y ambas cosas en circunstancias de prueba: porque fué hijo de padres viles, y maestro de una gavilla estúpida y desagradecida de negros.

*3 de Marzo.*—Me estuve en casa todo el día. Por la mañana había una niebla que me afectó al pecho y me hizo toser mucho. Estuve triste y abatido todo el día. Di en pensar que mi obra sería un fracaso; que mi reputación acabaría durante mi vida, y que, como Hayley y otros por el estilo, me vería obscurecido entre gentes que se preguntarían admiradas cómo había yo podido atraer nunca la atención. Esas nubes se disiparán seguramente.

Se disiparon á la venida del calor, y no tornaron con la vuelta del invierno. Durante una hermosa temporada de verano, pasada en condiciones que cuadraban perfectamente con sus gustos, se afirmó su salud; y por algún tiempo estuvo más fuerte que nunca desde su primera enfermedad grave. Su cuñado había tomado una casa en el pueblo de Esher, y Macaulay, por su parte, se instaló muy gozoso en mitad del único sitio feo que hay por aquellos deliciosos alrededores. «Estoy muy contento—dice—con mi casa. La cabaña—porque es una cabaña—es muy arregladita.» «Aquí estoy—escribe á Mr. Ellis—en una agradable

populares nuestras instituciones políticas: un sistema que los estadistas americanos de más perspicacia miran ya con noble envidia, sabiendo, como tienen tantas razones para saberlo, que es el único específico contra las corrupciones que minan su administración y rebajan el nivel de la virtud nacional.

Cuando Macaulay acabó de preparar sus discursos para la prensa, volvió á su *Historia*, y continuó trabajando en ella casi sin interrupción durante dos años, á partir de Noviembre de 1853. Su labor, durante este periodo de su vida, fué siempre excesiva para sus fuerzas. Sintió el esfuerzo más penosamente los primeros meses de 1854.

*Domingo, 1.º de Enero de 1854.*—Me parece que este va á ser un año de trabajo. Empecé bastante bien. El capítulo XIV exigirá buena dosis de labor. Trabajé en él algunas horas, flaqueando á ratos. Pero hay que hacerse firme y «emperrarse» en la faena, como decía Johnson. Leí algo de su vida con deleite, después medité un nuevo arreglo de mi *Historia*. Orden y transición son artes que estimo en mucho, pero que no me lisonjeo de haber alcanzado. Me he entretenido en leer en un Nuevo Testamento lapón, con ayuda de un diccionario noruego. Con tiempo puedo aprender buena porción de las dos lenguas de este modo.

*6 de Febrero.*—Trabajé de firme para modificar el plan de los tres primeros capítulos del tercer tomo. ¡Qué trabajo es hacer un libro admisible, y qué pocos lectores conocen lo mucho que ha costado al autor la disposición de las partes! He acabado de leer nuevamente la mayoría de las obras de Burke. ¡Admirable! El hombre más grande desde Milton.

*Jueves 16 de Febrero.*—Me he quedado en casa y

no he hecho nada. Un día perdido. Al tratar de escribir, experimenté un sentimiento de impotencia y de postración, que no es nuevo para mí, pero que hace algún tiempo no me acometía. Envié 20 libras á \*\*\* y á \*\*\*. Luego me puse á trabajar y marché regularmente: el estado de Inglaterra al volver Guillermo del continente en 1692. Leí la vida de Lewis, *El Fraile*. ¡Persona rarísima! Uno de los mejores hombres, si no hubiese dado en la treta de escribir libros profanos é indecorosos. Excelente hijo; excelente maestro; y ambas cosas en circunstancias de prueba: porque fué hijo de padres viles, y maestro de una gavilla estúpida y desagradecida de negros.

*3 de Marzo.*—Me estuve en casa todo el día. Por la mañana había una niebla que me afectó al pecho y me hizo toser mucho. Estuve triste y abatido todo el día. Di en pensar que mi obra sería un fracaso; que mi reputación acabaría durante mi vida, y que, como Hayley y otros por el estilo, me vería obscurecido entre gentes que se preguntarían admiradas cómo había yo podido atraer nunca la atención. Esas nubes se disiparán seguramente.

Se disiparon á la venida del calor, y no tornaron con la vuelta del invierno. Durante una hermosa temporada de verano, pasada en condiciones que cuadraban perfectamente con sus gustos, se afirmó su salud; y por algún tiempo estuvo más fuerte que nunca desde su primera enfermedad grave. Su cuñado había tomado una casa en el pueblo de Esher, y Macaulay, por su parte, se instaló muy gozoso en mitad del único sitio feo que hay por aquellos deliciosos alrededores. «Estoy muy contento—dice—con mi casa. La cabaña—porque es una cabaña—es muy arregladita.» «Aquí estoy—escribe á Mr. Ellis—en una agradable

casita rodeada de geranios y rosas, y tan limpia que se podría comer en el suelo. El único reparo que tengo que poner es que me tapa las vistas una trinchera del ferrocarril. Los Trevelyans ocupan un sitio muy agradable á una sola milla de aquí.» El *cottage* de Macaulay, que estaba en Ditton Marsh, á la orilla de la carretera de Kingston á Esher, se llamaba Greenwood Lodge. Algunos pasajes de su diario revelan lo tranquilamente que se deslizó allí el curso de sus días.

23 de Julio de 1854.—Calor horrible. Me metí en el bolsillo el primer tomo de la *Vida de Wilberforce*, atravesé el Támesis para ir á Hampton Court, y vagué á la sombra por los jardines del palacio y de Bushey Park durante algunas horas. Mucho calor á la vuelta. Nunca creo haber sentido más calor.

12 de Agosto.—Escribí á Longman. Creo que debo tomarme hasta el próximo Octubre (1). Para entonces el libro puede no ser lo que yo deseo, pero sí lo que puedo esperar. Leí los *Tiempos difíciles* de Dickens. Un pasaje excesivamente conmovedor, de los que desgarran el alma, y el resto socialismo fosco. Pone en caricatura los males que ataca, y con poco gracejo. Otro libro de cartas de Plinio. Leí la *Abadía de Northanger*; vale por Dickens y Plinio juntos. Sin embargo, era obra de una muchacha. La autora no tenía ciertamente más de veintiséis años. ¡Criatura portentosa! Acabé la lectura de Plinio. Mozo de cuenta trajano y digno de mejor panegirico.

22 de Setiembre.—Me alegro de que nuestras tropas hayan desembarcado en el Quersoneso. Al volver de Esher me sorprendió un aguacero. Alarmado por

(1) Equivocaba en tres cuartos de año la duración del trabajo que tenía aún por delante.

mi pecho, que no anda muy bien, entré en una cerveza. Encontré allí una cuadrilla de recolectores de lúpulo, que volvían de las inmediaciones de Farnham. Me gustó su facha, y su inglés me pareció sumamente aceptable para su condición de vida. Era el inglés de Surrey, el inglés de los arrabales de Londres, que es al de Somersetshire y Yorkshire lo que el castellano al andaluz ó el toscano al napolitano. La pobre gente tenía delante un jarro espumoso; pero, en cuanto oyeron el precio, se levantaron y se disponían á marcharse sin probarlo. No podían dar tanto, decían. No era más que cuatro peniques y medio. Dí el dinero, y me conmoví al ver su alegría y gratitud. No tardaron en llegar otros dos. Pedí otro jarro, y cuando cesó la lluvia, me fui acompañado de más bendiciones que han podido comprarse jamás por nueve peniques.

Durante su residencia en Surrey, Macaulay tenía al corriente á Mr. Ellis de todo lo que puede desear saber un amigo; pero sus cartas contienen pocas cosas de interés general. El 11 de Julio escribe:

He estado trabajando cuatro ó cinco días en mi informe sobre el «Servicio civil» de la India, y al fin le he concluido. Es mucho más largo de lo que yo pensaba y me ha dado mucho qué hacer. Mañana la emprenderé vigorosamente con mi *Historia*. He andado tan atareado con el informe que no he leído más que comedias de Goldoni y novelas de Sué.

Ayer fui á Hampton Court siguiendo la orilla middlesexiana del Támesis y paseé por entre los árboles y los macizos de flores alrededor de una hora. Me asombra que ningún poeta haya pensado en componer ningún poema descriptivo sobre el Támesis. Se han celebrado determinados sitios; pero seguramente

no hay asunto más hermoso de ese género que todo el curso del río desde Oxford hacia abajo: la majestuosa universidad; Clifden; Windsor; Chertsey; el retiro de Cowley; St. Anne's Hill; el retiro de Fox; Hampton Court; con todos los recuerdos de Wolsey, Cromwell, Guillermo y María; luego Strawberry Hill, después Twickenham y la gruta de Pope; después Richmond; y así sucesivamente hasta la gran ciudad, el bosque de mástiles, la Torre, el Hospital de Greenwich, el Fuerte del Tilbury y la Armada. ¿Hay en el mundo un río que, en tan corto espacio, suministre tales asuntos á la poesía? Ni el Tiber, seguramente, ni el Sena.

Desde el verano de 1854 hasta que se publicaron el tercer y cuarto tomo, la composición de la *Historia* fué para Macaulay una fuente continua de placer y de interés: un trabajo que nunca apremia y nunca cesa, como decía en una carta á su hermana; un trabajo, que es la ocupación y el placer de mi vida, como decía en el prólogo de sus *Discursos*. A medida que pasaban los meses arreciaba más y más en su trabajo. Su labor, aunque gustosa, era inmensa. Dejó casi de escribir cartas, dejó por completo de frecuentar la sociedad, y acabó por no tener tiempo libre ni aun para el Diario.

1.º de Enero de 1855.—Un nuevo año. ¡Ojalá sea tan feliz como el último! Para mí será probablemente más importante, porque si vivo y estoy bien, verá la publicación de la segunda parte de mi *Historia*.

10 de Enero.—Veo que abandono la costumbre de llevar mi Diario. Tengo tanto que hacer con mi *Historia* que siento pocas ganas de escribir nada más. Mi vida, por otra parte, da poco de sí. Estoy preso, ó poco menos, en mi cuarto. No hago nada más que es-

cribir ó leer. No obstante, de vez en cuando tendré que anotar cosas interesantes. Algún día puede que sienta otra vez el deseo de continuar el Diario.

29 de Enero de 1855.—Vuelvo abrir este libro después de cerca de tres semanas; tres semanas pasadas al amor de la lumbre. Una vez comí fuera; el martes 16 fui á Westbourne Terrace para ver á Gladstone. Nada más lamentable que lo que cuenta de Crimea.

Esta noche, supongo, habrá una votación contra el Gabinete, y mañana cambio de gobierno (1). Lo celebraré, y me alegro mucho de que mi enfermedad me dispense de votar. Ultimamente he adelantado mucho en mi obra, y no veo ningún motivo para dudar de que estará en prensa este verano. Ahora estoy de lleno en el capítulo XIX. Es singular que aquí, á dos pasos de todo el bullicio de la política, me encuentre yo tan tranquilo como un ermitaño; tan tranquilo como Cowper en Olney; mucho más tranquilo, á Dios gracias, que mi antigua amiga Ana More en Barley Word; sepultado entre antiguos folletos y papeles; pasando de las miserias de Balaklava á la batalla de Steinkirk, en que me he engolfado hoy... Ana, Margarita, Alicia, Trevelyan y Jorge no pueden ser más buenos conmigo. No necesito más; sin embargo, tengo otras visitas muy buenas. No puedo creer que esto dure mucho tiempo. Pero espero que daré á luz mis dos tomos. No noto ninguna decadencia intelectual. Frecuentemente someto á prueba mi memoria, y la veo tan buena como siempre; y la memoria es la facultad más fácil de so-

(1) El 23 de Enero Mr. Boebuck sacó adelante por 305 votos contra 148 su proposición, pidiendo el nombramiento de una Comisión investigadora que informase acerca del estado de nuestro ejército en Sebastopol. Lord Aberdeen dimitió en el acto.

meter á pruebas decisivas, y también la facultad que primero flaquea.

6 de Noviembre de 1855.—Vuelvo á mi Diario después de una interrupción de ocho meses. Mi obra está casi impresa. Supongo que aparecerá antes de mediados de Diciembre. De seguro me hará rico con arreglo á mi medida de la riqueza. Del éxito estoy menos cierto; pero tengo buenas esperanzas. Pienso llevar mi Diario con tanta regularidad como hace siete años, cuando vió la luz la primera parte. Hoy fui á ver al pobre Hallam. ¡Qué cambiado! Por la noche pruebas del capítulo xx.

Durante la siguiente quincena las anotaciones del Diario se refieren casi exclusivamente á las pruebas de imprenta, que por lo general le ocupaban la mañana y la tarde, y á los libros que hojeaba para distraerse desde que la aparición de la lámpara le daba la señal de dejar su mesa y acercar su sillón al fuego. El 13 de Noviembre para dar un ejemplo leyó la *Vida y Obras póstumas* de Welsted; broza en su mayoría. A la comida el *Matrimonio de amor*. Por la noche *La Correspondencia* de Jesse Selwyn, el *Deísmo revelado* de Skelton y una gran parte del estúpido escepticismo de Bolingbroke.

En fin, el 21 de Noviembre escribe: «Revisé y mandé las últimas veinte páginas. La obra está concluida, gracias á Dios; y ahora á esperar el resultado. En general creo que no puede ser muy desfavorable. A la comida acabé con Melpómene». Ahora, como en 1848, lo primero que hizo Macaulay al terminar una parte de su historia fué ponerse á leer á Herodoto.

23 de Noviembre.—Ha venido Longman. Todos los 25.000 ejemplares están pedidos. El día designado es el lunes, 27 de Diciembre; pero en la noche del sá-

bado anterior han de tener sus ejemplares los librerros, que toman más de un millar. El fondo que se encuentra en la encuadernación está asegurado por 10.000 libras. El peso total es 56 toneladas. Parece que jamás se ha publicado tal edición de una obra del mismo tamaño. Deseo ardientemente que ni la edad ni la riqueza menguen mis ánimos.

27 de Noviembre.—Acabé el *Felipe II* de Prescott. Lo que más me llama en él la atención es que, á pesar de haber tenido nuevos materiales y de contarnos bien su historia, no presenta nada á una luz muy diferente de aquella á que yo lo había visto antes; y nunca he estudiado profundamente esa parte de la historia. Hoy me mandó Longman el primer ejemplar de mi libro. Ayer le envié la lista de los ejemplares de regalo.

28 de Noviembre.—Estuve hojeando mi libro la mayor parte del día, á veces animado y á veces desanimado. En resumen; creo que ha de tener éxito. La única competencia que tiene que temer, hasta donde á mí se me alcanza, es la de los dos primeros tomos. Seguramente no hay ninguna otra historia del reinado de Guillermo de tanta confianza que se lea tan bien.

29 de Noviembre.—Otra vez recluso en mi cuarto todo el día, y otra vez hojeando el libro. Deseo que pase el mes próximo. Estoy más intranquilo que cuando publiqué la primera parte, porque entonces no tenía que satisfacer grandes esperanzas, y ahora el público espera tanto que difícilmente le contentaría el libro VII de Tucídides. En cambio, la esterilidad general, el misero estado de enervación de la literatura milita por completo en mi favor. Veremos. Es raro que me preocupe tan poco del dinero, á pesar de que sube á tanto como el que gané desterrándome á la In-

meter á pruebas decisivas, y también la facultad que primero flaquea.

6 de Noviembre de 1855.—Vuelvo á mi Diario después de una interrupción de ocho meses. Mi obra está casi impresa. Supongo que aparecerá antes de mediados de Diciembre. De seguro me hará rico con arreglo á mi medida de la riqueza. Del éxito estoy menos cierto; pero tengo buenas esperanzas. Pienso llevar mi Diario con tanta regularidad como hace siete años, cuando vió la luz la primera parte. Hoy fui á ver al pobre Hallam. ¡Qué cambiado! Por la noche pruebas del capítulo xx.

Durante la siguiente quincena las anotaciones del Diario se refieren casi exclusivamente á las pruebas de imprenta, que por lo general le ocupaban la mañana y la tarde, y á los libros que hojeaba para distraerse desde que la aparición de la lámpara le daba la señal de dejar su mesa y acercar su sillón al fuego. El 13 de Noviembre para dar un ejemplo leyó la *Vida y Obras póstumas* de Welsted; broza en su mayoría. A la comida el *Matrimonio de amor*. Por la noche *La Correspondencia* de Jesse Selwyn, el *Deísmo revelado* de Skelton y una gran parte del estúpido escepticismo de Bolingbroke.

En fin, el 21 de Noviembre escribe: «Revisé y mandé las últimas veinte páginas. La obra está concluida, gracias á Dios; y ahora á esperar el resultado. En general creo que no puede ser muy desfavorable. A la comida acabé con Melpómene». Ahora, como en 1848, lo primero que hizo Macaulay al terminar una parte de su historia fué ponerse á leer á Herodoto.

23 de Noviembre.—Ha venido Longman. Todos los 25.000 ejemplares están pedidos. El día designado es el lunes, 27 de Diciembre; pero en la noche del sá-

bado anterior han de tener sus ejemplares los librerros, que toman más de un millar. El fondo que se encuentra en la encuadernación está asegurado por 10.000 libras. El peso total es 56 toneladas. Parece que jamás se ha publicado tal edición de una obra del mismo tamaño. Deseo ardientemente que ni la edad ni la riqueza menguen mis ánimos.

27 de Noviembre.—Acabé el *Felipe II* de Prescott. Lo que más me llama en él la atención es que, á pesar de haber tenido nuevos materiales y de contarnos bien su historia, no presenta nada á una luz muy diferente de aquella á que yo lo había visto antes; y nunca he estudiado profundamente esa parte de la historia. Hoy me mandó Longman el primer ejemplar de mi libro. Ayer le envié la lista de los ejemplares de regalo.

28 de Noviembre.—Estuve hojeando mi libro la mayor parte del día, á veces animado y á veces desanimado. En resumen; creo que ha de tener éxito. La única competencia que tiene que temer, hasta donde á mí se me alcanza, es la de los dos primeros tomos. Seguramente no hay ninguna otra historia del reinado de Guillermo de tanta confianza que se lea tan bien.

29 de Noviembre.—Otra vez recluso en mi cuarto todo el día, y otra vez hojeando el libro. Deseo que pase el mes próximo. Estoy más intranquilo que cuando publiqué la primera parte, porque entonces no tenía que satisfacer grandes esperanzas, y ahora el público espera tanto que difícilmente le contentaría el libro VII de Tucídides. En cambio, la esterilidad general, el misero estado de enervación de la literatura milita por completo en mi favor. Veremos. Es raro que me preocupe tan poco del dinero, á pesar de que sube á tanto como el que gané desterrándome á la In-

día durante cuatro años y medio, de los mejores de mi existencia.

4 de Diciembre.—Otro día desapacible pasado en mis habitaciones. No me canso nunca de leer. Leí algo de las *Conversaciones* de Swift y el *John Bull* de Arbuthnot. Nunca se hasta uno de leer estas obras excelentes.

6 de Diciembre.—Despejado, pero frío. Me estuve en casa todo el día, y leí diez cantos del *Morgante Maggiore*. Un editor yanqui me envía con la mayor serenidad un enorme folio á dos columnas de menuda impresión: un Diccionario de Autores, y me pide que le diga mi juicio sobre él—se supone, para imprimirle como reclamo.—Ya ha hecho ese uso de las opiniones de Everett, Washington-Irving y otros. Se le devolví con cuatro letras, diciéndole que yo no podía formar opinión de tal obra á una ojeada, y que no tenía tiempo para examinarla detenidamente. Aborrezco esas mañas. A propósito de reclamos, veo que Roberto Montgomery se ha unido con Bavius y Blackmore. ¡Cómo me aburríeron con sus gritos de conmiseración y sus amenazas de venganza!

9 de Diciembre.—Más frío y más obscuro que nunca. Me quedé en casa, y gocé de mi libertad, aunque preso en mi cuarto. Mucho mejor impresionado con mi obra. Leí con gran deleite buena parte de Focio. Lo que dice de Isócrates me induce á repasar á Isócrates. No le he leído desde que estaba en la India. Recorrí varios discursos. Nunca fué favorito mío, y no encuentro razones para cambiar de opinión. He descubierto un error grave en mi *Historia*. Me maravillaría si nadie más lo descubriese.

Los ejemplares de regalo fueron entregados el 15 de Diciembre. El domingo que, como de costumbre, no

salia Macaulay, recibió la visita de sir Enrique Holland. Muy amable. Había leído el primer capítulo, y vino á cumplimentarme, cosa tanto más grata para mí, cuanto que mis principales recelos se refieren á ese capítulo.

Lunes 17 de Diciembre.—Un artículo sobre mi obra en el *Times*; en el tono que yo deseaba, es decir: laudatorio, sin ninguna apariencia de «bombo». Recibí cartas de Stephen y de Adolphus; amables. Pero ninguno de ellos puede haber leído aun lo suficiente para formar juicio. Longman vino hoy, y me dijo que tenían que imprimir más ejemplares. El proponía cinco mil. Yo insistí en que no pasasen de dos mil.

18 de Diciembre.—Ha venido uno de los dependientes de Longman, diciendo que hay que reimprimir enseguida los dos primeros tomos de la *Historia*, porque durante los últimos días ha sido muy grande su venta (1). Escribí á \*\*\* y á \*\*\* sobre cuestiones de dinero. Me alegro de poder ayudarlos ahora eficazmente.

Domingo, 23 de Diciembre.—Más de Focio. Me hizo buscar á Lisias, y leí con el mayor deleite algunos de sus incomparables discursos—incomparables, se entiende, en su género, que no es el género supremo.—Son admirables: Scarlett hablando en el estilo de Addison.

Miércoles, 26 de Diciembre.—Leí el *De divinatione*, de Cicerón. El segundo libro es excelente. ¡Qué hombre era! ¡Pensar que el *De divinatione*, el *De fato* y el *De officiis*, hayan sido fruto de sus ocios durante los pocos meses que sobrevivió á César! Durante esos meses Cicerón fué jefe del Senado y hombre tan ocupado como el que más de la república. Los más hermosos

(1) La venta de los dos primeros tomos subió, desde 1.172 ejemplares en 1854-55, á 4.901 ejemplares en 1855-56.



de sus discursos senatoriales pertenecen á esa época (1).

*Martes, 1.º de Enero de 1856.*—Un nuevo año. En lo tocante á reputación, recursos y afectos domésticos, soy afortunado, sumamente afortunado. En todo eso no puedo pedir más; pero mi salud es muy mediana. Sin embargo, no paso penas. Mis facultades están intactas. Mi ánimo rara vez decae; y no me faltan esperanzas de reponerme. Leí varias cosillas del fondo de mis estantes: las *Reminiscencias de Byron* de Nathan; los *Poemas burlescos* de Colman; la *Carta de Strange* á lord Bute; la *Justificación* de Gibbon, y su respuesta á Warburton sobre el libro VI de la *Eneida*. Siguen lloviendo cartas y críticas. Prepondera mucho el elogio, pero con una buena mezcla de censura. Sin embargo, no veo ninguna señal de que estos tomos exciten menos interés que sus predecesores. Paca me dice que el último domingo se predicó en Brighton un sermón en loor y alabanza mía, y la gente de Londonderry parece muy gozosa.

*Viernes, 4 de Enero.*—Hoy di un almuerzo á Jowett: —Ellis, Ana, Margarita y Montagu Butler y Vaughan Hawkins, jóvenes *fellosos* de la Trinidad.—Una reunión agradable. Por lo menos, eso me pareció á mí. Después de tan largo silencio y soledad, me explayé á mis anchas. Se estuvieron hasta la una dada: una prueba bastante significativa de que lo pasaron bien. Recibí una carta de Guizot, llena de bondadosos elogios. Me hace una consulta sobre el sitio en que recibieron los lores á Carlos I el 29 de Mayo de 1660. Es raro que un extranjero se preocupe de tal minucia.

(1) Macaulay había leído últimamente el *De finibus*, de Cicerón. Siempre la tuve—dice—por la mejor de sus obras filosóficas, y aun soy del mismo parecer.

Fuí á la Institución real, y pronto encontré que los lores estaban en el salón de Whitehall.

*Lunes, 7 de Enero.*—Ayer y hoy he estado repasando mis Diarios de 1852 y 1853. ¡Qué extraño interés tienen! Ninguna lectura es tan deliciosa, tan fascinadora, como esa historia minuciosa de uno mismo. Recibí otro montón de críticas—alabanza y censura.—Pero poco importa. La victoria está ganada. El libro no ha defraudado las grandes esperanzas del público. El momento de peligro fué la primera quincena. Ahora todo está salvado.

Los hechos justificaron con exceso la confianza de Macaulay. El terreno que su libro ganó entonces no le ha perdido después nunca. «No estaré satisfecho (escribía en 1841) hasta que produzca algo que durante unos cuantos días suplante á la última novela de moda en las mesas de las jóvenes *ladies*.» Puede decirse, en honor de sus conciudadanos no menos que en el suyo, que la venta anual de su *Historia* ha superado á menudo desde 1857 á la de la novela de moda de cada año. Los libros de la casa Longman demuestran que, en un año ordinario, cuando no se hace nada para estimular el apetito público por la novedad de la forma ó la reducción del precio, la *Historia* se despacha á razón de setenta ejemplares completos por semana. Pero una estimación fundada sobre esta base daría una idea muy imperfecta de las proporciones en que se compra y lee la obra más importante de Macaulay, porque no se tendrían en cuenta los años en que se vendieron en pocos meses nuevas y extensas ediciones económicas. En 1853 se pusieron en circulación 12.024 ejemplares de un solo tomo de la *Historia*, y 22.925 ejemplares de un solo tomo en 1864. Durante los nueve años que terminan el 25 de Junio

de 1857 la casa Longman despachó 30.478 ejemplares del primer tomo de la *Historia*; 50.783 durante los nueve años que terminan en Junio de 1866; y 52.392 durante los nueve años que terminan en Junio de 1875. En el espacio de una generación, desde que vió la luz por primera vez, se han impreso y vendido, en el Reino Unido solamente, más de ciento cuarenta mil ejemplares de la *Historia*.

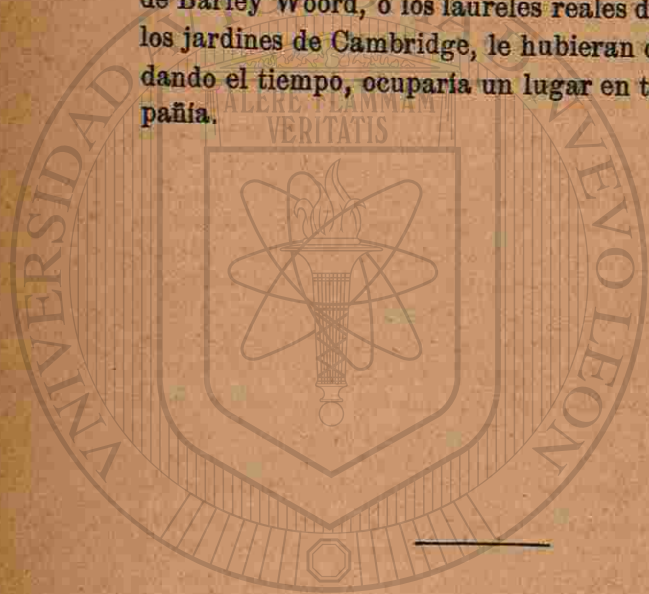
Pero la influencia de la obra y la fama del autor no se circunscribieron al Reino Unido. «He recibido una carta muy entusiasta de Everett (escribe Macaulay). Dice que jamás ha alcanzado tal venta ninguna obra en los Estados Unidos, á no ser (nótese la excepción) la Biblia y uno ó dos libros de escuela de uso universal. Así se lo han asegurado, dice, libreros de la mayor competencia». En el continente europeo, á los seis meses de haber aparecido el tercer y el cuarto tomo, el barón Tauchnitz había vendido cerca de diez mil ejemplares, «lo cual prueba (escribe Macaulay) que es muy grande el número de personas que leen inglés en Francia y en Alemania.»—«Hombre incomparable (dice de él el profesor Ranke), cuyas obras alcanzan una circulación europea, ó, más bien, universal, en proporción no igualada por ninguno de sus contemporáneos». Seis traductores rivales acometieron á la vez la empresa de poner la obra en alemán. La *Historia* se ha publicado en las lenguas polaca, danesa, sueca, italiana, francesa, holandesa, española, húngara, rusa, bohemia y está traduciéndose al persa en este instante.

Macaulay recibió frecuentes y lisonjeras muestras del respeto y admiración que se le profesaba en el extranjero. Fué nombrado individuo de las Academias de Utrecht, Munich y Turín. El rey de Prusia le nom-

bró caballero de la Orden del Mérito, á propuesta de la Real Academia de Ciencias de Berlín; y su nombramiento le fué comunicado en carta del barón de Humboldt, canciller de la Orden. Guizot le escribió participándole que le había propuesto para el Instituto de Francia. En un solo y mismo día de Febrero de 1853 recibió de París el anuncio oficial de su elección, y de Berlín las insignias de la Orden del Mérito.

En el siguiente Junio le fué conferido el grado de doctor en Derecho civil por la Universidad de Oxford, donde fué recibido entusiastamente por el público. En 1854 fué elegido presidente de la Institución Filosófica de Edimburgo, á la cual pudo conceder poco tiempo, aunque la Institución debe á su juicio y liberalidad algunas adiciones importantes de su valioso fondo de libros. Con más asiduidad asistió al Museo Británico. Acostumbraba trabajar en la biblioteca del rey, así por lo tranquila como por tener á mano la maravillosa colección de folletos de Jorge III, y se aprovechaba de su autoridad oficial para registrar á sus anchas los estantes, sin la intervención del bibliotecario. Una cuartilla de su *Historia*—el pasaje del capítulo XXV en que se cita á sir Hans Sloane como «fundador del magnífico museo que es una de las glorias de nuestro país»—se conserva en un gabinete de ese museo, que con justicia puede llamarse el sitio de honor. Dentro de esos estrechos límites se guardan una rara colección de objetos que los ingleses de todas clases y partidos miran con reverencia y orgullo. Allí puede verse el rápido bosquejo hecho por Nelson de la línea de batalla del Nilo, la hoja de papel en que Wellington calculó la fuerza de los regimientos de caballería que iban á combatir en Waterloo, el libro de memorias de Locke, el original de *Irene* de Samuel

Johnson, el de *Mascarada de Reinas* de Ben Jonson y el de la traducción de la *Iliada*, escrito, como Pope solía escribir, en márgenes de cartas y respaldos de sobres. Es curioso pensar cuáles hubiesen sido los sentimientos de Macaulay si cuando andaba versificando y haciendo castillos en el aire por entre las glorietas de Barley Wood, ó los laureles reales de Aspenden, ó los jardines de Cambridge, le hubieran dicho que, andando el tiempo, ocuparía un lugar en tan noble compañía.



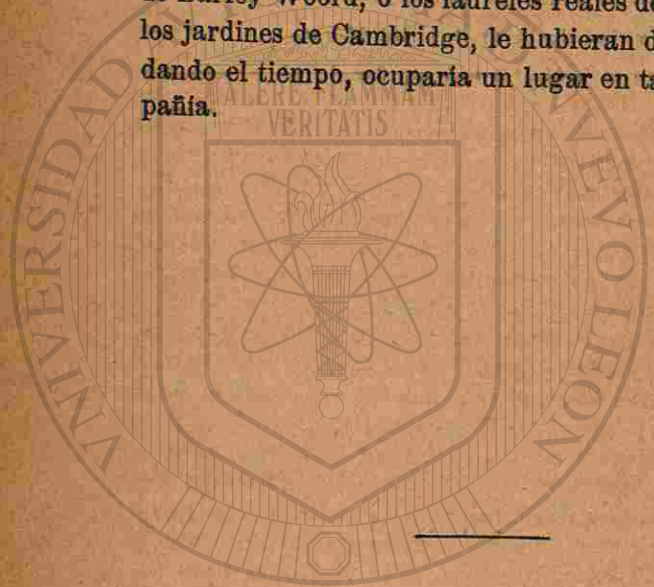
## CAPÍTULO X

1856-1858

Macaulay renuncia su puesto de representante por Edimburgo.—Se establece en Holly Lodge.—Su casa y su jardín.—Sus ideas sobre la hospitalidad.—*L'Almanach des Gourmands*.—Visitas.—Viajes continentales.—Chateaubriand.—Macaulay como hombre de negocios.—Su generosidad en cuestiones de dinero.—Su bondad para con sus parientes y los niños.—Galerías de pintura.—Macaulay como maestro.—Tributa un elogio á lord Palmerston.—Es nombrado par.—Cariño á su antigua Universidad.—Es elegido gran senescal del burgo de Cambridge.—Macaulay en la Cámara de los Lores.—Política francesa.—La insurrección india.—La toma de Delhi y el socorro de Lucknow.—El profesor Owen y el Museo Británico.—Temporada de ocio.—El tomo V de la *Historia*.—Artículos de Macaulay en la *Enciclopedia Británica*.—Su costumbre de aprender de memoria.—Lenguas extranjeras.—Maneras de distraerse.—Las consecuencias de la celebridad.—Trozos del Diario de Macaulay.—Sus tendencias conservadoras en literatura.—Su afición á la teología y á la historia eclesiástica.—Su devoción por la literatura.

El primer pensamiento de Macaulay en 1856 fué retirarse del Parlamento. Se despidió de sus electores de Edimburgo en una carta que, como dice su sucesor en la representación de la ciudad, fué recibida con «verdadera pena». «La experiencia de los últimos años—escribe—me ha convencido de que nunca podré volver á cumplir, ni aun de una manera imperfecta, los deberes que el público tiene derecho á exigir de todo miembro de la Cámara de los Comunes. Ustedes han tenido conmigo una indulgencia que les

Johnson, el de *Mascarada de Reinas* de Ben Jonson y el de la traducción de la *Iliada*, escrito, como Pope solía escribir, en márgenes de cartas y respaldos de sobres. Es curioso pensar cuáles hubiesen sido los sentimientos de Macaulay si cuando andaba versificando y haciendo castillos en el aire por entre las glorietas de Barley Wood, ó los laureles reales de Aspenden, ó los jardines de Cambridge, le hubieran dicho que, andando el tiempo, ocuparía un lugar en tan noble compañía.



## CAPÍTULO X

1856-1858

Macaulay renuncia su puesto de representante por Edimburgo.—Se establece en Holly Lodge.—Su casa y su jardín.—Sus ideas sobre la hospitalidad.—*L'Almanach des Gourmands*.—Visitas.—Viajes continentales.—Chateaubriand.—Macaulay como hombre de negocios.—Su generosidad en cuestiones de dinero.—Su bondad para con sus parientes y los niños.—Galerías de pintura.—Macaulay como maestro.—Tributa un elogio á lord Palmerston.—Es nombrado par.—Cariño á su antigua Universidad.—Es elegido gran senescal del burgo de Cambridge.—Macaulay en la Cámara de los Lores.—Política francesa.—La insurrección india.—La toma de Delhi y el socorro de Lucknow.—El profesor Owen y el Museo Británico.—Temporada de ocio.—El tomo V de la *Historia*.—Artículos de Macaulay en la *Enciclopedia Británica*.—Su costumbre de aprender de memoria.—Lenguas extranjeras.—Maneras de distraerse.—Las consecuencias de la celebridad.—Trozos del Diario de Macaulay.—Sus tendencias conservadoras en literatura.—Su afición á la teología y á la historia eclesiástica.—Su devoción por la literatura.

El primer pensamiento de Macaulay en 1856 fué retirarse del Parlamento. Se despidió de sus electores de Edimburgo en una carta que, como dice su sucesor en la representación de la ciudad, fué recibida con «verdadera pena». «La experiencia de los últimos años—escribe—me ha convencido de que nunca podré volver á cumplir, ni aun de una manera imperfecta, los deberes que el público tiene derecho á exigir de todo miembro de la Cámara de los Comunes. Ustedes han tenido conmigo una indulgencia que les

da derecho á mi más viva gratitud. Si un corto número de mis comitentes me hubiese insinuado el deseo de que renunciara, hubiera creído de mi deber deferir á ese deseo. Pero ni de un solo elector he recibido jamás una línea de reconvención ó de queja.» Esta carta fué enviada el 19 de Enero; y el 2 de Febrero apunta en su Diario: «He recibido una carta del preboste de Edimburgo con un mensaje de los electores votado por unanimidad en un gran *meeting*. Me ha conmovido de veras.»

Y ahora Macaulay, cediendo, aunque tarde, al consejo de todos los que se interesaban por su bienestar, empezó á disfrutar del descanso á que tenía tanto derecho. Más de una vez había pensado trasladar sus cuarteles á una residencia mejor para el estado de su salud que las habitaciones de un segundo piso entre Vigo Street y Piccadilly. En una época había tenido la ilusión de alquilar una de las nuevas quintas de los alrededores de Weybridge, y en otra se había inclinado á adquirir casa y terrenos en la «querida Clapham». Pero en Enero de 1856 el deán Milman le escribió participándole que estaba anunciado el arrendamiento de una casa muy bonita, con jardín, en Kensington. El efecto inmediato de esta carta fué inducir á Macaulay á leer nuevamente el libro de su antiguo amigo. «Empecé—dice—el *Cristianismo latino*, de Milman, y me impresionó más que nunca el contraste entre el fondo y el estilo. El fondo es excelente. El estilo es otra cosa muy distinta.» Al día siguiente recibió carta de la duquesa de Argyll, que, conociendo el sitio en cuestión como sólo podía conocerle un vecino inmediato, le instaba á no desperdiciar ocasión tan excelente. En su consecuencia, el 23 de Enero dice Macaulay: «Fuí con Ana y Margarita á

ver la casa sobre la cual me han escrito la duquesa y el deán. Es en muchos sentidos lo que yo busco; pero debo ver más y pensar más antes de decidirme.» No tardó en convencerse de que había dado con lo que necesitaba. Sin más dilación cerró el trato, y, después de largas y sabrosas discusiones domésticas, alhajó su nueva morada de acuerdo con los gustos de su hermana y con sus propias ideas acerca de las comodidades de la vida.

1.º de Mayo de 1856.—Se acerca la mudanza. Después de pasar quince años felices en Albany, me dispongo á abandonarle, triple de rico que cuando entré, y mucho más célebre; con menos salud, pero con afectos tan vivos y facultades tan vigorosas como siempre. Nada he perdido de lo más caro á mi corazón mientras he estado aquí. Han muerto buenos amigos, pero no formaban parte de mi círculo diario. Yo no espero de ninguna manera vivir quince años más. Si los vivo, no puedo prometerme que sean tan venturosos como los quince últimos. La mudanza me pone triste, y más me entristecería, si no fuese por lo muy desagradablemente que he vivido durante la última semana. Los libros han desaparecido, y la estantería parece un esqueleto. Mañana me despido definitivamente de este cuarto, donde he pasado la mayor parte de las horas de vigilia de tantos años. Ya ha cambiado su aspecto. Es el cadáver de lo que era el domingo. Aborrezco las separaciones. Hoy, al subir jadeante y rendido la interminable escalera, pensé que era por última vez, y se me saltaron las lágrimas. Tuve una alegría al fin de esta fatigosa escalera. Vino á comer Ellis—la última de cuatrocientas ó más comidas que hemos tenido en este cuarto.—Después á la cama. Todo lo que hago me impresiona con la idea de que

es por última vez. Día vendrá que será el último de veras.

Recuerdo bien que, hacia ese período, solía hablar mi tío de la afinidad que existe entre nuestros sentimientos hacia las casas y nuestros sentimientos hacia las personas. En otro tiempo (decía) nada me hubiera reconciliado con la idea de salir de Albany; pero, cuando vuelvo, y veo los cuartos desmantelados, y las librerías vacías, y el sitio todo como una sombra de lo que fué, comprendo que nunca será demasiado pronto para que venga el fin. Y luego hablaba de esos tristes cambios, obra de la edad y de la enfermedad, que nos preparan insensible y aun piadosamente á la pérdida de aquellas personas de quienes en otro tiempo no podíamos pensar en separarnos. Lo decía por un amigo muy querido que atravesaba entonces silenciosa y lentamente el vestíbulo de la muerte. El día 13 de Febrero de aquel año dice: Fuí á ver al pobre Hallam. Le encontré clavado en su sofá, sin poder moverse. Hace mucho tiempo que no ha podido escribir de una manera legible. Pero en la conversación que tuvimos, aunque no era, ni con mucho, para poder formar juicio, no reveló ninguna falta de memoria ni de comprensión. ¡Pobrecillo! Yo procuré aparecer risueño; pero estaba traspasado de dolor. Que yo no viva, cuando á mi llama falte aceite, para ser irrisión de los espíritus ruines. Ruines deben ser, en efecto, los que se rían en caso semejante (1).

(1) Mr. Hallam vivió hasta 1859. En el Diario de ese año escribió Macaulay: «¡Pobre Hallam! Para mí murió hace algunos años. Entonces le eché de menos mucho y frecuentemente. Ahora apenas se nota la pérdida. Me inclino á creer que difícilmente hay una separación, ni aun de aquellas que laceran el alma y ocasionan suicidios, que no pueda llegar á hacerse tolerable por una

Macaulay se hallaba alojado al fin como sus amigos deseaban. No podía haber hecho mejor elección. Holly Lodge, llamado ahora Airlie Lodge, ocupa el rincón más apartado del pequeño laberinto de caminos que, limitado al Este por los Jardines del Palacio y al Oeste por Holland House, constituye el distrito conocido con el nombre de Campden Hill. La *villa*—porque es una *villa*—se halla enclavada en un sitio de aspecto tan rural como el que presentan aún Roehampton y East Shen, y como el que presentaban veinte años hace Wandsworth y Streatham; y Macaulay no tenía allí más vecino que el duque de Argyll, que vivía tan retiradamente como él y por las mismas razones.

Las piezas de Holly Lodge eran pequeñas en su mayoría; pero la casa ofrecía cumplidamente los dos requisitos indispensables para el ideal de felicidad de un autor: una biblioteca y un jardín. La biblioteca era una pieza cómoda y espaciosa, ampliada, á la antigua usanza, por un espacio con columnas. Era un retiro abrigado y alegre en invierno; y en verano ofrecía un aliciente irresistible para salir de entre los estantes de libros hacia un prado digno de la quinta de recreo de un lord teniente. En el jardín no había nada que excediese de treinta pies de altura; pero cuanto puede esperarse, en punto á sombra, aroma y colores, de masas de acebos, de laureles y de espinos, de bosques de soberbios rosales y de bóvedas de lilas y citisos, eso lo había en profusión. Y no eran perdidos para el dueño los encantos de la finca. «¡Cuánto me deleita—dice—mi pequeño paraíso de arbustos y de césped!» «No recuerdo un Mayo semejante—escribe pérdida gradual. Durante esa extinción se sufrirá mucho, pero no con gran agudeza en ningún momento.»

en 1857.—Esto es delicioso. Las lilas están ahora completamente cuajadas de flor; los citisos casi completamente. Las brillantes flores rojas de mi espino favorito empezaron á abrir ayer. Hoy están hermosas. Mañana todo el árbol será un esplendor.» En Septiembre, recién llegado de una excursión por el Mosela y el Rhin, por el valle de Vaucluse y los Alpes italianos, escribe con alborozo: «Mi jardín es verdaderamente encantador. Las flores son menos brillantes que cuando me marché; pero el césped es una perfecta esmeralda. Todas las comarcas que he visitado no pueden presentar tan suave y rico tapiz de hierba como el mío.»

La belleza de las cosas que le rodeaban, unida al sentimiento nuevo de la posesión, inspiraron interés á Macaulay por menudencias de la vida diaria á que había permanecido extraño hasta allí. Empezó á sentir el afán del propietario por ver las cosas con orden dentro y fuera. En un lugar dice: «Hoy despejé mis mesas de un montón de libros y folletos. Hay que llevar el despejo mucho más adelante. El tiempo que se emplea en eso no es tiempo perdido. Es, como diría Bacon, *luciferum*, si no directamente *fructiferum*.» Una de las consecuencias más felices de este cambio de residencia fué el acostumbrarse, aunque sólo fuese durante diez minutos al día, á hacer algo más que escribir, hablar y leer. Hay que convenir en que sus hazañas en jardinería fueron bastante humildes. Sus primeros ensayos no sólo distaban mucho de cuanto se consigna de horticultores científicos como Pope y Shenstone, sino que hubiesen podido provocar el compasivo desdén de Wordsworth y de Cowper. «He mandado (dice) desembarazar las lilas de ramaje seco y limpiar el césped de dientes de león», y poco después:

«Di un paseo de una hora y exterminé todos los dientes de león que habían brotado desde ayer» (1). Pero no tardó en ser más ambicioso. «He elegido sitios para macizos de rododendros y he mandado poner solanos trepadores en mi *xystus*» (2). El día de Navidad de 1856 escribe á su hermana Francisca. «Las fiestas interrumpen mi jardinería. Me he hecho jardinero—maestro jardinero, se supone, no simple trabajador.—Acabo de poner solanos alrededor de mis ventanas y de formar macizos de rododendros alrededor de mi fuente. Dentro de tres ó cuatro veranos, si vivo hasta entonces, puedo esperar ver el fruto de mis afanes.»

La hospitalidad en Holly Lodge ofrecía un atractivo especial. Macaulay no era epicúreo para sí. En los tiempos del *bill* de reforma, como revelan muchos pasajes de sus cartas, disfrutaba de un banquete en casa de un ministro ó de un magnate de la City con todo el deleite de un estudiante hambriento; pero jamás hubo

(1) Esas desgraciadas escardas representan un papel importante en la correspondencia de Macaulay con su sobrina menor. «Mi querida Alicita—escribe:—Me olvidé por completo de la carta ofrecida, pero te aseguro que no te has apartado de mi pensamiento durante tres horas seguidas. Realmente ha habido pocas cosas que pudieran apartarte á ti y á los tuyos de mi pensamiento, porque estos últimos días he vivido como Robinson Crusoe, en su isla desierta. No he tenido á mi lado más amigos que mis libros y mis flores, ni más enemigos que esos execrables dientes de león. Creí que estaba libre de los villanos; pero anteayer, cuando subí y miré desde mi ventana, ví vueltas hacia mí seis de sus descocadas carotas amarillas. «Aguardad nada más á que yo bajé», dije. ¡Cóm! los arranqué! ¡Cómo me gocé en su destrucción! ¡Es cristiano odiar tan ferozmente á un diente de león? He ahí una cuestión interesante de casuística.»

(2) La palabra *xystus* era una reminiscencia de las cartas de Cicerón y Plinio. Según el doctor William Smith, significa «un pórtico destinado á recreo, conversación y discusión filosófica».

una época en que sus necesidades diarias no se viesan satisfechas ampliamente con un par de huevos y su café por la mañana y una comida como la que se sirve en cualquier establecimiento aceptable. Sin embargo, no se avenía á sentar á nadie á su mesa, así fuese un niño, sin ofrecerle algo que se pareciera á un festín. Generalmente elegía, por una preferencia casi instintiva, platos de reputación consagrada, y, si cabe decir, histórica. Le gustaba atestiguar su amistad hacia los disidentes agasajando á sus comensales con una rueda de ternera, que él diputaba por el plato sacramental del domingo entre las buenas familias no conformistas de los antiguos tiempos. Más le gustaba aún demostrar su fidelidad á la Iglesia guardando sus fiestas y observando sus ayunos, hasta donde cabía observarlos con las adiciones que hacía á la comida ordinaria. Un día de San Miguel en que no comía ganso, ó le comía en la soledad, no era un día de San Miguel para él; y en Nochebuena no faltaba nunca en nuestra casa el abadejo, el barril de ostras y el pavo de más libras que podía encontrarse. Si convidaba á un par de escolares que sabían explicar la cuarta sátira de Juvenal, los recompensaba por su aplicación con un plato de mújol que hubiera podido presentarse en la mesa de un augur. Si llegaba á tener por comensales algunos de sus contemporáneos de Cambridge, procuraba que no echasen de menos las despensas de la Trinidad. «Le agradecería á usted mucho—escribe á Mr. Ellis—que me enviase una ó dos botellas de esa excelente cerveza «universitaria» que me dió usted la última vez que comimos juntos. Yo le mandaré en cambio dos botellas que necesitan tiempo aún para estar en su punto. Le hago esta petición, porque mis convidados del martes serán antiguos alumnos de

la Trinidad, y desearía darles algo de nuestro néctar.»

Habla que oír á Macaulay cuando le daba por sazonar una comida de familia con una serie de citas del *Almanach des Gourmands*—ese maravilloso monumento del goce desenfrenado que reinaba en la sociedad francesa después de la Revolución.—Se sabía de memoria las humoradas y extravagancias más notables, diseminadas en los ocho tomitos; y siempre estaba pronto á acometer la hazaña de detallar las ceremonias de un banquete parisiense, desde esas complicaciones preliminares «que les personnes bien avisées ont l'attention d'abrèger en mettant d'avance le nom de chaque convive sur chaque couvert, dans l'ordre de leur appétit connu ou presumé», hasta la «visite de digestion» del día siguiente, cuya duración se suponía que debía de ser proporcionada á la excelencia del convite. Podía seguir toda la serie de pormenores de la comida, desde el «potage brûlant, tel qu'il doit être» hasta el «biscuit d'ivrogne», teniendo cuidado de imprimir en los oídos rebeldes de sus más jóvenes oyentes que «tout bon mangeur a fini son diner après le rôti». Nos aseguraba, apoyado en la misma alta autoridad que, después de la sexta decena, las ostras cesaban de excitar el apetito; y nos repetía con gran deleite el período que cierra la descripción de un almuerzo como el que, en los últimos años del siglo, se enorgullecía de dar un alto funcionario de la República: «Ceux qui veulent faire grandement les choses finissent par parfumer la bouche de leurs convives (ou plutôt de leurs amis, car c'est ainsi que s'appellent les convives d'un déjeuner) avec deux ou trois tasses de glaces; on se la rince ensuite avec un grand verre de marasquin; et puis chacun se



retire en hâte chez soi pour aller manger la soupe» (1).

Hay que convenir en que aun un «grand déjeuner» en el hotel de Cambaceres ó de Barras difícilmente hubiera podido prolongarse más tiempo que un almuerzo en Holly Lodge; pero los comensales de Macaulay se detenían en la mesa por atractivos menos materiales que los que ofrecían los anfitriones del Directorio y del Consulado. Mucho tiempo después de olvidada la comida, el círculo seguía pendiente de los labios de Macaulay, mientras él recorría asunto tras asunto y sacaba de los estantes libro tras libro, hasta que el sol del medio día invitaba á todos á dar una vuelta por el jardín, tan alegre con su atavío de invierno que parecía «muy digno de gozarse» aun al señor de Castle Howard. Lord Carlisle dice en su Diario el 19 de Setiembre de 1856: «Me dirigí á Campden Hill con una hermosa mañana. Me había convidado á almorzar allí David Dundas. Fui recibido con sorpresa, pero con gran cordialidad, por Macaulay. A una mención casual del león del escudo de Howard, sacó un volumen de Skelton con el dedo puesto en el pasaje. Luego vino una larga charada sobre Polifemo, que había leído en un periódico de 1825. Me pareció haber ganado en salud con su traslación á su agradable villa.»

Tan agradable era que su dueño no pensaba en

(1) Para Macaulay el pasaje favorito del *Almanach des Gourmands*, era el que prescribe el período (de una semana á seis meses, según la bondad de la comida), durante el cual los convidados no pueden hablar mal de sus huéspedes, el cual tiene, además, el privilegio de volver á atar sus lenguas, dirigiéndoles nuevas invitaciones antes de la expiración del plazo. «On conviendra que, de toutes les manières d' empêcher de mal parler de soi, celle-ci n'est pas la moins aimable.»

buscar recreo en ninguna otra parte. Meses pasaron sin que Macaulay apareciese en los círculos de Londres, y años transcurrieron sin que aceptase ninguna invitación á pasar temporadas en el campo con amigos ó conocidos. Una ó dos noches que estuvo en el castillo de Windsor y una ó dos visitas á lord Stanhope en su casa de Kent fueron casi las únicas excepciones de aquella regla, que le prescribía imperiosamente el estado de su salud y contra la cual no pensaban en rebelarse sus inclinaciones.

*Chevening 16 de Julio de 1856.*—Después del almuerzo, lord Stanhope, con mucha bondad y discreción, me dejó revolver su biblioteca. Hermosa biblioteca antigua, de quince mil volúmenes, según colijo: muy parecida, por su aspecto y por el carácter de sus obras, á una biblioteca de colegio. Estuve entretenido muy agradablemente hasta las dos de la tarde. Luego fuimos á visitar á Mountstuart Elphinstone, á seis millas de distancia. Le vi probablemente por última vez. Sigue siendo el mismo, aunque muy viejo y achacoso. Un gran hombre y de lo más cabal que he conocido. Por la noche vino á comer Darwin, geólogo y viajero.

*17 de Julio.*—Por la mañana, otra vez á la biblioteca. Por la tarde á un lindo trozo de terreno comunal que ha correspondido á lord Stanhope, según ley reciente: hermoso bosque y hermoso panorama. Mi Valentina estaba con nosotros, bailando entre las flores, cogiendo dedaleras y arándanos, y muy alegre y animada. Me gustan todas las niñas de esa edad por causa de mis sobrinas; y lady María es una criatura muy amable. Por la noche lord Stanhope me presentó una tragedia escrita por Pitt y su hermano lord Chatham en 1772: detestable, naturalmente; pero bas-

retire en hâte chez soi pour aller manger la soupe» (1).

Hay que convenir en que aun un «grand déjeuner» en el hotel de Cambaceres ó de Barras difícilmente hubiera podido prolongarse más tiempo que un almuerzo en Holly Lodge; pero los comensales de Macaulay se detenían en la mesa por atractivos menos materiales que los que ofrecían los anfitriones del Directorio y del Consulado. Mucho tiempo después de olvidada la comida, el círculo seguía pendiente de los labios de Macaulay, mientras él recorría asunto tras asunto y sacaba de los estantes libro tras libro, hasta que el sol del medio día invitaba á todos á dar una vuelta por el jardín, tan alegre con su atavío de invierno que parecía «muy digno de gozarse» aun al señor de Castle Howard. Lord Carlisle dice en su Diario el 19 de Setiembre de 1856: «Me dirigí á Campden Hill con una hermosa mañana. Me había convidado á almorzar allí David Dundas. Fui recibido con sorpresa, pero con gran cordialidad, por Macaulay. A una mención casual del león del escudo de Howard, sacó un volumen de Skelton con el dedo puesto en el pasaje. Luego vino una larga charada sobre Polifemo, que había leído en un periódico de 1825. Me pareció haber ganado en salud con su traslación á su agradable villa.»

Tan agradable era que su dueño no pensaba en

(1) Para Macaulay el pasaje favorito del *Almanach des Gourmands*, era el que prescribe el período (de una semana á seis meses, según la bondad de la comida), durante el cual los convidados no pueden hablar mal de sus huéspedes, el cual tiene, además, el privilegio de volver á atar sus lenguas, dirigiéndoles nuevas invitaciones antes de la expiración del plazo. «On conviendra que, de toutes les manières d' empêcher de mal parler de soi, celle-ci n'est pas la moins aimable.»

buscar recreo en ninguna otra parte. Meses pasaron sin que Macaulay apareciese en los círculos de Londres, y años transcurrieron sin que aceptase ninguna invitación á pasar temporadas en el campo con amigos ó conocidos. Una ó dos noches que estuvo en el castillo de Windsor y una ó dos visitas á lord Stanhope en su casa de Kent fueron casi las únicas excepciones de aquella regla, que le prescribía imperiosamente el estado de su salud y contra la cual no pensaban en rebelarse sus inclinaciones.

*Chevening 16 de Julio de 1856.*—Después del almuerzo, lord Stanhope, con mucha bondad y discreción, me dejó revolver su biblioteca. Hermosa biblioteca antigua, de quince mil volúmenes, según colijo: muy parecida, por su aspecto y por el carácter de sus obras, á una biblioteca de colegio. Estuve entretenido muy agradablemente hasta las dos de la tarde. Luego fuimos á visitar á Mountstuart Elphinstone, á seis millas de distancia. Le vi probablemente por última vez. Sigue siendo el mismo, aunque muy viejo y achacoso. Un gran hombre y de lo más cabal que he conocido. Por la noche vino á comer Darwin, geólogo y viajero.

*17 de Julio.*—Por la mañana, otra vez á la biblioteca. Por la tarde á un lindo trozo de terreno comunal que ha correspondido á lord Stanhope, según ley reciente: hermoso bosque y hermoso panorama. Mi Valentina estaba con nosotros, bailando entre las flores, cogiendo dedaleras y arándanos, y muy alegre y animada. Me gustan todas las niñas de esa edad por causa de mis sobrinas; y lady María es una criatura muy amable. Por la noche lord Stanhope me presentó una tragedia escrita por Pitt y su hermano lord Chatham en 1772: detestable, naturalmente; pero bas-

tante buena para un muchacho de trece años. Es raro que no haya nada de amor en la trama: una disputa sobre una regencia durante la ausencia del rey y la minoría de su hijo el príncipe Floro. Había varios pasajes que me hicieron acordar de 1789.

En el Diario de Macaulay hay una noticia característica de una visita de invierno á Bowood.

31 de Enero.—Un día de helada, despejado. Lord Lansdowne propuso un paseo, y subimos al cerro donde están la antigua mota y el tejo. El camino atraviesa un perfecto pantano de desesperación (1). Yo, como Pliable, me hubiese vuelto; pero el valor de lady Mahon me avergonzó. Después del *lunch* me fuí á pasear solo por los jardines; pero me importunaba un maldito perro muy sociable, del que no lograba verme libre. Me dirigí á un plantío cercado, con puertas á uno y otro extremo, y dejé fuera al animal; pero él comprendió perfectamente mi táctica—¡malhaya su inteligencial—y me esperó por la otra puerta. Después de pugnar en vano por quitármele de encima de ese modo, le dejé á él dentro y me quedé yo fuera. Cuando salí, vió que había sido vencido por la razón humana, y aulló de la manera más cómica que he oído en mi vida.

Habrá que creer, en obsequio de Macaulay, que los biógrafos de grandes hombres amantes de la compañía de los animales exageran las cosas cuando afirman que el cariño á los perros es la prueba más segura de un buen corazón. En 1850, hallándose en el campo con algunos amigos, escribe: «Después de almorzar salí á paseo con las jóvenes—muchachas delicadas é inteligentes.—Venía con nosotros un par de

(1) Alude al de la *Marcha de los Peregrinos*, de Buyan.—(N. DEL T.)

perros de malos humos, que ellas tenían el mal gusto de mimar como favoritos; por manera que disfrutamos de una rifa de perros, y nos faltó poco para presenciar otras dos ó tres agarradas sobre nuestras propias manos. ¡Cosa singular que personas juiciosas hallen placer en ir acompañadas por un animal que á cada paso echa á perder la conversación» (1). Bueno es decir que mi tío era muy cariñoso con el único perro que pudo necesitar de su bondad, un lindo *spaniel* mejicano, muy chiquito, que pertenecía á una de sus sobrinas. Agasajaba al animalejo exactamente lo

(1) En Julio de 1856 escribe Macaulay: «Fuí á Oatlands y me dirigí con Margarita y Alicia á un singularísimo monumento de la mentecatez humana. La duquesa de York había hecho un cementerio para sus perros. Se ve allí un arco de entrada como el de los cementerios de esa parte del país, una especie de capilla y sesenta y cuatro sepulturas de otros tantos perros de su alteza real. En algunos de esos mausoleos hay inscripciones en verso. Me sublevaba aquella extravagancia superlativa. Humanidad para con los animales inferiores la tengo, y practico yo en tan alto grado como cualquiera; pero no entra en mis aficiones hacer amigos entre los perros. Puedo comprender, no obstante, que aún un hombre sensato tenga pasión por un perro. ¡Pero sesenta y cuatro perros! Porque es difícil concebir que un corazón encierre afecto caluroso para sesenta y cuatro seres humanos. Yo había formado mejor opinión de la duquesa.» No es fácil decir si ganaría ó perdería esa opinión con algunas noticias que llegaron á él pocos días más adelante, estando comiendo con lord Lyveden, «muy agradablemente sentado entre dos excelentes mujeres: lady Morley y lady Dufferin». La última le dijo que ella y Mrs. Norton habían estado mucho en Oatlands cuando eran niñas de doce ó trece años; que los epitafios no eran, como Macaulay había supuesto, obra madura del genio de Lewis, sino producciones infantiles de ella y de su hermana; y que la multitud de sepulturas podía explicarse teniendo presente que llovían sobre la duquesa presentes de perros, que no quería rehusar, y que hubiesen convertido su casa en una perrera, si no los hubiese mandado al cementerio, dándoles una dosis de opio.

mismo que á los niños, llevándole golosinas y componiéndole versos durante un cuarto de hora seguido.

A pesar de lo poco que gustaba á Macaulay pasar el tiempo bajo el techo de otras personas, no ponía ningún reparo á los hoteles, y menos á los hoteles extranjeros. Sólo una guerra continental ó la imposibilidad de disfrutar de la compañía de Mr. Ellis hubieran podido hacerle desistir de su excursión de otoño. En 1856 volvió á atravesar los Alpes, y fué á Milán á fines de Agosto. «Divisamos la catedral, y sentimos impaciencia de verla. Fuimos. Nunca me embelesó y asombró tanto ningún edificio, excepto San Pedro. La fachada principal es indudablemente un desatino; pero un desatino muy espléndido é imponente. ¡Pluguiera á los cielos que nuestros Soanes y Nashes y Wilkines hubiesen desatinado así!» Venecia, que desde la infancia había sido para él tan familiar como puede serlo una cosa por libros y pinturas, cuando al fin llegó á contemplarla en su triste grandeza, le pareció «extraña sobre toda ponderación». No dejó de admirar «la serie de palacios que surgen de las verdosas aguas, ahora decaídos, pero conservando aún muchos vestigios de su antigua magnificencia—ricas esculturas, incrustaciones de raros mármoles, reliquias de dorados y frescos.—De esas grandes mansiones apenas hay una tan moderna como la casa más antigua de St. James's Square. Muchas fueron edificadas, y animadas por brillante concurrencia, en los días de Enrique VIII y de Isabel; algunas en los días de Ricardo II y de Enrique IV. Porque Venecia era entonces, con respecto á Londres, lo que Londres es ahora con respecto á Sydney ó Toronto.»

La iglesia de San Marcos, sin dañar á su admiración por la gran basilica romana, le impresionó de un

modo que superaba á todas sus esperanzas. «No la juzgo, ni nadie puede juzgarla bella, y, sin embargo, jamás me cautivó tanto ningún edificio. Nunca vi un edificio, excepto San Pedro, donde me complaciese en pasar tantas horas. Hay algo que me atrae en los desdichados exámetros monásticos y en el raro y falso dibujo de las pinturas. Todo transporta el pensamiento á una remota edad, á un tiempo en que apenas eran conocidos en Italia Cicerón y Virgilio, á un tiempo, en comparación con el cual es moderno el de Policiano y aun el de Petrarca. Volví en el curso del día, y pasé una hora descifrando las historias de Moisés y José, y los lemas. Me entretuvieron tanto como solían entretenerme, cuando niño, las estampas de Biblias viejas.»

Después de su primera visita á la Academia, Macaulay hace algunas observaciones que casi tiemblo en transcribir, pensando en Mr. Ruskin. «La viveza del caliente colorido veneciano produce un efecto maravilloso. Pero hay pocas pinturas que, consideradas aisladamente como obras de arte, me proporcionen gran placer. Hay una eterna repetición de los mismos asuntos: nueve Sacras Familias, por ejemplo, en una estancia reducida. Además me choca y disgusta el absurdo monstruoso de juntar en una composición *Duces*, arcángeles, cardenales, apóstoles, personas de la Trinidad y miembros de un concilio. Un espectador que pueda olvidar tales faltas en obsequio á la hábil distribución de tintas rojas y verdes, debe, á mi juicio, haber educado sus ojos á expensas de su inteligencia.» Macaulay dedicó al Palacio ducal el último día que pasó en Venecia. «Me indigné—escribe—más de lo que acierto á decir, al ver, no sólo que se había dejado perecer el legado de libros de Petrarca, sino que la

biblioteca pública de Venecia no contenía un ejemplar de las grandes ediciones Aldus de los clásicos griegos. Siento dejar, supongo que por siempre, esta ciudad fascinadora. Ahora puedo usar á menudo las palabras «por siempre», cuando me separo de algo.»

Sus sobrinas le habían recomendado que recogiese pormenores sobre la tumba de Julieta; y, en su consecuencia, las escribe desde Verona manifestándolas su placer de verse en una ciudad de tan incomparable riqueza de bellezas y recuerdos. «Hay un anfiteatro, que quizá frecuentó Plinio; grandes y antiguos palacios y torres, obra de príncipes contemporáneos de nuestro Eduardo I, y muy encantadora y airosa arquitectura del tiempo de Miguel Angel y Rafael; y todo esto en un espacio no mayor que Belgrave Square.»

Durante sus viajes por el continente Macaulay siempre se imponía la tarea de leer la literatura del país. Empezó su excursión italiana con las Cartas de Cicerón (1), y la terminó con *I Promessi Sposi*. Acabé la novela de Manzoni, no sin derramar muchas lágrimas. La escena entre el arzobispo y D. Abbondio es de lo más elevado que conozco. La escena de despedida entre los novios y el Padre Cristóforo es muy conmovedora. Si la Iglesia de Roma fuese realmente como Manzoni la pinta, me darían tentaciones de seguir el ejemplo de Newman.

Al año siguiente, atravesando Francia con dirección á las ciudades del Rhin y del Mosela, compró en

(1) He estado leyendo—dice—esas cartas de Cicerón que fueron escritas después de haber tomado César las armas. ¡Qué materiales para la historia! ¡Qué pintura de un espíritu que bien merece ser estudiado! Nunca me interesó más ninguna novela. A pesar de lo mucho que las he leído, parece nueva cada frase.

el camino el *Genio del Cristianismo* de Chateaubriand. Me asombré—dice—de lo poquísimo que el libro vale, en fondo y forma. Puede que el lenguaje sea bello en lo que toca á la simple elección y ordenación de las palabras. Pero en los atractivos superiores del estilo, en los que afectan á extranjeros lo mismo que á nacionales—esos atractivos que nos deleitan en Platón, en Demóstenes y en Pascal—se nota una deficiencia deplorable. En cuando al fondo, está por bajo de toda crítica. Sin embargo, he oído á hombres, que valen diez veces más que Chateaubriand, hablar de él como del primero de los escritores franceses. Era simplemente un gran embaucador (*humbug*).

El último de Febrero de 1856 escribe Macaulay en su Diario: Vino Logman. Hay que reimprimir. Es portentoso. ¡Veintiséis mil quinientos ejemplares vendidos en diez semanas! No me asombraría de ganar este año con la literatura veinte mil libras. Ya es algo, si se considera que hace veinte años no tenía absolutamente nada después de pagar mis deudas, y que todo lo que poseo, con excepción de una pequeña parte legada por mi tío el general, me lo he ganado yo, y ganado fácil y honradamente, mediante trabajos que eran un placer para mí, y sin que nadie haya podido decir que yo no era desprendido en cuestiones pecuniarias.

7 de Marzo.—Longman trajo una noticia muy agradable. El y sus socios juzgan que están sobrados de dinero, y creen que no pueden invertirle mejor que anticipándome parte de lo que me deberán en Diciembre. Convinimos en que la semana que viene pagarían veinte mil libras en la casa William. ¡Qué suma para ganada con una edición de un libro! Puedo decir ganada en un día! Pero ese fué el día de la cosecha.

biblioteca pública de Venecia no contenía un ejemplar de las grandes ediciones Aldus de los clásicos griegos. Siento dejar, supongo que por siempre, esta ciudad fascinadora. Ahora puedo usar á menudo las palabras «por siempre», cuando me separo de algo.»

Sus sobrinas le habían recomendado que recogiese pormenores sobre la tumba de Julieta; y, en su consecuencia, las escribe desde Verona manifestándolas su placer de verse en una ciudad de tan incomparable riqueza de bellezas y recuerdos. «Hay un anfiteatro, que quizá frecuentó Plinio; grandes y antiguos palacios y torres, obra de príncipes contemporáneos de nuestro Eduardo I, y muy encantadora y airosa arquitectura del tiempo de Miguel Angel y Rafael; y todo esto en un espacio no mayor que Belgrave Square.»

Durante sus viajes por el continente Macaulay siempre se imponía la tarea de leer la literatura del país. Empezó su excursión italiana con las Cartas de Cicerón (1), y la terminó con *I Promessi Sposi*. Acabé la novela de Manzoni, no sin derramar muchas lágrimas. La escena entre el arzobispo y D. Abbondio es de lo más elevado que conozco. La escena de despedida entre los novios y el Padre Cristóforo es muy conmovedora. Si la Iglesia de Roma fuese realmente como Manzoni la pinta, me darían tentaciones de seguir el ejemplo de Newman.

Al año siguiente, atravesando Francia con dirección á las ciudades del Rhin y del Mosela, compró en

(1) He estado leyendo—dice—esas cartas de Cicerón que fueron escritas después de haber tomado César las armas. ¡Qué materiales para la historia! ¡Qué pintura de un espíritu que bien merece ser estudiado! Nunca me interesó más ninguna novela. A pesar de lo mucho que las he leído, parece nueva cada frase.

el camino el *Genio del Cristianismo* de Chateaubriand. Me asombré—dice—de lo poquísimo que el libro vale, en fondo y forma. Puede que el lenguaje sea bello en lo que toca á la simple elección y ordenación de las palabras. Pero en los atractivos superiores del estilo, en los que afectan á extranjeros lo mismo que á nacionales—esos atractivos que nos deleitan en Platón, en Demóstenes y en Pascal—se nota una deficiencia deplorable. En cuando al fondo, está por bajo de toda crítica. Sin embargo, he oído á hombres, que valen diez veces más que Chateaubriand, hablar de él como del primero de los escritores franceses. Era simplemente un gran embaucador (*humbug*).

El último de Febrero de 1856 escribe Macaulay en su Diario: Vino Logman. Hay que reimprimir. Es portentoso. ¡Veintiséis mil quinientos ejemplares vendidos en diez semanas! No me asombraría de ganar este año con la literatura veinte mil libras. Ya es algo, si se considera que hace veinte años no tenía absolutamente nada después de pagar mis deudas, y que todo lo que poseo, con excepción de una pequeña parte legada por mi tío el general, me lo he ganado yo, y ganado fácil y honradamente, mediante trabajos que eran un placer para mí, y sin que nadie haya podido decir que yo no era desprendido en cuestiones pecuniarias.

7 de Marzo.—Longman trajo una noticia muy agradable. El y sus socios juzgan que están sobrados de dinero, y creen que no pueden invertirle mejor que anticipándome parte de lo que me deberán en Diciembre. Convinimos en que la semana que viene pagarían veinte mil libras en la casa William. ¡Qué suma para ganada con una edición de un libro! Puedo decir ganada en un día! Pero ese fué el día de la cosecha.

La obra había estado entre manos hacía cerca de siete años. Fui á Westbourne Terrace, y pasé allí una hora riendo y haciendo reír. Todos están muy contentos. Tienen tanta razón para estarlo como yo, que me alegro por ellos más que por mí, aunque celebros poder vivir holgadamente mis últimos años. Holgadamente, no obstante, hubiese vivido con una sexta parte de la renta que tendré ahora.

El cheque se conserva como una curiosidad en los archivos de la casa Logman. El negocio — dice Macaulay — no tiene precedentes en la historia del comercio de libros. Hoy fui á la City á dar instrucciones, y recibí cordiales enhorabuenas por ser un hombre acaudalado. Dije que tenía intenciones de ir á ofrecerme al Canciller de Exchequer para el próximo empréstito.

Macaulay era gran favorito de sus banqueros. Con Mr. Enrique Thornton, su antiguo amigo de colegio y entonces asociado á la casa Williams y Deacon, pasó más de una hora agradable en la sala trasera de Birchín Lane. «Tenía un juicio tan certero en negocios de la City como no lo vi nunca — decía Mr. Thornton. — Podíais seguirle á ciegas.» «Tengo una gran aptitud para las cuestiones económicas — escribe mi tío en su Diario — aunque pocos lo sospecharían. Me complazco en hacer de cabeza largas operaciones aritméticas. Cuando era secretario de Guerra, solía hallar distracción en los presupuestos del ejército. Generalmente hacía mis cálculos sin libro, excepto cuando había que llegar hasta los peniques.»

Macaulay arregló sus asuntos de modo que su manejo era para él un pasatiempo más que una fuente de enojo y de preocupaciones. Sus máximas económicas no podían ser más sencillas: tratar las ganancias ofi-

ciales y literarias como capital y pagar todas las cuentas á las veinticuatro horas. «Creo — dice — que el pago pronto es un deber moral, sabiendo como sé lo que cuesta un aplazamiento en tales cosas.» Como otros hombres que tienen más dinero que tiempo, su único libro de cuentas era el que su banquero llevaba por él; y para facilitarse á sí mismo su balance anual, condensaba en un par de estrofas una lista de sus gastos principales.

Macaulay gastaba regiamente su fortuna, si gastar regiamente es gastar en otros más que en uno mismo. Desde que empezó á disponer de dinero, casi todas las páginas de su Diario contienen pruebas de su inagotable generosidad.

Mrs. X... recurrió á mí, como decía, y como creo, sin conocimiento de su marido, para ayudarle en su profesión. Es eclesiástico, un buen eclesiástico, pero demasiado puritano para mi gusto. No pude prometer pedir favores al gobierno; pero le mandé veinticinco libras para ayudarle á sostener las hijas huérfanas de su hermano. Pienso pasarle la misma suma anualmente.» «Me he visto obligado á negar todo nuevo auxilio á Mrs. Y..., que ha recibido treinta y cinco libras en el curso de dos meses, y cuyas peticiones menudean más cada vez. Supongo que se resentirá amargamente por mi negativa. No he sacado otra cosa de hacer beneficios á nadie, salvo á mis más próximos parientes y amigos.» «Vino H... Le di tres guineas para su suscripción á la biblioteca. Poco dinero doy con tanta satisfacción. Por tres guineas al año libro á un joven muy bueno é inteligente de mucho mal y le hago mucho bien.» «Supongo — escribe á una de sus hermanas — que dirías á Mrs. Z... que no estaba incomodado con ella, porque hoy recibo carta suya pidiéndome dinero con

súplicas vehementes, y diciendo que, si soy insensible, su marido irá á la cárcel. La he mandado veinte libras—elevándose lo que ha recibido de mí, en pocos meses, á ciento treinta libras.—Pero la he dicho que su marido debe sufrir las consecuencias de sus actos, y que ella no debe esperar más ayuda de mí. Esa importunidad me ha excitado no poco». A la verdad, el tono en que algunas de esas personas acostumbraban á dirigirse á él, contrasta de una manera chocante con el respeto que el público en general le tributaba. «Ese desdichado K...—escribe—me ha mandado una carta injuriosa de petición en su estilo habitual. Afirma saber que he ganado treinta mil libras maltratando á buenas personas. ¿No le enviaré á él algo de eso?»

Haber escrito ó pretender haber escrito un libro, bueno ó malo, era el camino más breve y seguro para llegar al bolsillo de Macaulay. «He enviado algún dinero á Miss \*\*\*, una escritora adocenada, á quien ya socorri hace algún tiempo. Ultimamente he dado demasiado de prisa: cuarenta libras en cuatro ó cinco días. Tengo que acortar un poco.» «Otra vez. Mrs. \*\*\* pidiendo y suplicando.» «Es la última vez; una ejecución, etc., etc.» La enviaré cinco libras más. Esto hará cincuenta libras en pocos meses á una mala escritora á quien no he visto nunca.» «He recibido—escribe á Mr. Longman—una carta algo rara de una mujer que se dice esposa de Mr. D..., la autora de..., y fechada en Greenwich. Ahora bien: he recibido ya una ó dos veces cartas semejantes, que después resultaron ser falsificaciones. Envié diez libras á una supuesta María Howitt, que se quejaba de que una desgracia imprevista había reducido á la pobreza, y no puedo menos de sospechar habérmelas ahora con una supuesta Mrs. D... Con todo, si la autora de... se halla

apurada realmente, me alegraría de ayudarla, aunque no soy admirador de su poesía. ¿Puede usted averiguar si realmente vive en Greenwich? Si es así, la enviaré unas cuantas libras. Si no, pondré á la política en movimiento.» El reverendo Mr. Federico Arnold refiere el caso de un caballero alemán, marido de una señora distinguida en la literatura, que había descendido de la abundancia á una inesperada pobreza. Recurrió á Macaulay, y, en vez de la guinea que se atrevió á esperar, se encontró inmediatamente con treinta libras. Durante el último año de la vida de mi tío fui á Holly Lodge para despedirme de él antes de volver á la Universidad. Me dijo que aquella misma mañana se le había presentado un sujeto con el nombre de un *fellow* de Cambridge, de cierto viso, aunque no mucho, en el mundo de las letras. Ese caballero (pues tal parecía) afirmaba hallarse en un apuro, y pidió auxilio pecuniario. Macaulay le dió cien libras. No bien había traspuesto los umbrales la visita, mi tío empezó á reflexionar que jamás había visto antes á semejante persona. En su consecuencia, me pidió que, tan pronto como volviese á Cambridge, hiciese averiguaciones con la mayor delicadeza posible, á fin de quedar él satisfecho de que, al querer aliviar las necesidades de un colega, no había recompensado la audacia de un caballero de industria.

Si así era con personas desconocidas, ya se comprende si acogería bien toda apelación á su liberalidad de quien tuviese algún derecho. Era generoso en su proceder con todos, grandes y pequeños. Por dondequiera que iba, para usar su propia expresión, procuraba que fuese bien recibido el hijo de su madre. Su servidumbre le adoraba de veras, y con razón sobrada, porque el mismo sir Walter Scot no fué un



amo más bueno. Con placer se sometía habitualmente á esos pequeños sacrificios con que un hombre generoso puede hacer tanto por asegurar el bienestar y granjearse el afecto de los que le rodean: ya saliendo, hiciera el tiempo que quisiese, á su comida semanal del club, para dejar á sus criados la noche del domingo; ya haciendo arreglos que les permitiesen disfrutar y prolongar sus días de asueto, ó consintiéndoles, si lo preferían, tener á sus parientes en la casa durante un mes seguido. «Hoy—dice—se fueron Guillermo é Isabel á buscar al padre de Guillermo. Estando escribiendo, llegan los viajeros; el viejo con un bastón. ¡Bien! Es bueno dar gusto y demostrar simpatía. No hay vanidad en decir que soy un buen amo.»

Sería superfluo insistir en la conducta de Macaulay hacia aquellos con quienes estaba unido por los lazos de la sangre y por los recuerdos de los primeros días no exentos de pobreza y de pena. Baste decir que se miraba como el jefe de la familia, como el obligado á velar hablando claramente por que todos sus hermanos y hermanas no lo pasasen mucho peor que si su padre hubiese muerto en la prosperidad. Sólo en este sentido se miraba como padre. En su conducta ordinaria nadie había que descubriese en él el bienhechor de sus próximos parientes. Nunca se entrometía en nada; nunca pedía que se consultase su gusto ó su parecer; y, en cambio, respetaba mucho las opiniones y hasta los caprichos de los demás. Con la omisión de dos solas palabras, puede aplicársele justamente el elogio que hizo de otro autor famoso una persona que tenía la mejor de las razones para saber que era merecido. «Es fortuna de Southey, casi sin ejemplo, poseer las mejores prendas del talento y del genio, sin ninguno de sus defectos característicos. Como hijo,

hermano, marido, padre, amo y amigo, procede de una manera ejemplar, sin la menor ostentación (1).»

Grato es pensar que la bondad de Macaulay fué pagada, hasta donde podía serlo, con gratitud y cariño. El estaba contento con la parte de felicidad doméstica que le había cabido en suerte. Mañana—dice en un lugar—los Trevelyans van á Weybridge. Siento estas separaciones, aunque sean por corto tiempo y á corta distancia; pero ¡feliz la vida cuyos infortunios son estos! De calamidades más graves y separaciones más largas se vió libre felizmente—muy felizmente, porque, como pronto se verá, no estaba en situación de soportarlas.—Ya veía él con pena que las enfermedades que sufría habían relajado la elasticidad de su temple, minado su poder de resistencia para el sufrimiento y hecho su felicidad más dependiente que nunca de la permanencia de bienes que ninguna previsión humana puede garantizar. El deseo que más frecuentemente asomaba á sus labios era no sobrevivir á los que amaba. ¡Plegue á Dios—escribe en 1.º de Enero de 1858—que, si mi querido círculo ha de mermarse este año por alguna muerte, sea por la mía! No es que esté cansado de vivir. Estoy lejos de ser insensible al placer de tener fama, posición y esta opulencia que he adqui-

(1) Este pasaje es de una carta escrita por Coleridge, que forma parte de la interesantísima colección publicada por Mr. Cottle, el librero de Bristol. La correspondencia ofrece una pintura seductora del heroísmo silencioso é inconsciente de Southey. «Creo—decía una vez, y su vida demostró cuán verdaderamente lo creía—que el deber y la felicidad son inseparables.» Ni él ni Macaulay reivindicaron lo que se llama los «privilegios del genio». En una nota al margen de las *Anécdotas literarias* de Nichols, dice mi tío. «Genio: ¿Qué tenía que ver con el genio Percival Stockdale? Pero, aun concediéndole, disculpar la inmoralidad con el genio, es disculpa bien pobre, y las nueve décimas de los que la alegan son zotes.»

rido á lo último. En su imaginación se había grabado profundamente una antigua imprecación romana que había visto tiempo hacia en una galería de inscripciones: *Ultimus suorum moriatur*. ¡Tremenda maldición!

Una vez, sólo una durante muchos años, tuvo verdadero motivo de alarma.

29 de Enero de 1855.—El golpe más rudo que he sufrido desde Enero de 1835 (1). Una esquela de Margarita diciendo que Ana tiene la escarlatina. Margarita está expuesta también. Me quedé completamente trastornado. Me suplicaban que no fuese, pero yo no pude quedarme. Las vi á las dos y me consolé mucho. Parece que está conjurada la crisis y que había pasado lo peor antes de que fuese conocida la naturaleza de la enfermedad. Pocos días después dice: «Fuí á Westbourne Terrace y vi á Margarita. Empecé á ponerme nervioso por ella ahora que su madre se ha salvado. ¡Ay, que yo me haya apegado tanto á lo que tan fácilmente puede perderse! ¡Sin embargo, no querría que las cosas hubiesen pasado de otro modo!»

Seguramente no tenía motivos para desear que hubiesen pasado de otro modo, porque gozaba de la satisfacción de ver, no sólo que su afecto era apreciado y correspondido, sino que aquellos á quienes él idolatraba no se cansaban nunca de su compañía. Su conversación, nutrida y variada siempre, y á menudo apasionada y profunda, nunca estaba fuera del alcance de su auditorio; como orador que era de naci-

(1) En Enero de 1835 fué cuando supo la muerte de su hermana menor. En Abril de 1856 escribe: «Pasé el día quemando y arreglando papeles. Algunas cosas que tropezaron mis ojos me anonadaron un momento. Margarita. ¡Ay! ¡Ay!... ¡Pensar que ha muerto hace cerca de veintidós años, y la lloro como si fuese ayer!»

miento, procuraba sin esfuerzo aparente que cada frase que pronunciaba penetrase en la inteligencia de todo el que le oía. Era admirable con los niños. Infinidad de pasajes de su Diario y correspondencia prueban lo íntimamente que los observaba, lo bien que los entendía, y cómo, despierto ó dormido, jamás se apartaban de su pensamiento. En una carta á Mr. Ellis hace mención de un sueño que tuvo acerca de su sobrina menor, un sueño «tan vivo que tengo que contarle. Vino á mí con cara contrita, y me dijo que tenía que confesar un gran pecado; que el Diario de Pepys era una falsificación, y que le había forjado ella. «¡Qué! Yo he estado citando en artículos y en mi Historia una superchería tuya como un libro de la más alta autoridad. ¿Cómo podré volver á levantar nunca la cabeza?» Desperté con el terror, sintiendo aún en mis oídos la voz suplicante de la pobre Alicia.» De vez en cuando manifiesta su deseo de tener una conversación seria, familiarmente, y «sin las formas de una lección», con alguno de los muchachos que especialmente le interesaban. Sus lecciones no eran, en verdad, ni frecuentes ni formidables. Recuerdo confusamente una vez que quiso avergonzarme por una veleidad de holgazanería, poniéndose él como un ejemplo terrible del abandono de las matemáticas. No hay que creer, sin embargo, que Macaulay contemplase y consintiese á los niños que más quería. Al contrario, tenía ideas muy estrechas de lo que debía ser su conducta, y allá, á su modo, con calma, se tomó no poco trabajo por dirigir sus inclinaciones. Le apenaba visiblemente en los muchachos toda manifestación de terquedad, de mal genio, y, sobre todo, de egoísmo. Pero rara vez necesitaba expresar verbalmente su desaprobación. Su influencia sobre

rido á lo último. En su imaginación se había grabado profundamente una antigua imprecación romana que había visto tiempo hacia en una galería de inscripciones: *Ultimus suorum moriatur*. ¡Tremenda maldición!

Una vez, sólo una durante muchos años, tuvo verdadero motivo de alarma.

29 de Enero de 1855.—El golpe más rudo que he sufrido desde Enero de 1835 (1). Una esquila de Margarita diciendo que Ana tiene la escarlatina. Margarita está expuesta también. Me quedé completamente trastornado. Me suplicaban que no fuese, pero yo no pude quedarme. Las vi á las dos y me consolé mucho. Parece que está conjurada la crisis y que había pasado lo peor antes de que fuese conocida la naturaleza de la enfermedad. Pocos días después dice: «Fuí á Westbourne Terrace y vi á Margarita. Empecé á ponerme nervioso por ella ahora que su madre se ha salvado. ¡Ay, que yo me haya apegado tanto á lo que tan fácilmente puede perderse! ¡Sin embargo, no querría que las cosas hubiesen pasado de otro modo!»

Seguramente no tenía motivos para desear que hubiesen pasado de otro modo, porque gozaba de la satisfacción de ver, no sólo que su afecto era apreciado y correspondido, sino que aquellos á quienes él idolatraba no se cansaban nunca de su compañía. Su conversación, nutrida y variada siempre, y á menudo apasionada y profunda, nunca estaba fuera del alcance de su auditorio; como orador que era de naci-

(1) En Enero de 1835 fué cuando supo la muerte de su hermana menor. En Abril de 1856 escribe: «Pasé el día quemando y arreglando papeles. Algunas cosas que tropezaron mis ojos me anonadaron un momento. Margarita. ¡Ay! ¡Ay!... ¡Pensar que ha muerto hace cerca de veintidós años, y la lloro como si fuese ayer!»

miento, procuraba sin esfuerzo aparente que cada frase que pronunciaba penetrase en la inteligencia de todo el que le oía. Era admirable con los niños. Infinidad de pasajes de su Diario y correspondencia prueban lo íntimamente que los observaba, lo bien que los entendía, y cómo, despierto ó dormido, jamás se apartaban de su pensamiento. En una carta á Mr. Ellis hace mención de un sueño que tuvo acerca de su sobrina menor, un sueño «tan vivo que tengo que contarle. Vino á mí con cara contrita, y me dijo que tenía que confesar un gran pecado; que el Diario de Pepys era una falsificación, y que le había forjado ella. «¡Qué! Yo he estado citando en artículos y en mi Historia una superchería tuya como un libro de la más alta autoridad. ¿Cómo podré volver á levantar nunca la cabeza?» Desperté con el terror, sintiendo aún en mis oídos la voz suplicante de la pobre Alicia.» De vez en cuando manifiesta su deseo de tener una conversación seria, familiarmente, y «sin las formas de una lección», con alguno de los muchachos que especialmente le interesaban. Sus lecciones no eran, en verdad, ni frecuentes ni formidables. Recuerdo confusamente una vez que quiso avergonzarme por una veleidad de holgazanería, poniéndose él como un ejemplo terrible del abandono de las matemáticas. No hay que creer, sin embargo, que Macaulay contemplase y consintiese á los niños que más quería. Al contrario, tenía ideas muy estrechas de lo que debía ser su conducta, y allá, á su modo, con calma, se tomó no poco trabajo por dirigir sus inclinaciones. Le apenaba visiblemente en los muchachos toda manifestación de terquedad, de mal genio, y, sobre todo, de egoísmo. Pero rara vez necesitaba expresar verbalmente su desaprobación. Su influencia sobre

nosotros era tan ilimitada, y tal nuestro temor de disgustar á quien nos trataba con cariño tan profundo y bondad tan manifiesta, que no cabía concebir castigo más tremendo que la conciencia de haber apesadumbrado á nuestro tío. Se reservaba, pues, sus censuras para los pecados menos graves de rimar viciosamente, de equivocar citas y cometer solecismos (ó lo que á él se le antojaba mirar como solecismos) en gramática, ortografía y acentuación—por ejemplo: escribir «Bosphorus» en vez de «Bosporus», y «Syren» en vez de «Siren», y, sobre todo, por pronunciar breve la penúltima sílaba de «Metamorphosis».—Este era nuestro mayor apuro, porque, á imitación de todo el mundo, nosotros procedíamos como rezaba una de las mejores anécdotas que nos refería del doctor Parr. Un caballero, á quien se censuró por nombrar la antigua capital de Egipto pronunciando «Alexandria», se escudó con la autoridad y el ejemplo del doctor Bentley. «El doctor Bentley y yo—replicó el doctor Parr, podemos llamarla «Alexandria», pero creo que usted haría mejor en llamarla «Alexandria».

En los últimos años solía llevar á sus sobrinas á las galerías de pintura; y, aunque estaba lejos de ser una autoridad indiscutible en materias de arte, era, sin disputa, un Cicerone muy agradable. En pintura, como en muchas cosas, tenía sus simpatías y antipatías, y unas y otras muy profundas. En 1857 escribe: «Cunde el preraphaelismo. Me alegro, porque, en fuerza de extenderse, perecen tales afectaciones.» En el Museo de Frankfort vió «varias obras, que se miran como maestras, del moderno arte alemán: todas, á mi modo de ver, muy pobres. Hay un Daniel en la cueva de los leones, que es una vergüenza que se exhiba. No me gustó tampoco el Juan Huss, y aún menos la

detestable alegoría de Overbeck. Un paisaje de Stanfield ó un animal pintado por Landseer vale por todos los chafarrinones místicos de todos los alemanes.»

Macaulay miraba las pinturas como hombre de letras más que como inteligente, juzgándolas, más que por sus méritos técnicos, con referencia á la elección del asunto y al modo de tratarle. «Había un Salvador—(dice en un lugar)—que me agradó ver, porque se me había ocurrido su pensamiento en Horacio: una encina herida por el rayo, y los augures mirándola sobrecogidos.» En 1853 escribe: La Exposición era muy buena indudablemente: magníficos Landseer; un excelente Stanfield; un Roberts muy bueno. Bueno era Ward; pero noté una falta patente en su cuadro de la Ejecución de Montrose—una falta, inseparable quizá de tales asuntos.—Montrose era un hombre de mala figura, y Ward creyó necesario ser fiel al original, y quizás estaba en lo justo. Pero todas las demás figuras son imaginarias, y cada una notable á su modo. Resulta de aquí que la figura central, no sólo es mala en sí misma, sino que aparece peor por contraste. En cuadros donde todas las figuras sean imaginarias no pasará eso, ni tampoco en cuadros donde todas sean reales.» A las críticas de Macaulay sobre arte puede aplicarse quizá lo que él mismo dijo de los veredictos literarios del doctor Johnson: «Cuando menos, significan algo: elogio que no puede pretender mucho de lo que se llama crítica en nuestro tiempo.»

Macaulay puede no haber sido un guía de confianza en las altas regiones del arte, pero había una esfera de educación en que, como maestro, podía medirse con los mejores. Un muchacho cuyas lecturas clásicas dirigiese él podría ser perezoso, pero no indiferente á su tarea. Al más torpe tenía que inspirarle el fervor

de aquel hombre cuyo pensamiento estaba frecuentemente, durante semanas seguidas, más en el Lacio y en el Atica que en el Middlesex; que conocía la vida y el carácter de los grandes hombres de la antigüedad tan íntimamente como los de sus rivales del Parlamento ó sus colegas en el gabinete; para quien Cicerón era tan real como Peel, y Curión tanto como Stanley; que estaba tan familiarizado con su Luciano y sus Historias augustas como otros literatos con su Voltaire y su Pepys; que lloraba de emoción con Homero y de risa con Aristófanes, y que no podía leer el *De Corona*, ni aun por vigésima vez, sin golpear con el puño el brazo de su sillón una vez por minuto, cuando menos. Como él mismo dice de lord Somers, «había estudiado la literatura antigua como un hombre», y gozaba de ella como sólo podía hacerlo un poeta. No hay palabras que puedan dar idea del encanto que el vigoroso y sincero entusiasmo de Macaulay infundía en los libros ó sucesos que le provocaban y alimentaban, ni de la impresión permanente que dejaba ese entusiasmo en los espíritus que sufrían su influencia. Todas las conferencias que tuvimos como maestro y discípulo, y á las cuales se refieren multitud de apuntes de su Diario, están tan vivas en mi memoria como, si, en vez de datar de hace veinte años, se hubiesen verificado el último estío. «Volví á casa, y cogí una porción de libros para Jorge: Scapula, Ainsworth, Luciano, Quinto Curcio.» Y en otro lugar: «Jorge estaba en casa, con un golpe que le impedía ir á la escuela. Le di una lección sobre los metros trágicos, que le valdrá por un día de clase, si la aprovecha.» Su preocupación por mis clásicos cesó con las vacaciones, porque sabía que en la escuela estaba yo en buenas manos. En Diciembre de 1856 es-

cribe á su hermana: «Me alegro de veras de que Vaughan siga por ahora en Harrao. Después del próximo Octubre, cuanto antes le hagan obispo tanto mejor.» De esta última opinión participaban cuantos deseaban el bien de la iglesia de Inglaterra, con la excepción desgraciadísima del mismo doctor Vaughan.

Macaulay me escribía á Harrow con bastante frecuencia, cerrando sus cartas con una masa informe de lacre, que desafiando los reglamentos postales disimulaba á menudo una moneda de oro. «Se dice — empezaba una vez — que lo mejor de la carta de una señora está en la postdata. Lo mejor de la carta de un tío está debajo del sello.»

Tumbridge Wells, 1.º de Agosto de 1853.

Querido Jorge: Me alegro de que trabajes de firme. ¿Has leído alguna vez el *Paraiso perdido*? Si no, te aconsejaría que le leyese ahora, porque es el mejor comentario que conozco sobre el *Prometeo*. Había gran semejanza entre el genio de Esquilo y de Milton; y esto se ve muy palpablemente en esas dos maravillosas creaciones de la imaginación: *Prometeo* y *Satán*. No creo que Milton sacase el *Satán* del drama griego; porque, aunque era gran humanista, según la moda de su época, me sospecho que no dominaría bien á Esquilo. No puedes figurarte lo que han aumentado las facilidades para leer los autores griegos en los doscientos años últimos, lo mucho mejor que se imprime el texto ahora, y la mucha luz que han proyectado sobre los pasajes oscuros los trabajos sucesivos de hombres doctos. Yo me di cuenta de esto perfectamente cuando repasé en Althorp la magnífica colección de las ediciones Aldine de lord Spencer.

Multitud de pasajes, que ahora son completamente llanos, no eran más que sartas de disparates. Y no hubo escritor que padeciese más que Esquilo.

Nota, particularmente en el Prometeo, la magnífica historia del origen de las artes y las ciencias. Ese pasaje demuestra que Esquilo fué, no sólo un poeta de primer orden, sino un gran pensador. Es moda llamar á Eurípides poeta filosófico; pero yo no recuerdo en Eurípides nada tan filosófico como esa rápida enumeración de todos los descubrimientos é invenciones que constituyen la diferencia entre el hombre salvaje y el civilizado. La última parte de la obra es soberbia.

Aquí estoy muy atareado preparando para la estampa algunos de mis discursos; y durante el día no hago ninguna lectura más que cuando salgo á pasear, y entonces leo á Platón, uno de los cinco atenienses superiores. Los otros cuatro son tus amigos Esquilo y Tucídides, Sófoles y Demóstenes. No conozco un sexto ateniense que pueda añadirse á la lista. No están en ese caso ciertamente ni Eurípides, ni Jenofonte, ni Isócrates, ni Esquines. Pero me olvidaba de Aristófanes. Tanta mayor vergüenza para mí. Ese hace el sexto, y ya seguramente no puedo añadir á los seis ningún otro. ¡Cómo me entretengo en charlar sobre esta gente antigua, cuando debería estar pensando en otras cosas!

Siempre tuyo,

T. B. MACAULAY.

Durante mi último año de colegio, mi tío me dispensó el honor de convertirme en vehículo de un elogio á lord Palmerston. «El poema latino de Jorge—escribe á Mr. Ellis en la primavera de 1857—es un relato de

una excursión por el Rhin á imitación de la quinta sátira del primer libro de Horacio. El final no le gusta á Vaughan, y realmente no es bueno. Yo he indicado una terminación que me parece más afortunada. Los viajeros se ven complicados en un enredo en Heidelberg, y son detenidos. Ahora la cuestión es saber cómo librarlos. Aconsejo á Jorge que aparezca él mismo diciendo que es inglés y que habrá quien vele por que un ciudadano inglés sea tan respetado como un ciudadano romano. El nombre de Palmerston procura instantáneamente á los presos su libertad. Palmerston, como recordará usted, fué alumno de Harrow. Me ha ocurrido la siguiente terminación:

*Tantum valuit prae-nobile nomen,  
Quod noster collis, nostra haec sibi vindicat aula;  
Quod Scythia, quod tortâ redimitus tempora mitra  
Persa timet, atroque gerens Ser bella veneno.*

No hable usted de esto, porque pueden creer que he ayudado á Jorge, y no hay una línea en sus composiciones que no sea suya.

Puede concebirse en medio de qué tempestad de aplausos se recitarían en Harrow, esos briosos versos (que recuerdan quizá á Claudiano más que á Horacio) ante un auditorio tan orgulloso de Palmerston como pudo estarlo de Cannig un auditorio de Eton (1).

(1) Para explicar la alusión de los versos de Macaulay hay que recordar al lector que en Julio de 1857 estaban frescos aún los laureles rusos de Palmerston, y que en los últimos meses había llevado á feliz término el conflicto persa y empezado una guerra con China. Las hostilidades dieron principio con un atentado de un panadero de Hong-Kong, llamado Alum, que quiso envenenar á Sir John Bowring.

27 de Agosto de 1857.—Un gran día de mi vida. Me quedé en casa, muy triste por lo de la India (1). No es que dude del resultado; pero la noticia es desconsoladora. Me fui á comer, y apenas había empezado, cuando vino un mensajero con una carta de Palmers-ton, ofreciéndome la dignidad de par, con el beneplácito de la reina. Me quedé muy sorprendido. Quizá jamás se ha hecho tal ofrecimiento sin la menor solitud, directa ni indirecta, á un hombre de humilde origen y de modesta fortuna, que había abandonado hace tiempo la vida pública. No vacilé en aceptar, con mil expresiones de respeto y gratitud; pero Dios sabe que las pobres mujeres de Delhi y de Cawnpore me preocupan más que mi corona. Me fué preciso elegir un título de repente. Resolví ser barón Macaulay de Rothley. Allí he nacido; allí he vivido mucho; llevo el nombre de la familia que tuvo el señorío durante mucho tiempo; allí fué rector mi tío. Nadie puede quejarse de que tome el nombre de una aldea que no es propiedad de nadie ahora.

Macaulay salió del país el 1.º de Septiembre. Después de su regreso del continente, dice: «Ayer, al venir de la estación á Holly Lodge, entré en la Institución Real, y vi los periódicos de la última quincena. Mi elevación promueve una exclamación general de júbilo. Me satisface de veras ver lo bien que estoy con el público y que ha sido un paso afortunado para Palmers-ton el concederme á mí esta dignidad.» «Creo—escribe mi madre—que el haberle hecho par es una de las pocas cosas que aprobaba todo el mundo. No recuerdo ninguna opinión adversa. El se regocijaba de ello,

(1) Estaba entonces en su apogeo la insurrección de los cipayos. Empezaba á traslucirse en Inglaterra la verdad sobre el asunto de Cawnpore.

como le pasaba en todo, sencilla y cordialmente. Aquel verano hicimos una excursión al Tirol; y á la vuelta, yo y mis hijos, nos detuvimos en París para pasar unos cuantos días en el hotel del Louvre con tu tío y mister Ellis. Me acuerdo muchas veces de nuestra llegada á las once de la noche, de la mesa puesta que nos aguardaba, de su alegre recibimiento, y de cómo nos invitó á acertar la noticia que tenía, y de su desencanto al ver que yo la acerté inmediatamente. Luego lo que disfrutamos juntos: la última reunión completa, porque al año siguiente empezó el cambio, y el cambio ha sido después la regla de mi vida.

*Al Reverendo Dr. Whewell.*

Holly Lodge; Kensington, 9 de Octubre de 1857.

Mi querido maestro: Gracias por su bondad, que es lo que ha sido siempre. Desgraciadamente, yo estoy tan resfriado y Trevelyan tiene tanto que hacer, que ninguno de los dos podremos ir á Cambridge la semana próxima acompañando á nuestro mozo—porque á los dos nos interesa igualmente.—Es para mí una alegría el saber que ahora tengo un nuevo vínculo con la Trinidad.

Siempre suyo,

MACAULAY.

Mi tío había estado esperando mucho tiempo el período de mi residencia en la universidad como una ocasión para reanudar los antiguos recuerdos que tanto

27 de Agosto de 1857.—Un gran día de mi vida. Me quedé en casa, muy triste por lo de la India (1). No es que dude del resultado; pero la noticia es desconsoladora. Me fui á comer, y apenas había empezado, cuando vino un mensajero con una carta de Palmers-ton, ofreciéndome la dignidad de par, con el beneplácito de la reina. Me quedé muy sorprendido. Quizá jamás se ha hecho tal ofrecimiento sin la menor solitud, directa ni indirecta, á un hombre de humilde origen y de modesta fortuna, que había abandonado hace tiempo la vida pública. No vacilé en aceptar, con mil expresiones de respeto y gratitud; pero Dios sabe que las pobres mujeres de Delhi y de Cawnpore me preocupan más que mi corona. Me fué preciso elegir un título de repente. Resolví ser barón Macaulay de Rothley. Allí he nacido; allí he vivido mucho; llevo el nombre de la familia que tuvo el señorío durante mucho tiempo; allí fué rector mi tío. Nadie puede quejarse de que tome el nombre de una aldea que no es propiedad de nadie ahora.

Macaulay salió del país el 1.º de Septiembre. Después de su regreso del continente, dice: «Ayer, al venir de la estación á Holly Lodge, entré en la Institución Real, y vi los periódicos de la última quincena. Mi elevación promueve una exclamación general de júbilo. Me satisface de veras ver lo bien que estoy con el público y que ha sido un paso afortunado para Palmers-ton el concederme á mí esta dignidad.» «Creo—escribe mi madre—que el haberle hecho par es una de las pocas cosas que aprobaba todo el mundo. No recuerdo ninguna opinión adversa. El se regocijaba de ello,

(1) Estaba entonces en su apogeo la insurrección de los cipayos. Empezaba á traslucirse en Inglaterra la verdad sobre el asunto de Cawnpore.

como le pasaba en todo, sencilla y cordialmente. Aquel verano hicimos una excursión al Tirol; y á la vuelta, yo y mis hijos, nos detuvimos en París para pasar unos cuantos días en el hotel del Louvre con tu tío y mister Ellis. Me acuerdo muchas veces de nuestra llegada á las once de la noche, de la mesa puesta que nos aguardaba, de su alegre recibimiento, y de cómo nos invitó á acertar la noticia que tenía, y de su desencanto al ver que yo la acerté inmediatamente. Luego lo que disfrutamos juntos: la última reunión completa, porque al año siguiente empezó el cambio, y el cambio ha sido después la regla de mi vida.

*Al Reverendo Dr. Whewell.*

Holly Lodge; Kensington, 9 de Octubre de 1857.

Mi querido maestro: Gracias por su bondad, que es lo que ha sido siempre. Desgraciadamente, yo estoy tan resfriado y Trevelyan tiene tanto que hacer, que ninguno de los dos podremos ir á Cambridge la semana próxima acompañando á nuestro mozo—porque á los dos nos interesa igualmente.—Es para mí una alegría el saber que ahora tengo un nuevo vínculo con la Trinidad.

Siempre suyo,

MACAULAY.

Mi tío había estado esperando mucho tiempo el período de mi residencia en la universidad como una ocasión para reanudar los antiguos recuerdos que tanto



acariciaba, y que, después de treinta y cinco años, ocupaba tan gran puesto en su pensamiento como siempre. En este momento tengo ante mí su calendario de Cambridge para 1859. El libro está lleno de letra suya. Se tomó el trabajo de completar las listas de premiados, entre 1750 y 1835, con los nombres de todos los hombres distinguidos que recibieron el grado cada año, pero que, no alcanzando honores, no lograron la inmortalidad que puede conferir el calendario de Cambridge. Infinidad de anotaciones de su diario prueban que nunca cesó de enorgullecerse de haberse conquistado un nombre en la universidad. El 11 de Junio de 1857 escribe: «Comí con Milnes, y estuve sentado entre Thirlwall y Whewell: tres *fellows* de la Trinidad juntos, y no es poco para un colegio haber producido tales ejemplares en seis años, aunque yo lo diga.»

Si la veneración de Macaulay por las anécdotas personales referentes á las costumbres y hechos de estudiantes célebres hubiese de mirarse como una indicación de sus gustos, hay que creer que de buena gana hubiera vuelto á ser miembro de su antiguo colegio, llevando la vida de un *señor fellow*, tal como era, ó como él imaginaba que había sido, en los días de Porson, de Scholefield ó de Dobree. Con gusto (así lo creía al menos) hubiera pasado los veranos á orillas del Cam, publicando la *Farsalia*, confrontando los manuscritos de la *Hécuba* que figuran entre los tesoros de la biblioteca de la universidad, y «entreteniéndose con Trifodoro, los epigramas de Calimaco y las historias de Tácito».

En Mayo de 1858 me hizo la primera de las visitas que me habla enseñado á esperar con fuición desde que tuve la edad bastante para saber lo que era un co-

legio. Hasta muy avanzado el día entretuvo á varios estudiantes invitados al almuerzo, poniendo á contribución sus tesoros de datos sobre la historia, costumbres y tradiciones de la universidad. Pero, en medio de lo orgulloso que yo estaba de él, pocas cosas puedo recordar más dolorosas que el contraste entre el vigor de su inteligencia y su memoria y la gran debilidad de su cuerpo. En Julio de 1858 lord Carlisle manifestaba su pena «de ver á Macaulay muy quebrantado por la tos»; y en el mes de Mayo no eran menos visibles los síntomas del decaimiento de su salud. Con una inteligencia tan lozana todavía como cuando en 1820 ganó la toga azul en la Trinidad, y disputaba con Carlos Austin hasta las cuatro de la madrugada sobre los méritos comparativos del método inductivo y del método *à priori* en la política, era ya patente que un paseo por el puente de Clare y por la orilla del gran prado del colegio del Rey, á razón de media milla por hora, era un ejercicio demasiado rudo para sus fuerzas.

En el otoño de 1857 quedó vacante el puesto de gran Senescal del burgo de Cambridge por defunción del conde Fitzwilliam, y Macaulay fué elegido en su lugar por el voto unánime del Consejo de la Ciudad. «El cargo—dice—ha sido desempeñado por una serie de hombres de los más eminentes en la historia política y literaria: el protector Somerset; Dudley, duque de Northumberland, Ellesmere, Bacon, Coventry, Finch, Oliverio Cromwell, Clarendon y Russell. Muy pocos puestos han estado provistos de esa manera.» La ceremonia de la toma de posesión se aplazó para la primavera de 1858.

*Martes, 11 de Mayo.*—Llegué á Cambridge á las diez. El mayor fué á la estación á recibirme, y estuvo muy atento y cariñoso. Fui con él á la Casa Consistorial,

presté juramento, y luego fui introducido en el gran salón donde había preparado un banquete público. No había estado en ese salón desde 1820, cuando oí cantar allí á miss Stephens, y tomé parte en una furiosa contienda entre *God save the King* y *God save the Queen*. Había estado antes en ese salón. Asistí allí á dos reuniones de la Sociedad bíblica de Cambridge: la de 1813 y la de 1815. En la fecha de la última compré el *Waterloo* de Scott, que se acababa de publicar, y le leí regresando á Aspenden Hall, con una gran helada. Pero ¡qué manera de divagar! El salón parecía ahora más pequeño que entonces. Había unos cuarenta funcionarios municipales y otros tantos invitados, principalmente de la Universidad. El mayor brindó por mí de una manera muy lisonjera. Contesté concisamente, excusándome, con mucha verdad, de no ser más extenso por el estado de mi salud. Fui bien recibido, muy bien. Siguiéron varios discursos, diciendo el vicescanciller muy amablemente que yo era prenda de la continuación de la armonía existente entre la ciudad y la Universidad.

Macaulay tenía buenas razones para abstenerse de pronunciar un largo discurso, como era harto evidente para su auditorio del salón de sesiones de Cambridge. Pasó una nube de tristeza por el espíritu de todos los presentes, al escuchar las breves pero expresivas frases en que les recordaba que hubo un tiempo en que podía hacerse oír de «asambleas más vastas y borrascosas», pero que en adelante no podía hacer ningún servicio por su país más que en el tranquilo retiro de su biblioteca. «Cinco años hace ahora—dijo—que alcé mi voz en público, y, á menos de imposición especial de algún deber, no es probable que vuelva á levantarla nunca.»

- No sobrevino esa imposición. La indiferencia de Macaulay hacia las vicisitudes de la política de partido había llegado á ser por este tiempo un hábito arraigado. Su correspondencia durante la primavera de 1857 contiene muy pocas y breves alusiones aun á catástrofes tan ruidosas como la derrota ministerial con motivo de la guerra de China, y el cambio extraordinario de fortuna que siguió cuando la cuestión fué llevada á los comicios. «¿Hubo jamás nada—escribe—desde la caída de los ángeles rebeldes, como el fracaso de la Liga contra la ley de cereales? ¡Cómo has caído del cielo, Lucifer!» La opinión de Macaulay en la materia era favorable al gobierno y contraria á la coalición. «Me alegro—escribía en vísperas del debate—de haber concluido con la política. No hubiera podido menos de tener un encuentro bastante rudo con lord John.» Pero el tiempo de sus encuentros rudos había pasado, y reservaba sus opiniones de partido para las controversias sobre los ejércitos permanentes y sobre los privilegios reales que agitaron los dos últimos Parlamentos del siglo xvii. Él era, según sus propias palabras, «un vehemente ministerial de 1698», que pensaba en Somers y en Montagne más que en Campbell y en Palmers-  
ton.»

Un débil interés llegó á sentir, más personal que político, por la marcha de la Cámara Alta, cuando, al sentarse por primera vez en los bancos rojos, se encontró en presencia del más eminente entre sus antiguos rivales, adversarios y aliados. «Lord Derby—escribe—era el mismo en todo: hábil, perspicaz, claro, preciso; sin apuntar nunca alto, pero acertando siempre allí donde apuntaba.» Un cuarto de siglo no había modificado la opinión de Macaulay sobre lord Brougham, ni suavizado su manera de expresarla: «¡Ex-

traño ente! Sus facultades evaporadas. Su rencor inmortal. Una ortiga muerta.»

Durante su primera legislatura el nuevo par tuvo intención de hablar más de una vez sobre asuntos referentes á la India. En Febrero de 1858 lord Ellenborough hizo una petición de documentos, con la mira, según se creía, de obtener pruebas de que la rebelión de los cipayos había sido provocada por el espíritu de proselitismo del gobierno británico. Macaulay resolvió poner al elocuente y temible ex gobernador general en el trance de pagar cuentas atrasadas. Pero la cosa no pasó adelante.

19 de Febrero.—Trabajé mucho para prepararme á discutir la gran cuestión de religión y educación en la India. Fui á la Cámara. El discurso de lord Ellenborough se refería á una menudencia tocante al informe de un solo inspector—y me temo que muy simple—de Bahar. Lord Granville respondió bien, y mucho más de lo necesario. Luego se cerró el debate. Muchos opinan que lord Ellenborough hubiese sido más extenso y vehemente si no le hubiese detenido el verme dispuesto á responder. Dicen que tiene menos agallas de lo que anuncian sus fogosidades y desenfados. Yo sólo diré que estaba tan asustado de él como él podía estarlo de mí. Me acordé de Winkle y de Dowler en *Mr. Pickwick*. El 1.º de Mayo del mismo año dice Macaulay: «Pensaba ir al Museo; pero, viendo que lord Shaftesbury ha hecho una petición que puede originar un debate sobre el cristianismo en la India, me quedé todo el día en casa preparándome para hablar si hubiese ocasión. No diré una palabra acerca de mis intenciones. No puedo menos de pensar que saldré bien, si tengo voz bastante para hacerme oír. Pero, cuando llegó el día, escribe: «Shaftesbury presentó la peti-

ción en pocas palabras, y en pocas palabras respondió lord Ellenborough (1). Pronunciar un largo discurso en regla en tales circunstancias hubiese sido absurdo; así es que me fui á casa tranquilamente.

En el curso del año 1858 varios de los franceses eminentes que se negaban á doblar la rodilla ante el segundo imperio, tuvieron frecuentes y amistosas conversaciones con Macaulay sobre el porvenir de su desgraciada patria; pero no lograron convencer al historiador de nuestra gran revolución de que la experiencia de 1688 pudiese repetirse con éxito en el suelo galo. Yo combatí enérgicamente—dice en una ocasión—la idea de que pudiese hacerse mucho bien por vía de insurrecciones, ni aun contra los malos gobiernos del continente. ¿Qué bien han hecho las revoluciones de 1848? O mejor: ¿qué daño no han hecho? Las únicas revoluciones que han salido bien, han sido revoluciones defensivas—la nuestra de 1688; la francesa de 1830.—La americana fué, en gran parte, de la misma especie. El 15 de Mayo dice: Vino Montalembert. Habló extensa y vehementemente sobre el degradado estado de Francia. Yo hubiese podido responder una porción de cosas; pero me abstuve, porque le quiero mucho. Dos semanas después: Vino Dubergier d'Hauranne con su hijo. ¡Cuánto declamó contra el emperador francés! A mí no me gusta el emperador ni su sistema; pero no creo que sus enemigos puedan abrigar esperanzas razonables de obtener un gobierno mejor, si le derrocan. Yo no puedo decir á un francés lo que pienso: que los franceses no tienen más que hacer sino dar gracias; que un pueblo que derriba violentamente gobiernos constitucionales, y vive tranquilamente

(1) Entre Febrero y Mayo lord Ellenborough fué nombrado secretario del Consejo de Intervención de la India.

bajo el despotismo, debe y tiene que ser despóticamente gobernado. Nosotros hubiésemos reformado el gobierno de la casa de Orleans sin derribarle. Nosotros no hubiésemos sufrido durante un día el yugo de *Celúci*. Sin embargo, compadezco á hombres como Duvergier d'Hauranne y Montalembert, que van muy por delante de la masa de sus compatriotas.

Macaulay tenía poca atención que conceder á la política de los pasillos de Westminster ó de los *boulevards* de París; pero no hay que creer que mirase con indiferencia los intereses más amplios y más permanentes de la nación y del imperio británico. El honor de nuestra bandera y el bienestar de nuestro pueblo eran ahora, como siempre, los primeros objetos de su solicitud. Inglaterra—escribe—parece profundamente tranquila. ¡Quiera Dios que siga así por mucho tiempo, y que la historia de los años que me resten que vivir sea la parte más insípida de su historia! Es triste vivir en tiempos donde ocurran cosas cuya lectura entretenga. El fervor de su voto por la tranquilidad pública fué inspirado por los recuerdos de 1857, que estaban frescos aún en la memoria de Macaulay. El 29 de Junio de aquel año terrible anota en su diario: Almorcé con Milnes. Horribles noticias de la India: matanza de europeos en Dehli y rebelión. No abrigo temores por nuestro imperio indio; pero este suceso es espantoso. Volví á casa sin ánimos de trabajar. No lo intentaré ahora. Y otra y otra vez escribe: No puedo ponerme á trabajar mientras no se resuelva el asunto de Dehli. Su correspondencia durante los meses posteriores, está sembrada de alusiones á la India. No hay más noticias; es decir, no hay noticias posteriores á las que teníamos antes de marcharse usted; pero diariamente aparecen en los periódicos cartas particulares. Las crueldades

de los cipayos han inflamado á la nación en términos sin precedentes, hasta donde mi memoria alcanza. Las sociedades de la paz, las sociedades para la protección de los indígenas y las sociedades para la reforma de los delincuentes, guardan silencio. Se alza un clamor terrible de venganza. La reseña de la terrible ejecución militar de Peshawur—cuarenta hombres barridos por el cañón, volando en todos sentidos sus cabezas, brazos y piernas—fué leída con deleite por personas que hace tres semanas eran opuestas á toda pena capital. El mismo Bright se pronuncia por la represión vigorosa. La opinión casi universal es que no se perdone á un solo cipayo de los que hay dentro de los muros de Dehli; y confieso que es una opinión con la cual no puedo menos de simpatizar.

Cuando Macaulay escribía estas palabras, aún estaban sin castigar los crímenes de los amotinados y sin quebrantar su poder. La creencia de que la misericordia con el cipayo no era misericordia, mientras Delhi permaneciese en manos rebeldes, fué pauta á que se abstuvieron rígidamente en el Peujab y en las provincias del Noroeste hombres bien humanitarios por temperamento y por convicción religiosa. Esa creencia era casi universal en la población de nuestra raza á ambas orillas del Atlántico. La opinión pública de la filantrópica y abolicionista Boston no se diferenciaba en este punto de la opinión pública de Londres. El correo de la India—escribía el doctor Oliverio Wendell Holmes—trae relatos de ultrajes y asesinatos de mujeres y niños. El baluarte real está en manos de los asesinos de criaturas. Inglaterra descuelga el mapa del mundo, y hace esta corrección: DEHLI; *táchese*. El mundo civilizado dice: ¡Amén!

19 de Septiembre de 1857.—Las cosas de la India

andan mal. El deplorable suceso de Dinapur puede acarrear graves dificultades. Sin embargo, pronto cambiarán las tornas. Pero es doloroso ser tan vengativo como yo me he vuelto. Yo, que no puedo ver sufrir á un pájaro, podría ver sin pestañear que Nana Sahib sufriese todas las torturas de Ravailiac. Y estos sentimientos no son sólo míos. ¿Es posible que tales sentimientos, labrando durante un año, no ejerzan ningún influjo sobre el carácter nacional? La influencia será, en parte, buena, y en parte, mala. Se acercarán nuestros nervios. La afeminada y enojosa filantropía perderá todo su influjo. Pero ¿no rebajaremos en general el precio de la vida humana? Habiendo llegado á gozarnos en la desdicha del culpable, ¿no sentiremos menos simpatía por los sufrimientos del inocente? En un sentido no cabe duda de que, al exigir una tremenda reparación, cumplimos nuestro deber y realizamos una obra piadosa. Eso hace Calcraft cuando ahorca á un asesino. Sin embargo, la costumbre de ahorcar asesinos pervierte á la persona.

Macaulay hizo cuanto estaba en su poder por demostrar que en semejante crisis se interesaba como ciudadano en la suerte de los suyos. A invitación del lord Mayor se hizo miembro del Comité para el socorro de los que habían padecido en la India. El día señalado para la solemnidad religiosa escribe:

7 de Octubre.—Viento y lluvia. Sin embargo, fui á la iglesia, aunque no bueno, ni remotamente. Nada más solemne que el aspecto de la concurrencia, que era numerosa. El sermón fué detestable: ignorancia, estupidez, fanatismo. Si se siguiesen las máximas de aquel mentecato y de otros como él, pronto tendríamos que habérmolas, no con la sublevación de un ejército, sino con la de toda la nación. El quería que

el gobierno mandase misioneros á todas partes, invitase á los cipayos á oír la doctrina cristiana y convirtiese las escuelas del gobierno en seminarios cristianos. Afortunadamente, el buen sentido del país es una garantía contra doctrinas tan perniciosas, y una garantía mayor aún la falta de sentido de ellas. Predicar el cristianismo suena muy bien; pero desde el momento en que se proponga cualquier plan, se enzarzarán todas las sectas religiosas. Los que estamos por la neutralidad absoluta seremos apoyados, contra necios como este hombre, por todos los disidentes, por los escoceses y por los católicos romanos.

25 de Octubre.—Mi cumpleaños. Cincuenta y siete. No he tenido un mal año. Mi salud no es buena; pero conservo la lucidez de la inteligencia y el calor del corazón. Recibo numerosas muestras de la buena opinión del público: un público numeroso, que comprende los hombres ilustrados del antiguo y del nuevo mundo. Me han hecho par, con tanto aplauso, en mi sentir, como á cualquiera de los que han obtenido esa distinción en mi tiempo. Cosa mucho más importante para mi felicidad que la riqueza, los títulos y aun la fama: las personas á quienes quiero están buenas y contentas, y son muy bondadosas y cariñosas conmigo. Gran cosa es todo esto. Algo tengo, no obstante, contra el año pasado. Los disturbios de la India me han afectado más que ninguno de los sucesos públicos de todo el curso de mi vida. Seguramente, veía más de cerca el peligro que amenazaba al país á principios de Abril de 1848. Pero aquel peligro se dominó pronto; y la rebelión india ha durado ahora varios meses, y puede durar meses aún. Las emociones que excita, además, son muy fuertes. Puedo decir que hasta este año no sabía yo lo que significa realmente el odio vengativo. ¡Con qué

andan mal. El deplorable suceso de Dinapur puede acarrear graves dificultades. Sin embargo, pronto cambiarán las tornas. Pero es doloroso ser tan vengativo como yo me he vuelto. Yo, que no puedo ver sufrir á un pájaro, podría ver sin pestañear que Nana Sahib sufriese todas las torturas de Ravailiac. Y estos sentimientos no son sólo míos. ¿Es posible que tales sentimientos, labrando durante un año, no ejerzan ningún influjo sobre el carácter nacional? La influencia será, en parte, buena, y en parte, mala. Se acercarán nuestros nervios. La afeminada y enojosa filantropía perderá todo su influjo. Pero ¿no rebajaremos en general el precio de la vida humana? Habiendo llegado á gozarnos en la desdicha del culpable, ¿no sentiremos menos simpatía por los sufrimientos del inocente? En un sentido no cabe duda de que, al exigir una tremenda reparación, cumplimos nuestro deber y realizamos una obra piadosa. Eso hace Calcraft cuando ahorca á un asesino. Sin embargo, la costumbre de ahorcar asesinos pervierte á la persona.

Macaulay hizo cuanto estaba en su poder por demostrar que en semejante crisis se interesaba como ciudadano en la suerte de los suyos. A invitación del lord Mayor se hizo miembro del Comité para el socorro de los que habían padecido en la India. El día señalado para la solemnidad religiosa escribe:

*7 de Octubre.*—Viento y lluvia. Sin embargo, fui á la iglesia, aunque no bueno, ni remotamente. Nada más solemne que el aspecto de la concurrencia, que era numerosa. El sermón fué detestable: ignorancia, estupidez, fanatismo. Si se siguiesen las máximas de aquel mentecato y de otros como él, pronto tendríamos que habérmolas, no con la sublevación de un ejército, sino con la de toda la nación. El quería que

el gobierno mandase misioneros á todas partes, invitase á los cipayos á oír la doctrina cristiana y convirtiese las escuelas del gobierno en seminarios cristianos. Afortunadamente, el buen sentido del país es una garantía contra doctrinas tan perniciosas, y una garantía mayor aún la falta de sentido de ellas. Predicar el cristianismo suena muy bien; pero desde el momento en que se proponga cualquier plan, se enzarzarán todas las sectas religiosas. Los que estamos por la neutralidad absoluta seremos apoyados, contra necios como este hombre, por todos los disidentes, por los escoceses y por los católicos romanos.

*25 de Octubre.*—Mi cumpleaños. Cincuenta y siete. No he tenido un mal año. Mi salud no es buena; pero conservo la lucidez de la inteligencia y el calor del corazón. Recibo numerosas muestras de la buena opinión del público: un público numeroso, que comprende los hombres ilustrados del antiguo y del nuevo mundo. Me han hecho par, con tanto aplauso, en mi sentir, como á cualquiera de los que han obtenido esa distinción en mi tiempo. Cosa mucho más importante para mi felicidad que la riqueza, los títulos y aun la fama: las personas á quienes quiero están buenas y contentas, y son muy bondadosas y cariñosas conmigo. Gran cosa es todo esto. Algo tengo, no obstante, contra el año pasado. Los disturbios de la India me han afectado más que ninguno de los sucesos públicos de todo el curso de mi vida. Seguramente, veía más de cerca el peligro que amenazaba al país á principios de Abril de 1848. Pero aquel peligro se dominó pronto; y la rebelión india ha durado ahora varios meses, y puede durar meses aún. Las emociones que excita, además, son muy fuertes. Puedo decir que hasta este año no sabía yo lo que significa realmente el odio vengativo. ¡Con qué

horror solía leer en Livio cómo dió muerte Fulvio á todo el Senado de Cápua durante la segunda guerra púnica! ¡Y con qué serenidad he podido oír que toda la guarnición de Delhi, todos los doctores musulmanes y todo el populacho del bazar habían sido tratados de la misma manera! ¿Es esto justo? La severidad que nace de una gran sensibilidad por los sufrimientos humanos ¿no es mejor que la lenidad que nace de indiferencia por los sufrimientos humanos? La cuestión puede discutirse largamente.

27 de Octubre.—¡Albricias! ¡albricias! ¡Gracias á Dios! Tomada Delhi: Un gran acontecimiento. Acontecimiento glorioso para la nación, y que tendrá resonancia en todos los dominios del cristianismo y del islamismo. ¡Qué proeza la consumada por un puñado de ingleses en el corazón de Asia!

11 de Noviembre.—¡Albricias! ¡Buenas noticias! Lucknow socorrida. Delhi nuestra. Preso el viejo chocho. ¡Dios sea alabado! Otra carta de Longman. Ya han vendido otros 7.600 ejemplares. Según mi cuenta, son cerca de 6.000 libras en mi bolsillo. Pero me complace poder decir con verdad que esto me satisfizo mucho, muchísimo menos que las noticias de la India. Apenas he podido comer de alegría.

Los amantes de la poesía se preguntarán quizá con extrañeza cómo el ardor patriótico que los sucesos provocaban en Macaulay no se desahogó en raudales de armonía semejantes á aquellos con que supo celebrar Ivry y la Armada. Aún es más notable que, si se exceptúan las estrofas que escribió después de su derrota de Edimburgo, nunca pusiese en verso ninguna de esas conmovedoras expresiones de emoción personal que tanto menudean en las páginas de su Diario. La explicación consiste probablemente en que, desde

que empezó á escribir regularmente para la *Revista de Edimburgo*, siempre tuvo entre manos alguna ocupación importante y continua que absorbía su imaginación y consumía todas sus energías productoras. No hubo más que una breve interrupción en sus trabajos, y á ella debemos los *Cantos de la antigua Roma*. «Si tenéis una gran obra en la cabeza—decía Goethe—ninguna otra prosperará á su lado.» Macaulay no asintió al pronto á la verdad de ese aforismo, resumen de la larga experiencia del más gran maestro que hizo á sabiendas de la literatura un arte. Pero pronto descubrió que Clío era una dueña y señora que no admitía fidelidades á medias; y las musas hermanas perdieron así los homenajes de un adorador á quien justamente podía esperarse contar entre los favorecidos.

Mucho después de haber abandonado todos los demás quehaceres públicos, Macaulay siguió ocupándose de la administración del Museo Británico. En Febrero de 1856 escribió á lord Landsdowne, á fin de contar con la poderosa influencia de ese antiguo amigo á favor de un arreglo que permitiese colocar al profesor Owen en una posición digna de su reputación y de sus servicios. La circunstancia que dió origen á la carta fué el anunciado nombramiento del signor Panizzi para el puesto de secretario y primer bibliotecario del Museo. «Me alegro de esto—escribe Macaulay—por razones públicas y privadas. Sin embargo, temo que el nombramiento sea impopular dentro y fuera del Museo. Hay un recelo creciente entre los hombres de ciencia, que, entre nosotros mismos, se abre paso aun en el Consejo de Administración. Existe la idea de que se descuida el departamento de historia natural, y que se favorece indebidamente á la biblioteca y á la galería de escultura. Seguramente no contri-

horror solía leer en Livio cómo dió muerte Fulvio á todo el Senado de Cápua durante la segunda guerra púnica! ¡Y con qué serenidad he podido oír que toda la guarnición de Delhi, todos los doctores musulmanes y todo el populacho del bazar habían sido tratados de la misma manera! ¿Es esto justo? La severidad que nace de una gran sensibilidad por los sufrimientos humanos ¿no es mejor que la lenidad que nace de indiferencia por los sufrimientos humanos? La cuestión puede discutirse largamente.

27 de Octubre.—¡Albricias! ¡albricias! ¡Gracias á Dios! Tomada Delhi: Un gran acontecimiento. Acontecimiento glorioso para la nación, y que tendrá resonancia en todos los dominios del cristianismo y del islamismo. ¡Qué proeza la consumada por un puñado de ingleses en el corazón de Asia!

11 de Noviembre.—¡Albricias! ¡Buenas noticias! Lucknow socorrida. Delhi nuestra. Preso el viejo chocho. ¡Dios sea alabado! Otra carta de Longman. Ya han vendido otros 7.600 ejemplares. Según mi cuenta, son cerca de 6.000 libras en mi bolsillo. Pero me complace poder decir con verdad que esto me satisfizo mucho, muchísimo menos que las noticias de la India. Apenas he podido comer de alegría.

Los amantes de la poesía se preguntarán quizá con extrañeza cómo el ardor patriótico que los sucesos provocaban en Macaulay no se desahogó en raudales de armonía semejantes á aquellos con que supo celebrar Ivry y la Armada. Aún es más notable que, si se exceptúan las estrofas que escribió después de su derrota de Edimburgo, nunca pusiese en verso ninguna de esas conmovedoras expresiones de emoción personal que tanto menudean en las páginas de su Diario. La explicación consiste probablemente en que, desde

que empezó á escribir regularmente para la *Revista de Edimburgo*, siempre tuvo entre manos alguna ocupación importante y continua que absorbía su imaginación y consumía todas sus energías productoras. No hubo más que una breve interrupción en sus trabajos, y á ella debemos los *Cantos de la antigua Roma*. «Si tenéis una gran obra en la cabeza—decía Goethe—ninguna otra prosperará á su lado.» Macaulay no asintió al pronto á la verdad de ese aforismo, resumen de la larga experiencia del más gran maestro que hizo á sabiendas de la literatura un arte. Pero pronto descubrió que Clío era una dueña y señora que no admitía fidelidades á medias; y las musas hermanas perdieron así los homenajes de un adorador á quien justamente podía esperarse contar entre los favorecidos.

Mucho después de haber abandonado todos los demás quehaceres públicos, Macaulay siguió ocupándose de la administración del Museo Británico. En Febrero de 1856 escribió á lord Landsdowne, á fin de contar con la poderosa influencia de ese antiguo amigo á favor de un arreglo que permitiese colocar al profesor Owen en una posición digna de su reputación y de sus servicios. La circunstancia que dió origen á la carta fué el anunciado nombramiento del signor Panizzi para el puesto de secretario y primer bibliotecario del Museo. «Me alegro de esto—escribe Macaulay—por razones públicas y privadas. Sin embargo, temo que el nombramiento sea impopular dentro y fuera del Museo. Hay un recelo creciente entre los hombres de ciencia, que, entre nosotros mismos, se abre paso aun en el Consejo de Administración. Existe la idea de que se descuida el departamento de historia natural, y que se favorece indebidamente á la biblioteca y á la galería de escultura. Seguramente no contri-



buirá á desvanecer esta idea el nombramiento de Panizzi, cuyo gran objetivo, durante muchos años, ha sido hacer de nuestra biblioteca la mejor de Europa, y que en cualquier tiempo daría tres mammutos por un Aldus».

Macaulay pasaba después á proponer que, á la par que se nombraba al signor Panizzi para la secretaría, se diese al profesor Owen la dirección de todo el departamento de historia natural, comprensivo de la geología, la zoología, la botánica y la mineralogía. «No puedo menos de creer—dice—que esta combinación sería altamente beneficiosa para el museo. Tengo por seguro que sería popular. Debo añadir que yo deseo vivamente que se haga algo por Owen. Apenas le conozco para poder hablar de él. Sus estudios no son los míos. Pero su fama se extiende por Europa. Es una honra para nuestro país, y me duele pensar que un hombre de su mérito se acerque á la vejez en medio de angustias y escaseces. Me dijo que ochocientas libras al año, sin casa en el museo, serían para él la opulencia. Ni siquiera deseaba más, decía. Me parece que hay aquí un caso de protección pública. Los literatos ó artistas eminentes no necesitan tal protección. Un poeta, un novelista, un historiador, un pintor, un escultor, que rayase en su esfera á tanta altura como Owen entre los hombres de ciencia, no se vería nunca necesitado, á no ser por culpa suya. Pero el más gran filósofo naturalista puede perecer de hambre mientras sus compatriotas se vanaglorian de sus descubrimientos, y mientras las Academias extranjeras solicitan el honor de añadir su nombre á su lista» (1).

(1) El 26 de Mayo de 1856, el profesor Owen fué nombrado

Desde que en el verano de 1854 Macaulay se consagró definitivamente á concluir la segunda parte principal de su *Historia*, hizo sin interrupción su trabajo diario hasta concluir la tarea prefijada. Cuando hubo conseguido ese resultado, cuando estuvieron en manos del público el tercer y cuarto tomo, no se dió cuenta en un comienzo de lo profundamente que había padecido su salud, ya debilitada, con el esfuerzo prolongado que le exigió la producción de esos volúmenes. En todas las épocas anteriores de su vida, el término de una empresa había sido la señal para el inmediato comienzo de otra. Pero en 1856, el verano sucedió á la primavera y dió puesto al otoño antes de que él volviese á tomar la pluma. Durante muchas semanas seguidas se entretuvo con placer en esas gratas ocupaciones que traen en pos de sí los triunfos literarios: contestar cartas de felicitación; dar gracias, más ó menos sinceras, por las observaciones y críticas que llovían sobre él; preparar nuevas ediciones y leer todo lo que decían de él las revistas con el plácido goce del autor veterano.

«Compré la *British Quarterly Review*: un artículo sobre mi obra; alabanza y censura. Como otros escritores, devoro la alabanza y estimo absurda la censura. Pero creo realmente que, en general, las imputaciones son infundadas, aunque la obra es, sin duda, bastante defectuosa. Es una suerte para su reputación que yo no la critique, como podría hacerlo.» «*Frazer's Magazine*. Muy laudatorio. El autor es evidentemente Juan Kemble. Tiene plena razón al decir que he pasado ligeramente por la política continental. Pero ¿estaba

superintendente del departamento de Historia Natural con el sueldo de 800 libras anuales.

mal hecho? Yo creo que podría defenderme. Estoy escribiendo una historia de Inglaterra; y el revolver, como él recomienda, los archivos sajones y hesseses para fijar todos los pormenores de las negociaciones continentales de aquel tiempo, hubiese duplicado mi labor, ya bastante ruda. Que yo no haya dado una idea exacta en general de nuestras relaciones continentales, eso no lo ha demostrado él ciertamente.» Después de almorzar fui al Athenæum, y vi los artículos que traen sobre mi obra la *Revista de Dublin* y la *Revista Nacional*. Muy satisfecho de ver que toda la habilidad y el saber de Maynooth no pueden hacer ninguna mella sobre mi relato de la guerra irlandesa.» «Recibí la *Allgemeine Zeitung*, y encontré allí un largo artículo sobre mi libro, muy laudatorio y muy agradable para mí: porque tengo el juicio de los extranjeros por pronóstico más seguro de lo que puede ser el juicio de la posteridad que el de mis propios conciudadanos.» «He hecho algunas alteraciones en mi exposición de la Declaración de Jacobo de 1692. Si mis críticos hubiesen estado bien enterados, hubiesen podido atacarme por un párrafo acerca de ese asunto. Pero se les escapó, y ahora he puesto las cosas en su punto.» «Hoy recibo una carta de..., señalándome una gran impropiedad de lenguaje en mi obra, una impropiedad rara en mí, me parece. Se corregirá, y quedo agradecido al colega, á pesar de lo poco que le estimó.»

Por fin, en 1.º de Octubre de 1856 apunta Macaulay en su Diario: «En el museo examiné los despachos holandeses para recoger datos sobre el fuego de Whitehall. De vuelta en casa, escribí el principio de la parte III. Sabe Dios si acabaré nunca esta parte. La empleo con pocos ánimos ni esperanzas.» En el verano

de 1857 anoto: «¡Cómo corren los días, y sin hacer nada! Me acuerdo á menudo de las lamentaciones que repetía Johnson todas las Pascuas con motivo de su pereza. Pero el caso es distinto. Con frecuencia he sentido esta incapacidad enfermiza para el trabajo; pero nunca tanto tiempo y con tanta fuerza. Consecuencia natural de los años y la holgura.» En 14 de Julio del mismo año: «Hoy he escrito una buena ración; Darien. Ha vuelto el buen humor, y me esmeraré en conservarle. ¿Qué mejor entretenimiento puedo tener, suponiendo que esto no fuese más que un entretenimiento?» Y en otro lugar: «Lei acerca del asunto de Darien. Será imposible decir la verdad en punto á esa materia sin enojar á los escoceses. Pero se dirá la verdad.»

Es difícil encaracer la importancia intrínseca del trabajo en que ahora se había empeñado Macaulay, porque el curso de su *Historia* le había llevado á una era capital en los anales políticos de nuestro país. Tenía que referir la historia y exponer la enseñanza de los años que median de 1697 á 1701, de esos años en que la mayoría de la Cámara de los Comunes era ya la fuerza más poderosa del Estado, pero en que la doctrina de que el poder ejecutivo debe estar en manos de ministros que posean la confianza de esa mayoría no se había reconocido aún como un axioma constitucional. De cuanto ha escrito Macaulay nada hay más valioso que su pintura de los graves peligros que asediaron al reino durante ese período de transición y su vivo y profundo comentario sobre nuestro método de gobierno por el turno de los partidos. No hay ningún pasaje en todas sus obras que revele más claramente el concurso de prendas intelectuales que constituía el verdadero secreto de su fuerza—la combinación, en el mismo hombre, del talento literario, del

saber histórico y de la experiencia de los grandes asuntos.

Asimismo, como ejemplares de narración bien combinada y vigorosamente sostenida, nada ha producido con lo cual no puedan sostener la comparación perfectamente sus descripciones de la visita del czar, del juicio de Spencer Cosoper, y, sobre todo, de la fatal alucinación de Darien. Pero, por notables que fuesen los episodios de que estaba sembrada la porción de la *Historia* que no pudo llegar á publicar, no puede negarse que había empezado á decaer el brío con que en otro tiempo proseguía su gran empresa. Veo difícil—escribe en Febrero de 1857—trabajar con regularidad en mi obra. Es una antigua dolencia mía. No me ha impedido hacer bastante en el curso de mi existencia; pero últimamente he sentido esta impotencia como nunca. La principal razón, á mi ver, es la gran duda que tengo de si viviré lo suficiente para acabar otro tomo de mi obra. Sabía, para usar la expresión que él aplicaba al moribundo Guillermo de Orange, que su tiempo era corto, y le afligía, con una aflicción que sólo pueden sentir los espíritus elevados, el ver que debía dejar su obra á medio concluir.

Insensiblemente tuvo que resignarse á la convicción de que debía dejar sin exponer la parte de la historia inglesa que él podía tratar como nadie. Otros podrán estudiar el reinado de Ana con diligencia más minuciosa—el descubrimiento de materiales desconocidos hasta aquí, no podrán menos de proyectar nueva luz de cuando en cuando sobre sucesos tan extensos y complicados como los que mediaron entre la ruptura de la paz de Ryswick y el advenimiento de la casa de Brunswick;—pero puede afirmarse seguramente que pocos ó ninguno de los sucesores de Macaulay, sentirán como

él el entusiasmo del periodo. Hay fases del gusto literario que pasan para no volver nunca; y las primeras impresiones de los futuros literatos raras veces tendrán alguna conexión con el *Robo del Rizo* y el *Ensayo sobre la crítica*—con el *Spectator*, el *Guardian*, las *Memorias de Martinus Scriblerus* y la *Historia de John Bull*. Pero el espíritu de Macaulay se alimentó en la juventud con las obras de Pope, de Bolingbroke, de Atterbury y Defoe. Todo lo que se había escrito por ellos, ó acerca de ellos, era tan familiar para él como la *Dama del Lago* ó la *Desposada de Abydos* para la generación que se formaba cuando aparecían por primera vez en las bibliotecas circulantes la *Vida de Scott*, de Lockhart y la *Vida de Byron*, de Moore. Conocía todos los folletos publicados por Swift ó Steele ó Addison tan bien como los tories de 1790 conocían su Burke ó los radicales de 1820 su Cobbett. Momentos había en que acariciaba la esperanza de poder utilizar aún ese vasto caudal de datos. Su Diario nos le muestra en más de una tarde de estío, «pasando por el pórtico y leyendo folletos del tiempo de la reina Ana». Pero en realidad no esperaba poder sacar partido del saber acandalado de esa suerte. Otros que no podían creer que tal vigor de frase y tal viveza de inteligencia cupiesen en un hombre, cuyos días estuvieran contados, confiaban en que haría buenas las palabras con que empieza el primer capítulo de su *Historia*. Un antiguo amigo manifiesta en una carta que espera los tomos VII y VIII para satisfacer su curiosidad acerca de los reinados de los dos primeros Jorges, que «son para mí—dice—los tiempos oscuros». Otro es bastante vehemente para regocijarse de antemano con la idea de leer lo que Macaulay tendría que decir sobre «el gran progreso de la máquina de vapor y sobre sus

consecuencias». Pero, por lo que hace al autor, cuando había escrito las primeras páginas del tomo V, se hubiera dado por muy contento con tener la seguridad de que viviría lo suficiente para llevar su *Historia* en forma completa y enlazada hasta la muerte de su protagonista Guillermo de Orange.

Durante los últimos años de su vida Macaulay envió algún que otro artículo á la *Enciclopedia Británica*. Había cesado—dice Mr. Adam Black—de escribir para las revistas y demás publicaciones periódicas, aunque se lo pedían con vivas instancias. A sus sentimientos amistosos debo yo puramente esas joyas literarias, que no hubieran podido comprarse con dinero; y á título de homenaje de justicia á su memoria consignaré, como uno de los muchos ejemplos de su bondad y generosidad, que puso por condición para escribir en la *Enciclopedia* que no se hablase siquiera de remuneración. Esos artículos son los consagrados á Atterbury, Bunyan, Goldsmith, el doctor Johnson y William Pitt. El último, que arroja poco más de 70 páginas en 8.º, le tuvo entre manos las tres cuartas partes de un año. A principios de Noviembre de 1857 escribe Macaulay: «Va dibujándose en mi pensamiento el plan de un buen estudio sobre Pitt»; y el 9 de Agosto de 1858: «Acabé y envié el artículo que me ha dado tanto que hacer. Le empecé, á lo que veo, en Noviembre último. ¡Cuánto tiempo para tal bagatela!»

La concienzuda labor de los primeros días deparó ahora á Macaulay una recompensa inestimable á los ojos de todo verdadero autor. La costumbre de trabajar siempre con la mayor perfección que le era posible estaba tan arraigada en su naturaleza, que á pesar del declive de sus fuerzas físicas, la calidad de sus producciones seguía siendo la misma de siempre. En vez de

escribir peor, se limitaba á escribir menos. Esos cinco ensayitos en forma condensada y en estilo vivo y nervioso son cuanto debe ser un artículo de *Enciclopedia*. El lector que los recorre rápidamente se felicita de haber tropezado con lo que mira como una biografía ligera muy fascinadora; pero el que los estudia y examina atentamente, descubre que cada hecho, fecha y circunstancia se consigna precisa y fielmente en el debido orden cronológico. Macaulay creía que él, como escritor, había ido en progreso constante hasta lo último; y la cuestión referente á la superioridad de su última sobre su primera manera puede decidirse por una comparación entre el artículo sobre Johnson de la *Revista de Edimburgo* y el artículo sobre Johnson de la *Enciclopedia Británica*. El último de los dos es ciertamente un modelo de lo que el eminente personaje á que se refiere consideraba como condición esencial de un biógrafo: el arte de escribir bagatelas con dignidad.

Macaulay tenía mil maneras de disipar la monotonía de sus días. Ahora que había dado algún respiro á sus facultades, creía menester cerciorarse de vez en cuando de que no se enmohecían, á la manera de un antiguo guerrero griego, que seguía ejercitando en el gimnasio el vigor que no gastaba ya en el campo de batalla. Estuve paseando por el pórtico (escribe en Octubre de 1857), y aprendí de memoria el soberbio acto IV del *Mercader de Venecia*. Hay cuatrocientos versos, de los cuales sabía ciento cincuenta. Me hice completamente dueño de todo, incluso la prosa, en dos horas. Y en otro lugar: He aprendido el pasaje en que Lucrecio representa á la Naturaleza debatiendo con los hombres, que se quejan de la ley general de la mortalidad. Es muy hermoso; pero advierto que los epicúreos exageraban inmensamente los terrores reli-

giosos de sus contemporáneos y su temor al castigo futuro, á fin de exaltar á su maestro, suponiendo que había librado á la especie humana de una esclavitud mental horrible. Yo no veo ninguna huella de semejantes sentimientos en ninguna parte de la literatura de aquella época, salvo en esas declamaciones epicúreas. He aprendido casi todo lo que me gusta más de Catulo. Crece á mis ojos, á medida que me familiarizo con él. Una cosa tiene—no sé si es suya ó algo de mí mismo—pero hay ciertas cuerdas de mi espíritu que hieren como ningún otro. Los primeros versos de *Miser Catulle*, los versos á Cornificio, escritos evidentemente estando en cama, y parte del poema que principia *Si qua recordanti* me afectan más de lo que puedo decir. Siempre me hacen llorar. Ahora he recorrido los siete primeros libros de Marcial y he aprendido unos trescientos sesenta de los mejores versos. Su mérito me parece consistir sobre todo en la rápida sucesión de imágenes vivas. Hubiese deseado que fuese menos repulsivo. Es tan brutal como Aristófanes. Ciertamente es un escritor muy hábil. A veces llega muy cerca del mismo Catulo. Pero, amén de lo grosero, me disgusta por su servilismo y su pordiosería. En su posición—porque era un caballero romano—no hubiera estado de sobra un poco más de dignidad. Concedo mucho á la diferencia de costumbres; pero jamás puede haber sido *comme il faut* en ningún tiempo ni pueblo el que un hombre de nota, un hombre que se roza con los grandes, esté pidiendo constantemente, y persiga con andanadas de insultos á los que no le dan nada.

En Septiembre de 1857 escribe Macaulay: «He estudiado á ratos perdidos la *Pairia*. Necesito estar mejor informado acerca de la asamblea en que he de sentarme.» Pronto pudo repetir sin libro la lista entera de la

Cámara de los Lores; y pocos días después apunta: «Más ejercicio para mi memoria: segundos títulos.» Cuando acabó con la *Pairia*, pasó al Calendario de Cambridge y después al de Oxford. «Ahora—dice—me sé de memoria todos los Fastos de nuestra Universidad—todo lo digno de recordarse, se supone.—Una cosa fútil; pero quería ver si mi memoria era tan fuerte como solía, y no noto ninguna decadencia.»

1.º de Junio de 1858.—Siento ver que voy perdiendo mi alemán. Me he decidido á recuperarle. Dicho y hecho. Me llevé al jardín la *Historia de la guerra de los Países Bajos* de Schiller, y lei cien páginas. Haré lo mismo diariamente todo el verano. Habiendo sentido la necesidad del italiano en sus excursiones anuales, Macaulay tomó un maestro para soltarse á hablar. «Conversábamos—dice—cinco cuartos de hora. Me desenvolvía maravillosamente, mucho mejor de lo que yo esperaba.» Me acuerdo muy bien de la pintura que hacía mi tío de aquellas conferencias. Mientras las lecciones se referían á los diálogos ordinarios en el tren y las fondas, Macaulay, tenía poco que decir y mucho que aprender; pero, siempre que la conversación versaba sobre política á literatura, asombraba á su compañero con la profusión de su vocabulario un si es no es arcaico. El preceptor apenas podía dar crédito á sus oídos cuando un discípulo, que tenía que aprender las expresiones corrientes para pasar su equipaje por la aduana ó pedir sus cartas en el correo, empezaba á hablar de pronto de la ocupación francesa de Roma con un torrente de frases que bien hubieran podido salir de la pluma de Fra Paolo.

El placer con que Macaulay se entregaba á esos pasatiempos que entretenían sus horas solitarias, contribuyó no poco á su felicidad y al equilibrio de su ánimo.

giosos de sus contemporáneos y su temor al castigo futuro, á fin de exaltar á su maestro, suponiendo que había librado á la especie humana de una esclavitud mental horrible. Yo no veo ninguna huella de semejantes sentimientos en ninguna parte de la literatura de aquella época, salvo en esas declamaciones epicúreas. He aprendido casi todo lo que me gusta más de Catulo. Crece á mis ojos, á medida que me familiarizo con él. Una cosa tiene—no sé si es suya ó algo de mí mismo—pero hay ciertas cuerdas de mi espíritu que hieren como ningún otro. Los primeros versos de *Miser Catulle*, los versos á Cornificio, escritos evidentemente estando en cama, y parte del poema que principia *Si qua recordanti* me afectan más de lo que puedo decir. Siempre me hacen llorar. Ahora he recorrido los siete primeros libros de Marcial y he aprendido unos trescientos sesenta de los mejores versos. Su mérito me parece consistir sobre todo en la rápida sucesión de imágenes vivas. Hubiese deseado que fuese menos repulsivo. Es tan brutal como Aristófanes. Ciertamente es un escritor muy hábil. A veces llega muy cerca del mismo Catulo. Pero, amén de lo grosero, me disgusta por su servilismo y su pordiosería. En su posición—porque era un caballero romano—no hubiera estado de sobra un poco más de dignidad. Concedo mucho á la diferencia de costumbres; pero jamás puede haber sido *comme il faut* en ningún tiempo ni pueblo el que un hombre de nota, un hombre que se roza con los grandes, esté pidiendo constantemente, y persiga con andanadas de insultos á los que no le dan nada.

En Septiembre de 1857 escribe Macaulay: «He estudiado á ratos perdidos la *Pairia*. Necesito estar mejor informado acerca de la asamblea en que he de sentarme.» Pronto pudo repetir sin libro la lista entera de la

Cámara de los Lores; y pocos días después apunta: «Más ejercicio para mi memoria: segundos títulos.» Cuando acabó con la *Pairia*, pasó al Calendario de Cambridge y después al de Oxford. «Ahora—dice—me sé de memoria todos los Fastos de nuestra Universidad—todo lo digno de recordarse, se supone.—Una cosa fútil; pero quería ver si mi memoria era tan fuerte como solía, y no noto ninguna decadencia.»

1.º de Junio de 1858.—Siento ver que voy perdiendo mi alemán. Me he decidido á recuperarle. Dicho y hecho. Me llevé al jardín la *Historia de la guerra de los Países Bajos* de Schiller, y lei cien páginas. Haré lo mismo diariamente todo el verano. Habiendo sentido la necesidad del italiano en sus excursiones anuales, Macaulay tomó un maestro para soltarse á hablar. «Conversábamos—dice—cinco cuartos de hora. Me desenvolvía maravillosamente, mucho mejor de lo que yo esperaba.» Me acuerdo muy bien de la pintura que hacía mi tío de aquellas conferencias. Mientras las lecciones se referían á los diálogos ordinarios en el tren y las fondas, Macaulay, tenía poco que decir y mucho que aprender; pero, siempre que la conversación versaba sobre política á literatura, asombraba á su compañero con la profusión de su vocabulario un si es no es arcaico. El preceptor apenas podía dar crédito á sus oídos cuando un discípulo, que tenía que aprender las expresiones corrientes para pasar su equipaje por la aduana ó pedir sus cartas en el correo, empezaba á hablar de pronto de la ocupación francesa de Roma con un torrente de frases que bien hubieran podido salir de la pluma de Fra Paolo.

El placer con que Macaulay se entregaba á esos pasatiempos que entretenían sus horas solitarias, contribuyó no poco á su felicidad y al equilibrio de su ánimo.

mo. Durante los dos últimos años solía interrumpir la lectura para engolfarse en cálculos financieros relativos al mercado de fondos, á las rentas públicas, al presupuesto del «servicio civil» y sobre todo á la lista del clero. Se pasaba una tarde comparando la duración media de la vida de los arzobispos, primeros ministros y lores cancilleres; y otro siguiendo la carrera de los primeros individuos de cada lista sucesiva de premiados en Matemáticas, para ver si en el curso de la vida el primer premio lograba generalmente conservar la delantera sobre sus antiguos competidores. A falta de otro pasatiempo, se entretenía en revisar antiguos ensayos y trabajos ó se entregaba á las divagaciones de su fantasía. «El otro día cogí el *Knight's Magazine*, y después de un intervalo de unos treinta años leí una novela romana que escribí en la Trinidad. Seguramente yo era un chico listo, pero un humanista bien poco maduro para tal empresa (1).» Y en otro lugar: «He leído obras mías durante algunas horas, y no me desagradaron en general. Pero ¡ay! ¡qué corta es la vida y qué largo el arte! Me parece como si hubiese empezado ahora á saber escribir, y lo probable es que haya acabado de escribir dentro de muy poco.» Veo—dice en otra ocasión—que ahora fantaseo largos ratos; no más quizá que antiguamente; pero antiguamente lo hacía sobre todo paseando, y ahora al amor de la lumbre. Si vivo, escribiré una disquisición más completa que todas las escritas hasta aquí sobre esta costumbre. Una buena costumbre en ciertos sentidos. Yo, por lo menos, le atribuyo una gran parte de mis éxitos literarios (2).»

(1) *Los Fragmentos de un cuento romano* figuran en las *Misceláneas* de Macaulay.

(2) «Ayer fuí á Weybridge—dice en una carta á Mr. Ellis.—

Y así vivía satisfecho Macaulay en su agradable retiro. Sus críticos, y más aún, sus lectores, le honraban con una indulgencia deferente que rara vez se otorga á un contemporáneo. Algún que otro *Magazine* publicaba á veces un artículo censurando su parcialidad como historiador; pero él guardaba silencio, y no tardaba en olvidarse el asunto. El público se negaba á menguar con ningún género de reparos el placer que le deparaban las páginas de Macaulay: se preocupaba tan poco de su aversión por Jacobo y de su admiración por Guillermo, como de que Tácito hiciese un tirano de Tiberio y un héroe de Germánico. Macaulay menciona en su Diario una circunstancia que revela el puesto que ocupaba ya en la estimación del público. Un caballero relacionado con la alta sociedad, un cumplido hombre de mundo, que tenía la desgracia de ser hijo natural, fué á ver á Macaulay para quejarse de que hubiese usado en su *Historia* el término «bastardo» y rogarle encarecidamente que no sancionase con su inmensa autoridad tan cruel epíteto (1).

Puede suponerse fácilmente que la celebridad literaria de Macaulay atraería en torno de él multitud de imitadores y plagiarios, censores y apologistas, entrometidos é importunos. «Un nuevo número de la Revista. Hay un artículo que es un remedo de los míos. Haga lo que quiera, el imitador no puede coger el tono; pero muchas personas no serían capaces de distinguir. A veces copia por completo. Pero no me que-  
Hablamos sobre la costumbre de edificar castillos en el aire, costumbre á que lady Trevelyan y yo nos entregamos como nadie que yo sepa. Dije á Jorge una cosa que no creo haya notado ningún crítico: que los griegos llamaban á ese hábito *vaná* *μακαρία* (vana satisfacción).

(1) Macaulay aplica ese calificativo al duque de Maine en el relato del sitio de Namur, en el capítulo XXI.

jaré. Un hombre debe tener lo bastante para reservar algo á los ladrones.» «He recorrido los dos tomos de... A lo que veo, es un imitador mío. Pero yo soy un modelo peligroso. Mi estilo, según creo y según cree el público, es bueno en general; pero está á muy poca distancia de un estilo muy malo, y los caracteres de él que pueden copiarse fácilmente son muy discutibles.» «Hay raros ejemplos de necedad ó impertinencia. Un sacerdote de la iglesia episcopal escocesa me escribió hace tres semanas preguntándome el sentido de la alusión que hago á Santa Cecilia hablando del juicio de Warren Hastings. Le respondí atentamente, y me escribió dándome las gracias. Ahora vuelve á escribir diciendo que ha olvidado un verso de mi Horacio y suplicándome que se le reproduzca, como si no hubiese en el reino nadie más que yo á quien recurrir. Un majadero de Wiesbaden me envió hace días un montón de versos execrables. Le dije que eran malos, y le aconsejé que se dedicase á otra cosa. Le señalé media docena en apoyo de mi opinión. Ahora me manda doble número de versos, y me suplica que los revise, asegurándome que ha corregido los que yo le citaba. Le he devuelto su segunda remesa con una carta que forzosamente ha de entender.» «Carta de un escocés que dice que desea publicar una novela, y que vendrá á enseñarme el original, si le mando cincuenta libras. Realmente yo puedo tener mejores novelas más baratas.» «¡Qué peticiones tan singulares recibo! Me ha escrito un sujeto, diciéndome que es pintor, y rogándome, como amante de las bellas artes, que le alquile ó le compre una vaca para modelo.»

Un maestro de escuela de Cheltenham (escribe Macaulay á su hermana) me envió hace dos años y medio un opúsculo desdichado sobre la India británica. Al

contestarle, le llamé la atención sobre dos desatinos de marca que había cometido, y que le aconsejaba corregir, porque se proponía publicar una pequeña edición para uso de las escuelas. La recompensa que obtuve fué ver anunciada la obra como «revisada y corregida por lord Macaulay». Es inútil irritarse con gente de esta calaña. Obran según son. Tanto valdría censurar á una mosca por zumbar. «Un artículo sobre mí en *Blackwood*. El autor se figura que Guillermo III escribió sus cartas en inglés, y toma las traducciones de Coxe por el original. ¡Buen apunte para darme lecciones de historia!» Estoy frito por... que, á despecho de súplicas repetidas, me atormenta con sus defensas oficiosas contra todo el mundo. Una vez es la *Saturday Review*, otra *Paget* y ahora *Blanckwood*. Acabará por decir algo muy duro. Algún solemne mentecato me ha remitido una tarjeta con un dístico impreso, que califica de *Impromptu* sobre dos historias voluminosas publicadas últimamente:

*Two fabulists; how different the reward!  
One justly censured, t'other made a Lord (1)*

No tengo la más remota idea de á quién quiere aludir al decir el otro. ¡Que haya un hombre bastante estúpido para mandar imprimir tal aleluya, con la sola idea de dar un disgusto que, después de todo, no da! Pienso á menudo que un extenso conocimiento de la historia literaria es de inestimable valor para un literato — quiero decir; para su gobierno, para moderar sus esperanzas y sus temores y fortificar su ánimo.—Yo he tenido bastantes detractores para mo-

(1) Dos fabulistas. ¡Cuán diferente su recompensa! El uno justamente censurado; el otro hecho lord.



lestarme, si no hubiese sabido que ningún escritor de igual éxito ha padecido menos que yo por esa causa; y que muchos escritores más meritorios y menos afortunados han excitado envidias reveladas bajo la forma de las más horribles calumnias. La mejor respuesta al insulto es el desprecio, á que soy bastante inclinado por naturaleza; y el desprecio no se demuestra con expresiones ofensivas.

Alguna que otra vez, cuando Macaulay se sentía de humor para la crítica, llenaba un par de caras de su diario con observaciones sobre el libro que estaba leyendo. Algunos de esos trabajitos son dignos de conservarse.

No puedo comprender la manía de algunas personas por Defoe. Le miran como un genio de primer orden y un dechado de virtud. Escribió sin duda un libro excelente—la primera parte de *Robinson Crusoe*—una de esas proezas que sólo pueden realizarse merced á la unión de la suerte con el talento. Aquella pavorosa soledad durante un cuarto de siglo, esa extraña unión de la holgura y la tranquilidad con las penalidades del aislamiento, fué mi deleite antes de los cinco años y ha sido el deleite de centenares de miles de niños. Pero ¿qué cosa grande ha hecho Defoe fuera de la primera parte de *Robinson*? La segunda parte, comparativamente, es pobre. La *Historia de la peste* y las *Memorias de un caballero* son, en ciertos sentidos, obras de arte interesantes. Semejan maravillosamente verdaderas historias; pero, consideradas como novelas, que es lo que son, no valen mucho. Tenía maña indudablemente para presentar la ficción como verdad. Pero ¿debe admirarse esa maña? ¿No es cosa del mismo género que el don del pintor que engaña á los pájaros con sus frutos? Yo he visto caza muerta pintada de tal

modo, que me parecieron de verdad las perdices y los faisanes; pero, seguramente, tales pinturas no rayan muy alto como obras de arte. Las *Memorias de un caballero* engañaron á Villemain, y antes de él, á lord Chatham; pero, cuando se sabe que esas Memorias son ficticias, ¿qué valor tienen? ¿Qué inmensamente inferiores á *Waverley* ó á las *Leyenda de Montrose*! En cuanto á *Moll Flanders*, *Roxana* y el *Capitán Jack*, son una verdadera desdicha. Como escritor político, es simplemente uno de tantos. Parece haber sido un hombre sin principios, dispuesto á adoptar cualquier opinión sobre cualquier asunto. De todos los escritores era el más desgraciado en ironía. Dos veces fué perseguido por expresiones que él suponía irónicas, pero tenía tan poca habilidad, que todo el mundo le entendió al pie de la letra. Algunas de sus obras son más que inmorales; son completamente brutales. En conjunto, no me gusta.

Lord Stanhope me ha enviado el primer tomo de los Discursos de Peel. Los devoré. El tomo versa enteramente sobre la cuestión católica. Contiene algunos pormenores interesantes que son nuevos; pero deja á Peel en el lugar en que estaba. Siempre demostró en vida, y lo mismo observo en esta su defensa póstuma, una resolución obstinada de no entender el cargo que le dirigíamos yo y otros que pensaban como yo. Siempre afectaba creer que le censurábamos por su conducta en 1829, y presentaba pruebas de lo que nosotros estábamos perfectamente dispuestos á admitir: de que el Estado hubiese corrido gran peligro en 1829, si no se hubiese puesto término á la exclusión de los católicos. Pero lo que nosotros le censurábamos era su conducta en 1825 y más aún en 1827. Nosotros decíamos: «O estuvo usted ciego para no prever lo que iba á venir á

obró usted culpablemente no arreglando la cuestión cuando podía arreglarse sin el oprobio de ceder á la agitación y al temor de insurrecciones; y procedió usted de la peor manera contra Canning.» A este, que era nuestro verdadero cargo, no hace alusión siquiera. Es un polemista aún en este libro (1).

Me he paseado por el jardín, leyendo los discursos de Cicerón en pro de Sextio y de Celio, y la invectiva contra Vatino. La vanidad es completamente intolerable. No conozco nada como ella en literatura. La importancia que se daba el hombre rayaba en monomanía. A mí los discursos, juzgados con arreglo al patrón de la oratoria forense inglesa, me parecen muy malos. No tienden á ganar un veredicto. Son hermosas lecciones, hermosas declamaciones, excelentes para Exeter Hall ó para el Music Hall de Edimburgo, pero no para ponerse al lado de los discursos de Scarlett ó de Erskine, como discursos destinados á convencer y persuadir á los jurados. Hay que saber, no obstante, cuáles eran las disposiciones de aquellos tribunales de Roma. Quizá una simple arenga política podía producir en el Foro un efecto que no produciría en el Tribunal del Banco del Rey. Hay que saber también, en ciertas ocasiones, hasta qué punto habían dilucidado las cuestiones de prueba Hortensio y otros antes de que hablara Cicerón. La peroración parece haber sido reservada para él. ¡Pero figurémonos ahora al defensor de un hombre que ha capitaneado un motín electoral, diciendo al jurado que consideraba

(1) Macaulay escribe en otra parte: «He leído *Sir Roberto Peel* de Guizot. No me parece completamente digno de su talento, ni puede aceptarse como un juicio acertado de Peel. Yo podría trazar su retrato mucho mejor, pero no lo haré por muchas razones.»

excelente aquella ocasión para instruir al elemento más joven del público sobre la distinción entre whigs y tories, y procediendo después á una disertación histórica de una hora sobre la guerra civil, el *bill* de exclusión, la revolución, la paz de Utrecht y sabe Dios cuántas cosas más! Sin embargo, eso es completamente semejante á lo que hacía Cicerón en su defensa de Sextio.

Fuí al Athenæum, y pasé allí dos horas leyendo los tratados de Jhon Mill sobre la libertad y la Reforma. Mucho bueno en los dos. Lo que dice en el primero acerca de individualidad se presta á alguna crítica, á mi juicio. ¿Qué significa la queja de que no hay individualidad ahora? El genio sigue su carrera, como siempre. En la ciencia jamás se han conocido invenciones más atrevidas que en nuestro tiempo. Los buques de vapor, la locomotora, el telégrafo eléctrico, el alumbrado de gas, pueden servir de ejemplos. La geología es una ciencia verdadera completamente nueva. La frenología es una ciencia falsa completamente nueva. Piénsese lo que se quiera de la teología, de la metafísica, de las teorías políticas de nuestro tiempo, no será por falta de atrevimiento y de novedad por lo que pequen. El comptismo, el sansimonismo, el fourierismo, son bastante absurdos, pero seguramente no son indicios de un respeto servil á la tradición y á la autoridad. Luego la clarividencia, el espiritismo y demás desvarios y bellaquerías indican una inquieta rebelión contra los senderos trillados, más bien que decisión estúpida de engolfarse en esos senderos. Nuestra literatura ligera, hasta donde yo la conozco, es nerviosa y excéntrica. Cada escritor parece resuelto á hacer algo raro, á desafiar todas las reglas y cánones de la crítica. El metro debe ser raro;

la dicción rara. Tan grande es la afición á la rareza, que hombres que no tienen más recomendación que su rareza ocupan alto puesto en la estima popular. Por lo mismo, no acaba de gustarme ver á un hombre del talento de Mill recomendando la excentricidad como una cosa casi buena en sí misma, como una cosa destinada á apartarnos de bizantinismos que yo con- vendría en considerar con él como una gran calamidad. Realmente grita « ¡Fuego! » en medio del diluvio de Noé.

«He leído las *Quarterly Reviews* de 1830, 1831 y 1832, y me ha asombrado la pobreza y flojedad de los artículos políticos. No creo que esto sea en mi prevención personal ni política, aunque ciertamente no me gustaba Southey, y me era muy antipático Croker, los dos principales redactores. Pero yo veo el mérito de muchos trabajos de Southey, con los cuales disto mucho de estar de acuerdo—las *Cartas de Espriella*, por ejemplo, y *Vida de Wesley*;—y veo el mérito de las novelas de Teodoro Hook (á quien aborrecía más aún que á Croker), á pesar de estar plagadas de im- properios contra mis amigos políticos. Creo, pues, que mi opinión sobre esos artículos políticos de la *Quarterly Review* es una opinión justa; y á mí me parecen pura morralla—absurdas perversiones de la historia, paralelos que no demuestran ingenio ninguno, predicciones singularmente desmentidas por los hechos, insultos en vez de argumentos, y ni un solo arranque de talento ó de elocuencia.—Todo ello está olvidado. Los despropósitos que dice Southey sobre la economía política bastan para justificar mi opinión acerca de él. Dice que ningún hombre sensato se preocupa jamás de esas cuestiones pseudo-científicas de la renta ó el salario. Seguramente no podía ser tan zote que no supie-

se que una parte del producto de una tierra pertenece al dueño, y otra parte al cultivador; y, á menos que tuviese un cerebro de especie rara, debía haber supuesto que habría alguna ley que rigiese la distribución del producto entre esas partes. Y, si existe tal ley, ¿cómo puede ser indigno de un hombre sensato tratar de averiguarla? ¿Puede haber investigación más importante para el bien de la sociedad? Croker está por debajo de Southey, porque Southey tenía un buen estilo y Croker no tenía más que itálicas y mayúsculas en sustitución de la elocuencia y de las razones.»

He leído mucho de las *Memorias de Southey*, publicadas por su hijo. En su mayoría, apenas son más que las cartas del mismo Southey. No sé cómo no he leído antes la obra. No ha modificado en nada mi opinión sobre Southey. Buen padre, buen marido, buen hermano, buen amigo; pero inclinado á odiar á los que no conocía, sin más motivo que las diferencias de opinión, y muy acerbo y rencoroso en sus odios. Luego no había hombre más pagado de sí en toda la historia literaria, porque nada podían contra su presunción las más severas advertencias. El fracaso completo de una obra suya no servía más que para confirmarle en la creencia de su bondad. No conocía ese descontento de los propios trabajos, que á mí me parece un buen signo, quizá porque lo siento en gran escala. Algún tiempo después de publicado *Madoc*, y cuando el primer ardor de la composición debía haberse enfriado, dice Southey que la ejecución es perfecta, que no puede ser mejor. Yo he tenido, como escritor, éxitos infinitamente mayores que los de Southey, y, aunque no he escrito la quinta, ni la décima parte que él, he ganado más miles de libras con la literatura, que él cientos. Y, sin

embargo, puedo decir sinceramente que jamás he vuelto á leer los pasajes más populares de mis obras, sin ver con pena lo mucho que distaba la ejecución de las exigencias de mi pensamiento. El dice que *Thalaba* es igual ó superior al *Orlando furioso*, y, que es el poema más grande que ha visto la luz durante los siglos; y esto una y otra vez, cuando nadie le leía y cuando los ejemplares estaban hacinados en los desvanes de los libreros. Su *Historia del Brasil* debía ser inmortal, y una mina de oro para su familia, á favor de una reforma de la ley de propiedad literaria. Su *Guerra Peninsular*, de la cual nunca pude concluir el primer tomo, debe vivir siempre. Para hacerle justicia, tenía una hermosa grandeza viril en cuestiones de dinero. Su conducta con Chatterton y Kirke White, en tiempos en que una guinea significaba algo para él, fué honrosísima. Pueden perdonársele por eso muchas cosas.

Macaulay conocía poco las obras de algunos de los mejores escritores de su propia generación. No gustaba de luces nuevas, á menos que hubiesen sido encendidas en los antiguos faros, y prefería un autor de tercer orden, formado con sujeción á un modelo reconocido, á un hombre de genio, cuyo estilo y procedimientos se apartara notablemente de cuanto había existido antes. En libros, como en personas y lugares, no amaba más que aquello á que se había acostumbrado desde la infancia. Muy pocos de los lectores de Macaulay habrán descubierto la intensidad, y á veces (hay que confesarlo) la obstinación de sus tendencias conservadores en literatura, porque, con el dominio instintivo de un gran artista, procuraba que no transpirasen en sus escritos. En calidad de crítico responsable de sus afirmaciones, se abstenía cuidadosa-

mente de expresar prejuicios á que libremente se entregaba como lector. Esas prevenciones á nadie perjudicaban más que á él; y el castigo que sufría por la naturaleza misma de las cosas, era exactamente proporcionado á la falta. Ser ciego para los méritos de un gran autor es un pecado que lleva consigo su pena; y en el caso de Macaulay esa pena era bien dura. Por poco que él lo echara de ver, no era privación escasa que un hombre que se sabía de memoria el relato que hace Heródoto de la batalla de Maratón y el que hace Tucídides del levantamiento del sitio de Siracusa, hubiese pasado por la vida sin sentir el transporte que no puede menos de provocar aun en un jacobista el relato que hace Mr. Carlyle de la carga dada en el barranco de Dunbar; que un hombre que paladeaba con tanto deleite el exquisito humorismo de Platón no hubiese saboreado nunca la pintura de la conversación de Coleridge en la *Vida de John Sterling*—pasaje que no cede á nada de su género del *Protágoras* ó del *Banquete*; que un hombre que estudiaba ansiosa y minuciosamente todo lo que Lessing había escrito sobre arte ó Goethe sobre poesía, no hubiese leído la comparación de Mr. Ruskin entre el paisaje de la *Odisea* y el paisaje de la *Divina Comedia* ó su análisis del efecto que produce en la fantasía una larga y continua contemplación del *Campanile* de Giotto.

Grande, sin disputa, era el goce intelectual de que se privaba Macaulay por su resistencia á admitir el valor de nada que se hubiese escrito desafiando los antiguos cánones; pero, por grande que fuese el sacrificio, bien podía hacerle. Con su omnívoro é insaciable apetito por los libros, no había gran riesgo de que pecase jamás por falta de lectura. Breves pasajes, entresacados fortuitamente del último volumen de su

Diario, demostrarán de sobra cuántas y cuán diversas eran las regiones de la literatura por donde podía campar libremente. Hojeé á Filón y comparé su narración con la de Josefo. Es curioso ver la habilidad con que esos judíos, educados en la ciencia griega, exhibían el aspecto filosófico de su religión á los sabios y estadistas paganos y ocultaban la parte ceremonial. Lo inverso exactamente supongo yo que hacían los judíos de orden inferior, que en cierto sentido llegaron á ser directores espirituales de cándidas romanas. He leído bastante de *Fray Gerundio*. Buen libro. Los rasgos de costumbre son á menudo interesantes. He leído algo de una novela de *Sport*, cuyo protagonista es un Mr. Sponge. Era un mundo nuevo para mí; así que perdoné la precipitación con que está escrita, y pasé un rato muy entretenido. He leído algo de Tieck: los *Hermanos*, y el prólogo de la edición completa de sus obras. Se queja de que sus compatriotas son tardos para gustar una broma. Debía recapacitar que las bromas de él y de algunos de sus colegas no son cosa de risa. Después la *Vida de sir Walter Scott*. Saqué *Rokeby*, y volví á leerle. Obra pobre, á pesar de que no faltan sus relámpagos de genio. ¡Qué error poner la escena en primer término, y dejar en el fondo á los actores humanos! En el *Canto* los actores se destacan, como debían, y el Aill, el Tweed y la Abadía de Melrose aparecen en el lugar subalterno que les corresponde. Aun en la *Dama del Lago* el lord Katrine no deja en la sombra á Fitzjames y Rodrigo; pero *Rokeby* es ante todo un poema descriptivo como *Grongar Hill*. No deja de tener fundamento la observación sarcástica de Moore de que Scott quería convertirlo todo en residencias señoriales, desde Edimburgo á Londres. Lei á Eliano por primera vez. ¡Es raro

que fuese por vez primera! Despaché todo el volumen en unas cuantas horas, leyendo á veces el griego y á veces la traducción latina, que me parece más bien escrita de lo usual. Lo más interesante que saqué de esa colección heterogénea de datos es que se decía haber traducciones de Homero en lengua persa é india y que esas traducciones eran cantadas por los bárbaros. Nunca había visto sancionada tal cosa. Imposible no es realmente. Las conquistas de Alejandro debieron hacer que el griego fuese bien conocido entre hombres cuya lengua materna era el persa ó el sánscrito. ¡Pluguiera al cielo que se encontrasen tales traducciones!

Entre los autores con que Macaulay estaba más familiarizado figuran algunos de los grandes metafísicos antiguos y modernos; pero los leía por el placer de admirar lo ingenioso de sus argumentos y la elegancia de su estilo, no por simpatía con el asunto de sus obras. Se inclinaba mucho, en efecto, á la opinión expresada por Voltaire en *Zadig*: «Il savait de la métaphysique ce qu'on a su dans tous les âges—c'est à dire, fort peu de chose.» Pero había otro campo de indagación y discusión por donde nunca se cansaba de vagar. Tenía una predilección marcada por la especulación y la controversia religiosa, y había leído mucho, y profundamente, de historia eclesiástica. Prueban su inclinación á los estudios de esa índole la multitud de notas que llenan los márgenes de libros como el *Juliano* de Warburton, el *Libre Examen* de Middleton, las *Cartas* de Middleton á Venn y Waterland y todo el resto de la cosecha de tratados polémicos que produjo el libre examen. Pero en ninguna parte hay huellas tan numerosas y profundas de su pasión por la historia eclesiástica como en las páginas de las biografías que escribió

Strype de los obispos que representaron un papel principal en la Reforma inglesa. Esos torvos infolios de hace seis generaciones — las vidas de Cranmer, de Grindal, de Whitgift y de Parker — adquieren todo el interés de una narración contemporánea, si se leen con el aditamento de los vivos y variados comentarios de Macaulay. Cuando, al comienzo de la vida de Cranmer, Strype se disculpa por emplear una fraseología que aun en su tiempo era anticuada y extraña, obtenía un fácil perdón de su lector asiduo. Me gusta — dice Macaulay — su estilo rancio. Escribe como persona que vivía con los hombres de una época anterior. Se hallaba imbuido profundamente del espíritu del siglo XVI; y en otro lugar: «Strype era un hombre honrado y un escritor de mucha valía. Quizá ninguna persona con tan escasos medios ha hecho tanto por perfeccionar nuestro conocimiento de la historia inglesa.» Poco después en el mismo volumen, cuando Gardiner aparece por primera vez en escena, escribe Macaulay: «Gardiner tenía muy grandes vicios. Era hipócrita y perseguidor. Pero, en resumen, fué el primer hombre público de su generación en Inglaterra. Tenía, á mi juicio, verdadero amor á su país. Demostró más respeto á los Parlamentos que ningún estadista de aquella época. Se opuso al matrimonio español. Cuando se vió obligado á admitirle, hizo cuanto pudo por poner condiciones que garantizasen la independencía del reino. Fué un hombre mucho más estimable que Cranmer.» De Latimer dice: «Era el Cobbett de la Reforma, con más rectitud y valor que Cobbett; pero muy semejante á él por la índole de su inteligencia.» A Grindal le declara más de una vez «el mejor arzobispo de Cantorbéry desde la Reforma, excepto Tillotson». Realmente, puede afirmarse sobre seguro que en una ú otra parte

de la biblioteca de Macaulay se halla consignado su juicio sobre todos los prelados ingleses célebres ó de alguna notoriedad desde principios del siglo XVI hasta fines del XVIII.

Inestimable es, ciertamente, el privilegio de seguir á Macaulay al través de las páginas de sus libros favoritos, completamente cuajadas de interesantas notas; pero sería una injusticia para con su reputación separar el comentario del texto, y presentarle al público de una manera fragmentaria. Tal procedimiento no daría más que una débil idea de la animación y humorismo de esa especie de conversación seguida que frecuentemente sostiene con su autor durante capítulos enteros. De todos los testimonios que ha dejado de sí, esos diálogos con los muertos son los más característicos. La energía de sus reconvenciones, la cordialidad de su aprobación, la vehemencia desdeñosa de sus censuras, el ahinco con que expresa y reitera sus propias opiniones llegan á tal punto, que á veces cuesta trabajo convencerse de que sus observaciones se dirigen á personas que murieron hace siglos ó quizá decenas de siglos. Pero el autor de una obra que ha sobrevivido vivía siempre para Macaulay. Ese sentimiento de una relación personal entre él y los hombres del pasado aumentaba á compás que los años transcurrían, á medida que se sentía menos dispuesto á frecuentar la sociedad y más inclinado á encerrarse en su biblioteca. Otros hubieran creído solitaria su vida, pero no lo era para él. Mientras tenía un libro en la mano, no le faltaba un compañero con quien reír, un combatiente que estimulase su acometividad, un consejero que le sugiriese juiciosos ó altos pensamientos y un amigo con quien compartirlos. Cuando abría por décima ó vigésima vez alguna historia, memoria ó

novela, cada uno de cuyos incidentes y aun casi de sus frases se sabía de memoria, lo hacía con el placer que todos experimentamos al encontrar á un antiguo camarada, cuya conversación ya sabemos de antemano por donde habrá de ir. No había compañía que él prefiriese, durante su comida ó su almuerzo, á la de Sterne ó Fielding ú Horacio Walpole ó Bowsell; y muchos autores menos distinguidos tenían también el privilegio de animar sus comidas. «Almorzando—dice—he leído la *Islandia* de Henderson: un libro favorito para el almuerzo. ¿Por qué? ¿Qué raros somos! Algunas obras que jamás soñaría yo en abrir durante la comida, me agradan durante el almuerzo, y viceversa.» Al elegir lo que había de sacar de los estantes, se dejaba llevar del capricho tanto, por lo menos, como del discernimiento. Había ciertos malos escritores cuya vaciedad y tontería tenía un dejo especial que era un atractivo irresistible para Macaulay. En Agosto de 1859 dice á lady Trevelyan: «Han venido los libros que mandé al encuadernador, y las cartas de miss Seward se hallan en estado de poder resistir ahora veinte lecturas más.» Pero, en medio de la infinita variedad de obras ligeras con que mataba los ratos de ocio, seguían dominando sin rival en sus afectos *Orgullo y Preocupación* y las cinco novelas hermanas. Ni por un momento flaqueó en su fidelidad á miss Austen. En 1858 apunta en su Diario: «Si pudiese reunir materiales, escribiría una biografía de esa admirable mujer y allegaría algunos fondos para erigirle un monumento en la catedral de Winchester.» Algunos de sus antiguos amigos recordarán lo que se enorgullecía de una corrección que había hecho en la primera página de *Persuasión*, y que él reputaba digna de Bentley, porque, sin alterar una palabra ni una letra,

trueca en cosa llana y perfectamente inteligible un pasaje, que había confundido, ó debe haber confundido á dos generaciones de lectores de miss Austen (1).

Respecto de los sentimientos que abrigaba hacia los grandes espíritus del pasado, nada es posible añadir á sus propias expresiones. El nos ha dicho cuán incalculable era su deuda para con ellos; cómo le guiaron á la verdad; como poblaron su mente de nobles y gratas imágenes; cómo le siguieron en todas las vicisitudes de su vida, consolándole en la aflicción, asistiéndole en sus enfermedades y acompañándole en la soledad, como antiguos amigos que jamás se ven con caras nuevas, que son los mismos en los tiempos de riqueza y de pobreza, de gloria y obscuridad. Grandes como eran la honra y el provecho que Macaulay adquirió con su pluma, todos los que le conocieron saben bien que los títulos y recompensas que conquistó con sus obras, no pesaban nada en la balanza en comparación con el placer que debía á las obras de los demás. Esa convicción ha contribuido en gran parte á la deferencia con que le trataron escritores cuyas ideas sobre libros, sucesos y política pasada y presente diferían mucho de la suya. Se ha dicho con razón que aun al más hostil de sus críticos no podía menos de impresionarle é infundirle respeto su maravillosa devoción por la literatura. Y esa ardiente y sincera pasión por las letras, que ha servido así de escudo á su memoria, fué también la fuente de mucho que admira en su carácter y conducta. La confianza que tenía de hallar ocupación y distracción en los trabajos intelectuales le ayudó no poco á conservar aquella digna serenidad con que afrontó todos los azares

(1) Se trata de un ligero cambio de puntuación.

y mudanzas de su vida pública, y aquel espíritu de plácido y paciente sufrimiento que le sostuvo en los años de salud quebrantada y forzosa reclusión. No sentía necesidad imperiosa de buscar fuera animación y aplauso, teniendo como tenía bajo su techo un manantial inagotable de goces exquisitos. Aquel invencible amor á la lectura, que no hubiera cambiado Gibbon, según declaraba, por los tesoros de la India, era un elemento principal de felicidad en una vida tan feliz como la de Macaulay, una de las vidas más felices que ha podido relatar un biógrafo.

## CAPÍTULO XI

1859

Tristes presentimientos. — Excursión á los Lagos ingleses y á Escocia.—Trozos del diario de Macaulay.—Su muerte y entierro.

Cuando empezó el año 1859, parecía poco probable que viniera á alterar ningún suceso el curso tranquilo de la existencia de Macaulay. Sus dolencias, aunque serias, no le abatían ni disminuían el ardor de su interés por el bienestar de los que le rodeaban. Hacia el fin del año anterior, su sobrina Margarita Trevelyan se había casado con el hijo de su antiguo amigo sir Enrique Holland: suceso que causó á su tío satisfacción profunda. Mr. Holland residía en Londres; y, por consiguiente, el matrimonio, lejos de privar á Macaulay de que la mirara como hija, le deparó otra casa donde se encontraba como en la suya. Pero ahora sobrevino una circunstancia muy inesperada que alteró en un momento toda la compleción de su vida. A principios de 1859 ofrecieron á mi padre el gobierno de Madrás. El aceptó el puesto, y se embarcó para la India en la tercera semana de Febrero. Mi madre se



y mudanzas de su vida pública, y aquel espíritu de plácido y paciente sufrimiento que le sostuvo en los años de salud quebrantada y forzosa reclusión. No sentía necesidad imperiosa de buscar fuera animación y aplauso, teniendo como tenía bajo su techo un manantial inagotable de goces exquisitos. Aquel invencible amor á la lectura, que no hubiera cambiado Gibbon, según declaraba, por los tesoros de la India, era un elemento principal de felicidad en una vida tan feliz como la de Macaulay, una de las vidas más felices que ha podido relatar un biógrafo.

## CAPÍTULO XI

1859

Tristes presentimientos. — Excursión á los Lagos ingleses y á Escocia.—Trozos del diario de Macaulay.—Su muerte y entierro.

Cuando empezó el año 1859, parecía poco probable que viniera á alterar ningún suceso el curso tranquilo de la existencia de Macaulay. Sus dolencias, aunque serias, no le abatían ni disminuían el ardor de su interés por el bienestar de los que le rodeaban. Hacia el fin del año anterior, su sobrina Margarita Trevelyan se había casado con el hijo de su antiguo amigo sir Enrique Holland: suceso que causó á su tío satisfacción profunda. Mr. Holland residía en Londres; y, por consiguiente, el matrimonio, lejos de privar á Macaulay de que la mirara como hija, le deparó otra casa donde se encontraba como en la suya. Pero ahora sobrevino una circunstancia muy inesperada que alteró en un momento toda la compleción de su vida. A principios de 1859 ofrecieron á mi padre el gobierno de Madrás. El aceptó el puesto, y se embarcó para la India en la tercera semana de Febrero. Mi madre se

quedó en Inglaterra durante algún tiempo; pero en plazo no muy lejano debía seguir á su marido, y Macaulay estaba plenamente convencido de que, cuando él y su hermana se separasen, se separarían para siempre. Aunque su creencia era hija de sus propias impresiones, y no de ninguna indicación de los médicos, no por eso estaba menos firmemente persuadido de que ahora su fin no estaba ya muy lejano. «Me despedí de Trevelyan (escribe el 18 de Febrero). El me decía: «Usted ha sido siempre un hermano muy bueno para mí.» Ciertamente he procurado serlo. ¿Volveremos á vernos algún día? No lo espero. Mi salud va mejor; pero otro invierno crudo acabaría conmigo probablemente.» En otra parte escribe: «No estoy mejor. Esta enfermedad me pone á ruda prueba. Sin embargo, la resisto. En cuanto á mi genio, no se ha agriado nunca, y mientras conserve mi inteligencia, no me parece que ha de exacerbarse por males de que evidentemente ningún ser humano tiene la culpa. Irritarse con parientes y criados por padecimientos que ellos no nos causan y que desearían aliviar, es indigno, no ya de un hombre bueno, sino de seres racionales. Sin embargo, veo bastantes ejemplos de irritabilidad para temer incurrir en ella. Pero estaré sobre aviso. En estos últimos tiempos he pensado varias veces que se acerca la última escena del drama. Desearía representarla sencillamente, pero con fortaleza y dulzura á la vez.»

La perspectiva de separarse de la hermana con quien había vivido tan unido desde la juventud—perspectiva agravada por el pensamiento de que llegaría seguramente su última hora cuando mi madre estuviese á miles de millas—era una dura prueba para la decaída salud de Macaulay. La soportó con virilidad y

casi en silencio; pero su espíritu no volvió á reponerse del golpe. Durante la primavera y el estío de 1859 su Diario contiene breves, pero significativas alusiones al estado de sus sentimientos. Sólo una de ellas puede insertarse aquí.

11 de Julio de 1859.—Una carta de Ana, muy triste y cariñosa. La ha contestado. Hay cierto placer aun en esta pena excesiva, porque lleva á expresar el cariño con una ternura que no se revela en las circunstancias ordinarias. Pero la pena es amarga, amarguísima. Ha venido el duque de Argyll, y me trajo los pliegos de un poema que va á aparecer de Tennyson. Me gusta extraordinariamente, á pesar de algunos defectos. La separación de Lanzarote y Ginebra, la penitencia de ella y la despedida de Arturo, son muy conmovedoras. Lloré en algunos pasajes; pero ahora estoy *ἀπιδάκρυς* (1), como dice Medea.

Hacia fines de Julio mi tío pasó una semana con nosotros en Lowood Hotel, á orillas del Windermere, y desde allí acompañó á mi madre y á mi hermana menor á una excursión de dos semanas por los *Highlands* occidentales y á Edimburgo, pasando por Stirling. En cada etapa del viaje se ofrecía alguna nueva prueba del vivo interés que su presencia despertaba en el espíritu de sus paisanos, para quienes su cara y su figura eran menos familiares de lo que suele acontecer tratándose de un hombre de su altura y reputación. Ahora salía tan rara vez de su retiro que, por dondequiera que se dejaba ver, iba acompañado de un respeto que le satisfacía y de una curiosidad que no le molestaba. Anteayer—escribe á Mr. Ellis—fui al cementerio de

(1) «Predispuesto á las lágrimas.»

Grasmere y vi la tumba de Wordsworth. Pensé anunciar mi intención de ir, y dar papeletas de á guinea á las personas que deseaban verme allá. Porque un yanqui que estaba aquí hace unos cuantos días y supo que yo era esperado, dijo que daría todo lo del mundo por el espectáculo más sublime de la tierra: Macaulay ante la tumba de Wordsworth.

En Escocia—escribe mi madre—le recibían por todas partes con mucho entusiasmo. Le reconocían en seguida en los vapores y en las estaciones de ferrocarriles. En Tarbet fuimos escoltados hasta el bote, y mientras los acompañantes rodeaban á vuestro tío, buscándole un asiento y arreglándole cómodamente, yo me senté aparte junto á una muchacha que llamó á un hombre y le preguntó quién era la persona que los traía tan revueltos. El hombre contestó que era el gran lord Macaulay, el que había escrito la *Historia*. ¡Oh!—dijo la muchacha.—¡Yo creí que no era más que una novela! Y se unió al grupo de los curiosos. Cuando fuimos á la iglesia del doctor Guthrie en Edimburgo, la concurrencia nos abrió paso para salir. En los hoteles solía darse el caso de servir á Macaulay una comida mejor que la que había pedido—cosa no pequeña, acompañado como iba de otras personas—y negarse después á aceptar el pago de su alojamiento. En Inverary escribe: «El fondista se empeñó en convidarnos á nuestro paseo en coche de ayer; pero yo me negué terminantemente. Luego casi lo sentí, y también Ana, que me había apoyado. Es tan bueno aceptar como dar. Opino exactamente como el héroe de Calderón:

«¿Cómo sabrá pedir  
quien sólo ha sabido dar?»

Evito demasiado el recibir servicios que me gusta hacer.

Durante esta visita al Norte, mi tío fué aquel compañero tan agradable de viaje que siempre hablamos conocido—con la misma disposición á complacer y complacerse, y el mismo carácter tan dulce y tan igual.— Cuando uno de nosotros llegaba á quedarse solo con él, había á veces en su conversación un sello de melancolía que la prestaba singular encanto; pero cuando estaba completo nuestro pequeño círculo, aprovechaba con fruición cuantas ocasiones se ofrecían de entablar largos y sabrosos coloquios. Recuerdo especialmente una tarde que pasamos sentados á la ventana, contemplando el Windermere, y trazando bajo su dirección una lista de cuarenta nombres para una academia inglesa imaginaria. El resultado de nuestro tabajo, en la forma en que ahora le tengo ante mis ojos, ofrece evidentes señales de haber sido una obra de transacción, y, por lo mismo, no puede presentarse al público como expresión fiel y auténtica del juicio de Macaulay sobre los literatos y científicos contemporáneos.

En una carta á Mr. Ellis, escrita el 24 de Octubre de 1859, dice Macaulay: He estado muy bien físicamente desde que nos separamos; pero moralmente he sufrido mucho, tanto más, cuanto que he tenido que dominarme para parecer contento. Por fin se ha decidido que Ana y Alicia marchen á Madrás en Febrero. No puedo negar que es justo, y mi deber es ahorrarles todo lo que pueda aumentar la pena que sienten. Pero soy muy desgraciado. A pesar de todo, leo, y escribo, y procuro olvidar mi aficción durante horas. Pero la aficción vuelve, y volverá.

La prueba que ahora le esperaba era de las más ru-

das á que podía verse sometido, y apeló á todos sus recursos para afrontarla con entereza y resignación. A partir de entonces, miró como un deber ocupar su espíritu y fortalecer su dominio sobre sí, mediante un laborioso y continuo esfuerzo intelectual. Es menester—dice—que deseche estos pensamientos escribiendo; y con las fuerzas quebrantadas, volvió á sus trabajos, resuelto á no levantar mano hasta concluir otra sección de la *Historia*. En Octubre participa á Mr. Longman que trabaja con regularidad; y el 14 de Diciembre escribe: «Terminada al fin la legislatura de 1699 á 1700. Hay bastante en lo que he escrito que puede interesar á los lectores. De todos modos, esta es una buena ocupación para mí, y lo será mejor dentro de poco, cuando apenas me quede otra cosa. Cediendo á la misma resolución de apartar el curso de sus reflexiones del sombrío cauce que tendían á seguir, Macaulay, aun durante sus horas de ocio, empezó á leer sistemáticamente. Al segundo día de haber recibido el infausto anuncio de los planes de mi madre con respecto á la India, dió principio á la lectura de las *Anécdotas literarias* de Nichols—nueve tomos voluminosos de setecientas á ochocientas páginas de letra menuda.—Con una atención minuciosa que pocos hombres tienen la paciencia de conceder á libros que no piensan reeditar, examinó y escudriñó ese vasto repertorio de erudición del siglo XVIII, rectificando errores, supliendo omisiones, estigmatizando faltas de gusto y de gramática, y enriqueciendo todo espacio en blanco, que tentaba á su lápiz, con profusión de importantes y sabrosos comentarios. Marchando animosamente, á razón de tomo por semana, leyó y anotó la obra entre el 17 de Octubre y el 21 de Diciembre.

Durante este período de su vida, Macaulay lo pasa-

ba indudablemente menos mal cuando se encontraba solo en su biblioteca (1), porque, en compañía con los que estaba á punto de perder, el placer del instante no podía menos de verse nublado por tristes presentimientos. «Casi desearía—escribe—que lo que ha de ser sucediese inmediatamente. Temo los cuatro meses próximos más aún que los que han de seguir á la separación. Esta despedida prolongada, este lento paladeo de la hiel y el vinagre, es terrible.» Ciertamente el porvenir se le presentaba bien oscuro; pero Dios, que tanto le había bendecido, procedió benignamente con él hasta el fin, y no permitió que su carga fuese superior á sus fuerzas.

*Viernes 16 de Diciembre.*—Desde esta mañana habré de contar algunos de los días menos agradables de mi vida. Hubo que recurrir al medicamento, pero creo que me dejó muy mal parado. La helada era más intensa que nunca y paralizaba la circulación (2). Amén de la irregularidad del pulso, sufría todo lo que sufrí cuando en 1852 tuve que marcharme á Clifton. La depresión, la debilidad, el desfallecimiento del corazón, la incapacidad de hacer nada que exigiese un esfuerzo sostenido, me angustiaban sobremanera. Escribir, aunque sólo sea unas pocas palabras, me es violento. Sin embargo, leí alemán, latín é inglés y salvé el día pasablemente.»

*17 de Diciembre.*—Tiempo muy crudo. Rara vez ha

(1) El 16 de Octubre dice en su Diario: «He leído, y ha visto, como siempre, que un libro interesante obraba como un calmante.»

(2) El mal estado habitual de la salud de Macaulay se había agravado á consecuencia de un paseo que dió, con un viento recio del Este, desde el Museo Británico al Athenæum.

das á que podía verse sometido, y apeló á todos sus recursos para afrontarla con entereza y resignación. A partir de entonces, miró como un deber ocupar su espíritu y fortalecer su dominio sobre sí, mediante un laborioso y continuo esfuerzo intelectual. Es menester—dice—que deseche estos pensamientos escribiendo; y con las fuerzas quebrantadas, volvió á sus trabajos, resuelto á no levantar mano hasta concluir otra sección de la *Historia*. En Octubre participa á Mr. Longman que trabaja con regularidad; y el 14 de Diciembre escribe: «Terminada al fin la legislatura de 1699 á 1700. Hay bastante en lo que he escrito que puede interesar á los lectores. De todos modos, esta es una buena ocupación para mí, y lo será mejor dentro de poco, cuando apenas me quede otra cosa. Cediendo á la misma resolución de apartar el curso de sus reflexiones del sombrío cauce que tendían á seguir, Macaulay, aun durante sus horas de ocio, empezó á leer sistemáticamente. Al segundo día de haber recibido el infausto anuncio de los planes de mi madre con respecto á la India, dió principio á la lectura de las *Anécdotas literarias* de Nichols—nueve tomos voluminosos de setecientas á ochocientas páginas de letra menuda.—Con una atención minuciosa que pocos hombres tienen la paciencia de conceder á libros que no piensan reeditar, examinó y escudriñó ese vasto repertorio de erudición del siglo XVIII, rectificando errores, supliendo omisiones, estigmatizando faltas de gusto y de gramática, y enriqueciendo todo espacio en blanco, que tentaba á su lápiz, con profusión de importantes y sabrosos comentarios. Marchando animosamente, á razón de tomo por semana, leyó y anotó la obra entre el 17 de Octubre y el 21 de Diciembre.

Durante este período de su vida, Macaulay lo pasa-

ba indudablemente menos mal cuando se encontraba solo en su biblioteca (1), porque, en compañía con los que estaba á punto de perder, el placer del instante no podía menos de verse nublado por tristes presentimientos. «Casi desearía—escribe—que lo que ha de ser sucediese inmediatamente. Temo los cuatro meses próximos más aún que los que han de seguir á la separación. Esta despedida prolongada, este lento paladeo de la hiel y el vinagre, es terrible.» Ciertamente el porvenir se le presentaba bien oscuro; pero Dios, que tanto le había bendecido, procedió benignamente con él hasta el fin, y no permitió que su carga fuese superior á sus fuerzas.

*Viernes 16 de Diciembre.*—Desde esta mañana habré de contar algunos de los días menos agradables de mi vida. Hubo que recurrir al medicamento, pero creo que me dejó muy mal parado. La helada era más intensa que nunca y paralizaba la circulación (2). Amén de la irregularidad del pulso, sufría todo lo que sufrí cuando en 1852 tuve que marcharme á Clifton. La depresión, la debilidad, el desfallecimiento del corazón, la incapacidad de hacer nada que exigiese un esfuerzo sostenido, me angustiaban sobremanera. Escribir, aunque sólo sea unas pocas palabras, me es violento. Sin embargo, leí alemán, latín é inglés y salvé el día pasablemente.»

*17 de Diciembre.*—Tiempo muy crudo. Rara vez ha

(1) El 16 de Octubre dice en su Diario: «He leído, y ha visto, como siempre, que un libro interesante obraba como un calmante.»

(2) El mal estado habitual de la salud de Macaulay se había agravado á consecuencia de un paseo que dió, con un viento recio del Este, desde el Museo Británico al Athenæum.

hecho más frío en esta latitud. Mandé llamar á Martín, y le puse al corriente de mi estado (1). Dice que el corazón no padece lesión ninguna, pero que está débil.

*19 de Diciembre.*—Sigue el frío intenso. Apenas puedo manejar la navaja de afeitar por las palpitations del corazón. Parece como si hubiese envejecido veinte años desde el último jueves, como si estuviese muriendo de viejo. Estoy perfectamente preparado, y nunca lo estaré más. Otro mes, con días como los que he venido pasando últimamente, me haría anhelar con impaciencia mi estrecho chiribitil como niño agobiado por la labor en una fábrica.

*Miércoles, 21 de Diciembre.*—Todo ha cambiado. Cesó de helar y de nevar; llovió en abundancia; nubes del Suroeste atravesaron rápidamente el cielo. Apareció el sol, y estaba tan templado, que me atreví á salir al pórtico; pero no estaba bien, ni mucho menos. Mis dos doctores, Watson y Martín, celebraron consulta. Convinieron en declarar que mi dolencia procede exclusivamente del corazón. Si el corazón funcionase con energía, todos mis padecimientos se desvanecerían á la vez. Puede que tengan razón. Lo cierto es que me encuentro bastante mal, tan débil como un niño. Sin embargo, estoy menos nervioso que de costumbre. No he derramado lágrimas durante algunos días, á pesar de que mis lágrimas no piden más que correr, como dice el pobre Cowper. No advierto ninguna decadencia intelectual, ni la más mínima.

*Viernes, 23 de Diciembre.*—Esta mañana, apenas

(1) Sir Ranald Martín había sido médico de Macaulay en Calcuta.

había salido de mi dormitorio, cuando se desprendieron grandes fragmentos del cielo raso. Si estoy allí minutos más, me hubiese quedado aturdido, si no muerto. Me hallaba sentado á la chimenea, no esforzándome en escribir, sino haciendo cuentas de Navidad y leyendo. Una extraña declaración de Dickens: según él, Haroldo Skimpole no representa á Leigh Hunt. Confiesa, sin embargo, que copió las exterioridades del carácter de Leigh Hunt, y seguramente por esas exterioridades reconocerá siempre á una persona la gran masa de los hombres.

Además, es de advertir que los vicios de Haroldo Skimpole son vicios á que Leigh Hunt se hallaba, por lo menos, algo predispuesto, y que la generalidad de la gente le atribuía en gran escala. Que tenía flaca noción de lo mío y lo tuyo, que no poseía un sentimiento elevado de independencia, que no se creía obligado para con nadie, que sacaba dinero de donde podía, sin agradecerlo, que lo mismo difamaba á quien le socorría en un apuro que á quien le negaba su auxilio; todo eso, como Dickens debe saber, se decía de Leigh Hunt, con razón ó sin ella, y había hecho una profunda impresión en el espíritu público. Seguramente Leigh Hunt se había dicho: «Yo tengo ideas especiales sobre el dinero, que se reputarán muy distantes de las corrientes, sobre todo en un país comercial.

No siento ese horror de sentirme obligado, que se mira como un refinamiento esencial en cuestiones de dinero.» Ese es completamente Haroldo Skimpole. ¿Cómo, entonces, podía dudar D. de que se vería en H. S. un retrato de L. H.?

En este punto termina bruscamente el Diario de Macaulay. Dos días después escribía á Mr. Ellis: «Los médicos opinan que estoy mejor; pero yo noto poco

cambio. Antes de ayer tuve un desmayo, y me quedé completamente insensible. Hubiera deseado seguir así, porque, si la muerte no fuese más... Me rehice, sin embargo, y los médicos dicen que el hecho no tiene ninguna importancia.» Con todo, desde ese momento en adelante hubo en Macaulay una peoria acentuada.

«Pasé con él el día de Navidad—escribe mi madre.—Habló muy poco, y á cada paso se quedaba adormecido. Celebramos nuestra comida habitual de Navidad con él, y al otro día le creí mejor. Nunca, mientras viva, se mitigará mi pena de haberle dejado un solo momento después del día de Navidad. Pero yo no estaba alarmada. Creí que el accidente del techo le había causado una impresión de que iba reponiéndose paulatinamente; y, cuando nos hallábamos solos, cedía á tal emoción que, por mi parte, evitaba permanecer mucho tiempo con él, mientras estuviese tan débil.» Acaso sorprenda que los parientes de Macaulay no tuviesen ningún recelo de que se hallara en grave é inmediato peligro; pero la verdad es que su evidente aflicción (pues ya no tenía fuerzas para ocultarla en los últimos días de su vida) estaba tan presente á nuestro espíritu á todas horas, que no paramos mientes en su estado físico. Su silencio y abatimiento, debidos en realidad á causas físicas, nos parecían proceder casi enteramente de sufrimiento moral.

En una reseña de la última enfermedad de Macaulay, escrita aquellos días (1), se dice que en la mañana del miércoles, 28 de Diciembre, hizo un esfuerzo para dictar una carta, dirigida á un pobre eclesiástico, in-

(1) Esa reseña, que es muy breve, se conserva entre los papeles del marqués de Lansdowne. Macaulay escribe el 19 de Agosto de 1859: «Me afligen las noticias sobre mi querido amigo lord

cluyendo veinticinco libras. Después de firmar esa carta, no volvió á escribir su nombre. Ya avanzada la tarde del mismo día, fui yo á Holly Lodge, con ánimo de comer allí; pero renuncié á mi propósito en cuanto entré en la biblioteca. Mi tío estaba sentado, con la cabeza reclinada sobre el pecho, en una actitud lánguida de abstracción y de sopor. Tenía delante, sin mirarle, el primer número del *Cornhill Magazine*, abierto por la primera página de la novela de Thackeray *Lovel*. No habló una palabra más que para responder; y, de las cosas que yo dije, la única que puedo recordar en este momento le sugirió dolorosas reflexiones que dieron al traste con su entereza.

Mi madre, enterada por mí de su estado, decidió pasar la noche en Holly Lodge. Acababa de salir de la sala para hacer sus preparativos—sería esto, supongo, poco antes de las siete de la tarde—cuando vinieron á llamarla con urgencia. Al acercarse el coche en que marchábamos al pórtico de la casa de mi tío, las muchachas, en medio de la obscuridad, corrieron á nuestro encuentro llorando, y supimos que todo había concluido. Le encontramos en la biblioteca, sentado en su sillón, y vestido como de costumbre, con su libro sobre la mesa, abierto aún por la misma página. Había dicho á su servidor principal que se acostaría temprano, porque estaba muy rendido. El hombre le propuso que se recostase en el sofá. Se levantó como para ir, volvió á sentarse y dejó de respirar. Murió como siempre había deseado morir: sin pesadumbre, sin tener que despedirse, precediendo en la tumba á

Lansdowne. Le debo más que á ningún hombre, y nunca ha parecido darse cuenta de que le debiese nada. Espero intranquilo nuevas noticias.» Lord Lansdowne se restableció de esa enfermedad, y sobrevivió á Macaulay más de tres años.

cuantos amaba, y dejando tras sí un nombre grande y respetable y el recuerdo de una vida, cuyas acciones eran tan claras y transparentes como las frases de sus libros. No debo yo detenerme á pintar la dolorosa sorpresa con que fué recibida la noticia de su muerte dondequiera que se lee el idioma inglés, ni necesito insistir sobre el sentimiento perdurable de las personas á quienes prodigaba su cariño, y cuya vida iluminó con su genio y ennobleció con su alto y puro ejemplo. Hemos perdido—asi escribía mi madre—la luz de nuestro hogar, el amigo más entrañable, generoso y desinteresado. ¿Cómo puedo expresar lo que ha sido para mí durante cincuenta años? ¡Qué tesoro de amor derramaba sobre mí y los míos! El hueco, el vacío que ha dejado, llenando, como llenaba, tan completamente el corazón y la inteligencia, nadie puede comprenderlo. Porque, ¿quién conoció jamás vida como la mía íntimamente asociada á la de tal hombre!

Fué enterrado en la Abadía de Westminster el 9 de Enero de 1860. Llevaron los cordones del paño mortuorio el duque de Argyll, lord John Russell, lord Stanhope, lord Carlisle, el obispo Wilberforce, sir David Dundas, sir Enrique Holland, el deán Milman, sir Jorge Cornwall Lewis, el lord Canciller y el *Speaker* de la Cámara de los Comunes. «Una hermosa salida de sol—escribía lord Carlisle.—Los que llevábamos los cordones entramos en la «Cámara de Jerusalem». La última vez que yo había estado allí fué cuando el entierro de Canning. La ceremonia fué de lo más solemne y conmovedor. Todo como correspondía al hombre y á las circunstancias.

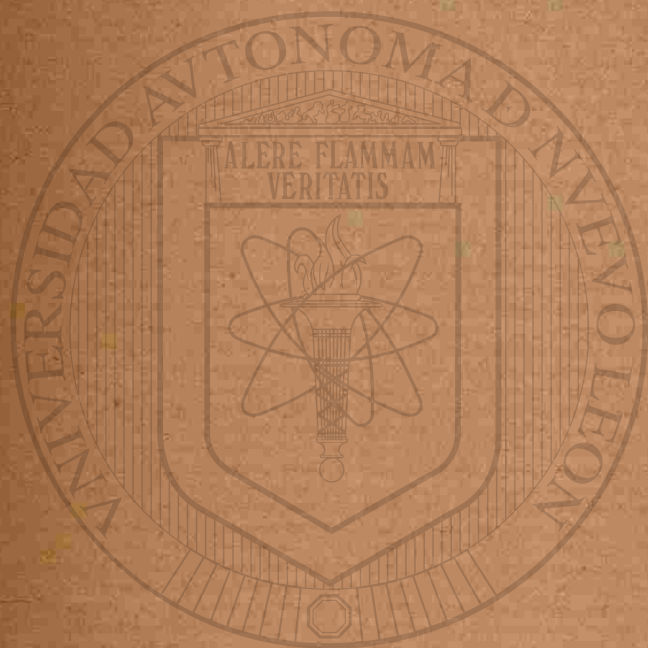
Yace al lado de sus pares, en el «Rincón de los poetas», junto al muro occidental del crucero del Sur. Allí, en medio de las tumbas de Johnson, de Garrick,

de Handel, de Goldsmith y de Gay, descuella la estatua de Addison; y á los pies de Addison se ve la piedra que lleva esta inscripción:

TOMÁS BABINGTON, LORD MACAULAY  
 NACIDO EN ROTHLEY TEMPLE, CONDADO DE LEICESTER,  
 EL 25 DE OCTUBRE DE 1800  
 MUERTO EN HOLLY LODGE, CAMPDEN HILL,  
 EL 28 DE DICIEMBRE DE 1859  
 SU CUERPO YACE EN PAZ,  
 PERO SU NOMBRE VIVE ETERNAMENTE

FIN





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

## ÍNDICE

Págs.

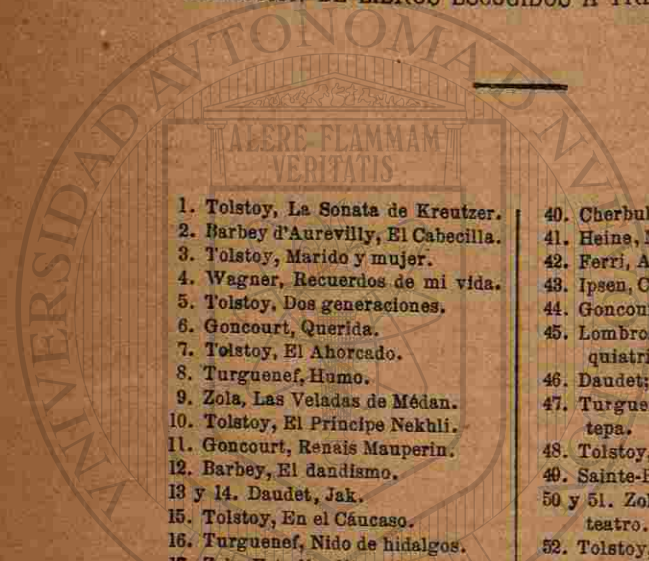
CAPÍTULO SÉPTIMO (1847-1849). — Macaulay se retira á la vida privada. — Extractos del diario de lord Carlisle. — Conversación de Macaulay. — Su memoria. — Su disgusto por la sociedad en general. — Sus paseos con los niños. — Cartas á su sobrina Margarita. — El poeta juicioso. — Valentina. — Viendo el asiento. — Viajes orientales — Método de trabajo de Macaulay. — Su diligencia para reunir sus materiales. — Glencoe. — Londonderry. — Exactitud de Macaulay; opiniones de Mr. Bagehot y Mr. Buckle. — Actividad de Macaulay en el bufete. — Su amor á su trabajo. — Extractos de su diario. — Su atención á los detalles de la impresión. — Aparece su historia. — Felicitaciones. — Lord Halifax; lord Geffrey; lord Auckland; mis Edgeworth. — La popularidad de este libro. — Extracto del «Punch». — Actitud de Macaulay con relación á sus críticos. — La *Quarterly Review*. — Los sacrificios que Macaulay hizo por la literatura. . . . . 5

CAP. VIII (1848-1852). — Trozos del Diario de Macaulay. — Heródoto. — Mr. Roebuck. — Zozobras y éxito. — Aparición de la *Historia*. — Marcha de la venta. — El duque de Wellington. — Lord Palmerston. — Cartas á Mr. Ellis. — Observación de lord Broughan sobre el nombre de Eurípides. — Macaulay es elegido rector de la Universidad de Glasgow. — Su discurso inaugural. — Buenos propósitos. — Croker. — El doctor Parr. — La cátedra de Historia de Cambridge. — Byron. — Viaje á Irlanda. — Althorp. — Lord Sidmouth. — Lord Thurlow. — Muerte de Jeffrey. — Retrato de Macaulay por Richmond. — Comida en palacio.

- Roberto Montgomery. — Muerte de sir Roberto Peel.  
 —El *Preludio*. — Ventnor. — Cartas á Mr. Ellis. — Plauto.  
 —Fra Paolo. — Gibbon. — La Bula pontificia. — Muerte de  
 Enrique Hallam. — Cartas de Porson al arcediano Tra-  
 vis. — Carlos Mathews. — El castillo de Windsor. — Ma-  
 caulay con coche propio. — Apertura de la gran Exposi-  
 ción de 1851. — Cobbett. — Malvern. — Cartas á Mr. Ellis.  
 — *Wilhelm Meister*. — La batalla de Worcester. — Pal-  
 merston deja el Foreign Office. — Macaulay rehusa un  
 ofrecimiento del gabinete. — El palacio de Windsor. — El  
*Rey Juan*. — Banquete de la Real Academia..... 63
- CAP. IX (1852-1856). — El magnetóscopo y la mesa girato-  
 ria. — Reelección de Macaulay por Edimburgo y satis-  
 facción general que ocasionó. — Enfermedad grave. —  
 Crifton. — Trozos del Diario de Macaulay. — Su apego á  
 los recuerdos antiguos. — Barley Wood. — Cartas á  
 Mr. Ellis. — Gran cambio en la salud y en las costum-  
 bres de Macaulay. — Su discurso en Edimburgo. — La  
 Cámara de los Comunes. — El presupuesto de Mister  
 Disraeli. — Formación del ministerio de lord Aberdeen.  
 — El bill de exclusión de los jueces. — El bill de la India.  
 — El impuesto anual. — Macaulay deja de tomar parte ac-  
 tiva en la política. — Cartas á Mr. Ellis. — Mrs. Beecher  
 Stow. — Tunbridge Wells. — Platón. — Mr. Vizetelly. —  
 Patriotismo de Macaulay. — La guerra de Crimea. —  
 Exámenes de concurso. — La *Historia*. — Thames Ditton.  
 — Publicación de los tomos III y IV de Macaulay. — Es-  
 tadística de la venta de la *Historia*. — Honores conferidos  
 á Macaulay. — El Museo Británico..... 129
- CAP. X (1856-1858). — Macaulay renuncia su puesto de re-  
 presentante por Edimburgo. — Se establece en Holly  
 Lodge. — Su casa y su jardín. — Sus ideas sobre la hospi-  
 talidad. — *L'Almanach des Gourmands*. — Visitas. — Via-  
 jes continentales. — Chateaubriand. — Macaulay como  
 hombre de negocios. — Su generosidad en cuestiones de  
 dinero. — Su bondad para con sus parientes y los niños.  
 — Galerías de pintura. — Macaulay como maestro. — Tri-  
 buta un elogio á lord Palmerston. — Es nombrado par.  
 — Cariño á su antigua Universidad. — Es elegido gran  
 senescal del burgo de Cambridge. — Macaulay en la Cá-

- mars de los Lores. — Política francesa. — La insurrec-  
 ción india. — La toma de Delhi y el socorro de Lucknow.  
 — El profesor Owen y el Museo Británico. — Temporada  
 de ocio. — El tomo V de la *Historia*. — Artículos de Ma-  
 caulay en la *Enciclopedia Británica*. — Su costumbre de  
 aprender de memoria. — Lenguas extranjeras. — Maneras  
 de distraerse. — Las consecuencias de la celebridad. —  
 Trozos del Diario de Macaulay. — Sus tendencias con-  
 servadoras en literatura. — Su afición á la teología y á la  
 historia eclesiástica. — Su devoción por la literatura.... 219
- CAP. XI (1859). — Tristes presentimientos. — Excursión á los  
 Lagos ingleses y á Escocia. — Trozos del diario de Ma-  
 caulay. — Su muerte y entierro..... 293

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS Á TRES PESETAS TOMO

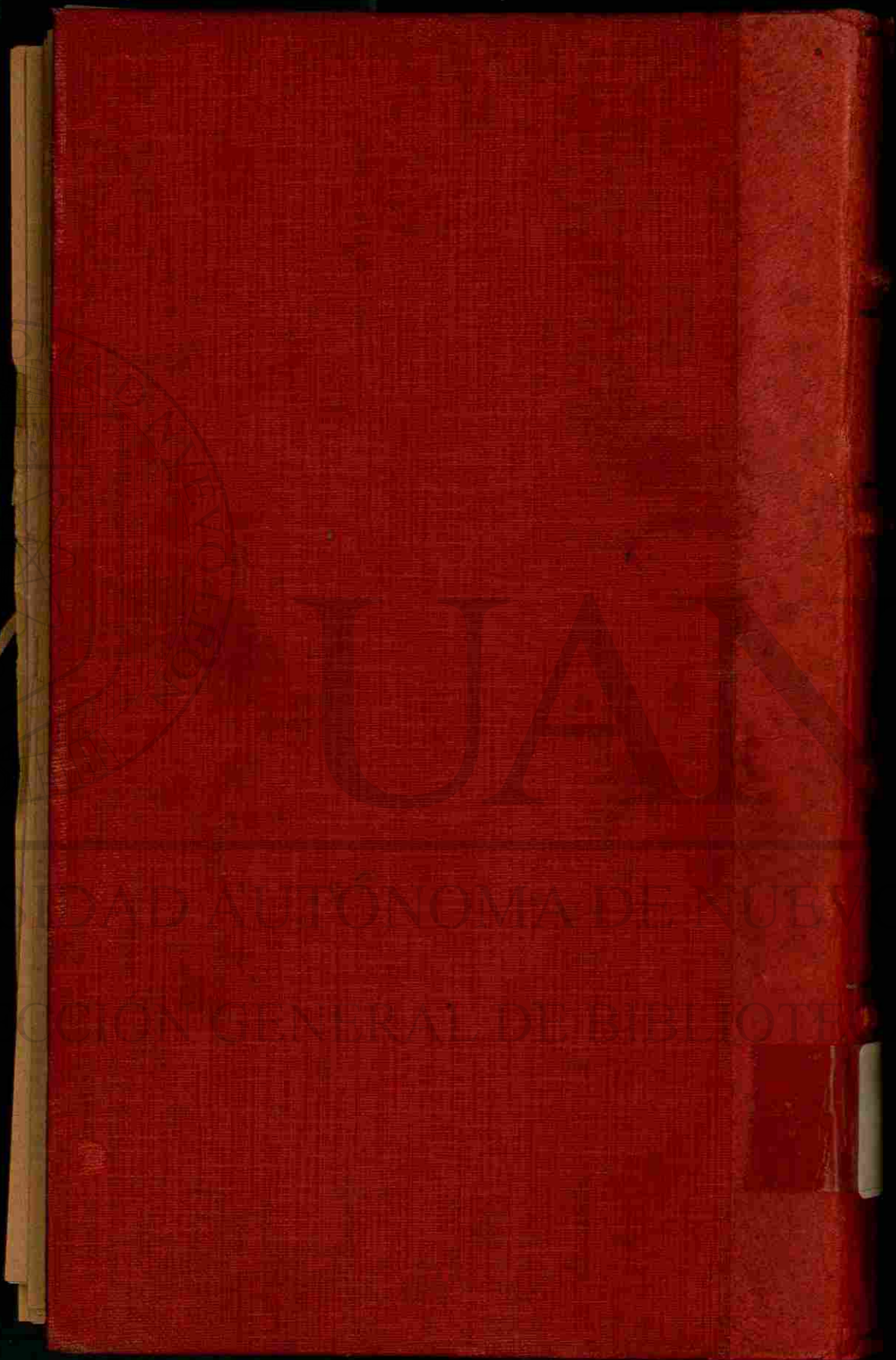
- 
- |   |   |
|---|---|
| 1. Tolstoy, La Sonata de Kreutzer.      | 40. Cherbuliez, Amores frágiles.                          |
| 2. Barbey d'Aurevilly, El Cabecilla.    | 41. Heine, Memorias.                                      |
| 3. Tolstoy, Marido y mujer.             | 42. Ferri, Antropología criminal.                         |
| 4. Wagner, Recuerdos de mi vida.        | 43. Ibsen, Casa de muñeca.                                |
| 5. Tolstoy, Dos generaciones.           | 44. Goncourt, Elisa.                                      |
| 6. Goncourt, Querida.                   | 45. Lombroso, Antropología y asiquiatría.                 |
| 7. Tolstoy, El Ahorcado.                | 46. Daudet, Novelas del lunes.                            |
| 8. Turguenev, Humo.                     | 47. Turguenev, El Rey Lear de la Estepa.                  |
| 9. Zola, Las Veladas de Médan.          | 48. Tolstoy, Los Cosacos.                                 |
| 10. Tolstoy, El Príncipe Nekhli.        | 49. Sainte-Beuve, Tres mujeres.                           |
| 11. Goncourt, Renais Mauperin.          | 50 y 51. Zola, El Naturalismo en el teatro.               |
| 12. Barbey, El dandismo.                | 52. Tolstoy, Iván el Imbécil.                             |
| 13 y 14. Daudet, Jak.                   | 53. Ibsen, Los Aparecidos.                                |
| 15. Tolstoy, En el Cáucaso.             | 54. Balzac, Eugenia Grandet.                              |
| 16. Turguenev, Nido de hidalgos.        | 55. Ramillete de cuentos.                                 |
| 17. Zola, Estudios literarios.          | 56 y 57. Renán, Memorias íntimas.                         |
| 18. Cherbuliez, Miss Rover.             | 58. Caro, El Pesimismo en el siglo XIX.                   |
| 19. Renán, Mi infancia y mi juventud.   | 59. Daudet, Cartas de mi molino.                          |
| 20. Tolstoy, La Muerte.                 | 60. Turguenev, Un Desesperado.                            |
| 21. Goncourt, Germinia Lacerteux.       | 61. Goncourt, La Faustín.                                 |
| 22. Daudet, La Evangelista.             | 62. Balzac, Papá Goriot.                                  |
| 23. Zola, La Novela experimental.       | 63. Tolstoy, El Canto del cisne.                          |
| 24. Flaubert, Un corazón sencillo.      | 64. Coppée, Un idilio.                                    |
| 25. Turguenev, El Judío.                | 65. Caro, El Suicidio y la civilización.                  |
| 26. Cherbuliez, La Tema de Juan Toldo.  | 66. Taine, Filosofía del arte.                            |
| 27. Stuart Mill, Mis memorias.          | 67 y 68. Zola, Los Novelistas naturalistas.               |
| 28 y 29. Macaulay, Estudios jurídicos.  | 69. Campoamor, Ternezas y flores.—Ayes del alma.—Fábulas. |
| 30. Zola, Mis odios.                    | 70. Sofia Gay, Salones célebres.                          |
| 31. Dostoyuski, La casa de los muertos. | 71. Tolstoy, El Camino de la vida.                        |
| 32. Zola, Nuevos estudios literarios.   | 72. Lombroso, El Hipnotismo.                              |
| 33. Dostoyuski, La Novela del presidio. | 73. Ferri, Nuevos estudios de antropología.               |
| 34. Tolstoy, El Sitio de Sebastopol.    |   |
| 35. Zola, Estudios críticos.            |   |
| 36 y 37. Campe, Historia de América.    |   |
| 38. Daudet, El Sitio de París.          |   |
| 39. Asensio, Pinzón.                    |   |

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN





UJA

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO  
CCION GENERAL DE BIBLIOTE

